

**MEMORIAS
DEL ORATORIO
DE SAN FRANCISCO
DE SALES**

POR SAN JUAN BOSCO

EDICION CRITICA A CARGO DEL
P. FERNANDO PERAZA LEAL SDB

CENTRO SALESIANO REGIONAL
DE FORMACION PERMANENTE
QUITO, ECUADOR

2001

Serie	MEMORIAS DEL ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES Nº 1
2ª Edición 24 de mayo 2001	CSR (CENTRO SALESIANO REGIONAL) Av. 12 de octubre 14-36 Apartado 17 - 12 - 371 Teléfono: (593-2) 521-315 Fax: 509-835 Quito - Ecuador
ISBN:	9978-04-081-1
Levantamiento de texto y diagramación Ilustraciones	Tnlgo. Alonso Vaca de la Torre y Centro Salesiano Regional Débora Morillo
Portada	Evelio Ramírez
Impresión	Imprenta Don Bosco - Quito

SUMARIO

PRESENTACION

INTRODUCCION

Objetivos y modalidades de la presente edición

MEMORIAS DEL ORATORIO DESDE 1815 al 1825
exclusivamente para los salesianos

DECADA PRIMERA: 1825 - 1835

DECADA SEGUNDA: 1835 - 1845

DECADA TERCERA: 1845 - 1855

INDICE DE NOMBRES

CRONOLOGIA FUNDAMENTAL DE LA VIDA Y LA OBRA DE DON BOSCO -que permita
encontrar históricamente el contenido de las Memorias del Oratorio-

BIBLIOGRAFIA.

INDICE DE NOMBRES Y LUGARES

CONTENIDO GENERAL.

PRESENTACION

Esta 2ª edición de las Memorias del Oratorio de S.Francisco de Sales, escritas por don Bosco, tiene características particulares:

Se trata de una nueva versión en español, destinada al estudio. Por tanto, para ayudar al mejor entendimiento e interpretación del texto, contiene varios recursos metodológicos, como:

- *una introducción general;*
- *notas previas a las diversas partes o a algunos capítulos cuya finalidad es la de ubicar y precisar histórica y culturalmente el argumento tratado sugiriendo, a veces, algunas pautas orientativas para que se puedan apreciar mejor los contenidos;*
- *algunas breves indicaciones marginales, a manera de guías de lectura, sobre el tema al que se refiere don Bosco en ese preciso lugar;*
- *notas críticas al pie de página sobre personas, hechos, términos o conceptos expresados en el texto.*
- *índice temática de nombres hechos y lugares.*
- *una cronología de la vida y de la obra de don Bosco.*
- *y la bibliografía fundamental, usada en este trabajo.*

Para llevar a cabo este trabajo he ido a las fuentes originales y me he fundamentado en la más seria documentación bibliográfica. Por esta razón, al final del libro pongo el catálogo de Obras y de Autores citados, algunos con sus siglas de referencia.

Como anexo he colocado una cronología de la vida de don Bosco, con aquellos elementos que puedan ayudar a contextualizar en su preciso momento los relatos y acontecimientos.

Esta publicación complementa el “Curso de iniciación al estudio de don Bosco” y el “Itinerario Histórico Espiritual con don Bosco, en su tierra y entre su gente”, publicados ya por este Centro Salesiano Regional.

Acercarse a la persona de don Bosco es siempre una tarea apasionante. Hay que hacerlo con un corazón capaz de entrar en empatía con su espíritu, con sus utopías y con la realidad concreta de su historia. Es en este último aspecto en donde la metodología de estudio se hace exigente y supone honradez y equilibrio, pero también el sentido de la relatividad y de los límites. Cuando se trata de un hombre movido por Dios, que lo ha elegido y lo acompaña, se nos pide actitudes de fe que van más allá de los datos positivos y de los cálculos humanos. Entonces, y ante todo a la luz del misterio de Cristo, su vida y su mensaje se llenan de profundidad y de emoción, y nos convencen definitivamente, nos interpelan y motivan.

Es lo que deseo a quienes lean las páginas de sus Memorias en las que él, como en ninguna otra de sus obras literarias, se queda con nosotros y con el lenguaje de los hechos nos revela los pensamientos de su corazón y la sabiduría de su experiencia sacerdotal y educativa.

P. Fernando Peraza Leal SDB.

24 de mayo de 2001

San Juan Bosco

**MEMORIAS DEL
ORATORIO DE
SAN FRANCISCO
DE SALES
DEL 1815 AL 1855**

**MEMORIAS DEL ORATORIO
DESDE 1815 al 1825**
exclusivamente para los salesianos

Notas previas.

Don Bosco, en esta parte, prologando sus Memorias explica las razones que lo movieron a escribirlas, a quién las dirige y qué se propone con ello. Así mismo se refiere al estilo familiar que usa y a la división de la narración en cuatro períodos, de diez años cada uno:

- *el primero, y como introducción, desde su nacimiento al sueño de los 9 años: o sea del 1815 al 1825;*
- *luego, las tres Décadas, de 1825 a 1835; de 1835 a 1845 y de 1845 a 1855.*

La introducción

Se refiere en ella a su hogar, a la muerte de su padre (1817), a su naciente inquietud por el estudio y a la primera reacción negativa de Antonio, hijo del primer matrimonio de Francisco Luis Bosco con Margarita Cagliari, ante las posibilidades que para llevarla a cabo se le presentan; al “sueño” comenzado hacia sus 9 años de edad; a las actitudes comprensivas y valientes de su madre, Margarita Occhiena; ante las duras situaciones económicas en que queda la familia y ante sus aspiraciones personales.

Don Bosco empieza a hacer notar, desde este prólogo, la acción providencial de Dios en su vida.

En las décadas subsiguientes hace ver cómo su sacerdocio para los jóvenes y el proyecto oratoriano realizado a partir de 1841 en Turín, responden al contenido germinal de ese sueño, que por aquel entonces él no alcanza todavía a descifrar, pero que irá luego con los años entendiendo como un preanuncio de su vocación en la Iglesia,

[1] Muchas veces me pidieron pusiera por escrito mis memorias sobre el Oratorio de San Francisco de Sales y, aunque no podía negarme a hacerlo dada la autoridad de quien me lo aconsejaba, sin embargo, no me resolvía a hacerlo por tener que referirme continuamente a mí mismo. Sin embargo, ahora se agrega la orden de una persona de suma autoridad por lo que me es imposible demorar por más tiempo el asunto. Así que me he decidido a exponer detalles confidenciales que pueden echar luz o ser de alguna utilidad para el bien de esa institución que la divina Providencia se dignó confiar a la Sociedad de S. Francisco de Sales.¹²

Quede claro que escribo únicamente para mis queridísimos hijos salesianos, con la prohibición de darlas a la publicidad sea antes, como después de mi muerte.¹³

¿Para qué servirá, pues, este trabajo? Sin duda para que, aprendiendo las lecciones del pasado, se superen las dificultades futuras; para dar a conocer cómo Dios condujo todas las cosas en cada momento; y también servirá de ameno entretenimiento para mis hijos cuando se enteren de las andanzas en que anduvo metido su padre, cosa que ciertamente harán con mayor complacencia cuando, llamado por Dios a rendir cuenta de mis actos, yo no esté ya visiblemente entre ellos.

Ahora bien, si encuentran que algunos hechos están relatados con demasiada complacencia y quizá con aparente vanidad, les pido que sean comprensivos conmigo, ya que se trata sencillamente de los recuerdos de un padre que se deleita contándolos a sus queridos hijos, mientras éstos, a su vez, se han de gozar al conocer las pequeñas aventuras de quien tanto los ha amado y de quien en todas las circunstancias, pequeñas o grandes, siempre quiso hacerles el mayor bien, sea en lo espiritual como en lo temporal.

He organizado estas memorias en décadas, o períodos de diez años, porque en cada una de ellas, nuestra obra tuvo algún notable y significativo desarrollo. Hijos míos, cuando lean estas Memorias después de mi muerte, acuérdense que tuvieron un padre cariñoso que antes de morir quiso dejárselas en prueba de su afecto; y entonces, no dejen de rogar a Dios por mi eterno descanso.

[2] Los primeros diez años de mi infancia - muerte del padre - penurias familiares - la madre viuda.

Nací en Murialdo, poblado de Castelnuovo de Asti, el día consagrado a la Asunción de María al Cielo del año 1815.¹⁴ Mi madre se llamaba Margarita Occhiena, era natural de Capriglio. El nombre de mi padre fue Francisco. Eran campesinos que se ganaban sobria y honradamente el pan de cada día. Mi buen padre casi únicamente con sus sudores nos sostenía a la abuelita, septuagenaria y ya aflijida por varios achaques, y a tres niños, el mayor de los cuales era Antonio, hijo del primer matrimonio; José era el segundo, y Juan, el más pequeño, que era yo.¹⁵ Además, sostenía a dos jornaleros que ayudaban en el trabajo del campo.

[3] No tenía yo aún dos años cuando Dios nuestro Señor permitió en su misericordia que nos sobreviniese una grave desgracia. Un día el amado padre, que era de complexión robusta, en la flor de la edad, y deseoso de educar cristianamente a sus hijos, de vuelta del trabajo enteramente sudado, entró por descuidadamente en la bodega subterránea y fría de la casa. El enfriamiento sufrido se manifestó hacia el anochecer en una fiebre violenta y vino a degenerar en una pulmonía muy fuerte. Todo los cuidados fueron inútiles, y a los pocos días se vio a las puertas de la muerte. Confortado con todos los auxilios de la religión, después de recomendar a mi madre confianza en Dios, expiraba a la edad de treinta y cuatro años, el 12 de mayo de 1817.¹⁶

No sé qué fue de mí en aquella penosa circunstancia. Sólo recuerdo, y es el primer hecho del que guardo memoria, que todos salían de la habitación del difunto mientras yo quería permanecer a toda costa en ella.

- *Ven, Juan; ven conmigo*, -repetía adolorida mi madre.
- *Si no viene papá, no voy yo*, -le respondí.
- *¡Pobre hijo mío!*, -añadió- *ven, ¡ya no tienes padre!*

Dicho esto, se puso a llorar, me tomó de la mano y me llevó a otra parte, mientras lloraba yo viéndola llorar a ella. Ciertamente, en aquella edad no alcanzaba a entender qué desgracia tan grande era la pérdida del padre.

[4] Este hecho sumió a la familia en la consternación. Había que mantener a cinco personas; las cosechas del año, que eran nuestro único recurso, se perdieron por causa de una terrible sequía; los comestibles alcanzaron precios fabulosos. El trigo se pagó hasta 25 francos la hémina; el maíz, a 16 francos.¹⁷ Varios contemporáneos que fueron testigos de los hechos me cuentan cómo los mendigos pedían angustiosamente las cáscaras del grano para suplir la sopa de garbanzos o de frijoles con que habitualmente se alimentaban; y que se encontraron en los potreros personas muertas con la boca llena de hierbas con las cuales habían intentado aplacar el hambre rabiosa que las desesperaba.¹⁸

Muchas veces me contó mi madre que alimentó a la familia mientras tuvo cómo hacerlo; después entregó dinero a un vecino llamado Bernardo Cavallo, para que fuera en busca de comida. Recorrió varios mercados sin poder adquirir nada, fuera al precio que fuera. Volvió dos días después cuando ya anochecía. Todos lo esperaban. Pero, cuando dijo que no traía sino el dinero que había llevado, el pánico se apoderó de la familia pues ese día habían comido muy poco y se podían, por tanto, prever funestas consecuencias para esa noche.

Mi madre, sin desalentarse, buscó entonces ayuda entre los vecinos, pero fue inútil. Nadie tenía con qué socorrernos. Fue entonces que nos recordó: mi esposo, cuando estaba para expirar me recomendó que tuviese confianza en Dios; vengan, vamos a ponernos de rodillas y a rezar. Luego, después de una breve oración, nos dijo: en casos extremos hay que buscar también soluciones extremas. Entonces, acompañada por el señor Cavallo, se fue al establo, mató un ternero, y haciendo cocinar a toda prisa una parte, trató de aplacar el hambre de la extenuada familia.

En los días siguientes se lograron conseguir los cereales necesarios haciéndolos traer de muy lejos y a precios ciertamente excesivos.¹⁹

Puede imaginarse lo que sufrió y lo que tuvo que trabajar mi madre durante ese año tan lleno de calamidades. Pero con un trabajo infatigable, ahorrando en todo, aprovechando todo recurso posible, y con algunas ayudas verdaderamente providenciales, se pudo superar aquella situación tan crítica. Todo esto me lo contó muchas veces ella misma y me lo confirmaron diversos parientes y amigos.

Pasada aquella terrible penuria y mejorada la situación familiar, tuvo mi madre una ventajosísima propuesta de matrimonio. Ella respondió sin dudar un momento:

- *Dios me dio y me quitó a mi marido. Tres hijos me dejó él al morir, y yo sería una madre sin corazón si los abandonase cuando más me necesitan*

Le aseguraron que sus hijos iban a quedar al cuidado de un tutor responsable que vería solícitamente por ellos.

- *El tutor*, -respondió esa mujer generosa- *podrá ser tal vez un amigo, pero yo soy la madre; y no los voy a dejar aunque me ofrecieran todo el oro del mundo.*²⁰

[5] Su mayor preocupación fue la de la instrucción religiosa de sus hijos, enseñarles la obediencia y tenerlos ocupados en cosas compatibles con su edad. Mientras fui pequeñito ella misma me enseñaba a rezar; pero cuando ya fui capaz de rezar con mis hermanos, hacía que me arrodillara por la mañana y por la noche con ellos, y todos juntos entonábamos las oraciones y la tercera parte del rosario. Recuerdo

que ella misma me preparó para mi primera confesión: me acompañó a la Iglesia, se confesó antes que yo, me recomendó al confesor y después me ayudó a hacer la acción de gracias. Luego siguió acompañándome hasta cuando vió que era capaz de hacerlo bien por mí mismo.

Así llegué a los nueve años. Quería mi madre entonces enviarme a la escuela, pero se me dificultaba bastante por la distancia ya que estábamos a cinco kilómetros de Castelnuovo. Por otra parte mi hermano Antonio se oponía. Llegamos después a un acuerdo. Podría ir durante el invierno a la escuela del cercano pueblecito de Capriglio, en donde efectivamente aprendí a leer y a escribir. ²¹

Mi maestro era un sacerdote muy piadoso. Se llamaba José Lacqua. Conmigo fue muy amable y puso mucho interés en mi adelanto escolar, pero sobre todo en mi educación cristiana ²². Durante el verano daba gusto a mi hermano trabajando en el campo.

Notas previas sobre el sueño de los 9 años

1. Los sueños desde el punto de vista psicológico:

1.1. El estado de sueño es fundamental para que la vida síquica y biológica restauren sus energías y se reorganicen:

- a) las percepciones tenidas en la vigilia;*
- b) los procesos emocionales;*
- c) la adaptación del sujeto a la realidad;*
- d) sus variaciones en el humor;*
- e) sus energías y motivaciones profundas y los sentimientos de afirmación y confianza en sí mismo.*

1.2. Todo sujeto normal no puede dormir sin “soñar”, aunque no siempre llegue a tomar conciencia de que ha soñado. Efectivamente, los sueños son, de por sí, fruto del inconsciente; pero siempre son parte de una personalidad normal y de la vida sana del hombre.

1.3. Ese cambio de situación de la vigilia al sueño lo hace el cerebro y las funciones orgánicas de manera progresiva, serena e integrada; pero puede haber perturbaciones y trastornos en los procesos somniales derivados de varias causantes, como pueden ser los conflictos y perturbaciones psicológicas y morales de la persona, o la enfermedad. Por razones como éstas, “el conocimiento del sueño y de sus mecanismos es una parte fundamental de la Medicina Interna”. ²³

2. En el caso de don Bosco, sin embargo, los sueños adquieren un carácter muy particular.

2.1. Ciertamente la vida somnial de don Bosco seguiría de ordinario sus procesos normales. Pero, al referirnos a “sueños” que, como el de los 9 años, tienen particulares estructuras y dinanismos, e inciden de una manera muy especial en la vida, las convicciones, los proyectos y el estilo de los comportamientos suyos y de sus hijos espirituales, hay que advertir que, desde el punto de vista psicológico, rompen los esquemas usuales. También, desde una perspectiva “teológica”, son muchas veces un lugar privilegiado del diálogo con Dios, de la manifestación de su voluntad y de sus inspiraciones.

Los sueños de suyo carecen de unidad lógica, de claridad en sus contenidos y mensajes; se presentan como fenómenos autónomos respecto a la intencionalidad del sujeto que los tiene. Los de don Bosco, por el contrario, contradicen varias de estas características. Como advierte Giacomo Dacquino, en muchas ocasiones, en vez de restaurar sus energías, lo desgastan y agotan; se presentan en forma orgánica y a veces continúan desarrollándose ordenadamente en la noche

siguiente, o por varias noches sucesivas. Sus contenidos son “transparentes y, por tanto, comprensibles”; responden a sus situaciones históricas y a su cultura; a su pensamiento pedagógico, espiritual y moral, y más bien lo expresan mejor a través de su simbología, sus narraciones y sus parábolas. No surgen como una fuerza clandestina que burla la censura ética o psicológica, para “revelar” aspectos ocultos de un sujeto que se enmascara inconscientemente a sí mismo ante los otros. Por el contrario, dejan al descubierto los principios y criterios profundos de su coherencia vocacional y de sus conductas. Muchas veces son presentidos, otras, nacen de preocupaciones de la vida real, de inquietudes o imperativos pastorales y educativos, respecto a los que él busca no sólo manifestarse, sino intervenir en una forma oportuna y eficiente.”²⁴

Un claro ejemplo es el de la Carta del 10 de mayo de 1884: “Acabo de deciros que ocupáis continuamente mi pensamiento. Pues bien, en una de las noches pasadas, me había retirado ya a mi habitación y, mientras me disponía a entregarme al descanso, comencé a rezar las oraciones que me enseñó mi buena madre, cuando en aquel preciso momento, no sé bien si en sueños o fuera de mí por alguna distracción, vi a dos de los antiguos alumnos del Oratorio...” (sigue la primera parte del “sueño”. Cuando ésta concluye continúa don Bosco:) “mientras mi antiguo alumno decía estas últimas palabras yo, que continuaba contemplando con verdadero disgusto ese recreo, me sentí sobrecargado por un cansancio creciente. Fue tal la presión que, no pudiendo resistirla por más tiempo, me estremecí de tal manera que desperté sobresaltado. Estaba al pie de mi cama. Sentía las piernas tan hinchadas y doloridas que no pude mantenerme de pie. Ya era bastante tarde. Por tanto, me fui a acostar pensando escribiros cuanto antes esta carta. Yo no deseo tener estos sueños, porque me producen un cansancio enorme. Al día siguiente, en efecto, me sentía destrozado y no vi la hora de que llegara la noche para descansar. Pero sin embargo, apenas me acosté comencé de nuevo a soñar. Tenía ante mi vista otra vez el patio con los jóvenes que están actualmente en el Oratorio y junto a mí, al mismo exalumno. Entonces comencé a preguntarle...”

Así también pasa, precisamente, en el sueño de los 9 años. Cuando, 48 años más tarde, él vuelva a recordar ese acontecimiento espiritual, describe, al relatarlo, una síntesis de su psicología infantil, de las motivaciones profundas que dieron sentido poco a poco a su vida, de la misión que Dios le había confiado y fue discerniendo con los años en todos sus particulares, a base de su experiencia pastoral: sus destinatarios, la manera y el espíritu de su relación con ellos, los valores que en ésta se ponen en juego. Hay, pues, una íntima relación entre su vida real y la de sus muchachos, con estas representaciones imaginarias; entre su quehacer pedagógico y los elementos oníricos, las circunstancias, las modalidades y la trama argumental de su “sueño”, y esto a tal punto que estudiosos y biógrafos, como Pedro Stella y Walter Nigg, afirman categóricamente que “su vida no podría comprenderse sin sus sueños”.²⁵

En todo caso, no se puede hacer una interpretación genérica de los sueños tenidos por don Bosco, sino que cada uno debe ser estudiado en sus concretas circunstancias y en las modalidades propias que revista. Éstas pueden dar pistas más o menos certeras sobre su índole, sobre el sentido e incidencia real que tenga en la mentalidad y en la vida del santo, y acerca de la posible intervención directa de Dios en ellos, que se hipotice. Efectivamente, este factor que llamamos “teológico”, escapa de suyo a un análisis puramente científico. Únicamente en un contexto de fe, y por los efectos que se constatan, se puede colegir la presencia y la acción del Espíritu Santo en el corazón del hombre.

Además, en el caso de don Bosco, se trata de “un santo” que desde su infancia se movió en un clima profundamente humano, arraigado en su cultura de procedencia, en los valores religiosos y en las certezas espirituales que caracterizaron también la idiosincracia de su gente. Es sólo, dentro de este contexto, y mirando la totalidad de su persona, de su existencia y de las

circunstancias, como puede darse un acercamiento interpretativo relativamente acertado a sus sueños.

- 2.2. *Numéricamente se posee documentación acerca de más de 170 “sueños”. Una primera serie se refiere a su vida personal, su búsqueda vocacional y sus opciones; a su misión y a su arte educativos. Otros, a acontecimientos religiosos y políticos locales, o de tipo europeo o de la Iglesia. Estos comienzan con el sueño de “los grandes funerales en la corte”, tenido en 1854, que anuncia el fallecimiento de varios miembros de la familia real, cuando Víctor Manuel II° se decide firmar la ley que suprime las Congregaciones Religiosas en el Estado Sardo Piamontés. Fausto Jiménez cataloga 24 sueños hasta el 1859, año de la fundación de la Sociedad de S. Francisco de Sales; y 151 posteriores a esta fecha.*
- 2.3. *Algunos sueños, para el mismo don Bosco, revisten un carácter religioso especial: son dones de Dios, intervenciones de su providencia, premoniciones sobre el futuro, estados de conciencia de sus jovencitos que se le revelan, dramas interiores de su lucha por la fidelidad a la gracia. Sin embargo siempre se mantiene cauto. Algunas veces los relativiza, pero siempre exige se hable de ellos con respeto, pues sabe muy bien que esconden mensajes providenciales del Señor, y que los contenidos tocan el carisma y el espíritu de su vocación personal y de la misión que Dios le ha confiado a él y a los herederos de su Obra.*

Los escenarios de muchos sueños son los de la vida rural, los elementos característicos pertenecen a la cultura del pueblo y a las costumbres familiares. En otros casos domina el escenario de su Oratorio en Turín y el contexto es el de la grande ciudad, sus personajes, su vida política, religiosa y social; o pertenecen a hechos históricos de más alcance social y político; o traen mensajes para Pío IX o León XIII. Los de las “misiones” contienen elementos geográfico-culturales que él mismo tuvo que aclarar con lecturas, consultas y estudio.

Sicológicamente responden a estados de serenidad, de euforia o de profundas aspiraciones y deseos de tipo pastoral y educativo; o a situaciones más críticas de incertidumbre, de búsqueda y angustia; o son como contemplaciones de fe, algunas salpicadas con las luces y las ráfagas utópicas del “paraíso”.²⁶

- 2.4 *El sueño de los 9 años tiene algunas connotaciones muy particulares y una influencia definitiva en el futuro de don Bosco. Nunca él pudo olvidarlo. Fue un sueño que lo acompañó repitiéndose con nuevos elementos que iban completando su mensaje “vocacional, desde el 1825 hasta 1845, cuando, en contacto con los jóvenes “pobres y abandonados” de Turín, y en el clima de oración, estudio y reflexión del Convitto Ecclesiástico, pudo, ayudado por su confesor y director espiritual, discernir” con claridad la misión y el estilo pastoral y educativo de su “sacerdocio”, y hacer las definitivas opciones de su vida.*

EL PRIMER SUEÑO

ANÁLISIS ESTRUCTURAL

El sueño de los 9 años tiene algunas connotaciones muy particulares, y una influencia definitiva en el futuro de don Bosco. Nunca él pudo olvidarlo. Fue un sueño que lo acompañó, repitiéndose con nuevos elementos que iban completando su mensaje “vocacional desde el 1825 hasta 1845, cuando, en contacto con los jóvenes “pobres y abandonados” de Turín, y en el clima de oración, estudio y reflexión del Convitto Ecclesiástico, pudo, ayudado por su confesor y director espiritual, “discernir” con claridad la misión y el estilo pastoral y educativo de su “sacerdocio”, y hacer las definitivas opciones de su vida.

• ESTRUCTURA DEL RELATO.

En el primer sueño de 1825 y en las repeticiones del mismo hasta 1845, se conserva el mismo orden lógico del relato:

1. La situación crítica de los jóvenes lleva espontáneamente a Juan a intervenir, aún con la fuerza, para evitar y destruir el mal que hay en ellos. La “blasfemia” es como la síntesis de su situación de pecado.
2. El “Señor” interviene, para amaestrarlo, oportunamente, sobre una manera distinta, comprensiva y bondadosa de actuar con ellos, y obtener con eficacia lo que él se propone;
3. A su vez, se revela como el dueño del rebaño que desea Juan constituya con esos muchachos, y al frente del que lo pone a él mismo como guía, confiándoselos así a su cuidado pastoral.
4. Ante la actitud de incapacidad de Juan, para quien ese mandato es “imposible”, el Señor le pide “obediencia” y una “sabiduría” que le enseñará la “Maestra” que, entonces, le propone.
5. El “personaje” se identifica como Jesús, y a la “Maestra”, como su propia Madre, la Virgen Santísima. Ella le enseñará la verdadera “sabiduría” que él necesita, y que tanto en la “Carta sobre los Castigos” del 1883, como en la del 1884 sobre el “espíritu de familia”, consiste en la confianza, la paciencia y la mansedumbre del “Buen pastor”²⁷
6. Desde entonces la Virgen María asume un protagonismo dominante en el “sueño”.²⁸
7. El cambio que se verificará entonces en los jóvenes será radical. Las imágenes del sueño son muy plásticas y dicentes: las bestias feroces se cambian en ovejas; de éstas, aún, saldrán un día pastores que ayuden a don Bosco en su misión, como se evidencia en las repeticiones del sueño tenidas en 1844 y 1845.
8. Juan no entiende en un primer momento el significado del sueño. Sólo logrará desentrañar su sentido a medida que su experiencia con los chicos campesinos de Morialdo y, luego, con los del mundo urbano de Turín, le permitan, progresivamente, interpretar el mensaje del “sueño”; en 1886, el rebaño es universal. La pastoral y la pedagogía de don Bosco y de sus hijos necesita ser reestructurada en sus objetivos, sus contenidos y sus métodos para responder a nuevas circunstancias geográficas, culturales e históricas.

• REPETICIONES Y VARIANTES.

El Primer Sueño comienza probablemente entre marzo y junio de 1825²⁹, y contiene los núcleos esenciales del relato que acabamos de describir. Luego, hay repeticiones que lo completan, y otras variantes:

1. Ante todo, el “sueño de los 9 años” se repite por entero, o en parte, o con nuevos elementos, cuando Juan tiene 11, 16, 19, 21, 30, 31, y 72 años. Esto, según las “Memorias Biográficas de San Juan Bosco”, y las “Memorias del Oratorio”.³⁰
2. El escenario del sueño:
En 1825 había sido un ambiente rural, cercano a la casa de I Becchi. Este mismo escenario reaparece en 1886, y desde allí la misión de don Bosco se proyecta a un radio mundial.
A partir del sueño tenido como seminarista en el 1836, cuando tiene 21 años, el escenario del sueño cambia. Primero, es una grande ciudad. Luego, la amplia explanada en la que ve a sus jóvenes pertenece a los alrededores de Turín (1844; 1845). Después, el Oratorio, con la Iglesia de S. Francisco de Sales y el Santuario de María Auxiliadora.
3. Los muchachos se vuelven cada vez más agresivos, hasta amenazar a Juan, de suerte que éste se acobarda e intenta desistir de la misión que se le ha encomendado. Pero tanto el Personaje (1836), como la Señora, - que tampoco le permite detenerse a descansar en el camino (1844)-, lo devuelven a su rebaño (1845).

4. Desde 1844 se le indica que debe sacar sus pastores de entre las ovejas y corderos de su mismo rebaño. Otros, lo han abandonado.
5. La Virgen, aparece en el sueño como especial mediadora entre el Dueño de la grey y Juan, a quien éste se las había confiado.

- CONTENIDOS TEOLÓGICO-PASTORALES.

1. Se trata de un sueño claramente cristológico: Jesús, el Buen pastor, dueño del rebaño, es el centro del relato y del mensaje.
2. Pero, hay en el sueño una decisiva mediación mariana.
3. La espiritualidad que se le enseña a vivir a Juan, es pastoral y educativa, vivida bajo la directa guía, el acompañamiento e iluminación de la Virgen María, que, a su vez, aparece como madre y maestra, al estilo de lo que era Margarita Occhiena con Juan.
4. Pero, además, la referencia directa al misterio de la Anunciación a María (-"Soy el hijo de aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día"-), dentro del sentido fundamental del sueño, y en confrontación con el Capítulo 1º de San Lucas, vs. 26 a 38, y las celebraciones religiosas de la "Anunziata", que cerraban litúrgicamente el año escolar rural, hacen pensar en una página de teología narrativa sobre la "vocación" de don Bosco. Las "Memorias" del Oratorio" que siguen al "sueño", asumen de inmediato el carácter de una propuesta de índole "teológica", "espiritual" y "pastoral", "propuesta" que hace don Bosco a los continuadores de su Obra.³¹
Vale la pena hacer hincapié, para entender mejor los escritos de don Bosco, que "el relato" es la modalidad más típica que tiene para expresar su pensamiento. Un relato siempre impregnado de elementos típicos de su cultura popular y religiosa.³²

5. Algunas observaciones sobre el estilo catequístico del sueño.

- * El sueño es una catequesis ágil, narrativa, llena de imágenes, símbolos y frases incisivas. Se enseña en esta narración un hecho de fe, con un lenguaje evangélico, a manera de parábola.

- * El contexto inmediato es el de la familia y del quehacer ordinario de Juan.

- * Los "protagonistas" se van identificando durante la narración; y también se precisan otros elementos originales del "sueño":

- Jesús es el dueño del rebaño. El aspecto con el que se presenta en escena evoca al padre de don Bosco, muerto siete años antes. Juan, que desde niño conoce el oficio de pastor, es llamado "por su nombre", a seguirlo en un pastoreo particular.

- La grey que debe congregarse y conducir, es heterogénea y difícil.

- El Dueño del rebaño "le ordena" asumir su conducción. Es una obediencia que es un envío. La "posibilidad" de hacer lo que Jesús le ordena depende de esa actitud de fe obediencial de Juan. Lo dice Jesús en el mismo sueño: "Precisamente porque esto te parece imposible deberás hacerlo posible obedeciendo".

- La "sabiduría" que se le pide al "discípulo" es la sabiduría del Evangelio, que tiene a Jesús como fuente y modelo: Él que se hizo uno como nosotros, no quebrantó la caña endeble, ni apagó el pabito humeante. Él es el único que posee la llave de los corazones, según la Carta sobre el Espíritu de Familia del 10 de agosto de 1884 que ya hemos citado.

- El estilo del pastoreo "no es represivo" sino de "mansedumbre y caridad".

- Los conceptos de "pastor" y de "pastoreo", como ya hemos dicho, acaso estén particularmente iluminados por la liturgia de los apóstoles Pedro y Pablo: "apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos".

- "Blasfemia" es un término lingüístico que totaliza la noción y los efectos del "pecado", dentro de la sensibilidad religiosa piemontesa, en los años de la Restauración Católica.

- El "pastoreo", preventivo y revitalizador del amor educativo, produce la transformación profunda y completa de los destinatarios. Así lo expresan las gráficas imágenes de este y de muchos de los sueños de don Bosco. Las fieras encarnan las deformaciones morales y pueden

llegar a cambiarse en corderos y en jóvenes, alegres, festivos y radiantes de humanidad y de gracia.

- La presencia de la “madre”, se hace tangible: conduce a Juan de la mano para que observe el cambio de los animales en ovejas y, al final, cuando el chico se angustia porque nada ha comprendido de todo de lo que ha visto y oído, Ella le pone la mano sobre la cabeza, como para hacerle “sensible” la verdad de su amor educativo. Si Juan lo experimenta realmente, puede aceptar el esperar pacientemente, ya que “un día habrá de comprenderlo todo”. Esta realidad vivida por él, se volverían más tarde uno de sus axiomas pedagógicos, que sintetiza así en 1884: “No basta que los jóvenes sean amados. Es necesario que lo perciban”.³³
- En el transfondo está el ritmo vital, laboral y religioso, del “Angelus”, que marcaba los puntos claves de la jornada campesina, y de la “religiosidad popular” del Piamonte.³⁴

• ALGUNOS ASPECTOS SICOLÓGICOS Y CULTURALES.

1. El contexto social y costumbrista es propio de la cultura popular piamontesa, sea en el contexto rural, como en los escenarios urbanos que aparecen en las repeticiones de 1844 y 1845. En éstas se ve el deterioro social y moral de los muchachos, cuya agresividad desafía y acobarda a Juan en el cumplimiento de la misión encomendada.
2. El sueño tenido en 1886, pronto rebasa las circunstancias locales que caracterizan al “primero”, de 1825. Sus horizontes, decifrados por don Bosco y los jóvenes, son latinoamericanos, asiáticos y africanos. La multitud inmensa de muchachos de toda raza y condición, se expresa con angustia y con alegría a la vez, tratando de retener para siempre, con ellos, a quienes en vano habían tanto esperado.
3. Los conceptos religiosos, morales y educativos, pertenecen a las tradiciones domésticas sardo-piamontesas: la autoridad paterna y la imagen de la madre, parecen inspirar las fisonomías “religiosas” del “Personaje” y de la “Señora, cuyas descripciones sacrales evocan la iconografía renacentista y barroca que ilustra los altares de las parroquias y capillas devocionales monferratinas.
4. El término “blasfemia” pertenece a las concepciones ético-religiosas proverbiales del Reino Sabauda. Efectivamente, en el 1700 se podía, legalmente, llegar a castigar con cadena perpetua o con la muerte, a los blasfemos, en nombre del respeto y la veneración debidas a Dios. Esto, entendido en un régimen político en el que el poder temporal y la Iglesia eran íntimamente solidarios en la defensa de las tradiciones religiosas y morales del pueblo y del Estado. La Restauración Católica, en la etapa posnapoleónica (1815-1848), revivía esta mentalidad y estas costumbres. En el “sueño”, la blasfemia, parece ser encarnación del mal y de las deformaciones profundas que produce en la persona.³⁵
5. Las reacciones sicológicas de Juan, dentro del sueño, revelan una fuerte impulsividad emotiva, un carácter constante e insistente, pero al mismo tiempo una rápida capacidad de reflexión y de interioridad. También muestra la honrada conciencia de sus limitaciones y de sus temores; la confianza y seguridad incondicionales que tiene respecto a la presencia y a la autoridad moral de su madre; y la convicción respecto a los valores éticos y religiosos de su medio familiar y social. Las actitudes y juicios con que se expresan los miembros de la familia cuando Juan les narra el primero de sus sueños, responden a la índole y estado emocional de cada uno en ese momento: Antonio, intuye las dotes de liderato del hermano, ya en competencia temperamental con él; José, se expresa, sin relieve alguno, dentro de las relaciones habituales con él; la abuela, refleja la sabiduría popular, algo picaresca e irónica, propia de la índole campesina analfabeta del Monferrato; Margarita, la certeza intuitiva y esperanzada del corazón.
6. El sueño marca de forma indeleble la personalidad y la memoria de Juan, de tal manera que no sólo no podrá olvidarlo, sino que, por más que quiera prescindir de él según el consejo de la “abuela”, llegará a ser un día, según él mismo lo expresa explícitamente, una norma de conducta en su vida.

Leamos, ahora con detención este relato que, después de 48 años de acaecido, hace don Bosco en sus Memorias del Oratorio.

[6] Un Sueño

Tuve por entonces un sueño que me quedó profundamente grabado en la mente para toda la vida. Me pareció estar junto a mi casa, en un patio espacioso en donde se entretenía un gran número de muchachos, estaban riendo y jugando, pero muchos también, blasfemaban. Al oír esto, me lancé instintivamente entre ellos para hacerlos callar a gritos y puñetazos.

En aquel momento, apareció una persona venerable, de aspecto varonil y bellamente vestido. Lo cubría un manto blanco, pero no lograba ver su rostro por lo luminoso que era. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos, añadiéndome estas palabras:

- *A estos amigos tuyos no los vas a ganar con los golpes, sino con la mansedumbre y la caridad. Empieza ahora a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.*

Confundido y con temor, le dije entonces que yo era un pobre muchacho ignorante e incapaz de hablarles de religión a aquellos chicos. En ese momento, mientras yo hablaba, los muchachos dejaron de pelear y me rodearon.

Yo, casi sin darme cuenta de lo que decía, le pregunté:

- *Pero, ¿quién es usted que me manda hacer cosas imposibles?*
- *Precisamente porque te parecen imposibles debes hacerlas posibles obedeciendo y adquiriendo la ciencia que necesitas.*
- *Y, ¿en dónde y cómo podré adquirirla?*
- *Te voy a dar la Maestra que te enseñará esa sabiduría sin la cual todo otro estudio será una tontería.*
- *Pero, y ¿quién es usted para hablarme de esa manera?*
- *Soy el hijo de Aquella a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día.*
- *Mi madre, precisamente, me ha enseñado a no meterme con gente que no conozca sin su permiso. Dígame su nombre.*
- *¿Mi nombre?, pregúnteselo a mi Madre.*

En aquel momento vi a su lado a una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada uno de sus puntos fuera una estrella brillante.

Viéndome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a Ella, y tomándome bondadosamente de la mano:

- *Mira, me dijo.*

Entonces vi que aquellos muchachos habían desaparecido y en su lugar había cabras, perros, gatos, osos y otros muchos animales más.

- *Este es el campo en el que debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto y ten en cuenta que lo que ves que está aconteciendo con estos animales, tienes que hacerlo tú con mis hijos.* ³⁶

Observé entonces y vi que, en vez de los animales feroces, había mansos corderos que saltaban y corrían bailando en torno nuestro, como si quisieran festejar al personaje y a la señora.

En aquel momento, y siempre en el sueño, me eché a llorar y pedía se me dijeran las cosas de otra manera pues hasta ahora no había entendido nada. Entonces Ella, poniéndome la mano sobre la cabeza, me dijo:

- *A su debido tiempo lo comprenderás todo,*

Y dicho esto, un ruido me despertó.

Quedé desconcertado. Mis manos estaban adoloridas por los puñetazos, y la cara, por las bofetadas recibidas. Después, durante la noche, estaba mi cabeza tan llena con lo del Personaje y la Señora y por todo lo que había estado oyendo, que ya no pude reconciliar el sueño.

Por la mañana, apenas pude, conté el sueño, primero a mis hermanos, que se echaron a reír, y luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José decía: *“Vas a seguir cuidando cabras, ovejas y animales”*. Mi madre, *“tal vez llegues a ser sacerdote”*. Antonio, secamente: *“tal vez acabarás siendo cabecilla de bandidos”*.³⁷

La abuela, que sabía mucha teología - era completamente analfabeta-, dijo la última palabra: *“No hay que hacer caso a los sueños”*.

Yo estaba de acuerdo con mi abuela, pero nunca pude olvidar ese sueño³⁸; y la razón de esto se podrá en cierta manera entender, a través de los hechos que voy a relatar en seguida.³⁹

Después de esto, no hablé más del asunto, ni mis parientes le dieron importancia. Sin embargo cuando en el año 1858 fui a Roma para los asuntos de la Congregación Salesiana con el Papa, él me hizo exponerle con detalle todas las cosas que tuvieran aunque fuese sólo alguna apariencia de sobrenatural. Entonces conté por primera vez el sueño que tuve de los nueve a los diez años. El Papa me mandó que lo escribiera literal y detalladamente y lo dejara como estímulo a los miembros de la Congregación por la cual, precisamente, yo había hecho aquel viaje a Roma.⁴⁰

Notas previas.

Hay dos partes bien definidas en esta Década:

La primera: abarca los seis años comprendidos entre 1825 y 1831.

En ella don Bosco describe:

- *su relación de niño y de adolescente con sus coetáneos del contorno campesino de Castelnuovo y Chieri. Relación que para él revestía ya características de “Oratorio” festivo.* ⁴¹
- *El comienzo de sus estudios en Capriglio (1824-1826).*
- *El providencial encuentro con el anciano sacerdote Juan Melchor Calosso y su amistad con él en Morialdo (1829 - 1830);*
- *Después de la muerte de su benefactor (21 de noviembre de 1830), el semestre escolar de Castelnuovo (1830-1831).*

También don Bosco narra, en esta parte, cómo conoció a su paisano José Cafasso, cuatro años mayor que él (1811-1860), y por entonces (1830) seminarista en Chieri; la admiración que le causó tanto su comportamiento religioso, como el diálogo sostenido con él. Cafasso sería, con el tiempo, su confesor y director espiritual y “el primer catequista de su Oratorio”, durante los años de permanencia de Juan en la Residencia Eclesiástica de Turín (1841-1844). ⁴²

La segunda: comprende del 1831 al 1835. Juan Bosco cursa los estudios de Secundaria en Chieri, entre los 15 y 19 años de edad. Para entender las dificultades y el esfuerzo que tuvo que hacer en las Escuelas Municipales, llamadas en las memorias, Gimnasio, hay que tener en cuenta que:

- *la Escuela de Capriglio, frecuentada por Juan probablemente del 1824 al 1826, se reducía a 5 meses de estudio por año. O sea, del 1º de noviembre al 25 de marzo, fiesta de la Anunciación. Era un calendario adecuado a los ambientes rurales, que cubría precisamente el tiempo invernal durante el cual no se podía atender al cultivo directo del campo, y se limitaba a una enseñanza rudimentaria. La escuela de poblaciones más grandes, como Castelnuovo o de las ciudades, abarcaba 10 meses de clase, desde noviembre hasta agosto;*
- *en Chieri, Juan, además de ponerse al día llenando vacíos del pensum de Primaria, tuvo que aprobar los 5 cursos contemplados en las Reales Patentes del 23 de julio de 1822, y todo esto tan sólo en 4 años.*

El pensum del Gimnasio se distribuía de la siguiente manera: 4 años obligatorios (3 de Latinidad y 1 de Humanidades) y un año optativo, el de Retórica, de manera que Juan hizo:

- *en el primer año, 1831-1832, los 2 últimos cursos de escuelas elementales y el primero de Latinidad;*
- *en 1832-1833, los programas de los 2 siguientes cursos de Latinidad;*
- *en 1833-1834, Humanidades,*
- *y en 1834-1835, el curso opcional de Retórica.* ⁴³

En esta parte, juntamente con la eufórica experiencia juvenil tenida durante sus estudios, enfatiza don Bosco el valor y el puesto que ocuparon en esta etapa de su vida “las amistades” y el afecto que lo ligó a sus maestros. Así mismo relata en un denso capitulito (M.O.,25) la lucha sufrida en el momento en el cual tiene que decidir su vocación al sacerdocio, planteándose la disyuntiva entre el clero secular o la Orden Franciscana.

La década concluye con la determinación de ingresar al Seminario de San Felipe, en la misma ciudad de Chieri, y la preparación para hacerlo de una manera seria y comprometida con su vocación, después de rectificar algunos descuidos en su vida espiritual, ocasionados por la preocupación de sus deberes escolares, y la disipación y superficialidad propia del ambiente estudiantil.

Sin embargo, hay que notar que don Bosco omite su permanencia de casi dos años - de febrero de 1828 a noviembre de 1829, con la familia de Luis Moglia en Moncucco y su relación con el párroco Francisco Cottino. “ Este período de tiempo se ubica entre los años de la escuela de Capriglio (1824-1826) y el triduo que, comenzando el 5 de noviembre de 1829, culminaba el segundo domingo de ese mes con la celebración diocesana del Jubileo Universal decretado por Pío VIII. “

Durante la celebración de ese triduo en Buttigliera, Juan, que había cumplido sus 14 años en agosto, tuvo la oportunidad providencial de conocer al nuevo capellán de Morialdo, Juan Melchor Calosso. Durante su permanencia con la familia Moglia, como trabajador a sueldo, Juan manifestó explícitamente sus inquietudes vocacionales por el sacerdocio y ejerció su apostolado catequístico dominical, por la mañana, en la parroquia de Moncucco y, por la tarde, en la hacienda de sus patronos con los niños y las niñas campesinos del lugar. “ El Padre Juan Bautista Lemoyne, en el primer volumen de las Memorias Biográficas, dedica los Capítulos XXII y XXIII a la narración de estos hechos. “

Como hemos dicho, el año 1833-1834, fue el año de su crisis vocacional. Indeciso por algunas situaciones personales de conciencia y por el temor de no poder llevar una vida sacerdotal coherente en el clero secular, pidió ser admitido entre los Franciscanos, obtenido lo cual, se le remitió al Noviciado de La Paz en Chieri. Ese mismo año comenzó su amistad con Luis Comollo y en su compañía, y con el consejo de un tío sacerdote de Comollo, párroco de Cinzano, cambia su primera decisión y resuelve su ingreso al Seminario de San Felipe, en donde podría orientar definitivamente su vocación durante los 6 años siguientes.

[7] Primeras entretenciones con los muchachos - las prédicas - el saltimbanqui - los nidos.

Muchas veces se me ha preguntado a qué edad comencé a preocuparme por los chicos. Pues ya a los diez años hacía lo que era compatible con esa edad y era una especie de oratorio festivo. Pongan atención. Desde pequeño me fijaba en el modo de ser de mis compañeros. Mirando a alguien en la cara no era raro que me diera cuenta de lo que se proponía en su corazón. Por esto mismo, era muy amado y respetado de mis compañeros. Me buscaban o como juez o como amigo. Por mi parte, trataba de hacer el bien a todos, el mal, a ninguno. Tanto llegaron a estimarme que siempre me buscaban para que los defendiera cuando había peleas entre ellos. Y en verdad, aunque a veces fuera de menor estatura, era capaz de intimidar, con mi fuerza y mi atrevimiento, a compañeros que eran más grandes que yo. Por eso en caso de pugnas, discusiones o cualquier tipo de problemas, resultaba yo siendo el árbitro entre las partes, las que siempre acababan aceptando mi fallo.

Pero lo que los reunía a mi alrededor y los entusiasmaba hasta la locura eran mis historias. Yo me servía de los ejemplos que oía en los sermones y en el catecismo, y todo lo que sacaba de la lectura de Los Pares de Francia, Guerino Meschino o Bertoldo y Bertoldino. “

Tan pronto me veían mis compañeros, corrían en tropel para que les contase algo, yo que apenas me percataba de lo que leía. Además, se unían a ellos algunas personas mayores, de suerte que a veces, yendo o viniendo de Castelnuovo, me encontraba rodeado, en cualquier terreno baldío o en un potrero, por centenares de personas que acudían para escuchar a un pobre chiquillo que, fuera de un poco de memoria, no había estudiado nada, pero que para ellos era un gran doctor. (Efectivamente), en el país de los ciegos, el tuerto es el rey.⁴⁹

Cuando llegaban los inviernos, todos me querían tener en sus establos para que les contara historietas. Allí se reunía gente de toda edad y condición que gozaba escuchando inmóvil, por cinco o seis horas, al lector de Los Pares de Francia que, a la manera de un gran orador, se subía sobre un banco para ser visto y oído por todos. Pero como corría la voz de que lo que iban a escuchar era un sermón, empezaba y terminaba mis narraciones con la señal de la cruz y el rezo del Ave María (1826).

[8] Durante la primavera, sobre todo en los días festivos, se reunían ya no sólo los vecinos sino también algunos forasteros. Entonces la cosa era más seria. Ante todo los entretenía con los juegos que iba aprendiendo de otros. Efectivamente, yo iba a ver a los charlatanes y volatineros que no faltaban nunca en ferias y mercados. Los observaba atentamente en los mínimos detalles de sus proezas y volviendo a casa las repetía hasta aprenderlas perfectamente. Hay que imaginarse los porrazos y revolcones, las volteretas y los golpes que me daba. Y, ¿lo van a creer?, cuando tenía once años era ya todo un prestidigitador, daba saltos mortales, hacía la golondrina ⁵⁰, caminaba con las manos y andaba, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un profesional.

Por lo que hacían los días festivos, se puede deducir lo que hacía durante la semana. Por ejemplo, en “Los Becchi” había un terreno de árboles, de los que sobrevive un peral que en aquel tiempo me sirvió mucho. Ataba de él una cuerda que templaba en otro algo distante, luego colocaba una mesita con la mochila y en el suelo una alfombra para mis saltos. Cuando todo estaba preparado y el público ansioso por saber las novedades del día, invitaba a todos a rezar la tercera parte del rosario y a entonar algún canto sagrado, después, me subía a una silla para el sermón, que no era otra cosa que repetir lo que recordaba de la explicación del evangelio que había oído por la mañana en la iglesia, o contar hechos y ejemplos que había oído, o que aprendía en mis lecturas. Terminada la plática, volvíamos a rezar alguna cosa y en seguida empezaba la diversión.

En aquel momento hubieran visto al orador convertirse en ese charlatán profesional del que hablaba. Dar el salto mortal, hacer la golondrina, caminar sobre una cuerda, pararme en las manos y andar con los pies en alto, terciarme la alforja, sacar de ella monedas y tragármelas para después extraerlas de la nariz de éste o de aquel espectador, multiplicar pelotas y huevos, cambiar el agua en vino, matar y despresar un pollo para después resucitarlo y hacerlo cantar mejor que antes; todas estas eran mis entretenimientos ordinarios. La cuerda era ya para mí como un camino: en ella daba saltos y bailaba, me columpiaba suspendido de uno o de ambos pies, de una o de las dos manos. La entretenimiento duraba algunas horas; después, cuando estaba bien cansado, terminaba los juegos, hacíamos una breve oración, y cada uno volvía a su casa.

Siempre eran excluidos de estos espectáculos los que hubieran blasfemado o tenido malas conversaciones, o quienes no habían querido tomar parte en las prácticas de piedad. ⁵¹

No es raro que a alguno se le ocurra preguntarme: ¿y de dónde sacaba el dinero necesario para ir a ferias y mercados, ver a los titiriteros, y proveerme para los gastos de todas esas diversiones? Tenía muchas maneras de hacerlo. Ante todo, el dinerito que mi madre u otras personas me daban para mis golosinas y entretenimientos, lo ahorrraba con esa finalidad; lo mismo el de las propinas y regalos. Tenía además una gran pericia para cazar pájaros con la trampa o la jaula, con hilos o con cuerdas; y era diestro en sacar nidos. Cuando ya había reunido bastantes, trataba de venderlos al mejor precio posible. Lo mismo que

los hongos y hierbas útiles para las tintorerías; y la paja de escoba. Todo eso formaba mi fuente de ingresos.

No faltará tampoco quien quisiera saber lo que pensaba mi madre de esta vida que llevaba y que podía parecer tan superficial, y de todo ese tiempo como perdido en estas cosas.

Ella me quería mucho y yo le tenía una confianza tan grande que no me hubiera atrevido a dar un paso sin su consentimiento. Así que lo sabía todo, me observaba y me dejaba hacer. Es más, si necesitaba alguna cosa, me la proporcionaba con gusto. Los mismos compañeros y, en general, todos los espectadores, me colaboraban de buena gana con tal que les proporcionara esos pasatiempos.

[9] Primera comunión - sermones de la misión en Buttigliera - Don Calosso - la escuela de Morialdo.

A la edad de once años recibí la Primera Comunión. Yo me sabía de memoria el pequeño catecismo pero, de ordinario, ninguno era admitido si no había cumplido los doce. Además, como vivíamos distantes de la iglesia no me conocía el párroco, así que sólo había tenido lo que de instrucción religiosa me dio mi madre. Pero ella se las arregló para prepararme lo mejor que pudo de suerte que no se demorara el tiempo de acercarme a ese grande sacramento de nuestra santa religión.⁵²

Todos los días de cuaresma me envió al catecismo; después fui examinado y promovido; luego se me designó el día para que con los demás niños cumpliera el precepto pascual.

Había en aquella ocasión mucha gente y por tanto era imposible que no me distrajera, por eso mi madre procuró acompañarme de una manera especial esos días; durante la Cuaresma me llevó tres veces a confesarme. Me repetía: Juanito, Dios te va a hacer un gran regalo; procura prepararte bien y confesarte sin callar nada. Dilo todo, arrepíentete de todo y promete a nuestro Señor que vas a ser mejor. Así lo hice, y sólo Dios sabe si he sido fiel a mi promesa. En casa me hacía rezar o leer algún buen libro y además me daba aquellos consejos que sólo una madre amorosa sabe dar a sus hijos.

Aquella mañana no me dejó hablar con nadie. Me acompañó a la Comunión e hizo conmigo la preparación y acción de gracias, mientras el padre Sismondí, vicario parroquial,⁵³ la dirigía fervorosamente en alta voz, y alternándola con todos. No quiso que durante aquel día me ocupase en ningún trabajo manual, sino que lo empleara en leer y en rezar. Entre otras muchas cosas que me dijo ese día, recuerdo sobre todo las siguientes: Hijo querido, éste ha sido un día muy grande para ti. Estoy persuadida de que Dios verdaderamente ha tomado posesión de tu corazón. Prométele ahora que harás cuanto puedas para conservarte bueno hasta el fin de la vida. En lo sucesivo comulga con frecuencia, pero cuídate de cometer sacrilegios. En confesión dí siempre todo lo que tienes que decir; sé siempre obediente, participa siempre con gusto al catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen malas conversaciones.

Recordé los avisos de mi buena madre y procuré ponerlos en práctica y me parece que desde entonces hubo alguna mejora en mi vida, sobre todo en lo tocante a la obediencia y a la sumisión a los demás, que eran cosas que me costaban mucho, de manera que, cuando alguien me daba alguna orden o me hacía alguna advertencia, yo siempre buscaba disculparme con razones pueriles.

Lo que sí echaba de menos era una capilla cercana para ir con mis compañeros a cantar y a rezar, porque para concurrir al catecismo o a escuchar un sermón tenía que ir a Castelnuovo, lo que quería decir hacer diez kilómetros entre la ida y la vuelta, o a Buttigliera que quedaba más cerca. ¡Por eso la gente prefería venir a oír los sermones del saltimbanqui!

En aquel año de 1826, con motivo de una solemne misión que hubo en la parroquia de Buttigliera, tuve ocasión de oír varios sermones. La fama de los predicadores atraía gente de todas partes. Yo mismo acudí con muchos otros.

Se hacía una instrucción y una meditación por la tarde; después, cada uno podía volver a su casa. ⁵⁴

Una de aquellas tardes del mes de abril [noviembre], entre la gente que regresábamos, venía también un cierto don Calosso, de Chieri, capellán del caserío de Murialdo. Era una persona muy piadosa y que, aunque un poco encorvado por los años, recorría ese largo trayecto del camino para ir a escuchar las prédicas de los misioneros.⁵⁵

Al ver a un muchacho de baja estatura, con la cabeza descubierta y el cabello recio y ensortijado, que iba silencioso en medio de los demás, se quedó mirándome fijamente y me empezó a hablar de esta manera:

- *Hijo mío, ¿de dónde vienes?. ¿Estuviste también en la misión?*
- *Sí, señor. Estuve en la predicación de los misioneros.*
- *¿Qué habrás entendido! Tal vez tu mamá te hubiera hecho una platiquita más apropiada, ¿no es verdad?*
- *Ciertamente que mi madre con frecuencia me dice cosas muy buenas, pero me gusta escuchar a los misioneros y me parece que les he entendido todo.*
- *Pues si me sabes decir cuatro palabras de los sermones de hoy, te daré veinte céntimos.⁵⁶*
- *Dígame, ¿de qué quiere que le hable, del primer sermón o del segundo?*
- *Del que tú quieras, con tal de que me digas algo. Por ejemplo, vamos a ver, ¿te acuerdas de qué trató en el primero?*
- *De la necesidad de entregarse a Dios y de no postergar la conversión.*
- *Pero, en resumen añadió sorprendido el anciano - ¿qué se dijo?*
- *Está bien. ¿Quiere que le repita todo?, y sin más, comencé con el exordio, luego desarrollé los tres puntos, esto es, que quien difiere su conversión corre el gran peligro de que después o le falte el tiempo, o la gracia, o la disponibilidad para hacerlo.*

El me dejó hablar delante de todos por más de media hora. Después empezó a preguntarme:

- *¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Qué estudios has hecho?*
- *Me llamo Juan. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Mi madre, viuda, tiene que mantener cinco personas. Aprendí a leer y algo a escribir.*
- *¿Conoces el Donato, la gramática?*
- *No sé qué es eso. ⁵⁷*
- *Te gustaría estudiar?*
- *¡Muchísimo!*
- *¿Qué te lo impide?*
- *Mi hermano Antonio.*
- *¿Y por qué Antonio no te deja estudiar?*
- *Porque como a él no le gustaba ir a la escuela, dice que no quiere que otros pierdan el tiempo estudiando como le sucedió a él. Pero si yo pudiese ir, claro que estudiaría y no perdería el tiempo.*
- *¿Y para qué quieres estudiar?*
- *Para hacerme sacerdote.*
- *¿Por qué quieres ser sacerdote?*
- *Para acercarme, hablar y enseñar la religión a tantos compañeros míos que no son malos, pero que tienen el peligro de dañarse porque nadie se ocupa de ellos.*

Mi franqueza, y hasta la manera audaz como me expresaba, le causaron gran impresión a ese santo sacerdote que, mientras yo hablaba, no me quitó los ojos de encima. Entre tanto, habíamos llegado a un punto del camino en que era menester separarnos y él se despidió diciéndome:

¡Animo! Yo pensaré en ti y en tus estudios. Ven a verme con tu madre el domingo, y arreglaremos todo.

[10] Fui, en efecto, al domingo siguiente con mi madre, y se convino en que él mismo me daría una clase diaria, de tal manera que el tiempo restante lo podría emplear en el trabajo del campo como quería Antonio, y fácilmente nos pusimos de acuerdo con él. Empezaríamos después del verano, cuando ya no había mucho qué hacer en el campo.

Me puse en seguida en las manos de don Calosso, que sólo hacía unos meses había venido a aquella capellanía. Me le di a conocer tal como era. Él sabía lo que yo hablaba, mi manera de pensar y de comportarme. Esto le agradó muchísimo pues así me podía dirigir, con fundamento, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Conocí entonces lo que significa tener un guía estable, un fiel amigo del alma, del que hasta entonces había carecido. Entre otras cosas, me prohibió en seguida una penitencia que yo acostumbraba hacer, porque no era proporcionada ni a mi edad ni a mi condición. Me estimuló a la frecuencia de la confesión y de la comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación, o mejor, un poco de lectura espiritual. Los días festivos pasaba con él todo el tiempo posible, y durante la semana siempre que podía le ayudaba la santa misa. Así comencé también yo a gustar la vida espiritual, pues hasta entonces la vivía por costumbre, como una máquina, sin entender lo que hacía.

Hacia mediados de septiembre comencé regularmente los estudios de la gramática italiana, de suerte que pronto la aprendí y empecé a hacer las primeras redacciones. En Navidad ya estaba con el Donato y, por Pascua, traduciendo del latín al italiano y viceversa. No dejé, sin embargo, durante ese tiempo, mis juegos dominicales en el prado, o en el establo durante el invierno. Todo lo que aprendía de mi maestro, cada enseñanza y puedo decir que cada palabra, me servían para hacer el bien a mis oyentes. Ya veía yo el cielo abierto pues me parecía haber alcanzado lo que buscaba, cuando no sólo un nuevo sufrimiento, sino una verdadera desgracia, truncó de un tajo mis esperanzas. ⁸⁸

[11] Estudios y trabajo - una noticia mala y otra buena - muerte de don Calosso.

Mi hermano Antonio dejó que me dedicara a la escuela durante el invierno, cuando no urge trabajar en el campo, pero al llegar la primavera comenzó a quejarse diciendo que él debía consumir su vida en el campo mientras yo perdía el tiempo como si fuera un señorito. Después de agitadas discusiones conmigo y con mi madre, y para mantener la paz en la casa, se determinó que por la mañana madrugaría a clases y el resto del día me pondría a trabajar.

Pero, ¿cuándo estudiar la lección? ¿cómo hacer con las traducciones?

Ya verán cómo hacía: aprovechaba para estudiar el tiempo de ida y de vuelta de la escuela. Llegado a la casa, al encaminarme al trabajo con la gramática en una mano y el azadón en la otra, iba repitiendo: Qui, quae quod, etc... Cuando llegaba, arrinconando la gramática con algo de nostalgia, me ponía a echar azadón con los demás o a limpiar de maleza, o a amontonar la hierba.

A la hora en que todos merendaban, apartándome un poco, agarraba mi pan en una mano y en la otra mis libros de estudio. Volviendo a casa hacía lo mismo. Para hacer mis tareas escritas sólo disponía de las comidas o la cena y de algún rato que por la noche le quitaba al descanso.

Pero, a pesar de tanto esfuerzo y de tan buena voluntad de mi parte, mi hermano Antonio no estaba contento. Un día delante de mi madre y otro, estando presente José, dijo en tono enfático:

- *Ya he aguantado bastante. Voy a acabar con esa gramática. Yo crecí y me hice fuerte sin necesidad de ver ni un libro.*

Dejándome llevar por el disgusto y la rabia, respondí con algo que nunca debía haberle dicho:

- *Qué tonterías dices, ¿no te das cuenta de que el burro es todavía más robusto que tú y no ha ido tampoco a la escuela? ¿O es que quieres ser como él?*

Oír esto y echarse sobre mí fue una sola cosa. De suerte que sólo me libré de la lluvia de golpes y pescozones gracias a la velocidad de mis piernas. Mi madre sufrió muchísimo, yo no hacía sino llorar, el capellán también lo sintió grandemente. En efecto, ese santo sacerdote cuando supo lo ocurrido en mi familia, me llamó y me dijo:

- *Juanito, has puesto en mí tu confianza, y yo no quiero quedarme sólo en palabras. Deja al hermano, si te trata de esa manera. Vente conmigo y vas a encontrar un padre que de veras te ama.*

Cuando conté a mi madre aquella bondadosa propuesta, hubo fiesta en la casa. En abril ya me fui a vivir con el capellán y volvía solamente por la noche a la casa para cenar. Nadie puede imaginar mi alegría. Don Calosso se convirtió para mí en un ídolo. Lo quería más que a un padre, rezaba por él y con gusto le prestaba cualquier servicio. Además, gozaba cuando podía hacer algo por él, y hasta diría que estaba dispuesto a dar la vida por complacerlo. Estando con el capellán, aprovechaba en mis estudios más en un día que lo que hacía durante una semana en mi casa. Aquel hombre de Dios me apreciaba tanto, que me repitió varias veces:

- *No temas por tu futuro. Mientras yo viva tendrás lo necesario, y también proveeré para cuando yo haya muerto.*

Así que todo lo mío iba marchando de forma increíble. Era feliz, y no deseaba ya nada más, cuando una desdicha truncó el camino de mis ilusiones.

Una mañana de abril de 1828, ⁹⁹ don Calosso me mandó a llevar un recado a mi casa, pero apenas había llegado cuando alguien llegó corriendo, jadeante, a decirme que volviera de inmediato pues el sacerdote había sufrido un ataque muy grave y preguntaba por mí.

Más que correr volé junto a mi bienhechor, al que encontré en la cama y sin poder hablar. Había sufrido un ataque apoplético. Sin embargo, me conoció aunque inútilmente intentaba hablarme. Me dio la llave del dinero, haciéndome entender que no la entregara a nadie. Después de dos días de agonía, aquel santo sacerdote volaba al seno del Creador. Con él morían todas mis esperanzas.

Siempre he rezado por este gran bienhechor y seguiré haciéndolo cada mañana mientras viva. Luego, llegaron los herederos del padre Calosso y les entregué la llave y todo lo demás que le pertenecía.

[12] Don Cafasso - incertidumbres - división de los bienes fraternos - la escuela de Castelnuovo de Asti - la música - el sastre.

Aquel año, la divina providencia hizo que conociera a un nuevo bienhechor: el sacerdote José Cafasso, de Castelnuevo de Asti. ¹⁰⁰

Era el segundo domingo de octubre de 1827 el que se celebraba la Maternidad de la Santísima Virgen María, fiesta principal de Murialdo. Los habitantes estaban ocupados o en sus faenas domésticas, o en la iglesia, y otros divirtiéndose en varios juegos y espectáculos.

Sólo había una persona que permanecía ajena a los festejos públicos. Era un seminarista más bien bajo de estatura, de ojos brillantes, afable y de rostro angelical, que permanecía apoyado a la puerta de la iglesia.

Aquella figura me atrajo inmensamente y aunque yo apenas tenía 12 años ¹⁰¹, me acerqué deseoso de entablar conversación con él:

- *Señor cura, ¿quiere ver algo de la fiesta? Yo puedo acompañarlo con mucho gusto.*

El me hizo acercar en forma muy simpática y comenzó a hacerme varias preguntas sobre mi edad y mis estudios; si ya había recibido la sagrada comunión, con qué frecuencia me confesaba, adónde iba al catecismo y otras por el estilo.

Quedé encantado con aquella manera de hablarme y de muy buena gana le respondí todo. Después, como para agradecerle de alguna manera, lo invité de nuevo a ver alguna entretención, o las novedades de la fiesta.

Entonces me dijo:

- *Querido amigo, lo que deleita a los sacerdotes son las funciones de la iglesia; y en la devoción con que se hagan, está el gusto que sintamos en ellas. En esto están las novedades que nos deben atraer y en las que nosotros quisiéramos participar asiduamente. Yo, en verdad, sólo espero que abran el templo para poder entrar.*

Sin embargo yo quise insistirle en el tema que teníamos entre manos y le dije:

- *Es cierto lo que me dice, pero me parece que hay tiempo para todo: para ir a la iglesia y para divertirse.*

El se puso a reír, y concluyó con unas palabras que fueron norma de conducta de toda su vida:

- *El que se hace sacerdote se entrega del todo al Señor; y ya no debe preocuparse por lo que ha dejado en el mundo, sino dedicarse sólo a lo que es para la mayor gloria de Dios y el bien de los demás.*

Quedé admirado y quise conocer el nombre de ese clérigo en cuyas palabras y actitudes se manifestaba el Espíritu del Señor. Entonces fue cuando supe que se trataba del seminarista José Cafasso, que hacía el primer curso de teología y del cual, por sus virtudes, ya había oído hablar en diversas ocasiones.

La muerte de don Calosso fue para mí un desastre irreparable. Lloraba sin consuelo por el bienhechor fallecido. Cuando estaba despierto pensaba en él y soñaba con él cuando dormía. Mi madre, viendo que las cosas iban de mal en peor y temiendo por las consecuencias que esto podría acarrear para mi salud, me mandó por algún tiempo con mi abuelo a Capriglio.

Por entonces tuve otro sueño, en el que se me reprendía ásperamente por haber puesto mi esperanza en los hombres y no en la bondad del Padre celestial.

Mientras tanto yo pensaba siempre en cómo adelantar en los estudios. Veía a varios sacerdotes buenos, que trabajaban en el sagrado ministerio pero no lograba tener un trato familiar de su parte. Me encontraba con frecuencia con el párroco o el vicario. Los saludaba de lejos, o si era más de cerca, les hacía una reverencia. Ellos respondían seria y cortésmente, pero seguían su camino con indiferencia. Muchas veces, decía para mí, o comentaba con otros, que si fuera sacerdote sería diferente. Querría acercarme a los muchachos, decirles una buena palabra, darles un buen consejo. Qué feliz, en efecto, sería yo si me pudiera entretener con el párroco. Si había sido posible hacerlo con el padre Calosso, ¿por qué no, también con los demás?

Mi madre, viéndome siempre afligido por tantos obstáculos que se oponían a que continuara los estudios, y sin poder obtener el consentimiento de Antonio que, por otra parte ya había cumplido 20 años, determinó proceder a la división de los bienes paternos. Cosa muy difícil, por cierto, pues José y yo éramos menores de edad. Por esto mismo, se debían cumplir muchos requisitos legales y afrontar graves costos. Con todo, se tomó esa determinación. Así que la familia se redujo a mi madre y a mi hermano José, quien no quiso se dividiera lo que correspondía a los dos. La abuelita había muerto hacía unos años.⁶²

Con aquella división, en verdad, se me quitaba un gran peso de encima y quedaba plenamente libre para continuar estudiando, pero todos esos trámites legales duraron aún varios meses, de suerte que aquel año

de 1828 sólo hasta cerca de Navidad, pude ir a las Escuelas Públicas de Castelnuovo. Ya había cumplido los trece años.⁶³

[13] La entrada en una escuela pública, con un maestro nuevo, después de haber estudiado por mi cuenta, fue para mí desconcertante. Tuve casi que recomenzar la gramática italiana antes de pasar a la latina. Al principio iba a pie desde mi casa a la escuela todos los días, pero pronto la crudeza del invierno lo hizo imposible. Entre la ida y la vuelta me tocaba recorrer veinte kilómetros. Así que me consiguieron hospedaje en la casa de un hombre responsable, de nombre Juan Roberto, sastre de profesión, y que sabía canto gregoriano y música vocal. Como yo tenía buena voz, y me dediqué fervorosamente a la música, no tardé mucho en formar parte del coro y hasta actuar, con bastante éxito, como solista.

Deseando además ocupar las horas libres en alguna otra cosa, me dediqué a la sastrería y en poquísimos tiempo aprendí a pegar botones, a hacer ojales y costuras simples y dobles, a confeccionar calzoncillos, camisas, pantalones, chalecos, hasta crearme ya todo un profesional.

Mi amo, al verme adelantar en su oficio, me hizo propuestas bastante ventajosas para que me quedara a trabajar definitivamente con él. Pero mi plan era seguir mis estudios; de suerte que, si para no caer en el ocio, hacía muchas cosas, ante todo, mis esfuerzos se encaminaban a lograr lo que tanto había deseado. También ese año no faltaron ocasiones peligrosas pues algunos compañeros sólo querían jugar en las mismas horas de clase, y como me excusaba diciendo que carecía de dinero, me sugirieron la manera de obtenerlo robando al dueño o a mi madre. Uno de ellos trataba de convencerme de esta manera:

- *Amigo, ya es hora de que despiertes; hay que aprender a vivir. Quien tiene los ojos vendados no sabe por dónde camina.
¡Avísate, consigue un poco de plata y también podrás divertirte como hacen los otros!*

Recuerdo que le contesté:

- *Si entiendo bien lo que me dices, me parece que me estás aconsejando que me dedique al juego y al robo. ¿Acaso no dices todos los días cuando rezas que el séptimo mandamiento es no robar? Quien roba es ladrón y todo ladrón acaba mal. Pero, además, mi madre me quiere tanto que no me negaría la plata que le pida para cualquier cosa lícita que quiera hacer. Sin su permiso nunca he hecho nada, y no quiero ahora comenzar a desobedecerle. Si tus compañeros hacen esto, no son buenos. Si no lo hacen, y lo aconsejan a los otros, son unos pícaros y desvergonzados.*

Estas palabras corrieron de boca en boca, y desde entonces, nadie volvió a hacerme semejantes propuestas. Es más, lo supo el profesor quien desde entonces me tomó mayor aprecio. También las conocieron los papás de varios muchachos y empezaron a aconsejar a los hijos que me tuviesen por compañero. Así fue cómo más fácilmente pude elegir un grupo de amigos que me apreciaban y obedecían como los de Murialdo.

Las cosas se iban encaminando muy bien cuando un nuevo incidente vino a trastornarlas. El padre Virano, mi profesor, fue nombrado párroco de Mondonio, en la diócesis de Asti. El querido maestro, tomó posesión de su parroquia en abril de ese año 1830. Vino a suplirlo otro cuya incapacidad para mantener la disciplina, casi echa a perder todo lo que en los meses anteriores yo había aprendido.⁶⁴

[14] Escuela de Chieri - bondad del profesorado - los cuatro primeros cursos de gramática.

Después de tanto tiempo perdido, se tomó, por fin, la decisión de que fuera a Chieri ⁶⁵ para dedicarme seriamente al estudio. Era el año 1830 [1831]. Quien se ha criado entre bosques y no ha visto sino pueblitos de provincia, queda muy impresionado al ver algo distinto. Llegué de huésped a la casa de una paisana, Lucía Matta, que era viuda y vivía con su hijo único en la ciudad, para atenderlo y acompañarlo mientras cursaba los estudios. ⁶⁶

La primera persona que conocí fue un sacerdote de santa memoria, el padre Eustaquio Valimberti. El siempre me daba buenos consejos para que me mantuviese alejado de todo peligro, y acostumbraba invitarme a ayudarlo a misa, lo que le daba ocasión para hacerme algunas sugerencias, me presentó al prefecto de la escuela y me relacionó con los demás profesores. Como en mis estudios anteriores se veía un poco de todo, que era casi como no haber estudiado nada, me aconsejaron hacer el sexto curso de primaria, que hoy corresponde al último del ciclo elemental. Aquí el teólogo Valeriano Pugnetti, también de grata memoria, tuvo para conmigo mucha caridad. Preocupado por mi edad, pero también viendo mi interés, me ayudaba en las clases, me invitaba a ir a su casa y no ahorra nada de cuanto pudiera serme útil en mis estudios.

Ciertamente, entre compañeros tan pequeños, yo debía parecer de una estatura descomunal. Por eso, decidido a superar aquella situación, y habiendo obtenido el primer puesto a los dos meses de comenzadas las clases, presenté exámenes y pasé al quinto grado, que corresponde al primero de Gimnasio. Allí me sentí mejor pues los compañeros eran más grandes, y el profesor era el padre Valimberti al que yo apreciaba mucho. Así mismo, dos meses después, y por vía de excepción, se me permitió presentar exámenes para el segundo curso Gimnasial.

El profesor de la clase era José Cima, muy severo, por cierto, en la disciplina. Cuando, ya a mitad del año, vio aparecer en la clase un alumno tan alto y corpulento como él, dijo en público, bromeando:

- *¿Qué dicen?, o éste es una marmota o un genio.*

Yo, sorprendido por ese saludo tan serio, contesté:

- *Un poco de todo. Un pobre muchacho que tiene la mejor buena voluntad para cumplir lo mejor que le sea posible sus deberes y salir adelante*

Le gustó mi respuesta, y agregó con un acento inesperadamente amable:

- *Si tienes buena voluntad, has caído en buenas manos; yo te haré trabajar. Animo! Si encuentras alguna dificultad no dudes en decírmelo, y ya arreglaremos todo.*

Le agradecí de todo corazón.

Dos meses hacía que estaba en aquella clase cuando ocurrió un pequeño incidente que dio mucho que hablar sobre mí. Explicaba un día el profesor la vida de Agesilao escrita por Cornelio Nepote. Yo no había traído mi libro. Para disimular abrí el Donato leyendo como si fuera en otro. Los compañeros se dieron cuenta y empezaron a reír uno tras otro hasta formar un completo desorden.

- *¿Qué sucede?, ¿qué pasa?, - díganmelo,* - interrumpió el profesor. Y como todos me miraban, me mandó hacer la construcción gramatical del párrafo y repetir la traducción.

Me puse de pie, y siempre con el Donato en la mano, repetí de memoria el texto e hice el análisis gramatical y la explicación. Los compañeros, admirados, empezaron espontáneamente a aplaudir. El profesor entonces, dejándose llevar por la ira, perdió los estribos, pues era la primera vez que se daba un desbarajuste semejante en su clase y me largó un pescozón que esquivé agachando la cabeza. Después, teniendo entre las manos mi gramática, hizo que los que estaban más cercanos a mí le dieran explicaciones de lo ocurrido:

- *¡Bosco leyó y explicó a Cornelio teniendo en las manos la gramática latina!*

Reparó el profesor, entonces, en el libro y me hizo continuar dos períodos más; después me dijo:

- *Le perdono el olvido de su libro por esa memoria que tiene. Qué afortunado es Usted! Sírvase siempre bien de ella.*

Terminado el año escolar (1830-1831) pasé, con buenas calificaciones, al tercer curso de gramática, o sea, al Gimnasio, que es lo mismo. ⁶⁷

[15] Los compañeros - sociedad de la alegría - mis deberes de buen cristiano.

Durante estos cuatro primeros años fui aprendiendo a tratar a mis compañeros de colegio. Los fui clasificando en tres categorías: buenos, indiferentes y malos.

Con los últimos, no había nada qué hacer sino, apenas los fuera conociendo, evitar en absoluto el trato con ellos. Con los indiferentes tratarlos sólo por educación o necesidad; con los buenos, si en verdad estaba seguro de conocerlos, tener una relación familiar.

Al principio, sin embargo, cuando no conocía a nadie en la ciudad, no tuve confianza con ninguno. La mayor dificultad la tuve con aquellos que me era muy difícil conocer. Hubo, en efecto, quienes me invitaban al teatro a jugar, o a nadar; y hubo quien me convidara a robar la fruta de los huertos caseros o en el campo.⁶⁸

Uno, bien descarado por cierto, me aconsejó quitar un objeto de valor a la dueña de casa para comprarme unos dulces. Logré quitarme de encima a estos pobres muchachos, evitando de todas maneras su compañía, no bien me daba cuenta de quiénes eran. De ordinario sacaba como disculpa que habiéndome mi madre encomendado a la señora Lucía, a quien, por otra parte yo apreciaba mucho pues era muy buena persona, había decidido no ir a ninguna parte, ni hacer nada, sin su consentimiento.

Esta obediencia a ella me granjeó que me confiara al único hijo que tenía.⁶⁹ Un muchacho, por cierto, muy inquieto y juguetón, a quien le costaba el estudio. Aun cuando iba un año antes que yo, ella me encargó que le ayudara repasando con él las lecciones, y lo hice como si fuera mi hermano. Siempre por las buenas, estimulándolo con algún regalito o con algún entretenimiento casero y, sobre todo, llevándolo a las celebraciones religiosas, logré que fuera más dócil y aplicado, así que al cabo de seis meses, habiendo mejorado en la conducta y el estudio, el profesor, muy complacido, le confirió algunas menciones honoríficas en la clase. La madre quedó tan satisfecha que me dispensó de la pensión mensual.

Pero ocurrió que, siendo los más descuidados en sus deberes aquellos compañeros que buscaban arrastrarme y meterme en líos, también ellos quisieron que les hiciera la caridad de ayudarles en los estudios prestándoles o haciéndoles los trabajos de clase. Esto disgustó al profesor quien me lo prohibió severamente ya que, favoreciendo la pereza, era, en verdad, un favor muy mal hecho. Hallé entonces una manera más útil de complacerlos, y consistía en darles explicación cuando hallaban dificultades y colaborar para que se pusieran al día. Así les daba un poco el gusto a todos y me ganaba el aprecio y el cariño de los compañeros.

Comenzaron entonces a venir a jugar, luego, a oír mis historietas, después, a hacer las tareas escolares y, finalmente, venían porque sí, como los de Murialdo y Castelnuovo.

Para darles algún nombre a nuestras actividades acostumbrábamos llamarlas Sociedad de la Alegría, que era una expresión muy apropiada ya que cada uno nos comprometimos a buscar los libros, compartir aquellos temas y divertirnos con aquellos pasatiempos que nos ayudaran a estar alegres; y, por el contrario, estaba prohibido todo lo que nos ocasionara tristeza, de modo especial lo que se oponía a los mandamientos del Señor. En consecuencia, el blasfemo, el que pronunciara el nombre de Dios en vano o tuviera conversaciones obscenas, era inmediatamente expulsado de nuestra compañía.

Nos pusimos, pues de acuerdo, con todos esos muchachos, en que:

1. Todo miembro de la Sociedad de la Alegría evitara toda conversación y todo comportamiento que desdijese de un buen cristiano;
2. Cumpliera con exactitud los deberes escolares y religiosos.

Fueron todas estas cosas las que contribuyeron a granjearme el aprecio de los demás, así que en 1832 ya mis compañeros me tenían por capitán de un pequeño ejército. Por todas partes me llamaban para

animar las diversiones, para visitar a algunos alumnos en sus casas, y también, para dar clase y hacer repasos en privado. De este modo la divina providencia me facilitaba la adquisición del dinero que necesitaba para ropa, para material escolar, y para otros gastos que tuviera que hacer, sin necesidad de molestar a mi familia.

[16] Buenos compañeros y prácticas de piedad.

Entre los que componían la Sociedad de la Alegría encontré a algunos chicos verdaderamente buenos, como Guillermo Garigliano, de Poirino, y Pablo Braja, de Chieri. Estos participaban de nuestros esparcimientos siempre que, ante todo, se tuviese en cuenta el cumplimiento de los deberes. A los dos les gustaba la reflexión y la piedad, y siempre me daban algún consejo oportuno. Los días festivos, después de la reunión reglamentaria del colegio, íbamos a la iglesia de San Antonio, en donde los jesuitas tenían una catequesis estupenda, siempre ilustrada con ejemplos que todavía recuerdo. ⁷⁰

Durante la semana, la Sociedad de la Alegría se reunía en casa de uno de los socios para tratar temas religiosos. La participación era libre. Garigliano y Braja eran de los más asiduos. Jugábamos amenamente; conversábamos de asuntos útiles, leíamos algo religioso, rezábamos, nos aconsejábamos o nos hacíamos alguna observación sobre los defectos que habíamos notado en los demás, o de los que hubiésemos escuchado algún comentario. En verdad, sin saberlo estábamos poniendo en práctica aquel aforismo: "Dichoso quien tiene un buen consejero", y la frase de Pitágoras: "Si no tienes un amigo que te corrija las faltas, paga a un enemigo para que te las diga".

Fuera de estos ratos divertidos que pasábamos como amigos, íbamos a algunos sermones, o a confesarnos y a recibir la Santa Comunión. Porque hay que recordar que en aquella época, lo religioso formaba parte fundamental de la educación, y que bastaba que un profesor, aunque fuera por broma dijera alguna palabra indecente o descreída, para que se le suspendiera inmediatamente del cargo. Y si eso pasaba con los profesores, qué decir de la severidad con la que se trataba a los alumnos indisciplinados y escandalosos!

Durante la semana teníamos siempre la santa Misa por la mañana; se comenzaban las clases con el "Acciones" y el "Ave María". Los días festivos los alumnos se reunían en la iglesia que correspondía a su sección. Mientras iban llegando los jóvenes se hacía una lectura espiritual y luego el Oficio de la Virgen. A la Misa seguía la explicación del Evangelio. Por la tarde, catecismo, vísperas y una instrucción. Todos debían recibir los santos sacramentos, y para impedir el descuido de este importante deber, había obligación de presentar, cada mes, el comprobante de que uno se había confesado. Quien no hubiese cumplido con este requisito no podía presentarse a los exámenes finales aunque fuera de los mejores de la clase. Esta severa disciplina producía efectos maravillosos. Pasaban los años sin que se oyese ni una blasfemia ni una mala conversación. Los alumnos eran dóciles y respetuosos tanto en el colegio como en sus propias familias. No era raro que al acabar el año escolar fueran numerosísimos los que eran promovidos al curso superior. Mis condiscípulos de tercero, cuarto y quinto grado, siempre aprobaron todos. ⁷¹

La aventura más importante que tuve por entonces fue el haber tenido como confesor estable al teólogo José Maloria que era canónigo de la colegiata de Chieri. Siempre que iba a visitarlo me recibía con mucha bondad y me estimulaba para que me confesara y comulgara frecuentemente, lo que era muy raro por entonces. No recuerdo, efectivamente, que algún otro de mis maestros me lo hubiese insinuado siquiera. En verdad quien se acercaba a estos sacramentos más de una vez al mes, era considerado como muy virtuoso; y muchos confesores no lo permitían.

Sin duda debo a mi confesor el no haber sido arrastrado por los compañeros a ciertos desórdenes de los que, en los grandes colegios, muy a menudo los jóvenes inexpertos son víctimas.

Durante estos años no olvidé a mis amigos de Morialdo, antes bien, mantuve siempre relación con ellos y de vez en cuando los visitaba los jueves. En las vacaciones de otoño, apenas sabían de mi llegada, venían a verme desde lejos, y se hacía fiesta. También entre ellos se introdujo la Sociedad de la Alegría, a la que iban integrándose los que se habían distinguido por su buena conducta durante el año; y, por el contrario, se excluían los de mal comportamiento, especialmente si acostumbraban blasfemar o tener malas conversaciones.⁷²

[17] Humanidades y Retórica - Luis Comollo.

Cuando concluimos los estudios básicos, el abogado y profesor José Gozzani nos visitó por parte del Magistrado responsable de la Reforma Escolar. Se trataba de una persona respetable que conmigo se mostró muy bondadoso, así guardo de él un grato y agradecido recuerdo y además, desde entonces nos ha unido una estrecha amistad. Aquel excelente sacerdote vive en Moltedo Superior, cerca de Oneglia, de donde es nativo. Entre sus muchas obras de caridad sostiene en nuestro colegio de Alassio una beca para jovencitos que deseen seguir el sacerdocio.⁷³

Aquellos exámenes fueron muy rigurosos; sin embargo, mis cuarenta y cinco condiscípulos fueron promovidos todos al último curso de estudios secundarios. Yo estuve a punto de ser suspendido por haber dejado que otro copiara mi trabajo. Al padre Giussiana, dominico, mi recordado profesor, le debo el que se me diera un nuevo tema que pude desarrollar de manera que fui promovido con la máxima calificación.⁷⁴

Se acostumbraba por entonces que el municipio premiase a un alumno de cada curso, pagándole la matrícula, que era de doce francos. Se necesitaba haber obtenido un puntaje sobresaliente tanto en los exámenes como en la conducta. A mí me favoreció siempre la suerte, así que siempre se me exoneró de esa obligación.

Aquel año perdí a uno de mis mejores compañeros, Pablo Braia, un joven que fue querido e íntimo amigo mío, quien durante una larga enfermedad se mostró como verdadero modelo de piedad, de resignación y de una fe viva, falleció el [10 de junio de 1832] yendo, ciertamente, a unirse con San Luis, de quien se mostró un fiel seguidor toda su vida. Todo el colegio sufrió por esta pérdida. A su entierro asistieron todos los compañeros, y por el eterno descanso del amigo fallecido, muchos, durante largo tiempo, en los días de asueto, siguieron comulgando o rezando el oficio de la Santísima Virgen o la tercera parte del rosario. El Señor, sin embargo, se dignó compensar esta pérdida con otro compañero tan virtuoso como aquel, pero cuya fama llegó a ser todavía mayor. Fue Luis Comollo, de quien hablaré a continuación.

Terminé, pues, el año de humanidades tan bien que mis profesores, especialmente el Doctor Pedro Banaudi,⁷⁵ me aconsejaron presentarme al examen de admisión a los estudios filosóficos. Lo hice y fui promovido. Pero, como me gustaban los estudios literarios, pensé que sería mejor continuar el Gimnasio, haciendo la retórica el año de 1833-1834.⁷⁶

[18] Precisamente aquel año comenzaron mis relaciones con Comollo. Yo ya escribí la vida de este excelente compañero, así que quien desee la puede leer a su gusto.⁷⁷ Voy a relatar, precisamente, el suceso que me lo hizo conocer entre sus compañeros del curso de Humanidades.⁷⁸

Comentaban los estudiantes de retórica que vendría a estudiar ese año un alumno santo, sobrino del cura de Cinzano, que era un sacerdote ya anciano y notable también por la santidad de su vida. Yo deseaba conocerlo pero no sabía su nombre. Sin embargo, un hecho sorpresivo me permitió saber quién era.

Se acostumbraba entonces jugar al caballete cuando íbamos ya a entrar a clase. Era un juego peligroso en el que eran muy expertos los más superficiales y desaplicados. A mí me había llamado la atención

hacía unos días un jovencito bastante tímido, como de unos quince años, que, apenas entraba al salón y ocupaba su puesto, se dedicaba a leer o a estudiar sin preocuparse del griterío de los demás. Pero en esa ocasión un compañero insolente se le acerca y, tomándolo por un brazo, intenta obligarlo a jugar. El repetía molesto y humillado:

- *No sé. Nunca lo he jugado.*
- *Pues vienes a las buenas o te obligo a patadas y bofetones.*
- *Usted sabrá si me pega, pero no sé, ni puedo, ni quiero.*

El maleducado y perverso condiscípulo, agarrándolo por el brazo, lo arrastró y le dio un par de golpes que resonaron por toda la escuela. Al ver eso sentí que me hervía la sangre y esperaba que ese muchacho se vengara ya que era mucho mayor en estatura y en edad. Pero cuál no fue mi maravilla cuando el jovencito, que aún yo no conocía, con la cara enrojecida y casi lívida, y echando una mirada de compasión a ese mal compañero, solamente le dijo:

- *Si esto es lo que quería, váyase satisfecho que, por mí, ya lo he perdonado.*

Aquel acto heroico despertó en mí la curiosidad por saber cómo se llamaba. Era precisamente Luis Comollo, el sobrino del cura de Cinzano, de quien se hablaba tan bien. Desde entonces lo tuve por amigo íntimo, y puedo decir que de él aprendí a vivir como un buen cristiano. Le di toda mi confianza y lo mismo hizo él conmigo. Nos necesitábamos mutuamente. Yo, de su ayuda espiritual, y él, de mi fuerza física, ya que Comollo, siendo muy tímido, nunca pensaba en defenderse, ni aún ante los peores insultos; mientras que yo, por el valor y la fuerza que tenía, era respetado aún por compañeros de mayor estatura y más robustos que yo.

Traté de hacerlo en cierta ocasión en que, precisamente, algunos individuos empezaron a burlarse y a maltratar a Comollo y a otro joven, muy buena gente por cierto, llamado Antonio Candelo. Quise intervenir de inmediato en su favor, pero no se me quiso hacer caso. Sin embargo, un día en que se volvió a humillar a esos muchachos indefensos, grité:

- *¡Ay de quien se burle de ellos!*

Unos cuantos grandulones descarados se avalanzaron contra mí, mientras dos cachetadas golpeaban la cara de Comollo. Entonces, perdiendo el control de mí mismo y usando no la razón sino la fuerza, como no encontré a la mano ni una silla ni un palo, agarré a uno por los hombros y me serví de él como de un garrote contra mis adversarios. Cayeron cuatro por tierra, y los otros huyeron gritando y pidiendo socorro. Y preciso!.., en aquel momento entró el profesor, y al ver brazos y piernas volando por el aire, en medio de un bochinche infernal, se puso a gritar también él y a dar golpes a derecha e izquierda. La tempestad iba a caer sobre mí cuando, haciéndose contar cuál había sido el origen del desorden, quiso que rehiciéramos la escena o mejor el pugilato; rio él y reimos todos, y la admiración que suscitó el hecho hizo que se olvidara el castigo merecido.

Muy distintas eran, por otra parte, las lecciones que me daba Comollo. Apenas pudimos hablar a solas me dijo:

- *¡Amigo, me espanta tu fuerza. Créeme, Dios no te la ha dado para acabar con los demás. Él quiere que nos amemos los unos a los otros y nos perdonemos; que devolvamos bien por mal a los que nos ofendan!*

Admirado por la caridad de mi amigo me puse en sus manos, dejándome guiar a donde quería y como quería. Junto con Garigliano nos íbamos a confesar, a comulgar y hacíamos la meditación, la lectura espiritual, la visita al Santísimo y acolitábamos la Santa Misa. Cuando quería invitarnos, lo hacía de una manera tal, y con tanta bondad y delicadeza, que era imposible negarnos.

Recuerdo que un día, conversando con un compañero, pasé de largo por delante de una iglesia sin descubrirme la cabeza. Él en forma simpática me dijo en seguida:

- *Juan, tan ocupado estás cuando hablas con los hombres, que ni te das cuenta cuando pasas por delante de la casa del Señor.* ⁷⁹

[19] Mocito de café y licorista - día onomástico - una desgracia.

Ahora, después de haberme detenido en varios aspectos de la vida colegial, voy a contar algunas cosas divertidas.

El año de humanidades (1833-1834) cambié de pensión para estar más cerca de mi profesor, el padre Banaudi, y también para dar gusto a un amigo de mi familia llamado Juan Pianta, que precisamente ese año instalaba un café en la ciudad de Chieri. Era un hospedaje muy peligroso sin duda, pero estando con gente que eran buenos cristianos, y manteniendo mi relación con los óptimos compañeros que tenía, pude seguir adelante sin perjuicio moral alguno.

Como después de cumplir mis deberes escolares tenía mucho tiempo libre, parte lo dedicaba a leer los clásicos italianos y latinos, y el resto, a fabricar licores y confitería. Medio año después ya estaba en condiciones de preparar café y chocolate y sabía muy bien los secretos y las fórmulas para confeccionar toda clase de dulces, licores, helados y refrescos. Mi patrón comenzó dándome albergue gratuito, y al considerar lo útil que podría serle para su negocio, me hizo propuestas ventajosas con tal de que dejase todas las demás ocupaciones para dedicarme del todo a su negocio. Yo hacía estos trabajos sólo por gusto y diversión, pero mi intención seguía siendo la de proseguir los estudios. ⁸⁰

[20] El profesor Banaudi era un verdadero modelo de maestro. Había llegado a hacerse respetar y amar por todos los alumnos sin imponer nunca un castigo. Los amaba a todos como si fueran hijos suyos y ellos lo querían como a un padre.

Para demostrarle el afecto que le teníamos, se determinó darle un regalo el día de su onomástico. Se prepararían algunas composiciones en verso y prosa, y algunos obsequios que fuesen de su agrado.

Resultó una fiesta espléndida y fue tan grande la alegría del maestro que quiso llevarnos a almorzar en el campo como agradecimiento. Fue un día muy agradable. Profesor y alumnos éramos un solo corazón y cada uno hizo todo lo que pudo para expresar su contento.

A la vuelta, antes de llegar a la ciudad de Chieri, el profesor se encontró con un forastero al que tuvo que acompañar, dejándonos solos durante un corto trecho de camino. En aquel momento vinieron algunos compañeros de las clases superiores a invitarnos a tomar un baño en un sitio denominado La Fuente Roja, que estaba cerca de una milla de Chieri. Yo, y algunos otros compañeros, nos opusimos, pero fue inútil. Así que varios nos volvimos a casa mientras los demás se fueron a bañar. ¡Qué cosa fatal!, pues a las pocas horas de haber llegado, vino uno y, luego otro de los compañeros corriendo, jadeantes y angustiados, a decirnos:

¡No se imaginan! ¡Si supieran lo que pasó! Felipe N., que tanto insistió para que fuéramos a nadar, se ha ahogado.

- *¿Cómo así?, si nadaba tan bien!, comentábamos.*
- *Pues así fue. Para animarnos a meternos al agua, se tiró de primero, confiado en su experiencia, pero sin calcular los peligros de la Fuente. Nosotros creíamos que saldría de inmediato, pero no. Empezamos entonces a gritar, vino gente, y nos industriamos como pudimos, aún con peligro de la vida de alguno, pero sólo después de media hora logramos rescatar su cadáver.*

Aquella desgracia nos llenó de una profunda tristeza, y ni en aquel año ni en el siguiente (1834) se oyó hablar de ir a nadar. Hace algún tiempo me encontré con alguno de aquellos antiguos amigos y recor-

damos con verdadero dolor la desgracia sufrida por el infeliz compañero en el remolino de la Fuente Roja.

[21] El hebreo Jonás. ⁸¹

Cuando vivía en el café de Juan Pianta, durante el año de humanidades, entablé amistad con un joven hebreo llamado Jonás. Tenía dieciocho años, era un muchacho bien parecido, cantaba con una voz preciosa y jugaba bien al billar. Nos conocimos en la librería de un judío llamado Elías ⁸² y cuando venía al café, lo primero que hacía era preguntar por mí. Yo lo quería mucho y él disfrutaba mucho por estar conmigo. Quería que compartiéramos todo tiempo libre, nos entreteníamos cantando, tocando el piano, leyendo o encantado con las miles de historietas que yo le contaba.

Un día se vio envuelto en una pelea que le hubiera podido costar cara y me vino a pedir un consejo. Yo ante todo le dije:

- *Si fueras cristiano, querido Jonás, te llevaría sin más a confesarte, pero es imposible.*
- *También nosotros, si queremos, vamos a confesarnos.*
- *Sí, pero el confesor que ustedes tienen no está obligado al secreto, ni tiene poder para perdonar los pecados, ni puede administrar ningún sacramento.*
- *Entonces, si tú quieres, vamos donde un sacerdote.*
- *Lo haría sin duda, pero una vez que te hayas preparado como conviene.*
- *¿Cómo?*
- *Mira, la confesión perdona los pecados cometidos después del bautismo. Por lo tanto, si tú quieres recibir cualquier sacramento, debes, ante todo, recibir el bautismo.*
- *¿Qué debo hacer para recibir el bautismo?*
- *Conocer la religión cristiana y creer en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Entonces, si podrías ser bautizado.*
- *¿Y qué ventajas me traería el bautismo?*
- *El bautismo te borra el pecado original y todos los pecados actuales, te abre la puerta para recibir otros sacramentos; en fin, te hace hijo de Dios y heredero del paraíso.*
- *Entonces los judíos, ¿no podemos salvarnos?*
- *Querido Jonás. Después de la venida de Jesucristo, los judíos no pueden salvarse si no creen en El.*
- *Si mi madre llega a enterarse de que quiero hacerme cristiano, ¡pobre de mí!*
- *No temas, que Dios es el dueño de los corazones, y si te llama para hacerte cristiano hará que tu madre acepte tu decisión o, de lo contrario, proveerá de otra manera para tu bien.*
- *Y tú, que tanto me estimas, ¿qué harías en mi lugar?*
- *Comenzaría por enterarme bien de lo que es la religión cristiana y Dios me seguiría abriendo el camino. Comienza, pues, por estudiar el pequeño catecismo y pide a Dios que te ilumine para que puedas conocer la verdad.*

Desde aquel día se dedicó al estudio de la fe cristiana. Venía al café y, después de una partida de billar, conversábamos acerca de la religión y sobre el catecismo.

En pocos meses aprendió la señal de la cruz, el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo, y las principales verdades de la fe. Estaba contentísimo y se le veía progresar día a día por los temas que trataba y por su conducta.

Desde niño había perdido a su padre. La madre, que se llamaba Raquel había oído algún rumor sobre los pasos que estaba dando su hijo, pero no tenía aún seguridad alguna. La cosa vino a descubrirse de esta manera: un día, tendiéndole la cama, encontró el catecismo que su hijo había dejado inadvertidamente debajo del colchón. En seguida armó un griterío por toda la casa, llevó el catecismo al rabino y,

sospechando lo que sucedía, corrió presurosa donde el estudiante Bosco, del que había oído hablar muchas veces a su propio hijo.⁸³

Ahora pueden imaginarse a la misma fealdad para poder tender la idea de cómo era la madre de Jonás: tuerta, sorda de ambos oídos, de nariz abultada, sin dientes, labios gruesos, boca torcida, de barbilla larga y puntiaguda y una voz que parecía rebuzno de borrico.⁸⁴ Los judíos solían llamarla la “Bruja Lilit”, nombre con el que ellos indican la gente más horripilante. ⁸⁵ Su aparición me espantó, y antes de que pudiera rehacerme, me empezó a decir:

- *Sepa que está equivocado. Lo juro. Ha pervertido a mi hijo Jonás, lo ha deshonrado delante de todos, no sé qué va a ser de él. A lo peor, acabará por hacerse cristiano, y usted es el culpable.*

Caí entonces en la cuenta de quién era y a qué se refería. Con toda calma le dije que más bien ella debía agradecer a quien había tratado sólo de hacerle un bien a su hijo.

- *¿Un bien? ¿El llevarlo a renegar de su religión?*

- *Cálmese, señora -le dije-. Escúcheme. Yo no he buscado a su hijo Jonás; nos hemos encontrado sin más en la tienda del librero Elías y nos hicimos amigos sin saber cómo. Él me aprecia y yo también lo quiero mucho y por tanto, como amigo suyo, deseo que, conociendo la religión fuera de la cual nadie podría salvarse, logre alcanzar su salvación. Fíjese bien, señora, que yo únicamente le he dado un libro en donde puede conocer nuestra religión, y si se llega a hacer cristiano no va a abandonar por eso el judaísmo, sino a perfeccionarlo.*

- *Pero si por desgracia eso ocurriera tendría que dejar a nuestros profetas, pues los cristianos no admiten ni a Abrahán, ni a Isaac, ni a Jacob, ni a Moisés.*

- *Por el contrario, nosotros creemos en todos los santos patriarcas y en todos los profetas de la Biblia. Sus escritos, sus palabras, sus profecías constituyen el fundamento de la fe cristiana.*

- *Si estuviera aquí nuestro Rabino, él sabría responderle. Yo no sé ni la Mishná ni el Ghemará (las dos partes del Talmud). ⁸⁶ ¿Qué va a ser entonces de mi pobre Jonás?*

Dicho esto, se fue.

Qué largo sería contar ahora todos los ataques de la madre, del rabino y de los parientes de Jonás contra mí. No hubo amenaza ni violencia que no empleasen también contra el valiente muchacho. Todo lo soportó y siguió instruyéndose en la fe. Pero como peligraba su vida entre los suyos, se vio obligado abandonar su casa y vivió casi de limosna. Muchas personas, sin embargo, le ayudaron y, para que todo procediera con la debida prudencia, yo recomendé a mi amigo a un sabio sacerdote que lo trató como un padre. Cuando tuvo la instrucción necesaria, e impaciente ya por hacerse cristiano, se preparó una celebración que hizo mucho bien en la ciudad y sirvió de motivación a otros judíos, de los cuales más tarde algunos abrazaron la fe cristiana.

Fueron padrinos los esposos Carlos y Octavia Bertinetti, que lo proveyeron de cuanto necesitaba de forma que, hecho cristiano, pudo ganarse honestamente la vida con su trabajo. El nombre que asumió fue el de Luis. ⁸⁷

[22] Los juegos - la prestidigitación - la magia - una oportuna aclaración.

En medio de mis estudios y de entretenimientos como el canto y la música, la declamación y el teatro, en las que participaba con toda el alma, había aprendido además algunos otros juegos. Los naipes, el tarot ⁸⁸, el balón y el tejo, los zancos, saltos, carreras; eran cosas que me encantaban y si no era un diestro en todo, tampoco era cualquier cosa.

Muchos los sabía desde Murialdo, otros los conocí en Chieri; y si en mi tierra de Murialdo era un aprendiz, ahora ya podía competir como maestro. Eran juegos que maravillaban por entonces ya que

eran casi desconocidos, así que parecían cosas del otro mundo. Y ¿qué decir de la prestidigitación? Daba con frecuencia espectáculos tanto en público como en privado.

Además, ayudándome mucho la memoria, sabía al pie de la letra párrafos enteros sobre todo de los poetas clásicos. Utilizaba a mi gusto y como si fueran propios, los versos de Dante o de Petrarca, de Tasso, de Parini, de Monti y de otros, así que me resultaba realmente fácil improvisar sobre cualquier cosa. ⁸⁹ En aquellas diversiones y espectáculos cantaba, tocaba algún instrumento o improvisaba versos que eran tenidos por obras de arte y que en realidad no eran más que frases de autores que yo adaptaba a la circunstancia. Esta es la razón por la que nunca di a los demás mis composiciones y muchas las quemé después de declamarlas.

Pero el asombro llegaba a su culmen cuando empezaba la magia. Entonces quedaban todos boquiabiertos al ver salir de una cajita mil esferas siempre más grandes que aquella; y de un talego, mil huevos. Pero cuando empezaron a verme sacar pelotas de la punta de la nariz de los asistentes y adivinar el dinero que había en los bolsillos; cuando, con sólo tocar las monedas de cualquier metal, se reducían a polvo, o cuando hacía que entre el auditorio aparecieran fantasmas horribles y seres sin cabeza, entonces, algunos comenzaron a sospechar que yo fuera un brujo y que sólo por alguna intervención diabólica podía hacer tales cosas.

Tomás Cumino, el dueño de la casa en donde me hospedaba, contribuyó a que aumentara esa preocupación.⁹⁰ Era un cristiano fervoroso y como le gustaba divertirse yo me aprovechaba de su modo de ser y de su ingenuidad para hacérselas de todos los colores. Una vez había preparado, con mucho cuidado, un pollo en gelatina para festejar con los huéspedes su onomástico. Llevó el plato a la mesa, pero al destaparlo saltó fuera un gallo que, aleteando, cacareaba escandalosamente. Otra vez, fue con una cazuela de macarrones que, después de haberla cocido por bastante tiempo, resultó ser pura cáscara seca de grano. Muchas veces al servir la botella de vino, salía sólo agua pura; otras, cuando quería beber agua, le resultaba vino. Era ya cosa corriente que se convirtiesen los dulces en rebanadas de pan, el dinero de la bolsa en piezas de lata, inútiles y oxidadas; el sombrero, en gorra, y las avellanas y las nueces en piedras.

El bueno de Tomás no sabía al fin qué hacer. Se decía: "los hombres no pueden hacer esto, ni Dios pierde el tiempo en cosas inútiles; luego el demonio anda suelto por aquí".

Como no se atrevía a comentarlo con los de casa, se fue a donde un sacerdote vecino, de apellido Bertinetti. Y como éste también barruntase algo de magia en todo aquello, decidió contárselo al delegado del obispo para las Escuelas.

Se trataba del canónigo Burzio, arcipreste de la catedral y persona muy honorable. ⁹¹

Se trataba, efectivamente de una persona instruída, piadosa y prudente; sin decir nada a nadie, me llamó para saber de mi propia boca las cosas. ⁹² Cuando llegué estaba rezando el breviario, me miró sonriente, hizo que tomara asiento y me pidió lo esperara algunos momentos. Después me introdujo en su despacho y allí, en forma cortés pero seria, comenzó a interrogarme:

- *Hijo, estoy muy contento por tus estudios y tu conducta, pero se dicen tantas cosas de ti. Que adivinas el pensamiento y hasta el dinero que lleva la gente; que haces ver blanco lo que es negro y que hasta tienes percepción de las cosas que acontecen a distancia. Das, pues, mucho que hablar, y alguien ha llegado a sospechar que empleas la magia y, por tanto, que tiene que haber algo satánico en todo eso que haces. Dime, ¿quién te enseñó todo eso, en dónde las aprendiste? Háblame con toda confianza y puedes estar seguro que sólo será para tu bien.*

Sin perder la serenidad, le pedí cinco minutos de tiempo para responder y luego le pregunté qué hora era. Metió una mano en el bolsillo y no encontró el reloj.

- *Entonces, si no tiene el reloj, déme una moneda de cinco céntimos.*

- Buscó en su bolsillo y no encontró la cartera.*
- *¡Bribón! -empezó a gritar, colérico-, ¡o tú sirves al demonio o el demonio te sirve a ti! Me has robado el reloj y la cartera. Es inútil, tengo que denunciarte, y ¡no sé por qué no te muelo a palos!*
- Pero como yo no me inmutaba, y por el contrario sonreía, se comenzó a calmar y agregó:
- *Bueno, tomemos las cosas con calma. Explicame tus secretos. ¿Cómo has hecho para que desaparecieran de mis bolsillos el reloj y el dinero? ¿En dónde están?*
 - *Señor arcipreste, le dije con todo respeto, se lo voy a explicar en pocas palabras. Es sólo destreza de manos, un poco de ingenio y saber combinar las cosas.*
 - *¿Qué tiene que ver la inteligencia con esa desaparición de mi reloj y mi cartera?*
 - *Verá, se lo explico en dos palabras: al llegar a su casa, estaba usted dando una limosna a una mendiga y dejó la cartera sobre el reclinatorio. Al pasar luego de una habitación a otra, puso el reloj sobre la mesita. Yo escondí ambas cosas, y mientras usted pensaba que los llevaba consigo, resulta que ya estaban debajo de esta pantalla.*

Diciendo esto, la levanté y aparecieron los dos objetos que, según él, ya se había cargado consigo el demonio.

Se rio mucho el buen canónigo; me pidió que le hiciera algunos otros juegos de destreza, y cuando supo el modo cómo se hacían desaparecer y aparecer los objetos, quedó muy satisfecho, me hizo un regalito y concluyó:

- *Díles a tus amigos que “la ignorancia es maestra de la admiración”.* ⁹³

[23] La carrera - el salto - la varita mágica - en la punta del árbol.

Una vez demostrado que no había nada de la tal “magia” en mis espectáculos, volví de nuevo a reunir a mis compañeros y continuar mis entretenciones y mis juegos como antes.

En esos días se ponía por las cumbres a un cierto saltimbanqui que, corriendo a pie, había atravesado la ciudad de uno a otro extremo en dos minutos y medio, tiempo empleado por el ferrocarril a toda velocidad.

Sin medir las consecuencias dije que de muy buena gana lo desafiaría yo, y se lo fue a contar un compañero imprudente. Así que me vi metido en ese lío con él: ¡Un simple estudiante desafía a un corredor profesional!

El lugar escogido fue el paseo que conduce a la Puerta de Turín. La apuesta, 20 francos; y como yo no tenía tal cantidad varios amigos que pertenecían a la Sociedad de la Alegría me ayudaron a completarla. Asistió muchísima gente. Mi rival comenzó sacándome ventaja pero, en seguida logré ganarle yo terreno, así que lo fui dejando tan atrás que a mitad de la carrera desistió y me dio el triunfo.

- *Pues, ahora te desafío a saltar, me dijo. Apuesto 40 francos o más, si quieres.*

Aceptado el desafío, le tocaba a él fijar el sitio. Lo hizo y quedamos en brincar una acequia hasta el muro de base del puente. ⁹⁴

Saltó él de primero y logró poner los pies al borde del muro, de suerte que, aparentemente, no había cómo ganarle. Mas mi ingenio me inspiró algo inesperado. Di el mismo salto, pero apoyando las manos sobre el parapeto del puentecito, fui a dar más allá. Sonó un gran aplauso.

- *Todavía te voy a desafiar. Escoge el juego que prefieras.*

Acepté y elegí el de la varita mágica. La apuesta fue por 80 francos. La tomé, coloqué un sombrero en la punta y apoyé la otra extremidad en la palma de la mano. Después, sin tocarla, la hice saltar a las puntas del dedo meñique, del anular, del medio, del índice, del pulgar; la pasé por la muñeca, por el codo, sobre

los hombros, por la barbilla, los labios, la nariz y la frente; luego, deshaciendo el camino, la volví otra vez a la palma de la mano.

- *Éste es mi juego, dijo. Ahora verás.*

Tomó la misma varita y con maravillosa destreza la hizo caminar también hasta los labios pero, como la nariz era bastante larga, chocó con ella y, al perder el equilibrio, no tuvo más remedio que echarle mano para que no se le cayera. El infeliz, viendo que se le acababa el dinero, exclamó ya medio enfurecido:

- *Todo será, pero no me dejes humillar así por un estudiante. Ahí van los 100 francos que me quedan para el que ponga más arriba los pies en aquel árbol, y señalaba un olmo que había en la alameda.*

Acepté, con mis amigos, esperando en verdad que pudiera ganar, pues nos daba lástima, y no queríamos dejarlo arruinado.

Se trepó de primero por el olmo, llegando tan arriba que si hubiera seguido un poco más el árbol se habría partido echándolo por tierra. Nos parecía, efectivamente, que era imposible subir más. Me tocó el turno. Trepé cuanto fue posible, evitando que el tronco cediera. Una vez allí, sosteniéndome en las manos, levanté el cuerpo y puse los pies un metro más arriba que los del contrincante.

¿Quién podría imaginar los aplausos de la multitud, el delirio de mis compañeros, la rabia del antagonista, y el orgullo que yo sentía al haber resultado vencedor, no de un estudiante como yo sino de un campeón en persona? Quisimos, sin embargo, consolarlo un poco proponiéndole que le perdonáramos la deuda si nos pagaba una comida en la fonda del Muretto. ⁵⁵

El aceptó agradecido. Participamos veintidós, pues eran muchos mis partidarios. La comida costó 25 francos, y él se quedó con los 215 restantes. Fue aquel un jueves de gran alegría. Y yo me cubrí de gloria por haber ganado en destreza a todo un profesional. Los compañeros, contentísimos, porque se divertieron a más no poder con el espectáculo y el banquete final.

También debió de quedar contento el charlatán, que volvió a ver en sus manos casi todo su dinero y además, gozó de la comida. Al despedirse, dio las gracias a todos diciendo:

- *Ustedes me libraron de la ruina. Gracias, de corazón. No los olvidaré nunca, pero no volveré nunca a aceptar desafíos con estudiantes.* ⁵⁶

[24] Estudio de los clásicos.

Algunos podrían pensar en que toda esta disipación por fuerza me llevaría a descuidar los estudios. Ciertamente que hubiera podido estudiar más, pero no hay que olvidar que me bastaba prestar atención en clase para retener lo necesario. Tanto más cuanto que entonces yo no distinguía entre leer y aprender, y podía repetir fácilmente el argumento de un libro leído o lo que había escuchado. Además, como mi madre me había acostumbrado a dormir bien poco, podía emplear dos tercios de la noche en leer a mi placer y dedicar casi todo el día a trabajos de mi libre elección, como ayudar a repasar las lecciones, o dar clase en privado, cosas que, aunque de ordinario hacía caritativamente o por amistad, siempre había quien me retribuía económicamente.

Había por aquel tiempo en Chieri un librero judío de nombre Elías, con quien me asocié para leer los clásicos italianos. Le daba cinco centavos de franco por cada libro que me prestaba para leer y devolvérselo en seguida. ⁵⁷ Así, me habitué a leer diariamente un volumen de los editados en la Biblioteca Popular. ⁵⁸

En Cuarto de Gimnasio conocí autores italianos; y en el año de Retórica, los clásicos latinos. Así empecé a familiarizarme con Cornelio Nepote, Cicerón y Salustio; con Quinto Curcio, Tito Livio, Cornelio y Tácito; con Ovidio y con Virgilio, con Horacio y otros escritores. ⁵⁹

Yo leía aquellos libros por diversión y me gustaban como si de verdad los entendiera. Pero más tarde me di cuenta de que no era cierto, puesto que, ordenado sacerdote, habiéndome puesto a explicar a otros aquellos célebres autores clásicos, me di cuenta de que sólo después de mucho estudio y gran preparación, se logra apreciarlos debidamente y entender su calidad literaria.¹⁰⁰

Pero los deberes escolares, las ocupaciones de los repasos, me ocupaban no solamente el día sino grande parte de la noche. Varias veces me sucedió llegada la hora de levantarme, estaba todavía con las Décadas de Tito Livio entre las manos, cuya lectura había empezado la noche anterior. Esto arruinó de tal forma mi salud que durante varios años estuve entre la vida y la muerte. Por eso siempre aconsejaré que se haga sólo lo que se pueda y no más. La noche se hizo para descansar, y, fuera del caso de necesidad, nadie debe dedicarse a estudios después de cenar. Una persona fuerte resistirá por algún tiempo, pero siempre con detrimento de su salud.

[25] Preparación para la elección de Estado.

Mientras tanto, se acercaba el final del Curso de Retórica ¹⁰¹ época en que los estudiantes acostumbran decidir sobre la vocación. El sueño de Murialdo estaba siempre fijo en mi mente; es más, se me había repetido otras veces de un modo bastante más claro, por lo cual, si quería prestarle fe, debería elegir el estado eclesiástico hacia el que me sentía inclinado. Pero, por una parte, no quería creer en sueños y, por otra, mi modo de vivir, ciertas tendencias de mi corazón y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado, hacían dudosa y bastante difícil mi decisión.

¡Si entonces hubiese tenido un guía que me hubiese ayudado a orientar mi vocación! Qué tesoro hubiera sido para mí, pero no lo tuve. Mi confesor era bueno. Pero sólo pensaba en hacerme un buen cristiano, y nunca quiso inmiscuirse en mi asunto vocacional. ¹⁰²

Aconsejándome entonces conmigo mismo, después de haber leído algún buen libro, decidí entrar en la orden franciscana.

“Pensaba: si me hago sacerdote secular va a naufragar mi vocación. Entonces, voy a hacerme sacerdote pero renunciando al mundo y entrando en un convento en donde pueda entregarme al estudio y a la meditación, de manera que, en la soledad, pueda combatir mis pasiones, especialmente la soberbia, que está tan arraigada en mi corazón”. ¹⁰³

Hice la petición a los conventuales reformados, presenté el correspondiente examen, me aceptaron, y se resolvió que entrara en el convento de la Paz en Chieri.

Pocos días antes del fijado para mi entrada tuve un sueño bastante extraño. Me pareció ver a muchos religiosos franciscanos que, con los hábitos hechos pedazos, corrían como sin sentido estrellándose unos contra otros. De repente uno de ellos se me acercó y me dijo: *“buscas la paz, y aquí no la vas a encontrar; mira las actitudes de estos hermanos; Dios te prepara otro lugar y otra mies”.*¹⁰⁴

Quería hacerle alguna pregunta pero un ruido me despertó y ya no vi nada. Le conté todo esto al confesor pero él no quiso oír hablar ni de sueños ni de frailes. Sólo me dijo: En esto cada uno debe seguir sus propias inclinaciones y no atenerse al parecer de los demás.¹⁰⁵

Entre tanto sucedió algo que me impidió efectuar mi proyecto. Como los obstáculos eran muchos y se prolongaban, resolví confiar a mi amigo Comollo lo que me sucedía. ¹⁰⁶ El me aconsejó hacer una novena, mientras él consultaba por escrito a su tío, que era párroco de Cinzano.

El último día, acompañado por mi inolvidable amigo, recibí los sacramentos de la confesión y de la comunión, oí la Santa Misa y ayudé otra en el altar de Nuestra Señora de las Gracias, en la Catedral. Cuando volvimos a la casa encontramos la respuesta del padre Comollo que decía:

“Considerado atentamente lo que me escribes, aconsejaría a tu compañero que no entre por ahora en un convento, sino que tome la sotana y, mientras hace los estudios, discierna mejor lo que Dios quiere

de él. Dile que no tema perder la vocación ya que con el recogimiento y la piedad podrá superar todos los obstáculos".

Seguí el sabio consejo. Empecé en seguida a preparar con toda seriedad la toma de sotana. Una vez que di el examen de Humanidades me presenté al que se me exigía para la vestición clerical. Pero, como ese año, dada la epidemia del cólera, no se hicieron los exámenes en Turín, lo di, precisamente, en las habitaciones de la casa que nos dejó al morir don Carlos Bertinetti, y que entonces tenía en arriendo el canónigo Burzio.¹⁰⁷

Quiero hacer notar algo que hace ver a las claras el buen espíritu que caracterizaba a nuestro colegio de Chieri. Durante los cuatro años en los que lo frecuenté no recuerdo haber oído una conversación o una sola palabra contra las buenas costumbres o que fuera irrespetuosa en cosas de religión, terminado el curso de Retórica, veintiuno, de los veinticinco alumnos de mi clase, abrazaron el estado eclesiástico, tres se hicieron médicos y uno comerciante.

Volvía a casa durante las vacaciones. Dejé de lado mis charlatanerías y me entregué a lecturas que me ayudaran pues, y lo digo con pena, me había descuidado en este punto. Eso sí, continué ocupándome de los chicos, entreteniéndolos con mis narraciones, los juegos y los cantos, y enseñándoles alabanzas sagradas; y como me percaté que muchos de los más grandecitos ignoraban las verdades de la fe, me dediqué a enseñarles las oraciones de cada día y aquellas cosas que les eran indispensables en esa edad. Era como una especie de oratorio al que acudían unos cincuenta muchachos, que me querían y seguían como a un padre.¹⁰⁸

Notas previas

1. Síntesis del contenido de esta Década

También estos diez años están divididos en dos etapas bien definidas:

La primera comprende:

- *la toma de sotana, el sexenio transcurrido en el Seminario de San Felipe, en Chieri (1835-1841), la Ordenación Sacerdotal, y el semestre en que ejerció el ministerio presbiteral en la parroquia de Castelnuovo.*

La segunda se refiere:

- *ante todo, al tiempo pasado en el “Convitto de Turín”, o Residencia Eclesiástica, desde el 3 de noviembre de 1841 al segundo domingo de octubre de 1844.*
- *el nacimiento de su pastoral oratoriana, de tipo “migratorio” y sus sucesivas etapas:*
 - * *del Convitto Eclesiástico,*
 - * *del Refugio de la Marquesa Julieta Falletti Colbert de Barolo,*
 - * *del Cementerio de S. Pedro in Vincoli, la capilla de S. Martín de los Molinos Dora, la casa del sacerdote José Moretta, la propiedad de los hermanos Filippi, hasta su definitiva instalación en la Casa de Francisco Pinardi, en Valdocco, en la Pascua de 1846.*

En la primera parte de esta Década de sus Memorias, don Bosco nos describe su cuidadosa preparación para el Sacerdocio, el ambiente y la vida interna del Seminario, su relación personal con los superiores y los compañeros, sus grandes amistades y algunas figuras de presbíteros, como Juan Borel y José Cafasso, que tuvieron mayor incidencia en su formación sacerdotal. Pero calla dos circunstancias que Juan Bautista Lemoyne hace notar en las Memorias Biográficas: la primera, la amistad con el joven clérigo José Burzio (1822-1842), entrado al Seminario en 1840, y con quien Juan compartió la inquietud por las misiones extranjeras; la segunda, la razón definitiva por la que desistió de hacerse franciscano.

De José Burzio, don Bosco escribió un bosquejo biográfico que serviría de base a la vida escrita por el padre Félix Giordano en 1846. El 19 de septiembre de 1841, Burzio entró al noviciado con los Oblatos de María, en Pinerolo, y falleció allí el 20 de mayo del año siguiente. La relación con este amigo, no sólo ayudará a Juan a superar el vacío espiritual y afectivo que le acababa de dejar la muerte de Comollo, ocurrida el 2 de abril de 1839, sino que le facilitará entrar en contacto con los Oblatos de María, a quienes Gregorio XVI, desde 1837, había permitido comenzar una acción misionera fuera de Europa y enseguida les había confiado la Prefectura Apostólica de Birmania, en la India.¹⁰⁹ La inquietud misionera seguiría cuestionando al neopresbítero Juan Bosco en los primeros años de su permanencia en el Convitto Ecclesiástico y será uno de los elementos que deberá discernir con la ayuda de su confesor y director espiritual antes de hacer su opción definitiva, hacia 1844-1845, por los jóvenes más pobres y abandonados y por el estilo “oratoriano” de su pastoral educativa.

En la segunda parte relata don Bosco su permanencia de tres años en la Residencia Eclesiástica (o “Convitto”), de Turín, destacando la importancia formativa que tuvo para su sacerdocio; pero acentuando, en seguida, el significado que tuvo para la orientación de su misión específica, el “encuentro pastoral” con los muchachos pobres y abandonados de la ciudad, y la experiencia “oratoriana” que hace con ellos.

2. El seminario de Chieri, y la diócesis de Turín al comienzo de la Restauración política (1814 - 1841)

Don Bosco, escribiendo sus Memorias, aunque no está haciendo historia de su época y de la Iglesia Particular en donde va realizando su formación clerical y en cuyo presbiterio se va a insertar, se refiere a personas y a acontecimientos que tocan directamente su vida, y afectan su formación y sus opciones. Es, pues, indispensable conocer algo a lo menos, de ese marco histórico y cultural al que se refiere.

Nosotros ya hemos leído expresiones suyas sobre la desconfianza que siente respecto a algunos elementos pertenecientes al clero secular de su diócesis, y vamos a constatar, más adelante, en la época de la revolución política liberal, la angustia y rechazo que despiertan las conductas de los llamados “curas patriotas”, cuya influencia nefasta un día va a afectar sus mismos Oratorios. Dígase otro tanto de la ambigüedad vocacional de muchos compañeros del Seminario y la manera dura como los clasifica su íntimo amigo Comollo; y la insatisfacción que le deja el trato formalista y lejano de sus superiores. ¿Por qué esto en un “nuevo” Seminario, como ese de Chieri, recientemente fundado (1829)? ¿A qué problemas y exigencias busca éste, responder? ¿Qué proyecto de presbítero quiere plasmar y por qué? ¿Con cuáles criterios formativos del Seminario va él a confrontar sus propias inquietudes, su percepción del sacerdocio, las aspiraciones que lo han ido guiando en su discernimiento vocacional y que lo seguirán acompañando durante ese sexenio? ¿Cuáles son las condiciones reales de la diócesis de Turín en la que él se va a encardinar? ¿Cuál la mentalidad de su obispo?

Una síntesis orientativa sobre algunos de estos aspectos.

Ciertamente Juan Bosco irá descubriendo la realidad que vive la Iglesia y el clero durante esos años y los aspectos represivos y muchas veces arbitrarios del régimen absolutista implantado en el Piamonte y Europa a la caída napoleónica. Pero irá palpando, más allá, las causas históricas que los fueron generando, y tuvieron como origen la Revolución Francesa y el régimen napoleónico que dominó la vida política y religiosa hasta 1815; y experimentará, en forma cada vez más consciente, las huellas que todo este mundo de acontecimientos complejos y muchas veces ambiguos o contradictorios, había ido dejando en las condiciones sociales, religiosas y morales del pueblo cada vez más empobrecido e ignorante, al que pertenecían los muchachos que vagaban en abandono y bajo la explotación preindustrial, y que empezaron a formar el núcleo predilecto de su pastoral sacerdotal.

En efecto, la primera ocupación francesa (1796) y la anexión del Piamonte a Francia, el 11 de septiembre de 1802, trajeron como inmediatas consecuencias la supresión de las órdenes religiosas, el control oficial sobre la Iglesia, la progresiva laicización del estado, la reducción numérica de las diócesis, que de 17 pasaron a 8 en 1803, y la limitación de admisiones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Luego, a partir de la década de los años 40, en medio de la euforia democrática, parlamentaria y laicista y, por tanto, del rechazo a los regímenes monárquicos y absolutistas, y de la ingerencia de la Iglesia en la administración del poder público, se introdujeron formas de pensar y costumbres mundanas que debilitaron pronto las virtudes del clero, su disciplina religiosa y organizativa, su respeto a la jerarquía, la ejemplaridad de su conducta moral y su celo apostólico, y se impuso el desorden y la anarquía en la sociedad eclesial, con escándalo, desorientación y grave daño del pueblo. Sin embargo nunca se extinguió el celo sacerdotal en el corazón de muchos humildes pastores, en sectores suburbanos y rurales, y siempre hubo verdaderas figuras eclesiásticas ejemplares, algunas de las cuales serán protagonistas de iniciativas también para la renovación del clero y de las órdenes e instituciones religiosas, como Luis Anglesio (1803-1881), de quien dirá el mismo arzobispo Lorenzo Gastaldi, que había revivido la figura y el ardor apostólico de Sebastián Valfré (1629-1710), el servidor de “los últimos”; o Guillermo Audisio (1802-1882), nombrado por Carlos Alberto presidente de la Academia Eclesiástica de Superga, y formador en ella de un clero más acorde a las exigencias de su tiempo, estudioso y divulgador de ideas teológicas y morales, y hombre sensible a los problemas de una sociedad en transformaciones profundas. ¹⁰⁰ Destacando los arzobispos.

- * Monseñor Jacinto de la Torre (1747-1814), de los Condes de Lucerna; arzobispo de Sássari (1790) y Acqui (1799), trasladado en 1805 a Turín, comenzó la reforma de su Iglesia diocesana con grande preocupación pastoral. Se debe a él la readquisición de propiedades eclesiásticas, como la del Seminario Metropolitano de Turín, su reapertura y reorganización entre 1807 y 1814. Su labor es esencialmente de “sanación moral, espiritual y disciplinar” del clero. Pero la orientación clara y definitiva de la renovación de los estudios y de la educación espiritual, ascética y pastoral del clero, será fruto de las intervenciones de su sucesor, Mons. Colombano Chiaverotti, quien completa y consolida la obra comenzada por aquel.*
- * Monseñor Colombano Chiaverotti, benedictino camaldulense (1776), nacido en Turín el 5 de enero de 1754; ordenado sacerdote en 1789 y graduado en Derecho en la Universidad de su ciudad natal, ejerció el cargo de maestro de novicios y de Visitador General de su Orden. Fue obispo de Ivrea del 1817 al 1818; y de Turín de 1818 a 1831. Comenzó un nuevo ordenamiento del Seminario arquidiocesano en 1819 y lo aplicó, desde 1829, al Seminario de Chieri. La “Constitución del Seminario” contenía no sólo una reforma de la disciplina religiosa y moral del clero, sino que buscaba fomentar una profunda espiritualidad apostólica. El ideal presbiteral propuesto a los formandos era el de Cristo Pastor. Por tanto, un sacerdote entregado por completo al bien de sus fieles, hasta dar la vida por ellos. El lema “Da mihi animas, caetera tolle”, propuesto por él ya en Ivrea a sus clérigos, encerraba este proyecto de vida, que él exponía en sus intervenciones personales y en sus documentos con convincente elocuencia. Don Bosco lo hará también la oración programática y la frase clave de su espiritualidad sacerdotal. ¹⁰¹ Precisamente para proporcionar a los seminaristas un ambiente sereno, alejado de los movimientos políticos y doctrinales que agitan a la sociedad y a la iglesia turinesa en esos años, Monseñor Chiaverotti, en 1829, fundó en Chieri el Seminario de San Felipe, en donde Juan Bosco llevaría a cabo su formación doctrinal y ascética para el sacerdocio.*
- * Monseñor Luis Fransoni empezó en 1832 su arzobispado en la Capital Piamontesa. Era de familia genovesa, hijo del Marqués Domingo Fransoni y de la marquesa Battina Carrega. Víctima, con su*

*familia, de la tormenta napoleónica, alimentó siempre un instintivo rechazo de las ideas revolucionarias que lo llevó a ser intransigente, sobre todo en medio de los gravísimos conflictos personales que tuvo desde 1848, con los regímenes liberales del Piamonte. Fransoni no hizo otra cosa que continuar las líneas dejadas por Mons. Chiaverotti, ratificándolas con su carácter severo y exigente. Pero, para don Bosco, será sobre todo en los difíciles comienzos de su ministerio sacerdotal el pastor que comprenda y secunde sus inquietudes e iniciativas pastorales por los hijos del pueblo. Con don Bosco manifestaba el arzobispo uno de los aspectos característicos de su personalidad: la peculiar sensibilidad ante las situaciones de los pobres, faceta que contrastaba con otras de corte aristocrático, o excesivamente duras y exigentes en el ejercicio de su autoridad episcopal.*¹¹²

3. El “Convitto”, o Residencia Eclesiástica de Turín durante la permanencia de don Bosco (1841-1844).

Las opciones fundamentales de don Bosco en los años del Convitto: la misión entre los jóvenes y su espiritualidad educativa y pastoral

3.1. Espíritu y organización del Convitto Eclesiástico

“Para un joven sacerdote turinés no era cosa indiferente en el siglo pasado entrar al Convitto de S. Francisco de Asís. Se trataba de una opción de vida, la de aspirar a ser un tipo de presbítero fraguado básicamente en las espiritualidades de Ignacio de Loyola y de San Alfonso María de Ligorio”.

*La influencia del Convitto fue decisiva para la formación de un nuevo modelo de sacerdote-pastor austero en la vida personal, comprometido en un trabajo apostólico orientado según el Evangelio con un humanismo optimista y confiado, basado en la misericordia de Jesucristo, el Redentor, y que proponía la santidad a todos y a cada uno de los fieles, según su propio estado y condición de vida.*¹¹³

*En el Convitto esta orientación doctrinal ayudó a superar las diatribas teológicas entre un extremado rigorismo moral, heredero del Jansenismo, - que llevaba a obrar bajo la amenaza y el miedo-, y una moral que, yéndose al otro extremo, podía caer, por el contrario, en un benignismo superficial, poco exigente y aún permisivo, que podía conducir a una vida fácil, regalada y mediocre, ajena a las exigencias radicales del Evangelio. La clave concreta y práctica de la espiritualidad del Convitto estaba en la presencia, el magisterio y la dirección espiritual de José Cafasso, de Luis Guala y de Félix Golzio, de los que don Bosco hace los mejores elogios, como ejemplos vivos de los ideales y de las líneas operativas de la formación que proponían a sus discípulos.*¹¹⁴

La Residencia eclesiástica era una institución que integraba residencia, clases y experiencias pastorales, en una óptica formativa, para jóvenes sacerdotes recientemente ordenados. Este era su objetivo fundamental.

*El Convitto superaba la casuística moral, para hacer una propuesta integral de vida presbiteral, en la que se tenían en cuenta, juntamente con la acción soberana de la gracia, la verdad y la caridad, el ejercicio de la racionalidad y de la libertad humana, y la consideración de las circunstancias “personales”. Todo, a la luz del misterio de Cristo, Redentor y Salvador. El sacramento de la reconciliación adquiría así un marcado sentido “pastoral”, concreto y práctico, caracterizado por la misericordia y el estímulo, el equilibrio y la prudencia. Así venía a ser una propuesta contraria a la pastoral “rigorista”, más teórica y exigente y muchas veces inhumana.*¹¹⁵ *El reglamento elaborado por Luis Guala constaba de pocas normas, redactadas con un criterio tal que los sacerdotes pudieran seguir las practicando después en su vida pastoral ordinaria.*¹¹⁶

*El Inspirador del Convitto Ecclesiástico fue el Sacerdote Pio Brunone Lanteri (1759-1830), quien lo concibió como un instrumento para la “renovación” espiritual y pastoral del clero, en una línea más inspirada en la sabiduría del Evangelio, que también era el espíritu de diversas asociaciones de sacerdotes y seglares que habían dado origen a un verdadero Movimiento Católico en el Piamonte y en Italia.*¹¹⁷

*Pero, de hecho, el Convitto fue abierto por el P.Luis Guala en 1817, en los locales del convento adjunto a la Iglesia de S. Francisco de Asís, en la que ya funcionaban desde 1808 las Conferencias de Moral al frente de las cuales había estado el mismo celoso sacerdote.*¹¹⁸

Sobre aspectos organizativos del Convitto:

* *Respecto a los horarios: levantada a las 5,30 (5 am.en verano); a las 6 am. Oraciones, y celebración “individual” de las Santas Misas hasta las 10 am. A las 11, una conferencia de “moral” a cargo de José Cafasso.*

Por la tarde, a las 3, otra conferencia a la que también participan sacerdotes no residentes, o a veces, en lugar de conferencia, lectura espiritual. Esta charla la dirigía el mismo Cafasso o Luis Guala y versaba sobre diversos aspectos formativos, teológico - pastorales o de espiritualidad sacerdotal.

* *El tiempo restante se empleaba en el “ejercicio práctico del ministerio”, con preparación y revisión oportunas, y también, en algunos casos, con el acompañamiento de sus mismos formadores o sacerdotes de mayor experiencia que ya habían frecuentado el Convitto.*

Don Bosco relata la satisfacción enorme y el grande provecho que experimentaba cuando acompañaba al teólogo Juan Borel en diversos servicios pastorales.

* *La metodología de la Residencia Sacerdotal unía a los tiempos de oración y de estudio las conferencias doctrinales, la práctica pastoral y la dirección espiritual de los sacerdotes. No era, pues, una etapa más de estudios al estilo del Seminario, sino que hacía siempre referencia a la práctica del ministerio presbiteral para orientar, integrar y profundizar la vida, la acción y la espiritualidad sacerdotales.*¹¹⁹

Don Bosco, ordenado sacerdote el 5 de junio en la capilla del palacio arzobispal de Turín por Mons. Luis Fransoni, después de hacer el oficio de vicepárroco en Castelnuovo del 10 de junio al 2 de noviembre, entró al Convitto Ecclesiastico de Turín. Sus compañeros sacerdotes eran cerca de 40 provenientes de varias diócesis del Piamonte. La pensión era de 30 liras mensuales. Por los registros de contabilidad se sabe que a don Bosco se le hicieron rebajas al final de cada uno de los 3 años de permanencia. Ignoramos cómo haya hecho para pagar el resto de sus pensiones. Se posee el libro en el que apuntaba las intenciones de Misas celebradas.

*Juan Bosco permanece en la Residencia Eclesiástica hasta octubre de 1844. El juicio global que él hace de esta institución eclesiástica es bien concreto y experiencial: “Allí se aprendía a ser sacerdote”.*¹²⁰

3.2. Las opciones fundamentales de don Bosco en los años del Convitto: la misión entre los jóvenes pobres y abandonados; la espiritualidad pastoral y educativa del Convitto.

El Discernimiento y la opción vocacional.

Los 3 primeros años de su experiencia presbiteral en Turín (1841-1844) son definitivos. El ambiente de oración, de reflexión y de estudio, la fuerte experiencia pastoral con los muchachos más pobres y abandonados y la asesoría espiritual de José Cafasso, facilitan a don Bosco confrontar con la realidad pastoral de Turín sus aspiraciones y discernir sus definitivas opciones vocacionales.

- *Hay un primer paso del que don Bosco no deja constancia en sus Memorias del Oratorio. Es la clarificación que hace con la ayuda del P. José Cafasso acerca de su persistente inquietud por las misiones extranjeras. El parecer del P. Cafasso es muy concreto y preciso: Juan no debe seguir pensando en esa posibilidad. Las condiciones de salud que le impiden un simple viaje en coche por las molestias que le causa, deben ser suficientes para desistir. Estos datos los conocemos por el biógrafo Juan Bautista Lemoyne.* ¹²¹
- *El discernimiento vocacional que hace don Bosco en contacto con las urgencias pastorales de los muchachos callejeros y los jóvenes delincuentes en las cárceles turinesas, lo lleva a la certeza de que Dios lo llama para ellos. De la lectura de las Memorias del Oratorio, este proceso de clarificación vocacional y estas prioridades de su misión resultan evidentes. Se constata de inmediato una sintonía carismática con ellos, un don del Espíritu que lo lleva a encontrar las respuestas adecuadas, un estilo de relación educativa y pastoral completamente apropiado a sus condiciones y a sus aspiraciones más profundas. Don Bosco está hecho para ellos. Sin embargo hay una garantía más en el campo del “discernimiento espiritual” de corte ignaciano. Don Bosco lo pone todo en manos de Cafasso, en actitud obediencial de fe. Quiere estar seguro de la “voluntad de Dios” y halla en la asesoría de su confesor esa respuesta.* ¹²²

Rasgos típicos de la espiritualidad educativo-pastoral de don Bosco.

Pero los años del Convitto significan mucho más. Son punto clave para entender las características específicas del estilo educativo-pastoral de su presbiterado. En esta progresiva identificación influyen figuras cercanas de sacerdotes y figuras de trasfondo.

- **De las primeras**, don Bosco delinea en sus Memorias algunos rasgos esenciales de Luis Guala (1775- 1848), Félix Golzio (1801-1873), Juan Borel (1801- 1873) y sobre todo de José Cafasso (1811 - 1860).
- **De las de trasfondo**, nombra a San Alfonso María de Liguorio (1696 -1787), discípulo espiritual de San Francisco de Sales (1567-1622). Este, con Santa Teresa de Jesús, fue una de las fuentes principales que inspiraron la vida y el pensamiento de Alfonso María de Liguorio. La sintonía de su espiritualidad es tan sorprendente que bien pudo Alfonso de Liguorio ser llamado “el Francisco de Sales de Italia”. Y, casi como para poner una clave de lectura, don Bosco se refiere explícitamente a Jesucristo, de cuyo testimonio de caridad hacia Luis Guala, el Director del Convitto, el argumento fundamental para proponer al clero turinés un nuevo tipo de sacerdote pastor del que necesitaba la Iglesia Piamontesa con urgencia, por encima de las polémicas teológicas y de la casuística moral de rigoristas y benignistas.¹²³

En los discursos fúnebres, escritos a la muerte de José Cafasso, don Bosco manifiesta que ha visto en él, además de la mansedumbre, la caridad y la paciencia de S. Francisco de Sales, y de la dulzura, la condescendencia y la bondad de S. Alfonso María de Liguorio, la caridad que tuvo Vicente de Paúl para con los necesitados. Y Juan Bautista Lemoyne llega a afirmar que “El espíritu de don Bosco es el de S. Francisco de Sales transfundido en S. Vicente de Paúl”.

De manera que San Vicente sería una versión popular de S. Francisco de Sales, y don Bosco, una versión popular y juvenil de Vicente de Paúl y Francisco de Sales. ¹²⁴

La relación de don Bosco con ellos y con Felipe Neri (1515 - 1595), del cual habla don Bosco en 1868 en Alba, ha de entenderse más bien como una empatía espiritual y una serie de convergencias en las actitudes de la vida y de la acción. Esta cercanía espiritual tiene como cuadro histórico la “escuela ita-

liana de la Restauración Católica”, o sea, esa corriente espiritual que tiene sus orígenes en el “medievo franciscano”, y a través de Santos como Vicente de Paúl, o de Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola, Francisco de Sales y Alfonso María de Liguori, llega a don Bosco.

Como S. Francisco de Sales, don Bosco ha confiado en el hombre, ha amado pacientemente y centrado en el corazón su relación educativa y de pastor. San Francisco de Sales fue llamado el “Señor Jesucristo de su siglo”; San Vicente se fue haciendo como la encarnación “del espíritu de Jesucristo” entre los pobres; y don Bosco, esta misma personalización para los jóvenes.

El conocimiento de San Felipe Neri (1515-1595), como el de S. Francisco de Sales, ciertamente comenzó en los años del Seminario. Sobre S. Felipe don Bosco escribe varias veces. En las dos ediciones de la Historia Eclesiástica siempre da relieve a la preferencia del Santo por los pobres y los niños, y en la última acentúa más algunos aspectos pedagógicos.

En la homilía de Alba (mayo de 1868) hace una descripción de la vida y de la misión de Felipe Neri en la que parece describirse a sí mismo. Era lo que iba comentando la gente, en voz baja, mientras lo escuchaba.

Felipe va en busca de los mendigos, se mueve entre pobres y enfermos, quiere hacer todo lo que le sea posible para mitigar las condiciones de la gente que más necesita. Pero su vida son los jóvenes, a quienes se siente particularmente llamado. Se hace todo para ellos, aprende sus juegos, dramatiza sus catequesis, los trae pendientes de sus cuentos, usa la música y el canto, las meriendas campestres, o sea, lo que a ellos les agrada. No importa el cansancio, las contrariedades, los costos, los sacrificios, sólo importa ganarse para Dios a esas criaturas que acaricia y consuela con un amor de padre. En todas partes se le ve rodeado de jóvenes. ¡Ellos han llegado a ser “su mayor y continua preocupación, y su delicia”! Tiene como un imán que los atrae, y que es su secreto. Posee “la bondad y la mansedumbre del Señor y Salvador Jesucristo”.

Escribiendo de él, don Bosco acentúa aforismos pastorales que revelan líneas maestras de su propia espiritualidad apostólica:

- *La verdadera fe se vive en la caridad pastoral; el celo apostólico nos santifica.*
- *Nada puede agrandar a Dios tanto como el celo por la salvación de los demás. Ese fue el fuego que vino a traer el Señor a la tierra. El celo por el cual Pablo deseaba ser despreciado con Cristo por sus hermanos.*
- *¡Porque de las cosas divinas, la mayor es cooperar con el Señor en la salvación del prójimo!*
- *Algunos dicen, que San Felipe Neri pudo hacer tanto bien porque era santo. Yo digo que lo pudo hacer, y que se santificó, porque vivió el espíritu de caridad apostólica propio de su vocación sacerdotal.¹²⁵*

De todas estas experiencias y sintonías espirituales, resulta una suma orgánica de valores que, desde la óptica de su pastoral educativa con los muchachos “pobres y abandonados”, reinterpreta vitalmente don Bosco, como la confianza en Dios, el sentido del deber vivido con sensibilidad religiosa, el valor pedagógico y educativo de la práctica sacramental, la fidelidad a la Iglesia y al magisterio pontificio, el sentido realista de la muerte y de los novísimos, la mansedumbre y la bondad, la compasión y la caridad para con los pobres, la capacidad de esperanza, de alegría, de creatividad y de optimismo juveniles. Todo visto a través de la contemplación de Jesucristo, el Buen Pastor que da la vida por las ovejas del rebaño.

El estudio de esta parte de las MEMORIAS DEL ORATORIO es fundamental para entender la progresiva elaboración de la personalidad presbiteral de don Bosco en esos años decisivos del Seminario y del Convitto Eclesiástico. Así que, si don Bosco llega a ser un sacerdote capacitado

teológicamente para entender el lenguaje doctrinal de su época, ante todo será un presbítero que personaliza una fisonomía peculiar de "pastor".

Un pastor

** que se fraguó en la forja del trato educativo con los muchachos pobres y abandonados que Dios le puso en sus manos en los suburbios, las calles y las cárceles turinesas,*

** y en la forja de una espiritualidad profunda, de filiación y de confianza en la providencia de Dios Padre, bajo la iluminación de la palabra y del testimonio de José Cafasso, Luis Guala y Félix Golzio.*

En ellos, efectivamente, don Bosco veía unidos en una síntesis vital, los principios del Evangelio, la criteriología humanista de la moral alfonsiana, el estudio, la oración y el incansable ejercicio pastoral del ministerio presbiteral de sus maestros, particularmente del ministerio de la Reconciliación a través del cual él mismo recorrió un camino de santidad y acompañó a innumerables hijos y discípulos en sus luchas y en sus ascensiones espirituales.

[26] Vestición clerical y reglamento de vida

Tomada la resolución de abrazar el estado eclesiástico y sufrido el examen de ingreso, empecé a prepararme para aquel día tan importante ya que estaba persuadido de que de la opción vocacional depende ordinariamente la eterna salvación o la eterna perdición.¹²⁶ Me encomendé a las oraciones de varios amigos, hice una novena, y el día de San Rafael, después de haberme acercado a los santos sacramentos, el teólogo Cinzano, cura y vicario foráneo de mi parroquia, bendijo la sotana y me la impuso antes de la misa mayor.¹²⁷

Cuando me mandó quitarme los vestidos de seglar con aquellas palabras: "*Que el Señor te despoje del hombre viejo y de sus actos*", dije en mi corazón: "*¡Oh cuánta ropa vieja he de quitar! Destruye en mí, Dios mío, todas mis malas costumbres*". Después, cuando al ponerme el alzacuello añadió: "*Revístate el Señor del hombre nuevo, creado por Dios en la justicia y en la santidad de la verdad*", agregué en mis adentros: "*¡Sí, haz que desde este momento, oh Señor, yo sea un hombre nuevo; es decir, que empiece una vida nueva, según tu voluntad, y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, de mis palabras y de mis acciones. Así sea. ¡Oh María!, sé tú mi salvación!*".¹²⁸

Terminada la fiesta religiosa quiso mi buen párroco festejarme también de otra manera completamente diversa. Llevarme a la conmemoración de San Miguel que se celebraba en la pequeña aldea castellanovense de Bardella. De esta manera quería demostrarme su cariño, pero aquello ya no era para mí. Me encontré allá, efectivamente, como una marioneta recién vestida para una exhibición. Además, después de las semanas de preparación para ese día tan esperado, ¿cómo iba a sentirme a gusto en una reunión en la cual había gente de toda condición y sexo, reunida para comer, bromear, beber y gozarla a sus anchas, y que había ido solamente para entretenerse, para bailar y divertirse a su capricho? ¿cómo podía ser compatible aquello con el estado de ánimo de quien esa misma mañana había recibido la sotana que era signo de santidad y de entrega total al Señor?

Mi párroco que se había dado cuenta de mi conflicto, me preguntó cuando volvíamos a casa por qué en un día de esparcimiento general me había mostrado tan retraído y preocupado. Con toda sinceridad le respondí que la celebración de la mañana en la Iglesia no concordaba ni en género, ni en número ni en caso con la fiesta de la tarde. Y sobre todo que, cuando vi entre los comensales a algunos sacerdotes que por efectos del trago más parecían unos bufones, había llegado hasta a experimentar una especie de rechazo de mi vocación. Si supiera, en efecto, que con el tiempo podría volverme como uno de ellos, preferiría dejar ahora la sotana y vivir como un simple seglar y un buen cristiano.

- *El mundo está hecho así me respondió mi párroco, y hay que tomarlo como es. También es necesario darse cuenta del mal para evitarlo. Nadie llegó a ser un buen guerrero sin aprender a manejar las armas. Así debemos hacer nosotros que estamos en una lucha continua contra el enemigo.*

Yo me quedé callado, pero dije en mi corazón: *No volveré jamás a participar en este tipo de fiestas públicas, a no ser que así lo exijan las celebraciones religiosas del pueblo.*

[27] Después de la vestición debía pensar seriamente en mí mismo, pues tendría que reformar radicalmente la vida que había llevado hasta entonces. No es que hubiese sido malo en los años precedentes, pero sí disipado, vanidoso y muy metido en partidas, juegos, pasatiempos y cosas semejantes que, aunque de momento proporcionaban satisfacciones, no llegaban a llenar el corazón.

Para estabilizar mi nueva vida y no correr peligro de echar al olvido mis buenas resoluciones, escribí los siguientes propósitos:

- 1) De ahora en adelante nunca participaré en fiestas públicas, en ferias y mercados, ni iré a ver bailes o representaciones de teatro. En cuanto me sea posible no tomaré parte en las comidas a que suelen invitar en tales circunstancias.
- 2) No daré espectáculos con el cubilete mágico, la prestidigitación, o de saltimbanqui, ni juegos de destreza en la cuerda, ni tocaré el violín, ni volveré a salir de cacería. Estas cosas contrastan, sin duda, con el espíritu eclesiástico.
- 3) Más bien voy a amar y a buscar los momentos de silencio, ser sobrio en la comida y la bebida, y al descanso sólo daré las horas estrictamente necesarias para la salud.
- 4) Así como en el pasado alimenté la superficialidad con lecturas profanas, ahora procuraré agradar al Señor dándome a libros de contenido religioso.
- 5) Combatiré con todas mis fuerzas lo que vaya contra la castidad, sean lecturas, pensamientos, conversaciones, palabras o comportamientos y, por el contrario, tendré en cuenta todo aquello, aunque sean pequeñas cosas, que pueda contribuir a que yo pueda conservar esta virtud.
- 6) Además de las prácticas ordinarias de piedad, no dejaré de hacer cada día un poco de meditación y de lectura espiritual.
- 7) Todos los días trataré de contar algún ejemplo o decir alguna frase que ayude a los demás, y esto sea tanto con mis compañeros como con amigos o parientes y, si no hay posibilidad de hacerlo con otros, lo haré con mi madre.

Estos son los propósitos de mi toma de sotana y para que quedaran bien impresos en mi corazón fui ante una imagen de la Santísima Virgen, los leí, y después de encomendarme a su protección, le prometí guardarlos aun a costa de cualquier sacrificio. ¹²⁹

[28] Hacia el Seminario.

El día 30 de octubre de 1835 debía ingresar al seminario. El pequeño paquete de ropa estaba preparado. Todos mis parientes se mostraban contentos y yo más todavía. Sólo mi madre estaba pensativa y no me perdía de vista como si tuviese que decirme alguna cosa. La víspera de mi partida por la tarde me llamó y me dijo estas inolvidables palabras: *“Querido Juan, has recibido la sotana sacerdotal y yo he experimentado el más grande consuelo que una madre puede sentir al ver la felicidad de su hijo. Pero recuerda bien que no es la apariencia sino las virtudes lo que honra a un sacerdote. De manera que si alguna vez llegaras a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no dudes en dejar la sotana, antes que deshonorarla. Bien sabes que yo prefiero que seas un pobre campesino y no un sacerdote negligente. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen y te recomendé la devoción a nuestra Madre cuando comenzaste los estudios, ahora te digo que te entregues del todo a Ella, aprecia a los compañeros devotos de María, y si llegas a sacerdote, inculca y propaga siempre su devoción”.*

Al terminar estas palabras mi madre estaba conmovida y yo lloraba. Yo le respondí:

- *Madre, le agradezco lo que me ha dicho y todo lo que ha hecho por mí, sus palabras no caerán en el vacío, las guardaré como un tesoro toda la vida.*

Por la mañana temprano salí para Chieri y por la tarde del mismo día me interné en el Seminario. Después de saludar a los superiores y de arreglar la cama nos fuimos con el amigo Garigliano a recorrer los dormitorios y corredores, luego bajamos al patio. Allí, mirando el reloj de sol, vi esta inscripción: “el tiempo pasa lentamente para los tristes, pero vuela para los que viven alegres”.¹³⁰ Le dije entonces a mi amigo: *este será nuestro programa, mantengámonos alegres y el tiempo pasará pronto.*

Al día siguiente comenzó un triduo, a manera de retiro espiritual, que procuré hacer lo mejor posible. Pero antes de terminarlo me presenté al profesor de filosofía, que era el teólogo Ternavasio, natural de Bra, y le pedí alguna orientación que me ayudara a cumplir bien mis deberes y a ganarme la estima de mis superiores. El experimentado sacerdote me respondió: *sólo una cosa, el exacto cumplimiento del deber.*

Me pareció básico este consejo y me entregué con toda el alma a la observancia del reglamento del Seminario. No había diferencia para mí si sonaba la campana para el estudio, o para ir a la iglesia, al comedor, la recreación o el dormitorio. Esta exactitud me atrajo el aprecio de compañeros y superiores, de manera que los seis años del seminario fueron para mí de los más felices de mi vida.¹³¹

[29] La vida en el Seminario.

Los días de seminario trascurren más o menos iguales, por lo que me limitaré a describir algunas generalidades, dejando para escribir aparte otros hechos más detallados. Me referiré, ante todo, a los superiores.

Yo los quería mucho y ellos fueron siempre muy buenos conmigo; pero mi corazón no estaba satisfecho porque conversábamos con el Rector y los otros superiores sólo al volver y al marcharnos a vacaciones. Del resto sólo se iba donde ellos cuando nos llamaban para reprendernos. Todos se turnaban semanalmente en la asistencia del comedor y para acompañarnos durante los paseos. Eso era todo. Cuántas veces hubiera querido hablar con ellos, pedirles un consejo o consultarlos sobre alguna duda, pero era imposible; por el contrario, cuando pasaba alguno de ellos entre los seminaristas, éstos, sin saberse por qué, se escapaban precipitadamente por una u otra parte, como si huyeran de un animal peligroso.¹³² Todo me hacía desear más vivamente ser cuanto antes sacerdote para estar con los jóvenes, acompañarlos y ayudarles en sus necesidades.

En cuanto a los compañeros, me atuve al consejo de mi madre: que me juntara con los devotos de María y con los que amaran el estudio y la piedad. Pensando en quienes deseen entrar al seminario debo decirles que en éste, así como hay clérigos ejemplares, hay algunos también muy peligrosos. Porque no pocos entran sin vocación, ni tienen buen espíritu, ni se preocupan porque su conducta sea la de un buen seminarista. Es más, recuerdo haber oído pésimas conversaciones y una vez, registrando las cosas de algunos, les encontraron toda clase de libros malos y obscenos. Es verdad que este tipo de compañeros, o dejaban por propia iniciativa la sotana, o eran de inmediato despedidos apenas descubiertos, pero durante el tiempo que permanecían en el seminario eran una verdadera peste para buenos y malos.¹³³

Para evitar tales peligros elegí a algunos cuya virtud era notoria entre todos: Guillermo Garigliano, Juan Giacomelli, de Avigliana y, más tarde, Luis Comollo. Estos tres compañeros fueron para mí un verdadero tesoro.¹³⁴

Las prácticas de piedad se cumplían muy bien. Todas las mañanas teníamos misa, meditación y la tercera parte del rosario. Durante la comida, alguna lectura formativa, que en esos años era la Historia Eclesiástica de Bercazel. La confesión quincenal era obligatoria pero podía hacerse también cada sábado.¹³⁵ En cambio, la Santa Comunión se podía recibir sólo los domingos o en especiales solemnidades. Si se hacía también algunas veces durante la semana, teníamos que arreglárnoslas eligiendo entre ésta o el desayuno, hacerlo a escondidas en la contigua iglesia de San Felipe y, una vez recibida la comunión, meterse entre los compañeros cuando iban al estudio o a la clase. Era una falta contra el horario y, por tanto, estaba prohibido, pero los superiores la autorizaban tácitamente ya que sabiéndolo y aún dándose cuenta ellos mismos algunas veces, no decían nada. De este modo pude recibir con más frecuencia la Comunión y puedo decir que ella fue el más eficaz alimento de mi vocación.¹³⁶

Más tarde, por disposición del arzobispo Gastaldi, se puso remedio a esto organizando las cosas de tal forma que los que estaban preparados podían acercarse a comulgar cada mañana.

[30] Diversiones y recreos.

Las carreras eran el pasatiempo más común durante el tiempo libre. Al comienzo yo participaba en ellas con mucho gusto, pero como me recordaba mis anteriores andanzas de saltimbanqui, a las que había renunciado, las dejé por completo. Se nos permitía también a veces el juego de barajas y me dediqué a él por algún tiempo. Sólo que aquí se mezclaba lo dulce con lo amargo, pues aunque no era un gran jugador, sin embargo tenía tal suerte que casi siempre ganaba, de modo que al final tenía las manos llenas de dinero mientras que los compañeros perdedores quedaban tristes por el resultado y yo acababa peor todavía que ellos.

Además prestaba tanta atención al juego que después no me era posible reconcentrarme en la oración y en el estudio, pues la imaginación se me iba tras el Rey de Copas, la Sota de Espadas y el As de Oros o de Bastos. Me decidí entonces a renunciar a esta entretención como lo había hecho ya con otras. Esto me ocurrió a mitad del segundo año de filosofía, en 1836.¹³⁷ Cuando la recreación era más larga se amenizaba con algún paseo por los pintorescos alrededores que circundan a Chieri. Aquellas salidas nos eran muy útiles para los mismos estudios pues nos ejercitábamos en temas escolares a través de preguntas y respuestas. Pero, aun permaneciendo en el Seminario, podíamos departir con los amigos sobre temas divertidos, o sobre ejemplos de vida o cuestiones científicas.

Aprovechábamos también los recreos largos para hacer en el comedor los llamados círculos de estudios. En ellos podíamos plantear nuestras inquietudes, o pedir explicaciones sobre temas que en la clase no habían quedado claros. Era algo que me gustaba mucho, porque servía no sólo para los estudios sino para la vida de piedad, y hacía bien a la salud.¹³⁸

La manera de preguntar de Comollo nos llamaba siempre la atención. Él había entrado al seminario un año después de mí. Domingo Peretti, ahora párroco de Buttigliera, era muy locuaz e intervenía siempre. Garigliano era magnífico como oyente. Se limitaba a dar algún parecer. Yo era el presidente y juez inapelable. Como en nuestras charlas salían cuestiones y asuntos científicos a los que ninguno podía responder, nos repartíamos las cosas difíciles y luego, cada uno, dentro de un plazo fijado, debíamos traer la solución al asunto que se nos había encomendado.

No era raro que mis recreos fueran interrumpidos por Comollo. Me tiraba de la sotana para que lo acompañara e íbamos a hacer la visita al Santísimo Sacramento por los agonizantes, o a rezar el rosario o el Oficio de la Virgen en sufragio de las almas del purgatorio. Este maravilloso compañero fue para mí una bendición. Sabía darme oportunos avisos, corregirme o consolarme; pero con tanta delicadeza y caridad que hasta me gustaba darle motivos para tener la dicha de que me corrigiera. Nuestro trato era familiar e instintivamente me sentía inclinado a seguir sus ejemplos. Aunque muy distante de él en la

virtud, ciertamente le debo, sea el no haberme dejado llevar por compañeros superficiales, como el progreso que fui haciendo en mi vocación. En un aspecto, sin embargo, nunca intenté imitarlo, en la mortificación. Había cosas que me asombraban y me hacían estimarlo como un compañero y amigo incomparable, un estímulo para el bien y un modelo de virtud para todo seminarista. Por ejemplo, ver a un joven de diecinueve años ayunar rigurosamente durante toda la cuaresma y en los otros tiempos mandados por la Iglesia, o los sábados, en honor de la Santísima Virgen; verlo renunciar a menudo al desayuno, limitarse a veces en la comida a pan y agua, soportar desprecios e injurias sin dar la más mínima señal de resentimiento, cumplir exactamente los deberes de estudio y de piedad.¹³⁹

[31] Las vacaciones.

Las vacaciones suelen ser un gran peligro para los seminaristas, tanto más entonces que duraban cuatro meses. Por mi parte me ocupaba en leer y escribir, pero como no sabía aprovechar bien cada día, perdía muchos días sin sacar fruto alguno de ellos. Me entretenía con algún trabajo manual haciendo uso de madera, clavijas y trompos, torneando esferas y bochas, o arreglando y cortando sotanas y cosiendo zapatos; trabajaba también el hierro y la madera. Hay todavía en mi casa de Murialdo un escritorio y una mesa con algunas sillas que recuerdan las obras maestras que hacía en vacaciones. Me ocupaba también en segar la hierba del campo, recoger el trigo, quitar los sarmientos tiernos, limpiar la uva, vendimiar, preparar y sacar el vino y cosas semejantes. Dedicaba tiempo también para mis muchachos, pero sólo durante los días festivos. Experimentaba una gran satisfacción al enseñar el catecismo a muchos amigos míos de dieciséis o diecisiete años, que ignoraban aún las verdades de la fe; pero también me dedicaba con buen resultado a enseñarles a leer y a escribir, porque el deseo, y hasta la pasión por aprender alguna cosa, que se había despertado por entonces, hacía que me buscasen muchachos de todas las edades. Las clases eran gratuitas, pero sí les exigía cumplimiento, atención, y la confesión mensual. Al principio hubo algunos que, por no someterse a estas condiciones, desistieron; pero para otros fue de buen ejemplo y de estímulo.¹⁴⁰

También comencé a predicar, con el permiso y la supervisión de mi párroco. Durante las vacaciones del segundo año de filosofía hablé sobre el rosario en Alfiano; terminado el primero de teología, en Castelnovo de Asti sobre San Bartolomé apóstol, y sobre la Natividad de María en Capriglio. No sé cuáles hayan sido los frutos, aunque en todas partes se hablaba muy bien de mi predicación. Lo cierto es que poco a poco me llené de vanagloria, hasta cuando no tuve un gran desengaño. En una ocasión, después de haber celebrado la Natividad de María, pregunté a uno, que parecía ser de los más inteligentes, acerca del contenido del sermón que tanto elogiaba, y me respondió: su sermón fue sobre las pobrecitas ánimas del purgatorio, y mi tema había sido: ¡las glorias de María! Quise también saber el parecer del párroco en Alfiano. Se llamaba José Pellato y era un hombre de mucha piedad y doctrina. Me respondió:

- *Su prédica fue bella, ordenada, con buena dicción y apoyada en citas de la Sagrada Escritura. Si continúa así va a ser un buen predicador.*
- *¿Y entendería la gente?*
- *Poco. Tal vez mi hermano sacerdote, yo y alguno más.*
- *¿Cómo es posible que no se entiendan cosas tan sencillas?*
- *Eso le parece a Usted. Son cosas difíciles para el pueblo. Aludir a la Historia Sagrada, o argumentar sobre el tejido de la vida de la Iglesia, son cosas que ellos no comprenden.*
- *Entonces, ¿qué me aconseja?*
- *Deje la literatura y los clásicos. Siempre que pueda hable en dialecto, y si usa el italiano emplee las expresiones populares. En vez de tanto razonamiento sírvase de ejemplos, de comparaciones y apólogos sencillos y prácticos. Recuerde siempre que el pueblo entiende bien poco y que nunca se le explica lo suficiente las verdades de la fe.*¹⁴¹

Ese consejo paternal me sirvió de norma para toda la vida. Conservo todavía, y me da pena decirlo, aquellos sermones en los que no veo ahora sino vanagloria y afectación. Dios misericordioso dispuso que sufriera esa experiencia que, por otra parte, me ha sido muy útil en la predicación, la catequesis, la docencia, y para mis escritos, a los que ya desde entonces comenzaba a dedicarme.

[32] Comida campestre - al sonido del violín - la cacería.

Cuando hace poco decía que las vacaciones son peligrosas, me refería precisamente a mí. A un pobre clérigo le sucede a menudo, y hasta sin darse cuenta, que se encuentre expuesto a algún grave peligro. Yo tuve esta experiencia. Hace algunos años fui invitado a una fiesta en casa de mis parientes. No quería ir, pero se me dijo que faltaba un clérigo para atender lo de la Iglesia y también, ante las insistencias de mi tío, me pareció que debía aceptar, y de hecho fui.

Terminadas las funciones religiosas en las que entre varias cosas que me tocó hacer, también estuve ayudando a cantar, pasamos al almuerzo. Al comienzo las cosas transcurrieron sin incidente alguno, pero cuando se fue subiendo el vino empezaron a aludir a ciertos temas que no podía tolerar un seminarista.

Intenté inútilmente hacer alguna observación, y luego quise retirarme. Me levanté y tomé mi sombrero para salir, pero mi tío se opuso; otro empezó a hablar peor todavía y a insultar a todo el mundo. Pronto habían pasado de las palabras a los hechos: gritos, amenazas, vasos, botellas, platos, cucharas, tenedores y cuchillos que volaban produciendo un ruido espantoso. Entonces no me quedó otra solución que escaparme a la carrera. Una vez en casa, volví a renovar con todo el corazón mi propósito de mantenerme apartado de circunstancias como éstas, en que pudiera exponerme al pecado.

En Crivelle, vecindario de Buttigliera, ¹⁴² me ocurrió también un hecho desagradable. Se celebraba la fiesta de San Bartolomé, y según otro de mis tíos, se trataba de ayudar a las funciones sagradas, cantar y tocar el violín que era mi instrumento predilecto, pero al que yo había ya renunciado. En la iglesia todo salió a las maravillas. El almuerzo tuvo lugar en la casa de mi tío, que era el prioste de la fiesta y hasta el momento nada había que lamentar. Concluido el almuerzo los comensales me pidieron que tocara algo para entretenerlos. Yo me negué. Pero un músico que estaba presente me dijo:

- *Por lo menos acompañeme usted. Yo toco la primera voz, haga usted la segunda.*

¡Así son las cosas!, no fui capaz de contrariarlo y empezamos a tocar, y seguimos durante un buen rato, hasta cuando oí cuchicheos y ruidos. Me acerco a la ventana y me encuentro con que, en el patio vecino, y al ritmo de mi instrumento, hay un mundo gente que baila alegremente.

No sabría cómo expresar la rabia de que fui presa en ese momento, de manera que dije a los presentes:

- *Así que yo siempre hablando contra este tipo de cosas ¿y ahora resulto promoviéndolas?. Esto no volverá a repetirse. Hice trizas el instrumento y no lo volví a usar jamás, ni siquiera en las funciones sagradas.*

Todavía un episodio más, esta vez referente a la cacería. Durante el verano bajaba los nidos y en otoño usaba la cuerda o la trampa, la pajarera y a veces el fusil. Una mañana me fui persiguiendo, durante varias horas, una liebre por potreros, viñas, valles y montañas. Finalmente, cuando la tuve al alcance de un tiro disparé y le destrocé las costillas. El animal cayó pero yo quedé sumido en el pesar por su muerte. Al escuchar el ruido, mis compañeros vinieron corriendo, y mientras me demostraban su alegría por la presa que había logrado, me hallé a dos millas de distancia de mi casa, en mangas de camisa, sin sotana y con un sombrero de paja, de manera que parecía hubiera estado desbrozando maleza. Esto me molestó mucho y pedí excusas a los amigos por el escándalo que les daba con esa vestimenta y de nuevo renuncié, y esta vez definitivamente, a toda clase de cacería. Con la ayuda de Dios mantuve la palabra y que Él me perdone por semejante escándalo.

Estos tres hechos fueron para mí una terrible lección. Desde entonces he sido más medido en mis cosas y quedé completamente persuadido de que el que quiere darse plenamente al Señor tiene que dejar por completo esos pasatiempos mundanos.

Puede ser, en verdad que no siempre sean pecaminosos, pero también es cierto que, por las conversaciones que se oyen, por la manera de vestir, de hablar y de comportarse, encierran siempre algún peligro, especialmente para la virtud de la castidad que es tan delicada. ¹⁴³

[33] Amistad con Luis Comollo.

Mientras Dios conservó en vida a este incomparable compañero, mantuve con él una íntima relación. Durante las vacaciones iba yo muchas veces a verlo o él venía a buscarme. Nos escribíamos frecuentemente. Para mí era un joven santo. Precisamente porque era tan virtuoso yo lo amaba y él me estimaba por la ayuda que le prestaba en los estudios. Siempre que estábamos juntos aprendía algo bueno de él.

En unas vacaciones vino a pasar un día conmigo mientras mis parientes andaban de siega por el campo. Me leyó el sermón que iba a pronunciar en la fiesta de la Asunción de María. Después quiso ensayar la pronunciación y la acción. En un determinado momento nos dimos cuenta de que era hora del almuerzo y estábamos solos en casa. ¿qué hacer?

- *Ya está, dijo Comollo; yo prendo el fuego, tú prepara la olla y ya veremos qué echamos adentro.*
- *Muy bien, le dije. Pero primero vamos al gallinero y traemos un pollo que nos servirá de sopa y para el plato fuerte, así hace mi madre.*

Pronto conseguimos el pollo. Ahora, ¿quién lo iba a matar? Ninguno de los dos se atrevía. Al fin llegamos a un arreglo: Comollo sostendría el animal por el cuello sobre un tablón de madera y yo se lo cortaba con una hoz desafilada. Descargué el golpe y cayó la cabeza. Nosotros sin más, nos escapamos llorando.

- *¡Sí que somos tontos!, dijo al rato Comollo. El Señor nos ha mandado servirnos de los animales para nuestro bien ¡dejémonos, pues, de tanto espaviento! y sin más, recogimos el animal, y una vez desplumado y preparado, nos sirvió para el almuerzo.*

Quedamos en que iría a Cinzano para oír el sermón de Comollo el día de la Asunción, pero, habiéndome encargado también a mí de hacer en otra parte el mismo sermón, lo visité el día siguiente. Le admiraba a uno oír los elogios que se decían de su prédica. Se celebraba ese 16 de agosto la fiesta de San Roque, que suelen llamar de la piñata o de la cocina, porque los familiares y los amigos se invitan a comer y a pasar divertidos el día. Pero para mí resultó ser una oportunidad de poner a prueba mi audacia, porque se estuvo esperando inútilmente al predicador casi hasta el momento en el que debía subir al púlpito. Entonces, para sacar del apuro al párroco de Cinzano, me fui con cada uno de los párrocos que estaban presentes, rogándoles e insistiéndoles que le dirigieran un sermoncito a tanta gente que estaba en la iglesia. Sin embargo ninguno quiso hacerlo. Cansados de mis repetidas invitaciones, me respondieron a secas:

- *¡Metido que eres! ¡Como si improvisar un panegírico acerca de San Roque fuera lo mismo que tomarse un vaso de vino! ¡Hazlo tú en vez de estar molestando a los otros!*

Todos aplaudieron la ocurrencia y yo, fastidiado y herido en el amor propio, respondí:

- *No pensaba meterme en semejante lío, pero si ustedes no quieren, acepto.*

Entonces, se entonó un canto en la iglesia para darme tiempo de pensar en algo. Luego, tratando de recordar la vida del santo que hacía poco había leído, subí e hice una homilía que siempre dijeron había sido la mejor que se había escuchado no sólo hasta entonces, sino después de esa fiesta.

En esas mismas vacaciones (1838) y en esos días salí también con Comollo de paseo hasta una colina desde donde se divisa una vasta extensión de potreros, sembríos y viñas.

- *Mira Luis, qué malas van a ser las cosechas este año, le dije. ¡Pobres cam pesinos, tanto trabajo para nada!*
- *Es el Señor que se hace sentir, me respondió. Créeme, nuestros pecados son los que causan todo esto.*
- *Ojalá el año entrante nos dé el Señor más abundancia de frutos.*
- *Eso mismo digo yo, y qué bueno será para los que puedan gozarlos.*
- *Ánimo, dejemos de lamentarnos. Paciencia por ahora. Ya veremos el año próximo las vendimias que habrá y el vino que tendremos.*
- *Tú lo vas a gozar.*
- *Y tú, ¿continuarás tomando agua?*
- *Yo espero tomar un vino mejor.*
- *¿Qué quieres decir con eso?*
- *Nada, nada..., el Señor sabe lo que hace.*
- *No me refiero a eso; lo que quiero saber es qué quieres decir con esas palabras: “Yo espero tomar un vino mejor”. ¿Quieres irte ya al paraíso?*
- *Aunque no estoy tan cierto de ir al paraíso después de mi muerte tengo, sin embargo, fundadas esperanzas de que será así. Desde hace algún tiempo deseo tan vivamente gustar ya de las delicias de que gozan los bienaventurados que me parece imposible que duren todavía mucho los días de mi vida.*

Esto lo decía Comollo con la dicha en el rostro mientras tenía aún una óptima salud y se preparaba para volver al Seminario.

[34] Un hecho de la vida de Comollo.

En otra obra escribí lo más significativo en torno a la preciosa muerte de este querido amigo. Allí quien desee puede leerlo a su gusto. Me limitaré ahora a un suceso que dio mucho que hablar y del que apenas se hace mención en los rasgos biográficos ya publicados. Es el siguiente: dada la amistad y la confianza ilimitada que nos teníamos no era raro que departiésemos sobre nuestras cosas ordinarias y también acerca de nuestra inevitable separación en el momento de la muerte. Un día, después de una larga lectura de la vida de los santos, dijimos, entre broma y en serio, que nos sería de grande consuelo si el que primero de nosotros muriera pudiese venir a comunicarle al otro cuál había sido su suerte y al fin, después de tratar varias veces sobre el asunto, llegamos a formalizar este trato: “Si Dios lo permite, el primero de nosotros que muera vendrá a decir al que sobreviva si se ha salvado”.

Nunca imaginé la importancia que este compromiso tenía y reconozco que fuimos muy superficiales al hacerlo. A nadie, pues, aconsejo una cosa semejante. Sin embargo, así lo reafirmamos varias veces, sobre todo durante la última enfermedad de Comollo, y hasta con sus últimas palabras y con la última mirada que nos dimos. Muchos compañeros conocían lo que habíamos pactado.

El 2 de abril de 1839 moría Comollo. Al día siguiente, por la tarde, se le daba sepultura con toda solemnidad en la iglesia de San Felipe. Los que sabían lo de nuestro compromiso estaban pendientes de lo que podía suceder. Mi expectativa era mucho mayor todavía. Me proporcionaría, efectivamente, un grande consuelo en medio de la desolación causada por su muerte. Y de veras, aquella noche, estando ya acostado, en un dormitorio de cerca de veinte seminaristas, fui presa de una grande agitación presintiendo con seguridad que iba a cumplirse la promesa. Ya cerca de las once y media se comenzó a sentir un enorme ruido por los corredores. Parecía como si una enorme carreta tirada por muchos caballos se fuera acercando a la puerta del dormitorio. El estruendo se hizo cada vez más aterrador, como

si fuera un trueno, e hizo temblar todo el dormitorio. Espantados, los seminaristas saltaron de sus camas y amontonándose buscaban darse ánimo mutuamente. Entonces fue cuando, en medio de aquello que semejaba un trueno violento y profundo, se oyó con claridad la voz de Comollo que repitió hasta tres veces: *¡Bosco, me he salvado!*

Todos oyeron el ruido, algunos la voz, pero sin entender lo que decía; otros percibieron el sentido de las palabras como yo, a tal punto que durante mucho tiempo se siguieron repitiendo en el Seminario. Fue la primera vez que recuerdo haber tenido miedo. Un miedo y un terror tan grandes que caí enfermo de gravedad y me vi a las puertas de la tumba.

A nadie le aconsejaría una cosa semejante. Dios es omnipotente. Dios es misericordioso. Generalmente no escucha pactos como éste; pero, en su infinita misericordia, puede permitir que, como en mi caso, tengam cumplimiento.¹⁴⁴

[35] Premio - la sacristía - el Teólogo Juan Borel.

En el Seminario fui afortunado y gocé siempre del aprecio de mis compañeros y superiores. En los exámenes semestrales se solía dar un premio de sesenta francos en cada curso al que obtuviera las mejores calificaciones por estudio y comportamiento. Dios me bendijo mucho, pues durante esos seis años siempre me lo dieron a mí. Fui encargado de la sacristía en el Segundo de Teología. Era un puesto importante y al mismo tiempo una muestra significativa del aprecio que los superiores me tenían. Además, daba derecho a otra ganancia de sesenta francos. Don Cafasso caritativamente me ayudaba a cubrir el resto de mis gastos. Al sacristán correspondía cuidar de la limpieza de la iglesia, de la sacristía, del altar, y tener en orden las lámparas, los cirios, los ornamentos y todo lo atinente al culto sagrado.

Precisamente ese año tuve la fortuna de conocer a uno de los sacerdotes más fervorosos. Vino a predicar los ejercicios espirituales al Seminario. Siempre entraba a la sacristía sonriente y jocosos, pero nunca dejaba de insinuar alguna buena enseñanza. Al observarlo cuando preparaba la Misa, durante la acción de gracias o en la manera y el fervor con los que la celebraba, me di cuenta en seguida de que se trataba de un excelente sacerdote. Era el teólogo turinés Juan Borel.

Pero entre nosotros se comenzó a hablar de él como de un santo al constatar la manera popular, viva y clara con que predicaba, y percibir el fuego de caridad que animaba todas sus palabras.

Todos, pues, empezaron a buscarlo para confesarse, o para consultarlo sobre la vocación o para que les dejase algún recuerdo suyo. También yo quise ir a exponerle mis asuntos espirituales, y como le pidiera algún medio seguro para conservar el espíritu de la vocación sea durante el curso escolar o en tiempo de vacaciones, me dijo estas valiosas palabras: “Con el recogimiento y la comunión frecuente se conserva y perfecciona la vocación y se forma al verdadero sacerdote”.

Los retiros del teólogo Borel hicieron época en el seminario, y por varios años se siguieron recordando las palabras que nos había dicho tanto en público como en privado.¹⁴⁵

[36] Los estudios.

Respecto a los estudios, fui víctima de un error que me hubiese traído funestas consecuencias de no haberme dado cuenta gracias a un hecho que juzgo providencial. Acostumbrado a la lectura de los autores clásicos a lo largo de todo el bachillerato, y hecho a las sugestivas figuras de la mitología y de las fábulas paganas, no encontraba ya gusto alguno en los escritos ascéticos. Llegué a persuadirme de que el buen lenguaje y la elocuencia eran incompatibles con la literatura religiosa. Las mismas obras de los

santos padres, fuera de los principios religiosos que exponían con fuerza y claridad, me parecían producto de ingenios mediocres.

Al comienzo del segundo año de filosofía fui un día a hacer la visita al Santísimo y, por no tener a mano el devocionario, tomé la *“Imitación de Cristo”* y leí un capítulo sobre el Santísimo Sacramento. Al considerar atentamente la sublimidad del pensamiento y el modo claro y al mismo tiempo ordenado y elocuente con el que se exponían verdades tan sublimes, me dije: *“El autor de este libro es un hombre que sabe”*. Volviendo una y otra vez a la lectura del áureo librito no tardé en darme cuenta de que uno solo de sus versículos contenía más doctrina y principios morales que todos los gruesos volúmenes de los clásicos antiguos. A este libro le debo el haber dejado aparte la literatura profana.

Después me di a leer a Calmet en su *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento*, a Flavio Josefo en *Antigüedades Judías* y en la *Guerra Judía*; después, a monseñor Marchetti, en *Razonamientos sobre la religión*, a Frayssinous, Balmes, Zucconi y muchos otros autores religiosos. Saboreé la lectura de la Historia Eclesiástica de Fleury, ignorando entonces que no convenía leerlo. Con mayor fruto aún estudié las obras de Cavalca, de Passavanti, Ségneri y toda la Historia de la Iglesia de Henrion.¹⁴⁶

Tal vez se diga que leyendo tanto no podía concentrarse en los textos de estudio. Pero no era así. Mi memoria me ayudaba tanto que con sólo leer la lección y oír la explicación en la clase, me bastaba para cumplir mis deberes. Así que todas las horas de estudio las podía dedicar a otras lecturas. Los superiores, como me conocían, estaban de acuerdo conmigo.

Un estudio que me gustaba mucho era el del griego. Tenía ya las bases desde las clases de humanidades, conocía la gramática desde cuando había comenzado a traducir a los autores clásicos. Pero se presentó, además, una ocasión que me fue muy favorable. El año 1836, como amenazaba el cólera a Turín, los jesuitas decidieron el traslado a Montaldo de los alumnos internos del Colegio del Carmen. Esto exigía duplicar el número de profesores porque había que atender al mismo tiempo a los alumnos externos que seguían concurriendo al colegio.

Consultado el Padre Cafasso, me propuso como maestro de griego. Esto me obligó a estudiar seriamente esta lengua para poder enseñarla. Además, como el padre Bini conocía a profundidad esta materia y estaba en ese Instituto de la Compañía, me hice ayudar de él con mucho provecho. En sólo cuatro meses me hizo traducir casi todo el Nuevo Testamento, los dos primeros libros de Homero y algunas odas de Píndaro y de Anacreonte. Aquel buen sacerdote, viendo mi disponibilidad, siguió prestándome su colaboración durante otros cuatro años en los que semanalmente le entregaba una composición mía en griego o una traducción que él puntualmente me devolvía con las oportunas correcciones. Así que llegué a traducir griego con la misma facilidad que el latín.

También durante este tiempo estudié francés y algunas nociones de hebreo. Después del latín y del italiano, el hebreo, el griego y el francés fueron mis lenguas predilectas.¹⁴⁷

[37] Sagradas órdenes - el sacerdocio.

Al año de la muerte de Comollo (1839), y cuando cursaba el tercero ya de teología, recibí la tonsura y las cuatro órdenes menores. En seguida me vino la idea de hacer durante las vacaciones el curso siguiente, cosa que rarísimamente se concedía. Así que, sin decir nada a nadie, me presenté solo al arzobispo Frasoni y le pedí me dejara estudiar los tratados correspondientes al cuarto año de teología en esas vacaciones, para poder completar el quinquenio durante el año 1840 - 41. La razón aducida era la de mi edad, pues ya había cumplido 24 años.

Aquel santo prelado me acogió con mucha bondad y, visto el éxito tenido en los exámenes anteriores, me otorgó el favor a condición de que viera todos los tratados correspondientes al curso que deseaba adelantar. El teólogo Cinzano, Vicario de mi parroquia, fue el encargado de hacer que se cumpliera lo

determinado por el superior. Así que dedicándome, logré terminar en dos meses los tratados prescritos y para las cuatro témporas de otoño fui admitido al subdiaconado. Ahora, pensándolo bien, veo que, dadas las virtudes que se requieren para este importantísimo paso, no estaba lo suficientemente preparado; pero como no tenía quién me ayudara directamente en los asuntos de mi vocación me aconsejé con el padre Cafasso, el cual me dijo que siguiera adelante y que fiase en su palabra. Durante los diez días de los ejercicios espirituales hechos en Turín, en la casa de la Misión, me preparé para la confesión general de tal forma que el sacerdote pudiera tener una idea clara de mi conciencia y me diera algún consejo oportuno. Deseaba coronar mis estudios, pero me atemorizaba el pensamiento del compromiso que iba a hacer por toda la vida, por esa razón no quise tomar una decisión definitiva sin tener antes el pleno consentimiento del confesor. ¹⁴⁸

Desde entonces he tratado de practicar con el máximo cuidado este consejo del teólogo Borel: con el recogimiento y la frecuente comunión la vocación se conserva y se perfecciona. Al volver al Seminario pasé a quinto curso y me hicieron prefecto, que es el cargo más alto que acostumbran dar a un seminarista. El sábado 27 de marzo de 1841 recibí el diaconado y fui ordenado sacerdote por las témporas de verano. ¹⁴⁹

Pero la salida del Seminario me fue muy dura. Los superiores me querían y me lo habían demostrado repetidas veces. Había llegado a tener un afecto tan grande a mis compañeros que se puede decir vivía para ellos y ellos para mí. Si alguno necesitaba afeitarse o arreglarse la tonsura, recurría a Bosco. También Bosco era la solución si alguno buscaba un bonete o necesitaba quién le cosiera o remendara la ropa. De manera que la separación me fue muy dolorosa. Dejaba un lugar en donde había vivido seis años formándome, enriqueciéndome con la ciencia y el espíritu eclesiástico, y siendo objeto de cuantas muestras de bondad y cariño se pueden desear.

El día de mi ordenación era vigilia de la Santísima Trinidad. Celebré la primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, contigua al Convitto Ecclesiastico, del que era director de estudios el padre Cafasso. Luego, aunque me esperaban ansiosamente en mi pueblo, en donde hacía muchos años no se celebraba una Primera Misa, preferí hacerlo en Turín, sin ruido ni distracciones. Puedo decir que ese día fue el más hermoso de mi vida. En el memento de aquella Eucaristía inolvidable recordé con toda devoción a mis profesores, a los bienhechores espirituales y temporales y, de modo especial, a don Calosso, al que siempre he tenido como un grande e insigne benefactor. El lunes fui a celebrar a la iglesia de la Santísima Virgen de la Consolata, para agradecerle los innumerables favores que me había obtenido de su Divino Hijo Jesús. El martes, en la Iglesia de Santo Domingo, en Chieri, en donde todavía vivía mi antiguo profesor, el padre Giusiana, el cual me atendió con afecto paternal y no dejó de llorar durante toda la misa. Pasé luego con él todo ese día que fue verdaderamente de paraíso. El jueves, solemnidad del Corpus Christi, les di gusto a mis paisanos en Castelnuovo. Canté la misa y presidí la procesión. El Párroco invitó a comer a mis parientes, al clero y a las personas más destacadas del lugar. Todos compartimos esa inmensa alegría y ya por la noche volví a mi casa. Fue entonces, al estar ya cerca, cuando reviví el sueño que tuve hacia los nueve años y no pude contener las lágrimas diciéndome: *"¡Qué maravillosos son los designios de la Divina Providencia! Verdaderamente Dios sacó de la tierra a un pobre muchacho para colocarlo entre los príncipes de su pueblo"*. ¹⁵⁰

[38] Primicias del sagrado ministerio - sermón en Lavriano y Juan Brina.

Aquel año (1841), como no había párroco en Castelnuovo, lo suplí durante cinco meses. Experimenté un gozo indecible en este trabajo. Predicaba todos los domingos, visitaba a los enfermos, les administraba los sacramentos a excepción del de la penitencia pues aún no había dado el examen. Acompañaba los entierros, llevaba al día los libros parroquiales, daba comprobantes a la gente pobre sobre su condición y expedía los certificados que se suelen solicitar.

Pero mi delicia era enseñar catecismo a los chicos, entretenerme y departir con ellos. Me venían a visitar con frecuencia desde Murialdo, y cuando iba a mi casa, acostumbraban también a hacer el trayecto conmigo. Así mismo me fui haciendo nuevos amigos en el pueblo, de manera que al salir de la casa cural me seguía un montón de muchachos, y no sólo, sino que a donde quiera que fuera siempre estaba rodeado por ellos y se gozaban acompañándome.

Como tenía mucha facilidad para exponer la palabra de Dios, con frecuencia venían a buscarme para sermones o panegíricos en los pueblos vecinos. Hacia finales de octubre de aquel año me invitaron en San Benigno de Lavriano. Acepté con gusto porque aquel era el pueblo de mi amigo y compañero don Juan Grassino, hoy párroco de Scalenghe.¹⁵¹ Queriendo, en verdad, solemnizar esa fiesta, preparé y escribí un sermón en lenguaje popular pero correcto y lo estudié bien, seguro del éxito. Pero Dios quiso darle una terrible lección a mi vanagloria. Como era un día festivo y antes de salir para Lavriano tenía que celebrar la misa a una hora que fuera cómoda para la feligresía, fue preciso salir después a caballo para llegar a tiempo al sermón. Recorrida la mitad del camino al trote y al galope, llegué al valle de Casalborgone, entre Cinzano y Bersano, cuando repentinamente de una sementera de maíz se levantó una bandada de pájaros que con su ruido y sus revoloteos espantaron a la bestia que me llevaba, la que salió desbocada por caminos, potreros y sementeras. Me sostuve arriba durante un rato, pero al darme cuenta de que la silla se escurría bajo el vientre del animal, intenté una maniobra de equitación, pero la silla, fuera de su sitio, me lanzó al aire y fui a caer sobre un montón de cascajo.

Un hombre que, desde la colina cercana, observó la desgracia, vino con un criado en mi ayuda y, como yo había perdido el sentido, me llevó a su casa y me acostó en la mejor cama que tenía. Me atendieron caritativamente. Después de una hora volví en mí y me di cuenta en donde estaba.

El dueño me dijo:

- *No se preocupe por estar en casa ajena. Siéntase cómodo que aquí no le faltará nada. He mandado a traer al médico. También fueron ya en busca del caballo. Soy campesino, pero tenemos lo necesario. ¿Se siente muy mal?*
- *Dios le pague tanta caridad amigo. No creo que sea cosa grave. Tal vez alguna fractura en la espalda pues no me puedo mover. ¿En dónde estoy?*
- *En la colina de Bersano, en la casa de Juan Calosso, llamado "Brina", para servirle. Yo también he andado mucho y sé lo que es tener necesidad de los demás. ¡Ah, cuántas cosas me han sucedido yendo a la feria o de mercado!*
- *Mientras esperamos al médico, cuénteme alguna cosa .*
- *Hay tanto para contar. Oiga, por ejemplo. En un otoño, hace ya varios años, fui con mi borriquilla a hacer provisiones para el invierno a Asti. A la vuelta, y cuando llegué a los valles de Murialdo, mi pobre animal, demasiado cargado, cayó en un barrizal y quedó enterrado en medio del camino. Fue inútil todo lo que hice para levantarlo. Era ya medianoche y el tiempo estaba oscurísimo y lluvioso. No sabiendo qué más hacer, me puse a gritar y pedir auxilio. Unos minutos después, me respondieron desde un caserío cercano. Vinieron un seminarista y su hermano con otros dos hombres que llevaban teas encendidas. Me ayudaron a descargar la burra y a sacarla del fango y me condujeron, con mis cosas, a su casa. Estaba medio muerto y completamente enfangado. Me limpiaron, me reanimaron con una cena estupenda y luego me ofrecieron una cama confortable. Por la mañana, antes de partir, quise pagar como correspondía, y el seminarista no quiso aceptar nada diciendo: ¿y si un día nosotros necesitamos de Usted?*

Esa narración me conmovió y, como él se diera cuenta de que yo estaba llorando, me preguntó si me sentía mal.

- *No, le respondí, es que ese relato me ha impresionado mucho.*
- *Si todavía pudiese yo hacer algo por aquella familia... ¡Qué buena gente!*
- *¿No sabe el apellido?*

- *Los Bosco, que también llaman “Boschetti”. Pero ¿qué le pasa?, ¿los conoce? y ¿qué fue del clérigo?*
- *Ese clérigo, mi buen amigo, es este sacerdote a quien le está retribuyendo ahora, trayéndolo a su casa y cuidándolo en este lecho. La Divina Providencia nos está diciendo, con hechos, que el que hace bien a su prójimo no se queda sin recompensa.*

Se puede imaginar la sorpresa y la alegría de aquel buen cristiano y la mía al ver que, en medio de la desgracia, Dios me había puesto en sus manos. La mujer, la hermana, otros parientes y conocidos se mostraron muy satisfechos al ver que estaba en la casa aquel de quien tantas veces habían oído hablar. Me proporcionaron toda clase de atenciones. Llegado pronto el médico, constató que no había fractura alguna. Por tanto en pocos días pude volver a mi pueblo en el mismo caballo. Juan Brina me acompañó. Mientras él vivió, mantuvimos una estrecha amistad.

Después de esta experiencia tomé la firme resolución de buscar en lo sucesivo, no la fama de doctor ni de literato, sino la gloria de Dios .

[39] El “Convitto Eclesiastico” de San Francisco de Asis.

Al acabar aquellas vacaciones se me propuso elegir entre ser preceptor en la familia de un señor genovés con un sueldo de mil francos anuales, o ir de capellán a Morialdo, en donde esa gente tan bondadosa tenía la intención de redoblar el estipendio dado a los capellanes precedentes con tal de tenerme consigo o, finalmente, volver de Vicario de Castelnuovo, mi tierra natal. Antes de tomar una determinación definitiva quise ir a Turín para pedir consejo a don Cafasso, quien ya era mi guía tanto en lo espiritual como en lo temporal. Aquel santo sacerdote lo escuchó todo: las buenas ofertas económicas, la insistencia de parientes y amigos y mi buena voluntad de trabajar. Pero, sin dudar un momento, me dijo: “Usted tiene necesidad de estudiar la teología moral y la predicación. No piense en otras propuestas y véngase al Convitto”. Le hice caso con gusto e ingresé el 3 de noviembre de 1841.

Se puede afirmar que el Colegio Eclesiástico viene a ser un complemento de los estudios teológicos ya que en nuestros seminarios sólo se estudia la dogmática especulativa y, en moral, las cuestiones disputadas. Pero ahí se aprendía a ser sacerdote. Toda la atención se centra en la meditación, la lectura espiritual, en las dos conferencias diarias y en las lecciones de predicación, en un ambiente tranquilo y con todas las facilidades para leer y estudiar buenos autores.

Por entonces, dos personas verdaderamente célebres dirigían esta utilísima institución: el teólogo Luis Guala ¹⁵³ y el padre José Cafasso. El teólogo Guala era el fundador. Un hombre generoso, rico de ciencia, prudente, muy emprendedor, que se había hecho todo para todos en la época de Napoleón.¹⁵³

Para que los presbíteros jóvenes, una vez terminados los cursos del Seminario, pudieran aprender la vida práctica del sagrado ministerio, fundó ese particular tipo de seminario que ha hecho mucho bien a la Iglesia; especialmente porque ha extirpado las últimas raíces de jansenismo que aún se conservaban entre nosotros. Entre otras cuestiones se agitaba mucho entre nosotros la del probabiliorismo. A la cabeza de éste estaban Alassia, Antoine y otros autores rigoristas, cuya doctrina puede conducir al jansenismo.

Los probabilistas seguían la doctrina de San Alfonso, hoy ya proclamado doctor de la Iglesia ¹⁵⁴, y cuya teología prácticamente viene a ser la teología del Papa, una vez que la Iglesia ha dicho que se pueden enseñar, predicar y practicar, pues no contiene nada censurable. El teólogo Guala se situó firmemente en medio de estas dos tendencias y, poniendo como centro la caridad de nuestro Señor Jesucristo, logró que se acercasen ambos extremos. Fue así como, por obra del teólogo Guala, San Alfonso se convirtió en

nuestro maestro, con los saludables efectos que tanto se habían deseado y que hasta hoy se siguen experimentando.

Don Cafasso era el brazo derecho del teólogo Guala.¹⁵⁵ Con su virtud a toda prueba, con su calma prodigiosa, su perspicacia y prudencia, pudo suavizar las asperezas que aún quedaban en algunos de los probabilioristas contra los seguidores de San Alfonso.¹⁵⁶

Una verdadera mina de oro se escondía a su vez en el P. Félix Golzio,¹⁵⁷ teólogo turinés que también se había formado en el Convitto. No hacía ruido, era un hombre modesto, pero incansable en el trabajo; con su humildad y su saber era un particular apoyo moral para los padres Guala y Cafasso.

Las cárceles, los hospitales, los púlpitos y las instituciones benéficas, la atención domiciliaria a los enfermos; lo mismo las ciudades que los pueblos, los palacios de la nobleza y los tugurios de los pobres, experimentaron los saludables efectos del celo pastoral de estas tres lumbreras del clero turinés. Estos eran los modelos que la Divina Providencia ponía en mi camino para que siguiera sus huellas, su doctrina y sus virtudes.

Don Cafasso, que ya desde hacía seis años me orientaba, fue ante todo mi director espiritual, y si he hecho algún bien, se lo debo a este excelente sacerdote, pues desde el comienzo puse en sus manos todas las decisiones, los problemas y las realizaciones de mi vida.

Lo primero que hizo fue llevarme a las cárceles, en donde pude conocer qué enorme es la malicia y la miseria de los hombres. Me sentí horrorizado al ver esa cantidad de muchachos, de doce a dieciocho años, sanos, robustos, inteligentes, que estaban allí ociosos, roídos por los insectos y faltos en absoluto del alimento espiritual y material. Estaban personificados en estos infelices la vergüenza de la patria, el deshonor de la familia y su propio envilecimiento. Pero qué sorpresa y asombro constatar que muchos de ellos salían de ese antro con el propósito firme de cambiar su vida y, sin embargo, reincidían fatalmente en los mismos lugares de reclusión que pocos días antes habían abandonado!¹⁵⁸

Constaté, así mismo, en esas ocasiones, que las recaídas de muchos se debían a que estaban completamente abandonados. Fue cuando me pregunté: y si estos chicos allá afuera tuvieran un amigo que se interesara por su bien, los acompañara y los instruyera en la religión durante los días festivos, ¿no se reduciría al número de los que vuelven a la cárcel?

Le comuniqué mi pensamiento al P. Cafasso y con ayuda de sus indicaciones y consejos me puse a ver la manera de llevarlo a cabo, poniendo en las manos del Señor los resultados, ya que sin Él todos los esfuerzos humanos son inútiles.¹⁵⁹

[40] Fiesta de la Inmaculada Concepción y principio del Oratorio Festivo.

No bien había entrado a la Residencia Eclesiástica de S. Francisco, cuando ya estaba rodeado de muchachos que me seguían por calles y plazas y me perseguían hasta en la misma sacristía de la Iglesia del Convitto. Pero no podía dedicarme por completo a ellos, ya no había un local en donde reunirlos. Sin embargo, un acontecimiento bien simpático me dio ocasión de comenzar el proyecto que tenía en favor de los chicos callejeros de la ciudad y especialmente, de aquellos que salían de las cárceles.

El 8 de diciembre de 1841, día de la fiesta solemne de la Inmaculada Concepción de María, cuando estaba precisamente revistiéndome con los ornamentos sagrados para celebrar la Santa Misa, el sacristán, José Comotti, se percató de un chico que estaba en un rincón y lo llamó para que viniera a ayudarme la misa.

- *No sé* -le respondió sorprendido.
- *Ven a ayudar* -le insistió el otro.

- *Pero si no sé -insistió el muchacho. -Nunca lo he hecho.*
- *Estúpido, ¿a qué has venido entonces a la sacristía?* -le dijo el sacristán, y agarrando el plumero, la emprendió a golpes con el mango, por las espaldas y la cabeza del pobre muchacho.
- *¿Qué hace?* -le grité en alta voz -*¿Por qué le pega así? ¿Qué ha hecho de malo?*
- *¿A qué viene a la sacristía si no sabe ayudar a misa?*
- *¿Y por eso tiene que pegarle?*
- *¿Y a usted qué le importa?*
- *Mucho me importa porque es un amigo mío. Llámelo en seguida, que voy a hablar con él.*

Se puso a llamarlo y a perseguirlo gritando: *¡Zoquete, tonto!*, hasta lograr traérmelo a punta de promesas de que no lo maltrataría más.¹⁶⁶

El chico llegó temblando y llorando por el dolor de la paliza. Le pregunté, entonces, de la manera más bondadosa:

- *¿Ya oíste misa?*
- *No* -me respondió.
- *Vamos, óyela ahora. Después vamos a hablar de algo que te va interesar mucho.*

Me lo prometió. Yo quería hacerle menos dura la experiencia tenida y borrarle un poco la impresión desagradable que le había dejado el sacristán. Así que, una vez celebrada la misa y dada la acción de gracias, conduje al chico a una capilla pequeñita que hay allí y, tratando de mostrarme sonriente, y asegurándole que ya no habría más golpes, le empecé a preguntar:

- *Amigo, ¿cómo te llamas?*
- *Bartolomé Garelli.*
- *¿De dónde eres?*
- *De Asti.*
- *¿Vive tu papá?*
- *No, mi papá ya murió.*
- *Y ¿tu mamá?*
- *También murió.*
- *¿Cuántos años tienes?*
- *Dieciséis.*
- *¿Sabes leer y escribir?*
- *No sé nada.*
- *¿Ya hiciste la primera comunión?*
- *Todavía no.*
- *¿Te has confesado alguna vez?*
- *Sí, cuando era pequeño.*
- *¿Vas al catecismo?*
- *Me da miedo.*
- *¿Por qué?*
- *Porque los compañeros más pequeños saben el catecismo y yo no sé nada.*
- *Me da vergüenza.*
- *Y si yo te lo enseñara aparte, ¿vendrías?*
- *Desde luego.*
- *¿Podría ser aquí, en el coro?*
- *Siempre que no me vuelvan a pegar.*
- *¡Tranquilo, nadie te va a hacer nada! Seremos amigos y nadie tendrá por qué meterse contigo.*
- *¿Cuándo quieres que comencemos?*
- *Cuando quiera.*

- *¿Esta tarde?*
- *Bueno.*
- *O, ¿Ahora mismo?*
- *Está bien, ahora mismo. Con mucho gusto.* ¹⁶¹

Me levanté e hice la señal de la Santa Cruz para empezar, pero él no sabía hacerla. Todo el tiempo se me fue en enseñarle a hacer la señal de la cruz y en darle a conocer a Dios, nuestro Creador, y para qué nos había creado. Aunque le costaba, con la constancia y la atención que ponía, pudo en poco tiempo aprender las cosas necesarias para hacer una buena Confesión y la Primera Comunión.¹⁶²

A este primer alumno se sumaron poco a poco otros más, pero en aquel invierno me limité a los más grandecitos y que necesitaban una catequesis especial y, sobre todo, a los que salían de las cárceles. Fue entonces cuando por propia experiencia pude comprobar que si los mismos muchachos que salían de la cárcel encontraban a alguien que se ocupara de ellos, que los acompañara en los días en que estaban ociosos, les ayudara a buscar trabajo con honrados patrones y los visitara durante la semana, podían cambiar su vida en una vida honrada, olvidar el pasado y llegar a ser buenos cristianos y ciudadanos honestos. Así nació nuestro Oratorio el cual, con la bendición del Señor, se fue incrementando de una manera tal como yo nunca me hubiera podido imaginar.

[41] El Oratorio en 1842.

Durante aquel invierno mi preocupación fue consolidar el pequeño Oratorio. Aunque lo que me proponía era recoger solamente a los chicos que estaban expuestos a los mayores peligros, y con preferencia a los salidos de las cárceles, sin embargo, para poner los cimientos en donde poder apoyar la disciplina y el orden, invité a otros de buena conducta y que habían ya estudiado algo. Me prestaban su ayuda viendo por el orden, haciendo las lecturas y dirigiendo el canto en la iglesia. Fue desde entonces cuando constaté que sin distribuir libritos de canto y proporcionar lecturas que les gusten a los muchachos, el oratorio es solamente un cuerpo sin alma. Ya en la fiesta de la Purificación (2 de febrero de 1842), que entonces era de precepto, concurrieron unos veinte chiquillos con los que pudimos cantar por primera vez: "*Load a María*".

Ya para la Anunciación eran treinta. Ese día hicimos un poco de fiesta. Por la mañana, los Santos Sacramentos, por la tarde comenzamos con una canción, y después del catecismo, en vez del sermón, se narró un hecho edificante. Como el oratorio en el que hasta entonces nos habíamos reunido resultaba estrecho, nos cambiamos a la capilla cercana a la sacristía.

Así funcionaba el Oratorio: los días festivos se daban facilidades para acercarse a los sacramentos de la Confesión y Comunión, pero además, se programaba un sábado o un domingo al mes para cumplir este deber religioso.

Por la tarde, a una hora determinada, se entonaba un canto y luego se hacía la catequesis; después, se contaba un ejemplo y se pasaba a repartir alguna cosa, o a todos, o a algunos solamente, por sorteo.

Entre los jóvenes que frecuentaban el Oratorio quiero señalar a José Buzzetti, por la constancia y ejemplaridad en la asistencia. Se encariñó, de verdad, de tal manera con don Bosco y con el Oratorio festivo, que renunciaba a ir con sus otros hermanos y amigos a su casa, en Caronno Ghiringhella. Sobresalían, también, sus hermanos Carlos, Angel y Josué; Juan Garibaldi y su hermano, que entonces eran sólo albañiles, y hoy son maestros de obra.¹⁶³

Al Oratorio concurrían, por lo general, picapedreros, albañiles, estucadores, adoquinadores, enyesadores y otros obreritos, que venían de pueblos lejanos. Como no conocían ni parroquias, ni gente amiga, se

veían expuestos a muchos peligros de perversión especialmente durante los días en los que no trabajaban.¹⁶⁴

El buen teólogo Guala y el P. Cafasso gozaban viéndome trabajar con los muchachos y con gusto me daban estampas, folletos, libritos, medallas y crucifijos para que se los regalara. Alguna vez me proporcionaron ropa para los más necesitados y dinero para su sustento mientras no conseguían trabajo que les permitiese proveerse por cuenta propia. Como aumentaba el número, también me permitieron usar el patiecito interno para reunir allí mi pequeño ejército y organizar los recreos. Si hubiésemos tenido más espacio habríamos llegado al centenar, pero sólo pudimos atender a unos ochenta.

El mismo P. Guala, que quería se celebrara bien la fiesta de Santa Ana, patrona de los albañiles, los invitó a desayunar con él, después de la función religiosa de la mañana. Eran casi cien, y llenaron la sala grande de conferencias. Allí hubo café, leche, chocolate, “ghiffer”, “briossi”, “semolini” y otras clases más de pan dulce que tanto agrada a los chicos, en abundancia. Se puede imaginar el revuelo que tuvo esa fiesta y cuántos más hubieran participado si el espacio de los locales lo hubiese permitido.

Los días festivos dedicaba a mis chicos todo el tiempo posible. Durante la semana iba a visitarlos en los sitios en donde trabajaban, que eran tallercitos artesanales o fábricas. Esto les hacía mucho bien. Constataban que tenían un verdadero amigo que se preocupaba por ellos y los mismos dueños se mostraban complacidos, pues sabían que a los chicos empleados se les acompañaba durante la semana y sobre todo en los días en que quedaban libres, que para los muchachos eran los más peligrosos.

Los sábados iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, de frutas o de pan, a visitar a los que, por desgracia, estaban detenidos. Era una manera de acompañarlos, hacérmelos amigos, e invitarlos para que, una vez dados de alta, fueran a buscarme al Oratorio.

[42] Ministerio sacerdotal - aceptación de un cargo en el refugio (septiembre de 1844).

Por aquel tiempo comencé a predicar en algunas Iglesias de Turín, en el Hospital de la Caridad, en el Albergue de Virtudes, en las cárceles, en el colegio de San Francisco de Paula. Dirigía triduos, novenas, ejercicios espirituales.¹⁶⁵

Terminados los dos años de moral (en el Convitto), presenté el examen exigido para poder ejercer el Sacramento de la Confesión. ¹⁶⁶ Así pude ayudar con mayor provecho a los muchachos en lo tocante a su conducta y a su vida moral y espiritual en las cárceles, en el Oratorio y en tantas otras circunstancias que se presentan.

Para mí era muy consolador verme rodeado de cuarenta o cincuenta muchachos que durante la semana, y sobre todo en los días festivos, aguardaban horas y horas para poder confesarse conmigo.

Esta fue la vida ordinaria del Oratorio durante esos casi tres años, es decir, hasta octubre de 1844. Mientras tanto, la Providencia me iba preparando novedades y cambios pero también tribulaciones.

En efecto, cuando iba a terminar el trienio de teología moral, tenía que decidirme por alguna de las posibilidades que se me presentaban para lanzarme del todo al ministerio sacerdotal. El padre José, cura párroco de Cinzano, tío de Comollo, que había envejecido y desmejorado mucho de salud, me había propuesto, de común acuerdo con el arzobispo, que le ayudara como ecónomo de la parroquia. Indudablemente su edad y sus achaques no le permitían dirigirla como era conveniente. No obstante, el mismo P. Guala me sugirió la carta de agradecimiento al arzobispo Fransoni e hizo que esperara la asignación de otro oficio.

Un día me llamó don Cafasso y me dijo:

- “Ya acabó los estudios, ahora a trabajar. La mies es muy abundante. ¿A que se siente más inclinado?”
- A lo que a usted le parezca que más me conviene.
- Hay tres posibilidades: vicario en Buttigliera de Asti; ayudante de cátedra aquí, en el Convitto; o capellán del pequeño hospitalito del Refugio. ¿Cuál preferiría?
- Díga Usted
- ¿Pero no se inclina más a una que a otra cosa?
- Al trabajo con los jóvenes. Esa es mi inclinación. Pero, disponga de mí como quiera, que yo veré en eso la voluntad de Dios.
- En este momento, ¿qué siente en su corazón, en qué piensa?
- Me parece encontrarme entre un mundo de muchachos que esperan que los ayude.
- Váyase unas semanas de vacaciones. Cuando vuelva le diré adónde se le ha destinado.

Después de las vacaciones don Cafasso dejó pasar como una semana sin decirme nada. Tampoco yo le hice ninguna pregunta. Por fin me dijo un día:

- ¿Por qué no me ha preguntado nada sobre su destinación?
- Porque quiero ver la voluntad del Señor en lo que Usted me diga, y no en lo que yo pueda desear.
- Arregle sus cosas y váyase donde el teólogo Borel. Será el director del pequeño hospital de Santa Filomena y tendrá también trabajo en la obra del Refugio. Entre tanto, Dios le irá mostrando lo que debe hacer con los jóvenes.

A primera vista parecía que esta determinación fuera contra lo que yo deseaba ya que la dirección de un Hospital, la predicación y las confesiones en un Instituto que tenía más de cuatrocientas muchachas, no me iba a dejar tiempo para otras ocupaciones. Sin embargo, sí era lo que Dios quería, como en seguida pude comprobarlo.¹⁶⁷

Desde el primer momento en que conocí al teólogo Borel vi en él a un sacerdote santo un modelo admirable, digno de ser imitado.

Siempre que podía departir con él recibía lecciones de celo sacerdotal, algún buen consejo y estímulo para ser mejor. Durante los tres años que pasé en la Residencia Sacerdotal me invitó muchas veces a que lo acompañara a celebrar, o a administrar el Sacramento de la Confesión, o a predicar. Conocía, pues, bien, mi campo de trabajo, y hasta me era familiar. Muchas veces habíamos conversado largamente acerca de la manera de ayudarnos cuando íbamos a las cárceles, y cómo destinar suficiente tiempo para estar con los muchachos cuyas condiciones morales y cuyo estado de abandono exigían siempre una mejor atención por parte del sacerdote. En verdad, ¿cómo llevar a cabo ese ministerio? ¿En dónde atender a esos pobres muchachos?

- Por ahora, -me decía el teólogo Borel, -la habitación que tiene puede servirle para acoger a los muchachos que ya están viniendo a la iglesia de San Francisco de Asís. Cuando nos pasemos al edificio que se construye para los sacerdotes, al lado del hospitalito, entonces veremos si hay un sitio mejor.¹⁶⁸

[43] Un nuevo sueño.

El segundo domingo de octubre de aquel año 1844 tenía que anunciar a mis chicos que el Oratorio pasaría a Valdocco. Pero me preocupaban cosas que estaban todavía por resolver respecto al mismo sitio al que íbamos a trasladarnos, a los medios que teníamos y a las personas.

La víspera me fui a dormir con el corazón lleno de preocupaciones. Y precisamente, esa noche tuve otro sueño que parecía ser una continuación del que había tenido en I Becchi a los nueve años. Veo, pues, oportuno exponerlo literalmente:

Soñé, que estaba en medio de una multitud de lobos, zorros, cabras, corderos, ovejas, carneros, perros y pájaros. Hacían un ruido, un alboroto, o mejor, un estruendo capaz de espantar al más valiente. Iba a huir, cuando una señora muy bien vestida, como pastora, me indicó que la siguiera, acompañando aquel extraño rebaño que ella iba conduciendo.

Anduvimos por varios lugares e hicimos tres estaciones o paradas. En cada sitio, muchos de aquellos animales, cuyo número cada vez aumentaba más, se convertían en corderos.

Después de andar mucho me encontré en una pradera en donde aquellos animales, sin hacerse daño, triscaban y comían juntos.

Agotado, quise sentarme a la vera del camino, pero la pastorcilla me indicó que debía continuar andando. Al poco tiempo, me hallé en la mitad de un grande patio cerrado por pórticos, en el fondo del cual había una iglesia. Me di cuenta entonces de que ya se habían convertido en corderos las cuatro quintas partes de aquellos animales.

Después el número fue inmenso. Llegaron entonces muchos más pastores para conducirlos y sucedió algo maravilloso: no pocos de los corderos se convertían en pastores que se iban responsabilizando del rebaño. Como seguían numéricamente creciendo, empezaron a dividirse y a dirigir sus pasos en búsqueda de otros animales para guiarlos a nuevos apriscos.

Ya era hora de que yo me fuera a celebrar la Misa, cuando la pastorcita hizo que dirigiera la mirada hacia el sur, y vi un campo sembrado de maíz, patatas, coles, remolachas, lechugas y otras muchas verduras.

- *Observa de nuevo, - me dijo.*

Lo hice. Entonces pude contemplar una iglesia estupenda y alta. La orquesta y la música instrumental y vocal me invitaban a cantar la Misa. En el interior de la iglesia había una franja blanca en la que estaba escrito con caracteres cubitales: "*Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria*".¹⁶⁹

Siempre en el sueño, pregunté a la pastora en dónde me encontraba, qué querían decir aquel andar y detenerse, aquella casa, una iglesia y después otra.

- *Todo lo comprenderás cuando lo que percibes mentalmente lo veas con los propios ojos.*

Y, como me pareciera que estaba despierto, insistí:

- *Pero, si estoy viendo con mis ojos, sé que voy de camino y qué es lo que hago.*

En aquel momento sonó el Ave María en el campanario de la iglesia de San Francisco y me desperté.

El sueño me duró casi toda la noche. Contenía muchos detalles. Cuando lo tuve entendí muy poca cosa, también porque no le presté casi atención. Pero cuando las cosas que había soñado se fueron cumpliendo, me di cuenta de su significado. Más tarde, juntamente con otro sueño que tuve, me sirvió a manera de proyecto en mis decisiones.¹⁷⁰

[44] Traslado del Oratorio a locales contiguos al Refugio.

El segundo domingo de octubre, consagrado a la Maternidad de María, les comuniqué a mis muchachos el traslado del Oratorio al Refugio. Al principio se desconcertaron un poco, pero cuando se les dijo que

allí tendríamos, sólo para nosotros, un lugar más amplio en donde podríamos cantar, correr, saltar y divertirnos a nuestro gusto, quedaron contentos y aguardaban con impaciencia el domingo siguiente para constatar en qué consistían las novedades que se iban imaginando.

Así que ese tercer domingo de octubre, dedicado a la Pureza de la Virgen María, después de mediodía, una turba de muchachos de diversa edad y condición bajaba corriendo hacia Valdocco en busca del nuevo Oratorio.

- *¿En dónde está el Oratorio?, ¿en dónde está don Bosco?*, -iban preguntando por todas partes.

Pero nadie sabía responderles, pues en aquel vecindario no se había oído hablar nunca ni de don Bosco ni de Oratorio. Los chicos, creyéndose burlados, empezaban a gritar y protestar y, por otra parte, la gente, sintiéndose ofendida, respondía con amenazas y golpes. Se iban empeorando las cosas cuando con el teólogo Borel nos dimos cuenta del alboroto y salimos a ver lo que pasaba. Apenas se dieron cuenta de que estábamos allí, se acabaron el ruido y la pelea y se acercaron corriendo y preguntando por el Oratorio.

Hubo entonces que decirles que el verdadero Oratorio no estaba lis-to todavía y que, mientras tanto, entraran a mi habitación que, como era bastante espaciosa, podían estar en ella a su gusto.

Ese domingo las cosas transcurrieron bastante bien; pero el domingo siguiente, como además de los antiguos habían venido algunos del vecindario, ya no supe en dónde meterlos. Así que la pieza, el corredor y las escaleras, se vieron atestadas de chicos.

El día de Todos los Santos nos pusimos a confesar con el teólogo Borel, pero no sabíamos cómo hacer pues todos querían confesarse. Éramos dos sacerdotes para más de doscientos muchachos. Uno se empeñaba en encender fuego; otro, en apagarlo; éste traía la leña, aquel, el agua; o agarraba un valde, o el recogedor, o alguna jarra o palangana, o amontonaba sillas, zapatos y libros, en su interés por arreglarlo y ordenarlo todo. Pero un día, ya cansado, dijo el querido padre Borel: es imposible continuar así; hay que buscar un lugar más apropiado. Sin embargo, todavía durante seis domingos más, tuvimos que seguir utilizando aquel local que estaba ubicado sobre el vestíbulo de la primera puerta externa del Refugio.

Mientras tanto se habló con el arzobispo Frasoni, el cual entendió de inmediato la importancia del proyecto.

- *Sigan adelante, -nos dijo. -Hagan todo lo que convenga para el bien de los jóvenes. Les concedo los permisos necesarios. Hablen con la Marquesa Barolo a ver si les facilita otro espacio más cómodo. Porque, díganme, ¿cuántos de esos muchachos podrían ir a sus parroquias?*
- *La mayor parte son de fuera y sólo pasan en Turín una parte del año. Ni siquiera saben cuál es su parroquia. Muchos de ellos están en malas condiciones y hablan dialectos poco conocidos, de manera que entienden bien poca cosa de lo que hablen los otros, ni a ellos se les entiende. Además, algunos son ya bastante grandes y no se sienten bien asistiendo a clases con los pequeños.*
- *Quiere decir que necesitan un lugar aparte, adecuado para ellos, -concluyó el arzobispo. -Adelante, pues. Los bendigo y bendigo su proyecto. En lo que vean que puedo ayudarles, vengan y haré lo que esté de mi parte.*

De hecho fuimos en seguida a hablar con la Marquesa de Barolo y, como el Hospitalito no iba a funcionar sino en agosto del otro año, la caritativa señora estuvo de acuerdo en que convirtiésemos en capilla dos locales que estaban destinados para la recreación de los sacerdotes del Refugio cuando hubiesen venido a ocupar sus habitaciones. ¹⁷¹

Para tener acceso al nuevo Oratorio había, pues, que entrar por la puerta actual del Hospitalito, seguir luego por el callejón que separa la Obra de la del Cottolengo e ir hasta el edificio en donde están actualmente las habitaciones para los sacerdotes y subir al tercer piso por la escalera interna. ¹⁷²

Este era el sitio elegido por la Divina Providencia para que nuestro Oratorio tuviese su primera iglesia. Aquí comenzó éste a llamarse de San Francisco de Sales por tres razones: 1ª, porque la Marquesa de Barolo tenía intención de fundar una congregación sacerdotal bajo este título, y ésta es también la razón de por qué había hecho pintar una imagen del santo, que todavía puede verse, a la entrada del local; 2ª, porque como nuestro ministerio entre jóvenes exige mucha serenidad y mansedumbre, nos habíamos puesto bajo la protección de este san-to a fin de que nos obtuviese de Dios la gracia de poder imitarle en su bondad extraordinaria y en el celo pastoral. Una 3ª razón era tenerlo como patrón para que nos ayudase desde el cielo a imitarlo en la manera que tuvo para combatir los errores contra la fe, especialmente el protestantismo que ahora se iba propagando insidiosamente por las poblaciones y, ante todo, en la ciudad de Turín.

Fue así como el 8 de diciembre de 1844, día dedicado a la Inmaculada Concepción de María, que por cierto fue un día verdaderamente invernal, de fuerte nevada, con la autorización del arzobispo se bendijo la deseada capilla, se celebró la Santa Misa y varios de los muchachos se confesaron y recibieron la Comunión.

Yo presidí aquella función llorando de consuelo pues me parecía que se iba consolidando ya la obra del Oratorio con la que queríamos entretener alegremente a los jóvenes más abandonados y en peligro, después de que hubiesen podido cumplir sus deberes religiosos.

La Tercera Década ocupa el tercero y último de los cuadernos originales de Don Bosco. ¹⁷³

Esta es una síntesis de su contenido:

1. *Una vez trasladado el Oratorio a Valdocco viene el primer período de estabilización del mismo y la recopilación de aquellas normativas que pasarían a formar sus Reglamentos (M.O., 61). El autor describe varias veces las jornadas dominicales, los grupos juveniles, las fiestas patronales (M.O., 52, 55). La presencia del arzobispo Luis Fransoni, y su autorización para administrar en Valdocco los Sacramentos, aún el de la Confirmación, y la elección canónica del “Vía Crucis”, le dan al Oratorio un aire de parroquia juvenil y popular (M.O., 52, 66, 67).*
2. *En este núcleo eclesial y de familia, desde 1841 al 1848, va formando don Bosco a sus propios colaboradores, con miras también a un posible instituto religioso, que asegure el porvenir de su obra. Estos son los preludios de la Sociedad de S.Francisco de Sales, como él explícitamente lo afirma (M.O., 66).*
3. *Al lado del Oratorio nace la “Casa Anexa”, que lo completa, proporcionando residencia a los chicos en situaciones más críticas de pobreza y abandono (M.O., 63).*

La experiencia educativa adquiere siempre nuevos valores pedagógicos y de capacitación en vista de la futura subsistencia económica de los jóvenes: además de la escuela formal, diurna y nocturna, los talleres, la música y el canto (M.O., 65,67). La administración municipal comprueba y subsidia la eficacia formativa del Oratorio, lo mismo la Obra de la Mendicidad Instruída (M.O., 67).

Se retoma el tema de las escuelas dominicales y nocturnas (M. O., 55, 60). Luego se entra de lleno en la organización de los estudios que van haciendo de Valdocco un “colegio vocacional” orientado por don Bosco ante todo para los muchachos de escasos recursos económicos, pero que, con un notable sentido eclesial, mira más allá: a suplir los Seminarios cerrados a raíz de la politización del clero diocesano en el clima revolucionario liberal del 1848 (M.O., 68).

En 1850 se amplía la obra de Valdocco con la compra de las casas Pinardi y Bellezza, y la toma en arriendo de la taberna de “La Jardinera” (M.O., 74, 75). Don Bosco tiene la satisfacción, ese año, de la primera toma de sotana: se trata de Ascanio Savio, que sería, años después, Director Espiritual del Refugio (M. O., 70).

Del 1851 al 52, se construye la Iglesia de S.Francisco de Sales (M.O., 76-80) y se amplían las construcciones, no sin muchas dificultades y percances (M.O., 81-82).

4. *En el 1847 don Bosco abre un nuevo Oratorio en las cercanías de la estación ferroviaria de “Porta Nuova”. Don Bosco lo dedica al arzobispo amigo. Es el Oratorio de san Luis. Juan Borel y Jacinto Carpano, que siguen siendo los más estrechos colaboradores, asumen ahora también las nuevas responsabilidades en su conducción (M.O., 64). Pero las circunstancias vividas en torno a la primera guerra de la independencia, y la crisis sufrida por el sacerdote Juan Cocchi, llevan a que don Bosco asuma también, por petición del arzobispo Luis Fransoni, el Oratorio del Santo Angel en Vanchiglia. Los logros pedagógicos que se van alcanzando también en éste, atraen la atención y la ayuda del mismo gobierno liberal (M.O., 70).*
5. *El asunto social y político está en el transfondo, o se expresa explícitamente, como en el caso de las nuevas intervenciones represivas de Miguel de Cavour y de las autoridades del municipio (M.O., 54); o el aire de revuelta que llega devastador hasta el mismo Oratorio: fermentación de las ideas contrarias al absolutismo monárquico, intentos golpistas, crecimiento del fervor patriótico que animará las sucesivas guerras contra la dominación austríaca, empobrecimiento de las finanzas del*

estado y miseria del pueblo; crecimiento del furor sectario contra la Iglesia, cambio de la mentalidad juvenil, presa de ideas confusas y extremistas, con peligro para la integridad de su fe y de su vida moral: “una especie de locura se fue apoderando de los jóvenes”, escribe don Bosco (M.O., 64-68, 71). Don Bosco no permite la manipulación de sus jóvenes en manifestaciones partidistas y sufre los vejámenes de los curas afiliados a facciones revolucionarias cuyas intervenciones logran dispersar a sus muchachos en 1849 (M.O., 71, 72). Don Bosco queda solo únicamente con la ayuda incondicional de Juan Borel (M.O., 73).

El espíritu anticlerical estalla en torno a la primera guerra de la independencia contra Austria, y a medida que se fragua, penosamente, a la unidad italiana (1848/1849). Los intereses de la Iglesia Universal llegan a motivar la vida y la oración de los Oratorios. Una colecta de 33 francos, que encierra grande significado simbólico, se envía para subsidiar a Pío IX, exiliado en Gaeta y que el Pontífice agradece, conmovido, a través de su secretario el Cardenal Jacomo Antonelli (M.O., 69). Los muchachitos oratorianos que salen a sus empleos de “aprendices”, son hostigados por las calles, lo mismo los que cursan sus estudios secundarios con los profesores José Bonzanino y Mateo Picco. Don Bosco, entonces, para obviar estas dificultades, organiza de inmediato los estudios y talleres en Valdocco (M.O., 65, 66, 68).

6. *La concesión de los derechos civiles a los protestantes ocasionará también inéditos peligros para la misma vida de don Bosco; particularmente cuando, después, de los tumultuosos acontecimientos vividos en 1848 y 1849, él, secundando la voluntad del episcopado piamontés, (Villa Novetta, Saluzzo, 25 al 29 de julio de 1849), empezó la publicación de sus “Lecturas Católicas” (M.O., 65, 83-86). Precisamente en este contexto don Bosco escribe su versión personal acerca del “legendario perro gris”, con la que concluye sus Memorias del Oratorio (M.O., 87).*

7. *Un capitulito es particularmente emotivo y viene a ser la culminación del desgaste físico del santo. Es el de la mortal enfermedad sufrida desde comienzos de julio de 1846. ¡Su curación casi milagrosa, es atribuida por él a las oraciones y sacrificios de sus muchachos! El viaje a Castelnuovo para un indispensable descanso dura tres meses y termina cuando, con su madre, vuelve a Valdocco el 3 de noviembre (M.O., 58, 59).*

Con ese episodio llegan a su vértice todas esas complejas situaciones vividas por don Bosco y que preocupan a sus amigos y colaboradores: incomprendiones, búsqueda angustiada de un sitio para estabilizar su acción oratoriana, bloqueos, deterioro evidente de su estado de salud, rumores sobre la debilidad mental y la obsesión del santo por los jóvenes.

Según el mismo don Bosco lo ha manifestado en el numeral [66] de estas Memorias, la Década Tercera exigía escribir, en continuidad, la historia sobre la Sociedad Salesiana, que ya estaba en germen dentro de la experiencia de su Oratorio.

[45] El Oratorio de San Martín de los Molinos - dificultades - la mano del Señor. ¹⁷⁴

El Oratorio se iba encarrilando muy bien en la capilla contigua al Hospitalito de Santa Filomena. Los días festivos acudían masivamente los muchachos a confesarse y a hacer la comunión. Después de misa se explicaba brevemente el Evangelio. Por la tarde, catequesis, cantos religiosos, una pequeña platiquita, las letanías de la Virgen y la Bendición Eucarística. Entre una y otra cosa, se entretenían los muchachos con diversos juegos en el callejón que todavía existe entre el monasterio de las Magdalenas y la vía pública. Allí pasamos siete meses, pero cuando creíamos haber ya tocado el cielo con las manos, nos vimos obligados a abandonar el Refugio y buscarnos otro sitio.

La Marquesa Barolo, aunque era sensible a toda obra de caridad, tomó la decisión de que nuestro Oratorio saliese de allí, dado que era inminente la apertura del Hospitalito, que de hecho comenzó a funcionar el 10 de agosto de 1845. Aunque los locales destinados a la capilla, a la escuela y al recreo de

los chicos no tuvieran comunicación alguna con el interior del establecimiento, y que hasta las mismas persianas estaban fijas y vueltas hacia arriba, se tuvo que obedecer. Se presentó entonces una solicitud urgente al Municipio de Turín, y gracias a la recomendación del arzobispo Fransoni, conseguimos que el Oratorio se trasladase a la iglesia de San Martín de los “Molinos Grandes”, en el sector de los Molinos de la ciudad.¹⁷⁵

Así un domingo de julio de 1845, nos fuimos a tomar posesión de nuestro cuartel general en aquel sitio, llevando cada cual lo que podía: bancas, reclinatorios, candelabros, sillas, cruces, imágenes y cuadros, entre ruidos y risas, y también con pesar por lo que dejábamos.¹⁷⁶

Dos discursitos les hizo el Teólogo Borel a los muchachos en esa ocasión, uno antes de partir y el otro una vez llegados a la iglesia (de San Martín en los Molassi). Aquel sacerdote tan apreciado, habló en un lenguaje popular único de verdad:

Las coles, queridos jóvenes,-les dijo-, si no se trasplantan, no se hacen grandes y hermosas. Pues lo mismo ocurre con nuestro Oratorio. Hasta ahora ha sido trasplantado de lugar en lugar, y en cada sitio logró crecer más y hacer un grande bien a los jóvenes. Empezamos en San Francisco de Asís con una catequesis y con cantos. No se podía hacer nada más mientras permaneciera allí. El Refugio fue como una parada de esas que hacen los trenes para proveerse, y allí efectivamente hubo mucho alimento espiritual: confesiones, catequesis, sermones y entretenimientos bien agradables.

Pero el verdadero Oratorio comenzó al lado del Hospitalito. Ahora la Divina Providencia quiso que lo dejásemos para trasladarnos a San Martín. ¿Estaremos aquí mucho tiempo? No lo sabemos, pero podemos esperarlo ya que, como las coles trasplantadas, el Oratorio se consolidará con un número mayor de jóvenes que quieran enriquecerse de virtudes; habrá mejores escuelas de música y canto, y clases diarias y nocturnas.

Entonces ¿quiere decir que vamos a quedarnos aquí por mucho tiempo? No nos preocupemos de eso. Pongamos sí, toda nuestra confianza en las manos del Señor. El se cuidará de nosotros. El nos sigue bendiciendo, ayudándonos, dándonos lo necesario; y será El quien nos indique en dónde debemos trabajar para su mejor gloria y para nuestro bien.

Ahora bien, como las gracias del Señor se van uniendo unas con otras como los anillos de una cadena, así mismo, si nosotros correspondemos a estas primeras gracias, podemos estar seguros de que nos concederá otras mayores. De esta manera si somos fieles a las finalidades propias del Oratorio, nos haremos mejores, caminando de virtud en virtud, hasta llegar a la Patria Bienaventurada, en donde la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo dará a cada uno el premio merecido.

A aquella solemne función asistió un gran número de muchachos y se cantó con verdadera emoción un Tedéum en acción de gracias. Aquí las prácticas de piedad se siguieron haciendo como en el Refugio. Pero no se podía celebrar misa ni dar la Bendición por la tarde. Por consiguiente no se podía tampoco distribuir la Sagrada Comunión, que es el elemento básico de nuestra institución. Nuestros mismos recreos eran frecuentemente interferidos y limitados porque los muchachos debían jugar en la calle y en la plazuela que está frente a la iglesia, por donde pasa de seguido la gente y coches, caballos y carretones. No pudiendo tener nada mejor por el momento agradecíamos al cielo por lo que nos había concedido, pero esperábamos que pronto mejorarían las cosas. Además sobrevinieron nuevos inconvenientes. En efecto, molineros, trabajadores y empleados, se molestaron con nuestros juegos y no pudieron soportar los saltos, ni la música y menos aún la gritería de los chicos. Así que, de común acuerdo presentaron sus quejas al Municipio. Fue por entonces cuando se empezó a decir que aquellas reuniones de muchachos eran peligrosas y que podían degenerar de un momento a otro en motines y revueltas. Esto lo decían al ver la manera como obedecían la menor indicación del Superior, y argumentaban, sin razón alguna, que los muchachos causaban daños en la iglesia y fuera, en el adoquinado de la calle. En fin, ¡parecería que Turín se fuera a venir abajo si nosotros continuábamos reuniéndonos en ese lugar!

Pero lo que hizo que llegaran al tope nuestros problemas fue una carta escrita por un secretario de los Molinos al alcalde de Turín, en la que se recogían todas las confusas quejas que se rumoraban y se agrandaban los perjuicios imaginarios que ocasionábamos, de suerte que las familias empleadas no podían seguir trabajando así, ni tener tranquilidad; y se llegó a decir que aquello era un semillero de inmoralidad. El alcalde, aunque persuadido de lo infundado del informe, escribió una violenta carta según la cual debíamos trasladar inmediatamente a otra parte el Oratorio.¹⁷⁷ ¡Duelo general, lamentos inútiles! Total: tuvimos que irnos.

Bueno es dejar constancia de que esta fue la última vez que el secretario que redactó aquella carta famosa, de apellido Cussetti (nombre que no debe divulgarse), pudo escribir, ya que empezó a sufrir de un violento temblor en la mano derecha y murió tres años después. Pero Dios dispuso que su hijo, que quedó abandonado, viniera un día a pedir pan y techo en el internado que abrimos más tarde en Valdocco.

[46] El Oratorio en San Pedro in Vincoli - la criada del Capellán - una carta - un lamentable accidente.

Estando convencidos el alcalde y, en general el Municipio, de que no existía de verdad nada de cuanto se escribía contra nosotros, bastó una simple petición y la recomendación del Arzobispo, para que se nos permitiera reunirnos en la plazuela y en la capilla funeraria del Santo Cristo, llamada comunmente de “S. Pietro in Vincoli”. Así que, después de haber estado dos meses en San Martín de los Molinos, lamentablemente tuvimos que cambiarnos a este sitio que, por otra parte, nos convenía más. Pórticos espaciosos, un patio amplio, la Iglesia apropiada para nuestras ceremonias, fueron cosas que entusiasmaron a los muchachos y los dejaron locos de alegría.¹⁷⁸

Pero había allí un terrible rival que desconocíamos, y no era un muerto o algo por el estilo, ya que los muertos sepultados allí dormían en sus sepulcros. Era una persona viva, la criada del capellán que, no bien empezó a oír los cantos, las voces y el ruido de los muchachos, salió hecha una furia, con la gorra atravezada y los brazos en jarras, gritando a todo el que jugaba. Se unían al estruendo una niña, un perro, un gato y todo un gallinero, de modo que parecía venírse nos encima un conflicto europeo.

Traté de acercarme para calmarla, haciéndole ver que aquellos chicos no tenían ninguna mala intención, que sólo querían divertirse y que eso no era pecado. Entonces arremetió contra mí y me echó mi parte. Entonces ví oportuno interrumpir el recreo, dar un poco de catecismo, rezar el Rosario en la Iglesia, y marcharnos con la esperanza de encontrar las cosas más tranquilas el domingo siguiente. Pero ocurrió todo lo contrario, porque cuando llegó, al atardecer, el Capellán, la bendita mujer se le puso al lado y después de llamar a don Bosco y a sus muchachos revolucionarios y profanadores de los lugares santos y todo lo peor que pudo, indujo a su patrón a escribir una carta al Municipio; y la escribió bajo el dictado de la criada, con tal vehemencia, que de inmediato se expidió orden de captura para todo el que volviera a entrar a ese lugar.¹⁷⁹ Es doloroso decirlo, pero aquella fue la última carta que escribió el P. Tessio, capellán del cementerio. Lo hizo el lunes, y a las pocas horas sufrió un ataque apopléjico que lo mató casi de inmediato. Dos días después corría la misma suerte la sirvienta. Estas cosas se divulgaron e impresionaron profundamente a los jóvenes y a cuantos supieron el desenlace. Había una grande curiosidad en todo el mundo por venir a averiguar sobre estos tristes sucesos.¹⁸⁰ Por otra parte, habiéndonos prohibido reunirnos en S. Pietro in Vinculi, y sin haber tenido tiempo para hacer conocer la determinación a los jóvenes, nadie, ni yo mismo, teníamos idea de dónde podríamos ahora reencontrarnos.

[47] El Oratorio en casa Moretta.¹⁸¹

Como fue imposible comunicarles a tiempo la prohibición, un montón de muchachos fue el domingo siguiente a San Pedro in Vincoli, y al encontrar todo cerrado, se me vinieron en masa a la habitación del Refugio. ¿Qué hacer con todas las cosas de la iglesia y de los juegos, y además los jóvenes metidos por todas partes, y sin tener un palmo de tierra en dónde atenderlos?

Disimulando mis preocupaciones trataba de mostrarme de buen humor con todos y de entretenerlos hablándoles de las maravillas del futuro Oratorio, que por entonces sólo existía en mi pensamiento y en los designios del Señor. Para tenerlos ocupados durante los días festivos, los llevaba algunas veces a Sassi, otras a la Virgen del Pílon, a la Virgen del Campo o al Monte de los Capuchinos, y hasta fuimos a Superga.¹⁸²

Cuando visitábamos estas iglesias procuraba celebrarles la Misa y explicar el Evangelio; por la tarde, un poco de catecismo, cantos y el relato de un hecho que les dejara alguna enseñanza. Después dábamos alguna vueltecita, o nos íbamos de paseo hasta la hora de retornar a la casa. Parecería que esta crítica situación iba a acabar con todo y, por el contrario, el número de muchachos iba aumentando extraordinariamente.

Entre tanto ya estábamos en el mes de noviembre (1845), tiempo nada a propósito para paseos o salidas fuera de la ciudad. Así que, de acuerdo con el teólogo Borel, tomamos en alquiler tres habitaciones de la casa del padre Moretta, que es la que se ve hoy día casi frente a la iglesia de María Auxiliadora. Sólo que, a fuerza de reparaciones, parece como si fuera otra.¹⁸³ Pasamos allí cuatro meses siempre con la preocupación de lo estrecho de los locales, pero muy satisfechos de tener en dónde reunir a nuestros chicos, poder enseñarles algo y, sobre todo, para darles oportunidad de confesarse. Pero además allí, durante aquel invierno, comenzamos las escuelas nocturnas. Era la primera vez que se hablaba de este tipo de educación. Por esto se decían muchas cosas en favor o en contra.¹⁸⁴

Se discutió entre los párrocos de Turín la cuestión de si se debían promover o cerrar los Oratorios. Hubo quien se declaró o en pro o en contra. El cura de Borgo Dora, don Agustín Gattino, en compañía del teólogo Ponzatti, cura de San Agustín, me trajo la respuesta en estos términos: *Los párrocos de Turín, reunidos según costumbre, se ocuparon de la conveniencia de los oratorios. Pesados los pro y los contra, ante la imposibilidad de que cada párroco pueda organizar un oratorio en su parroquia, animan al sacerdote Bosco a que continúe, mientras no se tome otra decisión.*¹⁸⁵

Entre tanto llegaba la primavera de 1846. Los inquilinos de la casa Moretta eran muchos, y aturridos por el alboroto y los gritos de los muchachos, amenazaron al dueño con que, si no se acababa inmediatamente con aquellas reuniones, se marcharían todos. Así que el buen padre Moretta se vió obligado a decirnos que si todavía queríamos mantener vivo el Oratorio nos buscáramos otro sitio.¹⁸⁶

[48] El Oratorio en un prado - paseo a Superga.

Con gran pena, y no pequeños inconvenientes para el funcionamiento del Oratorio, nos vimos obligados a abandonar la casa Moretta en marzo de 1846 y a tomar en arriendo un potrero de los hermanos Filippi, precisamente allí en donde hay actualmente una fundición de hierro. Allí me encontré al aire libre, en un campo con una cerca de yerba que dejaba paso libre a quien deseara entrar. Se trataba de trescientos a cuatrocientos muchachos que encontraban ya su paraíso en la tierra en este Oratorio, cuyo techo y paredes era nada menos que el Cielo.

Pero también en ese sitio teníamos que hacer nuestras prácticas piedad. Como podíamos hacíamos allí el catecismo a la buena de Dios, rezábamos y cantábamos vísperas, luego el teólogo Borel o yo, trepándonos a un ribazo o sobre una silla, echábamos nuestro sermoncito a los chicos, que se acercaban ansiosos a escucharnos.

Para las confesiones hacíamos así: los días de fiesta yo madrugaba al campo en donde ya me estaba esperando un buen número de muchachos. Me sentaba en uno de los montones de tierra y mientras unos se confesaban otros se preparaban o daban la acción de gracias, en seguida varios volvían a sus juegos.

Durante la mañana, a un dado momento, al son de trompeta se reunía a los jóvenes y con otro trompetazo se hacía silencio para poder indicarles adónde íbamos a oír la Santa Misa y a hacer la Comunión.

A veces, como ya dije, emprendíamos la marcha a la Virgen del Campo, o a la iglesia de la Consolata, o a Stupinigi, o a otro de los sitios ya mencionados.¹⁸⁷

Como eran frecuentes las caminadas a estos lugares, a veces bastante lejanos, voy a relatar una de las que hicimos a Superga, para tener una idea de cómo se organizaban también las demás.

Reunidos los jóvenes en el prado, se les daba tiempo para que jugaran a bochas o piedrezuelas, o montaran en zancos, etc.; se tocaba luego el tambor, o la trompeta, para indicar la hora de reunirnos y de la partida. Nos fijábamos que hubiese habido oportunidad para que todos oyesen primero la Misa. Pasadas las nueve salíamos hacia Superga. Se llevaban cestos de pan, queso, embutidos, frutas, y todo lo necesario para pasar el día. Ibamos en silencio hasta salir de la ciudad. Después empezaba el alboroto: cantos y gritos, pero siempre en fila y en orden. Una vez, al comenzar la subida a la basílica, me encontré con que me tenían preparado un caballito estupendo, con sus arreos y todo, enviado por el sacerdote Anselmetti, cura de aquella parroquia.¹⁸⁸ Allí mismo recibí un mensaje del Padre Borel, quien nos había precedido: -"*¡Venga, venga tranquilo, con esos buenos muchachos que la sopa, el cocido y el vino están preparados!*" Monté a caballo y lo leí en voz alta. Todos, arremolinados en torno, no bien oyeron aquello estallaron unánimemente en aplausos y ovaciones, con gritos, estruendos y cantos. Molestaban al caballo por las orejas, las narices o la cola, empujando tanto a la pobre bestia como al que la cabalgaba. El manso animal lo soportaba todo con una paciencia mayor que la que tenía el jinete. Además de aquel alboroto que hacíamos, le daban a la música con tambor, trompeta y guitarra. Todo tan desafinado como para sumarse al ruido que hacían los muchachos, en una maravillosa armonía. Cansados de reír, bromear, cantar y desgañitarnos, llegamos a la meta. Como los chicos estaban sudorosos, se refrescaron un poco en el patio del santuario, y en seguida se les trató de saciar el voraz apetito. Después de descansar los reuní y les conté detalladamente la historia maravillosa de la Basílica, la de las tumbas reales de la cripta y la de la Academia Eclesiástica, que funcionaba allí y había sido erigida por Carlos Alberto y promovida por los Obispos de los Estados Sardos.¹⁸⁹

El teólogo Guillermo Audisio,¹⁹⁰ que era Director de la misma, pagó generosamente sopa y un plato de cocido para todos los visitantes. El párroco regaló el vino y la fruta. Se dejaron unas dos horas para visitar los locales y después nos reunimos en la iglesia en la que ya había mucha gente. A las tres de la tarde les hice una corta prédica desde el púlpito, después los más afinaditos entonaron el *Tantum ergo* que, por el efecto de las voces blancas, causó gran admiración.

A las seis echamos algunos globos de papel y en seguida, agradeciendo vivamente a los que nos habían atendido, emprendimos el regreso hacia Turín. En el camino los mismos cantos, risas y juegos de antes y también la oración.

Llegados a la ciudad, cada uno se iba separando de la fila a medida que se acercaba a su casa. Yo llegué al Refugio con siete u ocho muchachotes de los más fornidos que traían los cacharros que habíamos usado ese día.

[49] El Marqués de Cavour y sus amenazas - nuevos trastornos para el Oratorio.¹⁹¹

No es posible describir el entusiasmo que entre los muchachos despertaban nuestros paseos. Eran felices con esta manera de mezclar la piedad con juegos y paseos y se me encariñaban de tal forma que no solamente eran obedientísimos a mis indicaciones sino que estaban predispuestos para todo aquello en que me pudieran ayudar. Viendo un guardia cierto día que con sólo una señal de la mano imponía silencio a unos cuatrocientos muchachos que saltaban y lo alborotaban todo en el campo, se puso a gritar: *¡si este cura fuera general, podría estar al frente del mejor ejército del mundo!* Verdaderamente la obediencia y el afecto de mis chicos llegaba a la locura.

Por otra parte, esto dio ocasión a nuevas habladurías de que don Bosco podía en cualquier momento desencadenar una revolución con sus muchachos. Tan ridícula afirmación volvió a encontrar eco en las autoridades locales, especialmente en el Marqués de Cavour, padre de los célebres Camilo y Gustavo, y que entonces era Vicario de la ciudad, o sea jefe del orden público. Me hizo llamar a palacio municipal y, hablándome largamente acerca de lo que se sospechaba de mi persona, acabó por decirme: *Señor cura, acepte mi consejo. Suelte a la buena de Dios a esos sinvergüenzas que sólo van a ocasionar problemas a usted y a las autoridades. Tengo información exacta acerca de lo que ustedes hacen cuando se reúnen, por tanto no puedo tolerarlas por más tiempo.* Le respondí:

- *Pero si no tengo otra mira, señor Marqués, que el bien de esa pobre gente del pueblo. No quiero dinero, sino solamente un lugar en donde reunirlos. Busco de este modo disminuir el número de los vagos y de los que terminan en la cárceles.*
- *Se equivoca, mi buen cura; todo eso es inútil. En vista de lo riesgoso de esas reuniones, no puedo asignar un local para que las haga. Y ¿de dónde saca usted el dinero para todos los gastos que le ocasionan estos vagabundos? Ya sabe, no puedo permitirle lo que está haciendo con ellos.*
- *Los resultados obtenidos me dicen que no estoy perdiendo el tiempo, señor Marqués. Recogemos a muchos jovencitos que estaban completamente abandonados, los pudimos librar de los peligros a que están expuestos, encaminarlos en una profesión y evitar que hubieran ido a parar en la cárcel. Tampoco me han faltado hasta el momento los medios materiales, porque están en las manos de Dios y Él se sirve de uno u otro instrumento para realizar sus divinos designios.*
- *¡Paciencia!, obedezca mis órdenes, no permitiré su oratorio.*
- *No lo haga por mí, señor Marqués, hágalo por el bien de esos muchachos que de lo contrario pueden llegar a volverse una miseria.*
- *Le he dicho que no insista. Yo no estoy aquí para discutir con usted. Es una orden. Yo lo debo y quiero impedir. ¿No sabe que toda actividad de éstas está prohibida y requiere un legítimo permiso?*
- *Pero si no tiene finalidad política. Enseño el catecismo a estos muchachos y lo hago con el permiso del señor Arzobispo.*
- *¿Está informado el Arzobispo de todo esto?*
- *Completamente informado; nunca he dado un paso sin su consentimiento.*
- *¿Y es que acaso no puedo yo impedir estas cosas?*
- *Creo, señor Marqués, que usted no me prohibiría hacer un catecismo para el que me ha autorizado mi Arzobispo.*
- *¿Y si el Arzobispo le hiciera desistir de esa ridiculez, le opondría usted dificultad?*
- *Ninguna. La comencé y he continuado siempre de acuerdo con mi Superior Eclesiástico y así seguiré actuando según la mínima indicación que me haga.*
- *Puede retirarse. Hablaré con el Arzobispo y espero que después usted no vaya a entrar en conflicto con lo que él determine. En ese caso me obligaría a tomar medidas a las que no querría recurrir.*

Llegadas las cosas a este punto, creí que se me dejaría en paz por algún tiempo. Pero ¡cuál no sería mi estupor cuando, al llegar a casa, me encontré con una carta de los hermanos Filippi en la que se me echaba del local que me habían alquilado!

- *Sus muchachos - me decían - pisotean de tal manera el césped que van a acabar hasta con las raíces. Con todo gusto le perdonamos el alquiler vencido, con tal de que dentro de quince días nos deje libre el terreno. No podemos concederle más tiempo.*

Se esparció en seguida la noticia sobre las dificultades en que estábamos metidos y varios de mis amigos comenzaron a insistirme en que abandonara una obra en que era inútil insistir por el momento. Hubo, así mismo, quienes al verme tan retraído en mis preocupaciones y siempre lleno de muchachos, ya empezaban a hablar de que me estaba volviendo loco. Un día, delante del padre Sebastián Pacchiotti, el teólogo Borel se expresó de esta manera: *Es mejor salvar lo salvable que perderlo todo. Mandemos a todos los muchachos que tenemos y quedémonos sólo con unos veinte de los más pequeños. Mientras les enseñamos a estos el Catecismo, Dios nos dirá qué debemos hacer con lo demás.*

Le respondí: *¿Qué cosa vamos a esperar todavía? Si tenemos ya el lugar: un patio bien grande una casa llena de chicos, pórticos e iglesia, sacerdotes y clérigos. ¡Todo a nuestra disposición!*

- *¿Pero en dónde está eso?*, me interrumpió el teólogo.
- *No sé dónde esté, pero ciertamente existe y es nuestro.*

Entonces el teólogo Borel se puso a llorar con mucho sentimiento y me decía: *¡Pobre don Bosco, está perdiendo la cabeza!* Me tomó de la mano. La besó y, dejándome solo en mi habitación, salieron con el padre Pacchiotti.¹⁹²

[50] Despido del Refugio - nueva sospecha de locura.

Las muchas cosas que se decían sobre don Bosco empezaron a inquietar a la marquesa de Barolo,¹⁹³ tanto más cuando el municipio de Turín se oponía a mis proyectos. Vino un día ella a mi despacho y empezó a hablarme de esta manera:

- *Estoy muy contenta por el interés que Usted se toma por mis instituciones. Le agradezco todo ese trabajo que se ha impuesto para introducir en ellas el canto religioso, el gregoriano, la música, la aritmética y hasta el sistema métrico.*
- *No hay nada de qué agradecer, esos son deberes de todo sacerdote, que Dios recompensa.*
- *Pero sí siento mucho que todo este mundo de cosas haya quebrantado tanto su salud. No es posible que siga llevando al mismo tiempo la dirección de mis obras y el trabajo con esos pobres muchachos cuyo número sigue creciendo desproporcionadamente. Yo le propondría que se ocupe solamente del Hospitalito. Deje las cárceles y el Cottolengo y quítese de encima tanta preocupación por los chicos, ¿Qué le parece?*
- *Señora marquesa, el Señor me ha ayudado hasta ahora y seguirá haciéndolo. No se inquiete por eso. Entre el P. Pacchiotti, el teólogo Borel y mi persona podemos atender a todo eso.*
- *Pero yo no estoy de acuerdo en que usted se mate de esa manera. Esa multiplicidad de actividades van, quiera usted o no, en detrimento de su salud y de mis obras. Además, tantos rumores que hay acerca de su equilibrio mental y de la oposición de las autoridades, me obligan a decirle ...*
- *¿Qué cosa, señora marquesa?*
- *Que o prescindir de sus muchachos o del Refugio. Piénselo y deme una respuesta.*
- *Ya tengo la respuesta. Usted encontrará fácilmente cuantos sacerdotes quiera para sus obras porque tiene dinero para financiarlas. Pero ese no es el caso de mis chicos. Si los dejo, todo se va a venir abajo. Podría entonces seguir haciendo lo que me sea posible en el Refugio, sin el nombramiento de capellán, y me dedicaré por completo a los muchachos abandonados .*
- *Y ¿de qué va a vivir usted?*
- *Dios me seguirá ayudando como hasta ahora lo ha hecho.*
- *Pero, piense en su pésimo estado de salud y dése cuenta que la cabeza ya no le sirve. Usted se va a endeudar y va a tener que acudir a mí y yo para esos muchachos no le daré un céntimo más. Mi consejo es como el de una madre, acéptelo. Le seguiré dando el sueldo que tiene y se lo puedo au-*

mentar si quiere. Pero váyase a pasar uno, tres, cinco años en cualquier parte: descanse, y cuando se haya restablecido, vuelva al Refugio en que será siempre bien recibido. De lo contrario, me pone en la desagradable necesidad de despedirle de mis obras. Piénselo seriamente.

- *Señora marquesa, le he dicho que eso ya está resuelto. He entregado mi vida a los jóvenes. Le agradezco sus consejos pero no me puedo alejar del camino que la Providencia me ha trazado.*
- *¿Así que prefiere usted sus muchachos a mis obras? Si es así, está usted despedido desde ahora mismo. Hoy proveeré a su reemplazo.*

Le hice ver que despacharme de esa manera podría dar ocasión a que se suscitasen habladurías y que éstas iban a afectar tanto su honra como la mía. Que era mejor obrar con calma y mantener entre nosotros esa caridad de la que un día tendríamos que dar cuenta al Señor.

- *Entonces, -agregó-, dejemos pasar tres meses antes de entregarme dirección del Hospitalito.*

Acepté el despido, abandonándome en las manos de Dios. ¹⁹⁴

Entre tanto se imponía cada vez más el rumor de que don Bosco se había vuelto loco. Mis amigos estaban doloridos, había gente que se burlaba, el arzobispo dejaba andar las cosas; don Cafasso me insistía en que cediera un poco, el teólogo Borel callaba. Así es que, a medida que mis colaboradores me abandonaban, vine a quedar solo con cuatrocientos muchachos.

Hubo entonces algunas personas más respetables que se propusieron cuidar de mi salud. Se decían: don Bosco con esas ideas fijas va a acabar en la locura. Tal vez un tratamiento le sentará bien. Llévemolo al manicomio y allí, con el respeto que se merece, se le podrá atender como él lo necesita.

Encargaron a dos personas para que vinieran en un coche a llevarme. Me saludaron cortésmente y me preguntaron por mi salud, por el Oratorio, por los edificios y la iglesia futuros de que hablaba. Luego, asintiendo con un profundo suspiro, dijeron, *¡es verdad!* Y sin más, me invitaron a salir con ellos de paseo, ya que, según comentaban, un poco de aire me haría bien.

- *Venga, el carro está listo. Tenemos tiempo para hablar por el camino.*

Me di cuenta entonces de sus intenciones, y sin demostrarlo, los acompañé hasta el coche e insistí en que entraran ellos primero y tomaran asiento. Luego, en vez de hacerlo yo, cerré de un golpe la portezuela y grité al conductor: *¡De prisa, al Manicomio, que allá esperan ya a estos dos sacerdotes!* ¹⁹⁵

[51] Traslado al actual Oratorio de san Francisco de Sales en Valdocco.

Mientras sucedía todo lo que acabo de relatar llegó el último domingo en el que se me permitía tener el Oratorio en el prado (15 de marzo 1846 ¹⁹⁶). En verdad sólo yo sabía este dato pero todos intuían mis preocupaciones y mis espinas. Esa tarde contemplaba la multitud de chiquillos jugando y pensaban en la mies abundante que, de entre ellos, podría dar frutos para el sagrado ministerio. Pero al verme tan solo para tanto trabajo, sin los obreros necesarios, agotado de fuerzas por mi deplorable estado de salud y sin saber en dónde poder reunir en lo sucesivo a mis muchachos, me sentí profundamente conmovido.

Me retiré a un lado, me puse a caminar a solas y, quizás por primera vez, me puse a llorar. Mientras paseaba, alcé los ojos al cielo y exclamé: *¡Dios mío! ¿por qué no me señalas de una vez por todas el lugar en que quieres que recoja estos chicos? ¡Dámelo a conocer y dime qué tengo que hacer!*

Acababa de rezar cuando llegó un sujeto llamado Pancrasio Soave ¹⁹⁷, que me dijo tartamudeando:

- *¿Es cierto que usted busca sitio para montar un laboratorio?*
- *Para un laboratorio no. ¡Para un Oratorio!*

- *No sé si sea lo mismo oratorio que laboratorio, pero aquí cerca hay un terreno, venga a verlo. Pertenece al señor Francisco Pinardi, una buena persona por cierto. Venga, que hará sin duda un buen negocio.*

Precisamente en aquel momento llegó el P. Pedro Merla, fiel amigo, colega del seminario, fundador de la obra de beneficencia conocida como “Familia de San Pedro”. Era un celoso sacerdote cuya institución se proponía remediar el penoso abandono en que muchas pobres niñas o mujeres se encuentran después de que, salidas de la cárcel, se ven rechazadas por la sociedad, y aun por gente que llamamos buena, de tal manera que les resulta casi imposible encontrar quien les quiera dar pan o trabajo. Todo tiempo libre que tenía el amado sacerdote, venía a ayudar a su amigo, tantas veces solo en medio de un montón de muchachos. ¹⁹⁸

Apenas me vio, me hizo esta pregunta:

- *¿Qué te pasa? Nunca te he visto tan decaído. ¿Te ha ocurrido alguna desgracia?*
- *Desgracia propiamente no, sólo que estoy en un gran apuro, pues hasta hoy tengo plazo de quedarme aquí, en esta propiedad. Se hace tarde y sólo me quedan dos horas. No sé qué decirles a mis muchachos para el próximo domingo. Este buen amigo dice que hay por aquí un local que tal vez me convenga. Echame una manita. Cuidame la recreación de los chicos, y yo voy a ver de qué se trata y vuelvo en seguida.*

Llegado al lugar vio una casucha de dos pisos, con escalera y galería de madera, por cierto ya carcomida, rodeada de huertos, prados y campos. Quise subir pero Pinardi y Pancracio me dijeron:

- *no, el sitio que podríamos cederle está aquí detrás.*

Era una cobertizo alargado, que por un lado se apoyaba contra la pared y, por el otro, terminaba a un metro del suelo. En caso de necesidad, podría ser allí almacenada la leña. Para entrar tuve que agachar la cabeza o me daba contra el techo.

- *No me sirve: es demasiado bajo, -le dije.*
- *Se lo hago arreglar a su gusto, -repuso complaciente Pinardi.-Cavaré, pondré unos escalones y pavimento. Deseo mucho, de verdad, que usted establezca aquí su laboratorio.*
- *Que no es un laboratorio, sino un Oratorio o sea, una iglesia para reunir a los jovencitos.*
- *Con más razón todavía. De muy buena gana voy a hacerlo. Hagamos, pues, el contrato. Además, como soy cantor, vendré a ayudarle; traeré dos sillas, una para mí y otra para mi mujer. Tengo además una lámpara en mi casa y se la pondremos también aquí.*

Aquel hombre tan bueno, parecía estar delirando de alegría al saber que iba a tener una iglesia en su casa.

- *Le agradezco, amigo mío, por su caridad y buena voluntad. Acepto estas ofertas tan buenas que me hace. Si me puede bajar el suelo unos cincuenta centímetros, sería muy bueno. ¿Cuánto me cobra?*
- *Trescientos francos. Me ofrecen más, pero lo prefiero a usted porque piensa poner este lugar al servicio de la gente de la localidad.*
- *Le doy trescientos veinte, con tal de que me incluya la faja de terreno que está al lado, pues nos sirve para los juegos de los muchachos, y que ya el domingo entrante pueda venir con ellos.*
- *De acuerdo, trato hecho. Venga pues: todo estará listo. No busque más.*

Me fui de carrera adonde los chicos, los reuní y me puse a gritar: *-¡Ánimo, muchachos!, tenemos ya un Oratorio en mejores condiciones, con iglesia, sacristía, locales para clases y terreno para jugar. El próximo domingo iremos a la casa Pinardi -y con señas les decía hacia dónde quedaba.*

Oyeron delirantes mis palabras. O corrían y cantaban de alegría, o quedaron perplejos. Algunos no sabían cómo manifestar su felicidad sino gritando y haciendo desorden. En un arranque de emoción y

poseídos por una profunda gratitud hacia la Virgen Santísima, que había acogido favorablemente las plegarias que le habíamos dirigido aquella misma mañana en la iglesia de la Virgen del Campo, nos arrodillamos por última vez en el pasto para rezarle el Santo Rosario. Después cada cual se fue a su casa. Así, sin ninguna pena, nos despedimos de aquel sitio que ocupábamos solamente por necesidad, mientras esperábamos otro más apropiado.

Al domingo siguiente, solemnidad de la Pascua, 12 de abril, transportando con nosotros nuestros trastos de iglesia y de recreo, nos fuimos a tomar posesión del nuevo local.

[52] La nueva Iglesia.

Aunque la nueva iglesia fuera muy poca cosa, sin embargo, dado el contrato que habíamos hecho, nos daba una cierta estabilidad y nos evitaba los gravísimos disturbios de estar cada rato emigrando de un lugar a otro.

Además, a mí se me antojaba, aunque no podía saber los verdaderos designios de Dios, que ése era el sitio en donde yo había visto, en sueños, la frase: *“Esta es mi casa: de aquí saldrá mi gloria”*.

No era, sin embargo, insignificante el problema de al lado nuestro: una casa de prostitución. Ni para "La Jardinera" - o Casa Bellezza, como se la llama actualmente - era muy cómoda nuestra cercanía, dada la gente de vida alegre que, sobre todo los fines de semana, venía a divertirse. Pero hubo que sobreponerse a esta realidad y comenzar el funcionamiento regular del Oratorio.

Terminados los trabajos, el arzobispo concedía, el 10 de abril, la facultad de bendecir y dedicar al culto divino el humilde local. Fue el domingo 12 del mismo mes. Efectivamente, para mostrar su complacencia con nuestro trabajo, él mismo nos renovó la facultad que nos había concedido cuando estábamos en el Refugio, para poder celebrar Misa, triduos, novenas y ejercicios espirituales, administrar la Confirmación, la Santa Comunión y hasta el permiso para que, quienes frecuentaban la Obra, pudieran cumplir en nuestra capilla el precepto pascual.

El hecho de disponer de un local fijo, los permisos que nos daba el prelado, la solemnidad de las funciones, la música, la noticia de nuestras entretenciones, atraían a muchachos de todas partes. También algunos sacerdotes empezaron a volver. Se destacaron como colaboradores, José Trivero, los teólogos Jacinto Carpano y José Vola, Roberto Murialdo y el infatigable teólogo Borel.¹⁹⁹

Así funcionaba el oratorio: los días de fiesta se abría la iglesia muy temprano y empezaban las confesiones que duraban hasta la Misa, que estaba programada para las ocho. Pero como eran tantísimos los muchachos, podía retrasarse hasta las nueve o más tarde. Cuando contábamos con otro sacerdote, éste se encargaba de asistir a los chicos y dirigir las oraciones. En la misa los chicos que estaban ya preparados podían comulgar. Cuando terminaba dejaba los ornamentos y trepaba al pequeño púlpito para explicar el Evangelio. Ese año, sin embargo, empecé más bien a relatar, en forma sistemática, la Historia Sagrada. Estas narraciones, hechas en forma sencilla y popular, coloreadas con costumbres de la época y de los diversos lugares, completadas con los nombres geográficos y estableciendo las oportunas relaciones con los sitios actuales, agradaban muchísimo no sólo a los jóvenes sino a los adultos y los sacerdotes que estaban presentes. Después de la plática se dictaban clases hasta mediodía.

A la una de la tarde comenzaba el recreo: bochas, zancos, fusiles y espadas de madera, y los primeros aparatos de gimnasia. A las dos y media empezaba el catecismo. La ignorancia era, en general, grandísima. Muchas veces me sucedió empezar el canto del Avemaría y, de cerca de cuatrocientos jóvenes allí presentes, no había uno solo que respondiera, o que pudiera continuar solo si yo me callaba.

Como todavía no se podían cantar las vísperas, concluído el catecismo, se rezaba el rosario. Más tarde ya pudimos entonar el Ave Maris Stella, después el Magnificat, luego el Dixit Dominus y los otros salmos; por fin, una que otra antífona, hasta llegar a cantar, al cabo de un año, todas las Vísperas de la Virgen. Concluíamos con una breve instrucción que de ordinario partía de un ejemplito, en el que se hacía resaltar un vicio o una virtud. Todo acababa con el canto de las letanías y la bendición del Santísimo Sacramento.

[53] Al salir de la iglesia empezaba el tiempo libre que cada uno ocupaba a su gusto. Algunos continuaban la catequesis, o iban a las clases de canto o de lectura; y la mayor parte saltaban, corrían o buscaban otros pasatiempos y entretenciones. Como yo tenía la experiencia de saltimbanqui, me encargaba de las competencias de salto y de carreras, o les hacía juegos de habilidad y prestidigitación, con cubiletes, cuerdas y bastones. Era la única manera de manejar a esa multitud de muchachos de los que se podía decir que eran: “*Como borriquillos y mulos que no tienen sesos*”.²⁰⁰

Por debo decir que si la ignorancia de estos chicos es tan grande, por el contrario son muy respetuosos con las cosas de la iglesia y con el sacerdote, y que tienen grande deseo de aprender todo lo referente a la religión.

Es más, yo me servía de aquellos originales recreos para motivar a mis muchachos sobre la vida espiritual y sobre la necesidad de frecuentar los sacramentos. Con una palabra al oído recomendaba a unos, por ejemplo, la obediencia, a otros, que pusieran más cuidado en el cumplimiento de sus deberes, o que vinieran al catecismo o a confesarse. De tal suerte que era durante esos momentos de descanso cuando yo podía motivar a varios de ellos para que vinieran el sábado por la tarde o el domingo a confesarse. A veces llamaba, durante los mismos juegos, a aquellos que veía más negligentes en frecuentar sus deberes religiosos y los invitaba a la confesión.

Voy a contar un hecho de tantos: a uno se le había insinuado varias veces que cumpliera con el precepto pascual. Cada domingo lo prometía sin ningún resultado. Un día de fiesta, apenas terminadas las funciones sagradas, se había puesto a jugar con todo entusiasmo. Lo sorprendí entonces mientras, como fuera de sí, sudoroso y con la cara encendida, corría y saltaba por todas partes. Le dije que me hiciera el favor de acompañarme un momentito a la sacristía para ayudarme en alguna cosa. El, sin más, quería venir así en mangas de camisa como estaba, pero yo le hice ponerse la chaqueta. Cuando llegamos, lo llevé al coro y le dije:

- *Arrodíllate en ese reclinatorio. Lo hizo, pero trasladando el reclinatorio a otra parte.*
- *No, deja las cosas como están.*
- *¿Qué quiere?*
- *Pues, confesarte.*
- *No estoy preparado.*
- *Eso ya lo sé.*
- *¿Entonces?*
- *Entonces, prepárate y te confieso.*
- *Bueno, bueno, de verdad que tengo necesidad de confesarme. Si no es porque me trae así, el qué dirán de los compañeros no me habría dejado hacerlo.*

Mientras yo recé una parte del breviario, él trató de prepararse. Después se confesó de muy buena gana y dio gracias con mucha devoción. A partir de aquel momento fue uno de los más asiduos en el cumplimiento de los deberes religiosos. Cuando él contaba la anécdota a sus compañeros siempre terminaba de esta manera:

- *Don Bosco supo cazar al pájaro y enjaularlo.*

Cuando anochece, los reunía a todos en la iglesia con un toque de campana. Allí se hacía un poco de oración o se rezaba el rosario con el Angelus y terminábamos con el canto: *“Sea siempre alabado el Santísimo Sacramento del altar”*.

Al salir de la iglesia me iba en medio de ellos acompañándolos, mientras cantaban y molestaban todavía un poco. No era raro que subiendo hacia la placita del “Rondó” entonáramos algo religioso. Los citaba para el domingo siguiente y, después de despedirnos en medio de una gritería, cada cual se marchaba a su casa.

Siempre la escena al despedirse del Oratorio era singular. Una vez salidos de la iglesia la despedida no terminaba nunca. Yo les repetía: *a casa, a casa, que los esperan!*

Era inútil. Había que dejarlos todavía que se reunieran y que seis de los más robustos, hicieran una especie de silla de brazos y que yo, por fuerza, me subiera en ella como en un trono. Se ordenaban en varias filas, y llevando a don Bosco sobre esas andas que emergía sobre todos, seguían cantando, riendo y aplaudiendo, hasta la plaza llamada “el Rondó”. Pero, una vez allí, se continuaba cantando todavía, y por último se entonaba ese canto solemne *“Sea siempre alabado...”* Se hacía después un gran silencio y yo entonces les auguraba una buena noche y una buena semana. Todos respondían gritando: *“¡Buenas noches!”*

Entonces se me baja de mi trono, ellos se iban a sus casas y algunos de los mayorcitos me acompañaban a casa medio muerto de cansancio.

[54] Otra vez Cavour - la Administración Municipal - la Policía.

A pesar de que todo estaba ya en orden y tranquilo en nuestro Oratorio, el marqués de Cavour, que era vicario de la ciudad, seguía en el empeño de acabar esas reuniones de muchachos que para él siempre eran peligrosas. Cuando se aseguró de que yo obraba siempre de acuerdo con mi Arzobispo, convocó su junta administrativa en el palacio episcopal. Se trataba de un tribunal integrado por los principales consejeros del Municipio que ejercía la administración ordinaria. El presidente, llamado jefe de orden público, tenía más poder que el alcalde.

El arzobispo me comentó más tarde que cuando vió todos aquellos magnates reunidos, creyó que se trataba del juicio universal. Se habló mucho en pro y en contra, para concluir que de todas maneras había que impedir y desbaratar esas reuniones de muchachos que ponían en peligro la tranquilidad pública.

Formaba parte del tribunal el conde José Provana de Collegno, insigne bienhechor nuestro y entonces ministro de hacienda del rey Carlos Alberto. Varias veces me había ayudado de su propio bolsillo, o de parte del Soberano, ya que éste estaba muy contento con lo que oía acerca de nuestro Oratorio. Cuando se celebraba alguna solemnidad el rey leía con gusto las relaciones que yo le enviaba, o que el conde le hacía verbalmente. Diversas veces me hizo saber cómo apreciaba esta actividad de mi ministerio y que su deseo mayor era que se establecieran instituciones similares en todas las ciudades y poblaciones de su Estado. Por Año Nuevo solía enviarme un regalo de trescientas liras con estas palabras: *“Para los chiquillos de don Bosco”*. Y cuando supo que el tribunal de orden público amenazaba con prohibir nuestras actividades encargó al conde que expresara de esta manera su voluntad: *Es mi intención que se promuevan y protejan estas reuniones dominicales y, si hubiera peligro de algún desorden, estúdiense la manera de prevenirlos y evitarlos.*

Pues bien, el conde de Collegno, que había asistido silencioso a toda aquella viva discusión, cuando vió que se decidía la dispersión y disolución definitiva del Oratorio, se levantó, pidió la palabra y comunicó

la voluntad del Soberano y la protección que él quería, personalmente, darle a aquella microscópica institución.

Al oír esas palabras callaron tanto el Vicario como la Junta Administrativa del Municipio. En seguida Cavour me mandó llamar, y sin variar su tono amenazador, acabó diciéndome: *Yo no es que busque hacer el mal a nadie. Usted trabaja con buena intención, pero lo que hace es muy peligroso. Ahora bien, siendo yo el responsable del orden público, mantendré la vigilancia sobre usted y su obra. A la más mínima cosa que lo pueda comprometer, dispersaré inmediatamente a sus muchachos y usted me tendrá que dar cuenta de todo lo que pueda ocurrir.*

Sea lo que sea de las dificultades en que se vio luego envuelto, o por la enfermedad que ya le minaba su organismo, lo cierto es que aquella resultó ser la última vez que el Vicario Cavour ejerció su cargo en el Palacio Municipal. Atacado de gota, tuvo que sufrir mucho, y en poco tiempo bajó a la tumba.²⁰¹

Sin embargo, durante los seis meses que le quedaban de vida, enviaba cada domingo guardias municipales para pasar con nosotros todo el día, vigilando cuanto ocurría en la iglesia o fuera de ella.

- *Y bien, -dijo el marqués de Cavour a uno de aquellos guardias en cierta ocasión, -¿Qué es lo que ven y oyen entre esa gentuza?*
- *Señor marqués, una multitud de muchachos que se divierten de mil maneras, en la iglesia, sermones que lo asustan a uno. Se dicen tantas cosas sobre el infierno y los demonios que dan ganas de confesarme.*
- *¿de política?*
- *De política nada. Esos muchachitos no entenderían una palabra. Lo que a ellos les interesa es que les hablen de cómo ganarse el pan que necesitan, de eso sí tiene mucho qué decir.*

Una vez muerto Cavour, no hubo nadie en el Municipio que nos ocasionare la menor molestia, por el contrario, hasta 1877 siempre que se presentó la ocasión el Municipio de Turín nos prestó su ayuda.

[55] Escuelas dominicales y nocturnas.

Y cuando estaba en la iglesia de San Francisco de Asís advertí la necesidad que tienen los muchachos de escuela, sobre todo para aquellos que ya son mayorcitos e ignoran totalmente las verdades de la fe. Para éstos, una enseñanza puramente verbal se prolonga mucho, los cansa y acaban por no volver. Ensayamos darles algunas clases pero no teníamos ni locales, ni maestros. En el Refugio, y más tarde en la casa Moretta, comenzamos una escuela dominical estable, e incluso antes de irnos a Valdocco, teníamos una nocturna regular. Para obtener un mejor resultado teníamos una sola materia de enseñanza cada vez. Por ejemplo, un domingo o dos se empleaban en estudiar el alfabeto o silabearlo. Luego se tomaba el pequeño catecismo y en él se les hacía silabear y leer hasta que fuesen capaces de entender una o dos de las primeras preguntas, y éstas quedaban como lección para la semana siguiente. El próximo domingo se repetía la misma materia y se añadían nuevas preguntas y respuestas. De esta forma pude conseguir que, después de ocho domingos consecutivos, algunos llegaran a leer y a estudiar por sí mismos páginas enteras del catecismo. Con esto ganamos mucho tiempo, ya que los mayorcitos hubieran tenido que dedicarse al catecismo de los años anteriores antes de poder prepararse a la confesión.

La asistencia a las clases dominicales beneficiaba a muchos, pero no bastaba, pues no pocos, cortos de cabeza, se olvidaban durante la semana de lo aprendido el domingo anterior. Fue entonces cuando introdujimos las escuelas nocturnas que, comenzadas en el Refugio, continuaron con una mayor regularidad en casa Moretta, y que ahora mejoraban notablemente siendo ya estable nuestra permanencia en Valdocco.

Estas escuelas nocturnas producían sus resultados: animaban a los jovencitos a entregarse a los estudios literarios, que les eran necesarios, y al mismo tiempo nos ofrecían lo que el Oratorio ante todo buscaba, su formación religiosa. Pero ¿de dónde sacar tantos maestros si casi cada día nos veíamos obligados a abrir una nueva clase? Para resolver el problema, me dediqué a preparar un número indispensable de jóvenes de los que habían estudiado en la ciudad. Les enseñaba italiano, latín, francés y aritmética sin cobrarles nada, pero tenían la obligación de venir a ayudarme a enseñar el catecismo y a dar clase en los cursos dominicales y nocturnos. Se prepararon así unos ocho o diez profesores, que fueron en aumento, y con ellos nació la sección de estudiantes.

Cuando estaba en el Convitto de San Francisco de Asís tuve entre mis chicos a Juan Coriasco que hoy es maestro de carpintería, a Félix Vergnano, ahora negociante en confecciones de ropa y a Delfín Paolo. Este último dedicado a la enseñanza técnica. En el Refugio tuvimos a Antonio Melanotte, ahora farmacéuta; Juan Melanotte, que fabrica dulces; Félix Ferrero, agente de negocios; Pedro Ferrero, compositor de imprenta; Juan Piola, carpintero que hoy tiene taller propio. Estaban además, Luis Genta, Víctor Mogna y otros, que lastimosamente no fueron constantes en el estudio. Tenía que gastar mucho tiempo y mucho dinero, y generalmente la mayor parte, cuando ya estaban en condiciones de ayudarme, se me iban.

Hubo, juntamente, con éstos otros señores buenos y serviciales de Turín, como José Gagliardi, quincallero, que fue muy constante en ayudarme; José Fino, de la misma profesión; Víctor Ritner, joyero, y otros. Los sacerdotes me ayudaban especialmente celebrando la misa, predicando e impartiendo catecismo a los mayorcitos.

[56] También la falta de libros nos creaba dificultades porque, fuera del Pequeño Catecismo elemental, no disponíamos de otros textos. Examiné todos los compendios de Historia Sagrada que se usaban en las escuelas pero no encontré ninguno que resolviese satisfactoriamente el problema, pues les faltaba sencillez, traían a cuento hechos inoportunos y temas demasiado largos y desadaptados. Además exponían de tal manera ciertos hechos que ponían en peligro la moralidad de los muchachos y se preocupaban bien poco de aquello que podía fundamentar las verdades de la fe. Dígase lo mismo de los ejemplos que hacían referencia al culto sagrado, al purgatorio, a la confesión y a la Eucaristía.

A fin de subsanar esta deficiencia en la educación que debía impartirse en aquel tiempo, me entregué en cuerpo y alma a la compilación de una Historia Sagrada que, a más de estar escrita con un estilo fácil y popular, no cayera en los defectos anotados. Este es el motivo que me llevó a escribir y editar una *“Historia Sagrada para el uso escolar”*. No podía garantizar un trabajo de calidad literaria, pero sí trabajé con toda ilusión por algo que fuera útil a los jóvenes.²⁰²

Después de algunos meses de clase hicimos una demostración pública de lo que nuestros alumnos habían aprendido en las clases dominicales. Se les hicieron varias preguntas sobre la Historia Sagrada y sobre temas de Geografía relacionados con ella. Estaban presentes el célebre abate Aporti, Boncompagni, el teólogo Pedro Baricco y el profesor José Rayneri. Todos se congratularon con la experiencia.²⁰³

Animados por los progresos conseguidos en las clases dominicales y nocturnas, se añadieron a la de lectura y escritura, la aritmética y el dibujo. Era la primera vez que se enseñaban en nuestro medio social este tipo de asignaturas. Eso mismo explica por qué empezaron a visitarnos muchos profesores y personas importantes. Hasta el Municipio envió una comisión presidida por el comendador José Dupré para comprobar la verdad de los resultados educativos de nuestras escuelas nocturnas de los que tanto se hablaba. Interrogaron acerca de la lectura, de la contabilidad, de la declamación y no acababan de entender cómo muchachos ya de dieciseis y veinte años, analfabetos, en pocos meses pudiesen adelantar de esa manera y se llenaron de entusiasmo al ver que jovencitos ya mayores, en vez de pasarse las noches vagando por las calles, se reunían allí para estudiar. Cuando dieron su informe al Consejo Municipal en pleno, éste nos asignó trescientos francos anuales que estuvimos cobrando hasta 1878, año en

el que, sin que se haya podido saber el motivo, esa ayuda nos fue suprimida para darla a otra institución.²⁰⁴

El caballero Gonella, cuyo celo y caridad dejaron en Turín glorioso e impercedero recuerdo, era entonces director de *“La Mendicidad Instruida”*. También él vino varias veces a vernos y al año siguiente, 1847, introdujo el mismo tipo de enseñanza, con los mismos métodos, en la institución de la que se lo había responsabilizado.

Cuando nosotros informamos a los directivos de esta Obra el funcionamiento de nuestras escuelas, ellos, de común acuerdo, nos otorgaron un premio de mil francos para ayudarnos en su sostenimiento. El Municipio, a su vez, se mostró interesado, así que en pocos años las escuelas nocturnas se habían propagado por los principales centros urbanos del Piamonte.²⁰⁵

[57] Otra necesidad que vimos, al poco tiempo, fue la de un devocionario adaptado a las circunstancias. Es cierto que los hay, innumerables y muy bien escritos, que corren por las manos de todos, pero en general están hechos para personas de cierta cultura y sirven tanto para católicos como para judíos o protestantes. Al ver cómo esta peligrosa herejía se iba infiltrando cada día más, procuré hacer un libro adaptado a la juventud y al alcance de sus conocimientos religiosos; que se basara en la Biblia y expusiese los fundamentos de la fe católica de la manera lo más clara y breve posible. Este sería *“El Joven Instruido”*.

Lo mismo me pasaba con la enseñanza de la aritmética y del sistema métrico. Efectivamente, aunque no sería obligatoria su enseñanza hasta el año 1850, sin embargo se empezó a introducir en 1846; luego, ya impuesto oficialmente en las escuelas, faltarían los libros de texto. Para llenar este vacío lancé mi librito titulado *“El sistema métrico decimal simplificado, etc”*.²⁰⁶

[58] Enfermedad - curación - decisión de residir en Valdocco.

Los muchos compromisos que tenía en las cárceles, en el Cottolengo, en el Refugio, en el Oratorio y en las escuelas, me obligaba a dedicar las noches a la redacción de los libritos que nos eran absolutamente indispensables. Fue una de las razones por las que mi salud, ya de por sí bastante delicada, se quebrantó de tal forma que los médicos me aconsejaron dejar toda responsabilidad. El teólogo Borel, que me apreciaba mucho, me hizo ir a reposar durante una temporada con el párroco de Sassi.²⁰⁷ Permanecía allí durante la semana y el domingo volvía a trabajar al Oratorio. No era, pues, suficiente. Los muchachos iban en grupitos a visitarme. Se les fueron añadiendo los de la localidad. En suma, me disturbaban más que si estuviera en Turín, y yo acababa por causarles a ellos muchos dolores de cabeza. A Sassi fueron llegando, además de los oratorianos, los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

He aquí uno de los muchos episodios que podría contar. Se habían predicado los ejercicios espirituales a los alumnos de las escuelas de Santa Bárbara que dirigían los Hermanos.²⁰⁸ Cuando terminó la tanda, como muchos solían confesarse conmigo, fueron en grupo a buscarme a Valdocco y, al no encontrarme allí, se encaminaron a Sassi, que está a cuatro kilómetros de Turín. El tiempo era lluvioso, y como quiera que los chicos no conocían bien el camino, anduvieron vagando un poco por campos, sembrados y viñas en busca de don Bosco. Llegaron por fin unos cuatrocientos, cansadísimos, con hambre, empapados en sudor y embarrados.

Esto era lo que decían: *hicimos nuestros ejercicios, queremos ahora mejorar nuestra conducta y por tanto resolvimos hacer una confesión general. Por eso nos vinimos, pero con permiso de nuestros maestros.*

Les dijimos que se volvieran pues los superiores y los papás estarían muy preocupados. Sin embargo respondían que querían reconciliarse. Atendimos pues a todos los que pudimos entre el Maestro del Municipio, el Cura, el Vicario y mi persona; pero hubieran sido necesarios por lo menos quince sacerdotes.

¿Cómo aplacar el hambre de aquel montón de muchachos? El párroco, que era el Teólogo Pedro Abbondioli, muy comprensivo, les repartió lo que tenía: pan, polenta, frijoles, arroz, papas, queso, fruta... Todo lo preparó lo mejor que pudo y se lo dio.²⁰⁹

Pero el asunto más grave se dió en el colegio pues, cuando llegaron los predicadores, los maestros y algunas personalidades invitadas para la clausura de los ejercicios con la Misa y la Comunión del alumnado, no encontraron a nadie. Aquello fue un caos. Por tanto desde entonces se tomaron las medidas pertinentes para que no se repitiera un caso semejante.

Cuando volví a la casa, tuve un desmayo a causa del agotamiento y me llevaron a la cama. La enfermedad resultó ser una bronquitis que se complicó con una violenta inflamación pulmonar. A los ocho días me habían desahuciado. Recibí el Santo Viático y los Óleos. Creo que estuve preparado para morir, sólo me daba pena tener que dejar a mis muchachos, pero me sentía contento al ver más estabilizado el Oratorio.

[59] Al esparcirse la noticia de que mi enfermedad era grave se produjeron tales muestras de preocupación por mí como jamás me hubiera imaginado. Constantemente se formaban hileras de muchachos que golpeaban llorando a la puerta para pedir información sobre mi estado de salud. Se sucedían continuamente preguntas y noticias. Yo seguía con emoción los diálogos que los chicos tenían con las personas que los atendían. Después supe hasta dónde llegó el afecto de mis jóvenes. Espontáneamente rezaban, ayunaban, oían misa, ofrecían sus comuniones. Se alternaban para pasar la noche y el día en oración ante la imagen de la “Consolata”. Por la mañana encendían cirios especiales y siempre, hasta entrada la noche, había un número considerable de muchachos rezando y pidiendo a la Santísima Madre de Dios que les conservase a su pobre don Bosco.

Algunos hicieron voto de rezar el rosario entero durante un mes, o durante un año o por toda la vida; tampoco faltaron quienes prometieran ayunar a pan y agua durante meses, y aún años, o mientras vivieran. Me consta que hubo albañilitos que ayunaron a pan y agua por semanas enteras, sin dejar por eso de trabajar de la mañana a la noche. Más aún, si tenían un rato libre, iban presurosos a pasarlo delante del Santísimo Sacramento.

Dios los oyó. Era un sábado por la tarde y se preveía que aquella noche podía ser la última de mi vida, según lo habían pronosticado los mismos médicos reunidos en consulta. Así lo pensaba yo mismo, que me sentía totalmente falto de fuerzas y seguía perdiendo sangre. Pero, hacia media noche sentí necesidad de dormir. Lo hice, y me desperté ya fuera de peligro. Cuando, por la mañana, me vinieron a ver los doctores Botta y Cafasso, me dijeron que fuera a dar gracias a la Consolata por el favor recibido. Mis muchachos no lo podían creer si al poco tiempo no me hubieran visto moverme con un bastoncito por el Oratorio entre la emoción que expresaban. ¡Es más fácil imaginar que describir cómo fue aquello! Se cantó el Te Deum. Hubo aclamaciones y entusiasmo indescriptible.

De lo primero que hice fue cambiar, en cosas que de veras pudiesen cumplir, los votos y promesas que los chicos habían hecho sin la suficiente reflexión, cuando yo había estado en ese peligro de muerte. Esta enfermedad tuvo lugar a primeros de julio de 1846, precisamente cuando debía abandonar el Refugio y trasladarme a otro lugar.

Me fui entonces a pasar algunos meses de convalecencia en mi casa de Murialdo, y hubiera debido haber prolongado por más tiempo mi permanencia en mi tierra natal si, con la sucesiva llegada de grupos de muchachos que venían a visitarme, ya no se hubiera acabado el reposo y la tranquilidad.

Todos me aconsejaban que pasara el resto del año fuera de Turín, en un sitio que ellos no conocieran, y buscara cómo recuperarme del todo. Eso pensaban también Don Cafasso y el señor Arzobispo. Pero como me resultaba demasiado difícil, se me permitió volver al Oratorio siempre que, a lo menos durante dos años, dejara de confesar y predicar. Sin embargo, cuando volví continué trabajando como antes, y durante veintisiete años no tuve nunca más necesidad ni de médicos ni de medicinas. Esto me ha hecho pensar en que no es el trabajo lo que hace daño a la salud.²¹⁰

[60] Residencia definitiva en Valdocco.

Pasados algunos meses de convalecencia con la familia, pensé en que podía volver a estar con mis queridos hijos, de los que cada día venía alguno a verme o me escribía, pidiéndome que volviera pronto a estar con ellos. Pero ¿en dónde iba a residir si se me había ya despedido del Refugio? ¿Cómo sostener una obra que cada día suponía más trabajo y más inversiones? ¿Cómo iba a hacer frente a mis gastos y a los de las personas que necesariamente tenían que vivir conmigo?

Habiendo en ese momento dos habitaciones desocupadas en la casa Pinardi, las tomamos en arriendo una para mí y otra para mi madre. Un día le dije:

- *Madre voy a tener que ir a vivir en Valdocco, pero dadas las personas que habitan en la casa, no puedo llevar a vivir conmigo a nadie más sino a Usted.*

Entendió ella muy bien mis razones y me dijo en seguida:

- *Si crees que eso es lo que quiere el Señor, estoy dispuesta a partir de inmediato.*

Eso implicaba un enorme sacrificio para mi madre, porque aunque mi familia no fuera acomodada, ella era la dueña de todo, amada por todos y considerada como una reina por pequeños y grandes.

Enviamos por delante algunas cosas de las más necesarias que, con las que ya tenía yo en el Refugio, sirvieron para hacer algo acogedora la nueva vivienda. Mi madre llenó el canasto de ropa blanca y puso en él otros objetos indispensables; yo tomé mi breviario, un misal, algunos libros y mis apuntes de mayor utilidad. ¡Esa era toda nuestra fortuna! Salimos a pie de I Becchi hacia Turín. Hicimos una corta parada en Chieri y por la tarde, ese mismo 3 de noviembre de 1846, llegamos a Valdocco.

Al vernos en aquellas habitaciones en que prácticamente nos faltaba todo, dijo bromeando mi madre:

- *en casa todo eran preocupaciones porque había algo para hacer y administrar; aquí estaré más tranquila pues no tengo nada de qué disponer ni a quién mandar.*

Pero por otra parte, ¿cómo vivir, de qué comer, de dónde sacar para pagar el alquiler y para atender a tantos muchachos que estaban pidiendo continuamente pan, calzado, vestidos y camisas para poder ir al trabajo? Habíamos traído con nosotros un poco de vino, algo de maíz, frijoles, cebada y otras cosas; y para hacer frente a los primeros gastos vendí un pedazo de tierra y una viña. Mi madre, por su parte, hizo traer su ajuar de boda, que había guardado celosamente intacto hasta entonces. Algunos de sus vestidos sirvieron para confeccionar casullas; con la ropa de cama se hicieron amitos, purificadores, roquetes, albas y manteles. Todo pasó por las manos de la señora Margarita de Gastaldi, que ya desde entonces se preocupaba por las necesidades del Oratorio.²¹¹

Tenía también mi madre un anillo y un collarcito de oro que vendió en seguida para comprar galones y adornos para los ornamentos sagrados. Una noche, de buen humor como siempre, cantaba sonriendo:

*Ay del mundo, ¡si nos viera,
forasteros sin fortuna!*

Una vez medio arregladas las cosas de casa, alquilé otra habitación para sacristía. Como no teníamos aún locales disponibles para clases, por algún tiempo las dimos en la cocina y en mi habitación. Pero

además los muchachos, que eran también muy pillos, cuando no echaban a perder las cosas, lo dejaban todo en desorden.

También se dieron clases en la sacristía, en el coro y en otros sitios de la iglesia; pero el rumor de las voces, el griterío, el canto, o el ir y venir de unos y otros, estorbaba lo que hacían los demás. Después de unos meses se pudieron alquilar dos nuevos locales y organizamos mejor la nocturna. En el invierno de 1846-1847, como ya se dijo, nuestra escuela obtuvo óptimos resultados. Los alumnos que venían cada noche eran unos trescientos. Además de las asignaturas académicas, teníamos canto gregoriano y música vocal. Cosas que se cultivaron siempre entre nosotros. ²¹²

[61] Reglamento para los Oratorios - Compañía y fiesta de San Luis - visita de Monseñor Luis Fransoni.

Una vez establecidos en Valdocco me dediqué con toda el alma a promover todo aquello que pudiese contribuir a mantener la unidad de espíritu, de disciplina y de administración del Oratorio. Lo primero fue compilar un reglamento en el que simplemente escribí lo que ya se practicaba en el Oratorio y lo que, en consecuencia, debía seguir haciéndose en el porvenir. Dado que ya éste ha sido publicado, es fácil que cada cual pueda informarse sobre él a su gusto. La ventaja de este breve reglamento fue muy notable: todos sabían lo que tenían que hacer, y como yo acostumbraba distribuir las responsabilidades, cada uno se preocupaba por conocer y cumplir sus propias obligaciones. Muchos obispos y párrocos quisieron tenerlo y buscaron la manera de conocer e introducir la obra de los oratorios en los pueblecitos y ciudades de sus diócesis. ²¹³

Establecidas las bases para la disciplina y la orgánica administración del Oratorio, era preciso estimular la piedad con prácticas fijas y uniformes. Esto se logró con la institución de la Compañía de San Luis. Hice el Reglamento en la forma que me parecía más apropiada a los jóvenes y lo presenté al arzobispo, que lo leyó personalmente y lo dio luego a leer a otros para que lo estudiaran y expresaran su parecer. Luego, el 12 de abril de 1847, después de manifestarme su complacencia, lo aprobó concediendo particulares indulgencias. Este reglamento de la Compañía de San Luis se halla en folleto aparte. ²¹⁴ La compañía de San Luis despertó gran entusiasmo entre nuestros jóvenes. Todos querían inscribirse en ella. Para conseguirlo se exigían dos condiciones: buena conducta en la iglesia y fuera de ella, evitar las malas conversaciones y frecuentar los sacramentos. No tardó en notarse una notabilísima mejora en la conducta de los muchachos.

[62] Para animar a los jóvenes a celebrar los seis domingos en honor de San Luis, se compró una estatua del santo, se hizo un estandarte y dimos a los jóvenes facilidad para que vinieran a confesarse a cualquier hora del día, por la tarde o por la noche. Además, como casi ninguno de ellos había recibido la Confirmación, se les preparó para este sacramento que recibirían el día de la fiesta del santo. ¡La concurrencia fue numerosísima! La preparación, el desarrollo del día, fueron posibles gracias a la ayuda de varios sacerdotes y laicos.²¹⁵

Era la primera vez que teníamos una celebración de esta categoría en el Oratorio y también la primera vez que venía a visitarnos el Arzobispo. Delante de la iglesia se preparó una especie de dosel bajo el cual se colocó al prelado. Yo leí unas palabras de ocasión, luego los jóvenes pusieron en escena una breve comedia que llevaba por título: *“Un soldado de Napoleón”*. Se trataba de un cabo bien gracioso que, aprovechando la admiración que sentía de toda aquella solemnidad, salía con poco de ocurrencias. Esto le causó mucha risa y entretuvo grandemente al prelado, de suerte que llegó a decir que jamás había reído tanto en su vida. Estuvo muy comunicativo con todos y expresó la enorme satisfacción que sentía por la obra; se congratuló, dijo palabras estimulantes para que se continuara trabajando y se mostró agradecido por la acogida que le habíamos brindado. Luego celebró la Santa Misa y repartió la

Comunión a más de trescientos jovencitos y a continuación administró el sacramento de la Confirmación.

Fue en esa circunstancia cuando en el momento de ponérsele la mitra, olvidándose de que no estaba en la catedral, levantó tan rápidamente la cabeza que chocó con ella en el techo de la capilla. Esto fue ocasión de hilaridad tanto de su parte como de parte de todos los presentes. Con tal frecuencia el Arzobispo solía hacer memoria del Oratorio y recordar ese episodio que el P. Rosmini llegó a decir que cosas semejantes sólo ocurrían en tierra de misiones.

Hay que tener en cuenta que, junto con el Arzobispo, vinieron dos canónigos de la catedral a acompañarlo y otros muchos eclesiásticos. No bien terminó la función se hizo una especie de acta en la que se anotaron los nombres de cuantos habían recibido el sacramento, de quién se lo había administrado, de los padrinos, del lugar y de la fecha. Después se expidieron los correspondientes certificados que, ordenados según las varias parroquias, se llevaron a la curia episcopal para que los remitiesen a los párrocos respectivos.

[63] Genesis del Hospicio - primeros residentes.

Mientras se organizaba la instrucción religiosa y literaria apareció otra grande necesidad que había que afrontar de inmediato. Muchos chicos, sea de Turín o forasteros, tenían toda la buena voluntad de entregarse a una vida distinta, mejor y dedicados a algún trabajo, pero acababan diciendo que carecían de comida y de ropa, y que tampoco tenían un alojamiento aunque fuese temporal. Nosotros habíamos preparado en el henil un lugarcito para algunos de ellos en donde podían pernoctar sobre un poco de paja. Sin embargo, varias veces algunos acabaron robándose las sábanas o las mantas y hasta hubo quienes se llevaron paja para venderla.

Fue cuando una tarde lluviosa de mayo de 1847 apareció un muchachito de unos quince años, completamente mojado. Pedía un pedazo de pan y alojamiento. Mi madre lo llevó a la cocina, cerca al fuego y, mientras se calentaba y secaba la ropa, le dió sopa y pan para que comiese alguna cosa. Entre tanto le fui preguntando si ya había comenzado la escuela, por sus padres y en qué trabajaba. Me respondió:

- *Soy un pobre huérfano. Vengo del Valle del Sesia en busca de trabajo. ²⁶ Tenía tres francos pero ya antes de poder ganarme algo los he tenido que gastar y ahora no tengo nada ni a nadie.*
- *¿Ya hiciste la primera comunión?*
- *Todavía no.*
- *¿La Confirmación?*
- *No*
- *¿Te has confesado?*
- *Alguna vez.*
- *Y ahora, ¿adónde pensabas ir?*
- *No lo sé. Sólo le pido que, por favor, me dejen pasar la noche en algún rincón de la casa.*

Se echó a llorar. Lo mismo mi mamá. Me sentí conmovido también yo.

- *Si estuviese seguro de que tú no eres un ladronzuelo te acomodaría por ahí, en alguna parte. Porque otros ya se llevaron parte de las cobijas y tú te vas a llevar las que quedan.*
- *No señor. Está usted tranquilo. Soy pobre pero no he robado nunca nada.*
- *Si quieres -intervino mi madre-, te busco un lugar para esta noche. Mañana, ya Dios dirá.*
- *Y, ¿en dónde?*
- *Aquí, en la cocina.*
- *¡Va alzarse hasta con las ollas!*

- *De eso, yo misma me encargo.*

Mi mamá salió con el huerfanito a traer algunos ladrillos y en la cocina levantó con ellos cuatro muritos de apoyo, puso encima unas tablas y un jergón de suerte que construyó de esta manera la primera cama del Oratorio. Después le dio un sermoncito sobre la necesidad del trabajo, sobre la honradez y sobre algún aspecto religioso. Acabó invitándolo a que nos acompañara a rezar. Pero él dijo que no sabía.

- *Rezarás con nosotros y ¡ya verás!* - Así se hizo.

Para mayor seguridad cerró en seguida con llave la cocina hasta la mañana siguiente. Este fue el primer residente del Hospicio, al que se agregó al poco tiempo otro y en seguida otros más. Faltando sitio aquel año, nos limitamos a dos. Era el año 1847.

Constatando que para muchos sería inútil todo lo que se hiciera si no se les proporcionaba un albergue, me puse a alquilar, aunque fuese a un precio excesivo, uno y otro local, de suerte que además del hospicio pudimos organizar las clases de canto gregoriano y de música vocal. La concurrencia de alumnos fue exorbitante dado que era la primera vez (1845) ²¹⁷ que había clase formal de música en las escuelas públicas y que en una sola aula se reunía a muchos alumnos a un tiempo. Los famosos maestros Luis Rossi, José Bianchi, Cerrutti y el canónigo Luis Nasi venían todas las noches, con gran interés, a observar mis lecciones. ²¹⁸ Esto contrastaba ciertamente con lo que dice el Evangelio: que *“el discípulo no es más que su maestro”*, pues yo no poseía ni una millonésima parte de los conocimientos que esas celebridades tenían en la materia. No obstante, parecía como un “doctor” entre ellos, que venían a observar cómo se practicaba aquel nuevo método de enseñanza que hoy es el que comúnmente se aplica en nuestras casas. En verdad, hasta entonces, todo alumno que deseara aprender música tenía que buscarse un maestro particular.

[64] Oratorio de San Luis - casa Moretta - terreno del Seminario.

Cuanto más hacíamos por mejorar la instrucción escolar tanto más aumentaba el número de los alumnos. En los días festivos sólo una parte cabía, sea en la iglesia a la hora de las funciones sagradas, como en el patio durante los recreos. Así que, siempre de acuerdo con el teólogo Borel, y a fin de hacer frente a la creciente necesidad, decidimos abrir un nuevo oratorio en otro sector de la ciudad. Con esa intención tomamos en alquiler una pequeña casa en Puerta Nueva, en el paseo del Rey, comúnmente llamado paseo de los Plátanos, por los árboles que lo flanquean.

Conseguir la casa fue una verdadera lucha con los vecinos de la localidad. Trabajaban allí algunas lavanderas para quienes dejar esa vieja propiedad era como si se les viniera encima el mundo. Pero, haciendo las cosas por las buenas e indemnizándolas debidamente, se pudieron arreglar las cosas sin que se llegase a situaciones conflictivas entre los interesados.

La propietaria de la casa y del patio contiguo era la señora Vaglianti que luego dejaría heredero al caballero José Turvano. El alquiler fue de 450 francos. El Oratorio se llamó de San Luis Gonzaga, título que todavía conserva. ²¹⁹

La inauguración la hicimos el teólogo Borel y yo en la fiesta de la Inmaculada de 1847. El número de jóvenes que acudía era realmente grande y esto aliviaba la excesiva cantidad de muchachos que concurrían en ese momento al Oratorio de Valdocco. La dirección le fue confiada al teólogo Jacinto Carpano, quien en forma enteramente gratuita trabajó allí por varios años. El mismo reglamento que teníamos en Valdocco se aplicó en el de San Luis, sin variación alguna. En este mismo año, como apremiaba la conveniencia de acoger a lo menos a algunos de los muchos muchachos que solicitaban la admisión, se compró toda la casa Moretta. Pero cuando quisimos adaptarla nos dimos cuenta de que ya los muros no nos servían. Entonces la revendimos aprovechando un propuesta ventajosa. En cambio adquirimos un

pedazo de terreno (38 fanegadas) que pertenecía al seminario de Turín, que es el lugar en donde más tarde se construyeron la iglesia de María Auxiliadora y los talleres para nuestros artesanos.²²⁰

[65] 1848. Aumento numérico y vida de los artesanos - las “Buenas Noches” - concesiones hechas por el Arzobispo - ejercicios espirituales.

Durante este año, los asuntos políticos y el ambiente social entraron en una fase dramática cuyas consecuencias son aún imprevisibles.²²¹

Carlos Alberto concedió la Constitución. Para muchos eso significaba hacer lo que les viniera en gana, así fuera bueno o malo. Se apoyaban en la misma mentalidad con la que, una vez concedida la libertad religiosa a los hebreos y protestantes, parecía que ya no hubiese distinción entre católicos y miembros de otros credos religiosos. Eso valía, ciertamente, respecto a la igualdad política, pero no en cuanto a la religión.²²²

Mientras tanto, los jóvenes fueron presa de una especie de locura y dispersándose por las calles y las plazas de la ciudad creían estar haciendo lo mejor al irse con ultrajes contra el clero y contra la iglesia. Yo mismo fui víctima suya estando en la casa o al salir a la calle. Un día, mientras hacía la catequesis, una bala de fusil, que entró por la ventana, me perforó la sotana entre el brazo y las costillas e hizo un gran destrozo en la pared. En otra ocasión un individuo bastante conocido, a pleno día, cuando me encontraba entre los muchachos, me asaltó con un enorme cuchillo en la mano. Fue un milagro que, corriendo velozmente y escondiéndome en mi habitación, lograra salvarme. El teólogo Borel se libró también en forma prodigiosa de un pistoletazo y de morir acuchillado en una ocasión en la que lo confundieron conmigo. Resultaba, pues, muy difícil poder contener a una juventud completamente desenfrenada.

En medio de esa perversión de ideas e intenciones, no bien nos fue posible, dispusimos de otros locales para aumentar hasta quince el número de artesanos, que eran todos unos pobres muchachos abandonados y en peligro.

Había, sin embargo, una gran dificultad. Como no teníamos todavía talleres en nuestro instituto los alumnos tenían que ir a la ciudad para el trabajo y las clases, pero esto les acarrea serios peligros para su moralidad, sea por parte de los compañeros con que se encontraban, como por todo lo que oían y tenían que ver por el camino, que eran cosas que contradecían abiertamente lo que se les inculcaba y lo que aprendían en el Oratorio. Fue entonces cuando comencé a hacerles una brevísima conversación por la noche, después de las oraciones, para tratarles o reforzarles alguna verdad de las que se les había enseñado, pero sobre la que tal vez hubiesen oído afirmaciones opuestas a lo largo del día.

Lo mismo que pasaba con los artesanos lo íbamos constatando, desafortunadamente, entre los estudiantes. Porque, debido a las varias clases en que estaban divididos, los más adelantados (que estudiaban ya la gramática) tenían que ir a casa del profesor José Bonzanino y los de retórica, a donde el profesor Mateo Picco. Sus clases eran óptimas, pero la ida y la vuelta les implicaba muchos riesgos. Por fin, con grande provecho, en 1856 se establecieron definitivamente las clases y los talleres en la casa del Oratorio.²²³

[66] Había en aquel entonces una perversión tan grande en las ideas y en las conductas de la gente que no podía fiarse uno ni de las personas de servicio, así que todos los trabajos domésticos los teníamos que hacer mi madre y yo. Eran competencias mías cocinar, preparar la mesa, barrer, partir la leña, cortar y hacer los calzoncillos, las camisas, los pantalones, los chalecos, preparar las toallas y las sábanas o remendar la ropa. Pero estas cosas traían sus ventajas porque yo podía dar un consejo o decir alguna palabra amiga a los chicos mientras les servía el pan o la sopa, o les prestaba otro servicio.

Con todo, como era necesario contar con alguien que me ayudase en los quehaceres domésticos y escolares del Oratorio, empecé a llevarme conmigo a algunos muchachos al campo, o a veranear, a otros a mi pueblo de Castelnuovo; también los invitaba a comer conmigo, o a venir por las noches para aprender a leer o a escribir, pero con la mira puesta en poner algún antídoto contra las venenosas opiniones que iban circulando cada día. Pero también me movía a hacer esto otra finalidad: relacionarme con los chicos, conocerlos mejor e ir escogiendo a aquellos en quienes viese que había aptitudes e inclinación para la vida comunitaria y que pudiesen vivir conmigo en la casa del Oratorio.

Con ese mismo objetivo ensayé aquel año (1848) una pequeña tanda de Ejercicios Espirituales. Reuní en el Oratorio unos cincuenta, que también se quedaban a comer y a dormir, con excepción de algunos, que por falta de camas pasaban la noche en su casa y volvían por la mañana. Esto desafortunadamente les hacía perder algo del fruto de los sermones e instrucciones que se tienen en estas circunstancias. Comenzamos el domingo por la tarde y terminamos en la noche del sábado. Nos dio un resultado bastante bueno. Muchos a los que se les había trabajado bastante sin resultado alguno mejoraron notablemente su vida. Algunos siguieron la vocación religiosa, otros, como laicos, fueron asiduos en su asistencia al Oratorio. ²²⁴De esto último se hablará aparte en la historia de la Sociedad Salesiana.

También por ese tiempo algunos párrocos, especialmente el de Borgodora y los del Carmen y San Agustín, se volvieron a quejar con el Arzobispo porque en los Oratorios se administraban los sacramentos. A raíz de este hecho el arzobispo promulgó un decreto mediante el que nos daba amplia facultad para preparar niños a la confirmación y a la comunión y para que pudiesen cumplir el precepto pascual los que asistían a nuestros Oratorios. Además renovaba el permiso de celebrar en ellos todas las funciones religiosas de las parroquias. Estas iglesias, decía el arzobispo, serán como las iglesias parroquiales de los chicos forasteros y abandonados durante el tiempo que vivan en Turín.

[67] Progresos en la música - procesión en la Consolata - premios otorgados por el Municipio y por la “Obra de la Mendicidad Instruida” - el Jueves Santo - lavatorio de los pies.

Los peligros a que los jovencitos estaban expuestos en cuanto a su fe y a su conducta moral nos pedían siempre mayores esfuerzos para ayudarlos. Así que pareció conveniente añadir a las clases nocturnas y a la escuela diaria la enseñanza de música vocal, de piano, de órgano y de música instrumental. De manera que, sin que hubiera sido nunca alumno, resulté siendo maestro tanto de canto como de la banda musical, de piano y de órgano. La buena voluntad lo suplía todo. Después de haber preparado bien las mejores voces blancas, empezamos a hacer conciertos en el mismo Oratorio, luego en la ciudad, después en Rívoli, Moncalieri, Chieri, y otros lugares. El canónigo Nasi y don Miguel Ángel Chiatellino se prestaban de muy buena gana para preparar, y luego acompañar a nuestros músicos y dirigirlos en las actuaciones por diversos pueblos; y como hasta entonces no se habían oído voces blancas integradas en los coros, los solos, los "duettos" y los "ripieni" resultaban una verdadera novedad. De todas partes se hablaba de nuestra música. En todas partes querían tener nuestros cantores. El canónigo Luis Nasi y el P. Miguel Ángel Chiatellino eran los que ordinariamente acompañaban a nuestra naciente sociedad filarmónica. ²²⁵

Teníamos por costumbre celebrar cada año una función religiosa en la Consolata, pero aquel año fuimos procesionalmente desde el Oratorio hasta el santuario. El canto por la calle y la música en la iglesia trajeron una innumerable muchedumbre. Se celebró la misa y se repartió la sagrada comunión. Después, hice una plática de ocasión en la capilla subterránea, y, a continuación, los Oblatos de María nos improvisaron un estupendo desayuno en su claustro.

De este modo se iba venciendo el temor, se atraían más chicos al Oratorio y se obtenían así las circunstancias propicias para ir, con grande prudencia, insinuándoles los principios de su formación moral, el respeto a la autoridad, y la necesidad de acercarse a los sacramentos. Eran todas cosas de las que se hablaba mucho en la ciudad. ²²⁶

Precisamente ese mismo año el municipio de Turín mandó una comisión compuesta por el caballero Pedro Ropolo del Capello, llamado Moncalvo, y el comendador Dupré, para que se enterasen bien de qué se trataba en todo eso que iba confusamente divulgándose. Quedaron muy satisfechos, y a raíz del informe presentado, se nos concedió un premio de mil francos que venía acompañado por una carta muy elogiosa. Desde entonces el municipio nos asignó una subvención anual que recibimos hasta el 1878, cuando se nos quitaron también los trescientos francos que dicha comisión nos había asignado para pagar la luz que gastábamos en la escuela nocturna de tipo popular que habíamos abierto.

La Obra de La Mendicidad, que había introducido nuestros métodos de enseñanza nocturna y de música, envió también con el caballero Gonella una delegación a visitarnos. Como muestra de su complacencia nos otorgaron también un premio de mil francos.

Acostumbrábamos ir el Jueves Santo, todos juntos, a visitar los monumentos; pero debido no sólo a las burlas, sino a los mismos insultos de que éramos objeto, muchos chicos dejaron de ir con sus compañeros. Para animar entonces a los jóvenes a superar el respeto humano, aquel año por primera vez desfilaron cantando el Stabat Mater y el Miserere.²²⁷ Entonces nos sorprendimos al ver cómo jóvenes de toda edad y condición se iban uniendo, presurosos, a la procesión. Todo transcurrió con orden y serenamente.

Por la tarde se celebró por vez primera la función de “El Mandato”. Para ello se escogieron doce jovencitos para los doce apóstoles. Después de hacer el lavatorio según el ritual, se hizo una instrucción al pueblo. Luego invitamos a los doce apóstoles a una cena sencilla y les dimos un regalito que se llevaron después muy contentos a su casa. Al año siguiente se erigió canónicamente el Viacrucis y las estaciones fueron bendecidas con mucha solemnidad. En cada estación se decían unas palabras y se entonaba un motete. Así, con estas cosas sencillas, se iba consolidando nuestro Oratorio. Entre tanto ocurrían graves acontecimientos que habrían de cambiar la realidad política, no únicamente de Italia, sino tal vez del mundo.

[68] El 1849 - clausura de los Seminarios - la Casa Pinardi - el Obolo de San Pedro - los rosarios de Pío IX - oratorio del Angel Custodio - visita de diputados.

Este año fue particularmente memorable. La guerra del Piamonte contra Austria, empezada el año anterior, había conmovido a Italia entera. Las escuelas públicas estaban cerradas; los seminarios, especialmente el de Chieri y el de Turín, se habían clausurado y estaban ocupados por los militares; por consiguiente, los clérigos de nuestra diócesis carecían de maestros y de casa.

Fue entonces cuando nos decidimos a alquilar toda la casa Pinardi para poder tener al menos la satisfacción de hacer algo para mitigar ese desastre público. Los inquilinos pusieron el grito en el cielo. Nos amenazaron a mi madre, a mí y al mismo propietario. Tuvimos que hacer un buen desembolso de dinero, pero al fin se logró que el edificio entero quedara a nuestra disposición. Así pasó a ser propiedad nuestra ese lugar que desde hacía veinte años estaba al servicio del mal. Ocupaba toda el área en que actualmente está el patio que hay entre la iglesia de María Auxiliadora y la casa que está al otro lado.

Pudimos en seguida aumentar nuestras aulas de clase, ampliar la iglesia y duplicar el terreno para la recreación. El número de jóvenes internos llegó a treinta. Sin embargo, la finalidad principal era la de dar cabida a los seminaristas de la diócesis, como de hecho lo pudimos hacer. Se puede decir, en efecto, que el Oratorio fue durante casi veinte años el Seminario diocesano.²²⁸

[69] A fines de 1848 los acontecimientos políticos obligaron al Santo Padre Pío IX a huir de Roma y buscar refugio en Gaeta. Este gran pontífice nos había manifestado varias veces su benevolencia. Difundida la noticia de que se encontraba en mala situación económica, se abrió en Turín una colecta en su

favor bajo el título de Obolo de San Pedro. Una comisión compuesta por el canónigo Francisco Valinotti y el marqués Gustavo Cavour vino al Oratorio. Nuestra colecta alcanzó los 33 francos. Era poca cosa, pero nosotros la hicimos particularmente grata al Santo Padre adjuntando una dedicatoria que apreció muchísimo. Manifestó su complacencia en una carta dirigida al Cardenal Antonucci, que era por entonces Nuncio en Turín y ahora arzobispo de Ancona. En ella le encargaba nos hiciera manifiesto el consuelo que le habían proporcionado no sólo la ofrenda sino, sobre todo, los sentimientos que le habíamos expresado. Nos enviaba luego, junto con la Bendición Apostólica, un paquete con sesenta docenas de rosarios que el 20 de julio de aquel mismo año distribuimos solemnemente.²²⁹

[70] En vista del número creciente de externos que acudían a los Oratorios fue menester pensar otro. Este vino a ser el del Santo Angel de la Guarda, en Vanchiglia, que daba al lugar en donde, por especial iniciativa de la marquesa de Barolo, surgiría después la iglesia de Santa Julia.

El sacerdote Juan Cocchi había fundado hacía varios años aquel oratorio con una finalidad semejante a la nuestra. Con todo, llevado por la pasión patriótica, adiestró a sus muchachos en las armas y, yendo él a la cabeza, marchó contra los austríacos.

Su oratorio permaneció cerrado un año. Después lo alquilamos nosotros y se confió su dirección al teólogo Juan Vola, de grata memoria. Permanecería abierto hasta el año 1871, en que fue trasladado junto a la iglesia parroquial (de Santa Julia). La marquesa Barolo dejó un legado para este fin, con la expresa condición de que local y capilla se destinasen a jóvenes pertenecientes a la parroquia, cosa que efectivamente se ha cumplido.²³⁰

En aquella época nos honraron con su presencia una comisión de senadores que vinieron al Oratorio juntamente con otra enviada por el Ministerio del Interior. En medio de una gran cordialidad lo observaron todo y enviaron luego un amplio informe a la Cámara de Diputados. Esto fue causa de una larga y viva polémica que se puede leer en "La Gazzetta Piemontesa" del 29 de marzo de 1850. La Cámara de Diputados concedió a nuestros jóvenes una ayuda de trescientos francos. Por su parte Urbano Rattazzi, entonces ministro del Interior, nos dió la suma de dos mil francos. Consúltense los documentos.

Por fin tuve la dicha de que Ascanio Savio, actual director del Refugio, vistiera la sotana. El fue el primer clérigo oratoriano y su vestición tuvo lugar a finales del mes de octubre de aquel año.²³¹

[71] Fiestas nacionales.

Por aquellos días un hecho extraño vino a disturbar notablemente nuestro sencillo Oratorio. Se pretendía que tomásemos parte en las manifestaciones públicas que bajo el nombre de "fiestas nacionales" se iban dando en las ciudades y los pueblos. Los que tomaban parte en ellas con el deseo de expresar así su espíritu nacionalista, se partían el pelo sobre la frente y se lo dejaban caer ensortijado hacia atrás; vestían una casaca impecable de varios colores, llevaban la bandera nacional y se colocaban una escarapela azul sobre el pecho. Vestidos de esta manera, y cantando himnos a la unidad italiana, desfilaban multitudinariamente.

El marqués Roberto d' Azeglio, promotor principal de tales actos, nos invitó formalmente y, a pesar de mi negativa, nos proveyó de lo necesario para que pudiésemos hacer un buen papel. Nos había designado un puesto en la plaza Vittorio, en donde se ubicarían también otras instituciones de muy diversa índole.²³²

¿Qué hacer? Si no participábamos podía yo aparecer como enemigo de Italia; si condescendíamos sería visto como partidario de principios que, a mi modo de ver, traerían funestas consecuencias. Así que le dije:

- *Señor marqués; esta familia por la que le respondo, conformada por muchachos recogidos de la ciudad, no es de suyo un ente moral. Qué ridículo sería que me vieran disponer de ella cuando depende sólo de la beneficencia de la ciudadanía.*
- *Precisamente por eso. La gente se dará cuenta de que su obra no permanece al margen de los intereses de un estado moderno. Eso le ganaría la opinión pública y por tanto aumentarán las ayudas. El municipio, y yo mismo, seremos más generosos con usted.*
- *Mi línea de conducta, señor marqués, es firme: mantenerme apartado de cuanto se refiere a la política. No estar ni a favor ni en contra.*
- *Entonces, ¿cuál es su posición?*
- *Hacer el bien que pueda a los jóvenes de los que nadie se cuida y tratar de que se hagan buenos cristianos en su vida personal y ciudadanos honrados en la sociedad civil.*
- *Entiendo. Pero Usted anda equivocado. Siga por ese camino y se va a quedar solo, sin cómo llevar adelante su obra. Es necesario darse cuenta de las cosas y ponerse al día y actualizar lo que se haya hecho y lo nuevo.*
- *Gracias por preocuparse por nosotros, y por sus consejos. Invíteme a cualquier cosa en donde el sacerdote tenga oportunidad de hacer el bien y me tendrá dispuesto a sacrificar mi vida y mis cosas, pero de política nada, como hasta ahora.*

Aquel renombrado político se fue satisfecho pero desde entonces nunca más hubo relación entre nosotros. Después me abandonaron también otros seculares y eclesiásticos. Pero después del suceso que voy a relatar quedé completamente solo.

[72] Un hecho concreto.

El domingo siguiente a la manifestación política antes descrita, estaba yo, hacia las dos de la tarde, en recreo con mis jóvenes. Uno de ellos leía “*La Armonía*”. De pronto aparecen en bloque los sacerdotes que solían ayudarme en el sagrado ministerio, con insignia y escarapela y la bandera tricolor, mostrando “*La Opinión*”, que era un periódico bajo todo punto de vista censurable. Uno de ellos, respetable por su celo y doctrina, parado delante de mí, y señalando al que a mi lado tenía entre las manos “*La Armonía*”, comenzó a decir:

- *¡Qué vergüenza! ¡Ya es tiempo de acabar con estos aguafiestas!*

Dicho esto, le arrebató al otro el periódico de las manos, lo hizo mil trizas y lo tiró, escupiéndole encima y pateándolo. Después de este desahogo político, empezó a agitar frente a mi cara “*la Opinión*”, agregando:

- *Este sí que vale y de éste y no otro es el que deben leer los verdaderos y honestos ciudadanos.* ²³³

Quedé desconcertado ante aquellas maneras de hablar y de obrar, y no queriendo aumentar el escándalo allí donde lo que se necesitaba dar era el buen ejemplo, me limité a rogarle a él y a sus compañeros que tratáramos aquellos asuntos en privado y solamente entre nosotros.

- *No señor, -me replicó- nada hay ni privado ni secreto. Todo debe quedar bien claro.*

En aquel preciso momento la campana nos llamó a todos a la iglesia. Para colmo, aquel día uno de aquellos eclesiásticos tenía a su cargo el sermoncito que solía hacerse a esa hora a los pobres muchachos. Esta vez fue, de verdad, inmoral. Sólo se oyeron palabras como libertad, emancipación e independencia.

Estaba yo nerviosísimo en la sacristía impaciente por poder intervenir para interrumpir el discurso, cuando el predicador salió de la capilla, después de haber dado la bendición e invitado a los sacerdotes y a los jóvenes a seguirlo. Así que todos, entonando a pleno pulmón himnos patrióticos y haciendo ondear frenéticamente la bandera, desfilaron hasta el monte de los Capuchinos. Allí se comprometieron formalmente a no volver más al Oratorio mientras yo no asumiera ese aire nacionalista.

Se sucedían estas cosas tan velozmente que yo no tenía tiempo de exponer mi modo de ver ni de pensar las cosas. Pero no me arredré a la hora de cumplir con mi deber. Les hice saber a aquellos sacerdotes que les estaba severamente prohibido volver al Oratorio y, por otra parte, los jóvenes deberían hablar personalmente conmigo antes de poder reintegrarse al Oratorio.

Todo, afortunadamente, me salió bien. Ninguno de los sacerdotes intentó volver, los muchachos pidieron disculpa por haberse dejado engañar y prometieron obedecer y someterse a nuestra disciplina.

[73] Nuevas dificultades - un consuelo - el padre Rosmini y el arcipreste Pedro de Gaudenzi.

Pero el caso es que me quedé solo. Cada día festivo empezaba confesando desde muy temprano y celebraba la Misa a las nueve, después predicaba, luego tenía clase de canto y de letras hasta mediodía. A la una de la tarde, recreo; seguía la catequesis, las vísperas, la plática y la bendición. Luego había otro tiempo de recreación, canto y clases hasta que se hacía de noche.

Entre semana atendía a mis artesanos y daba clases de bachillerato a unos diez jovencitos. Por la noche tenía francés, aritmética, canto gregoriano, música vocal, piano y armonio. No sé cómo pude resistir todo eso solo, si Dios no me hubiera ayudado. Tuve, sin embargo, en aquel período una gran ayuda y gran apoyo en el teólogo Borel. Aquel maravilloso sacerdote, a pesar de estar agobiado por muchas ocupaciones del sagrado ministerio, aprovechaba cualquier minuto libre para echarme una mano. No pocas veces le robaba horas al sueño para ponerse a confesar a los jóvenes y renunciaba al justo descanso que necesitaba para venir a predicar.

Esta crítica situación durará hasta cuando pude valerme de los clérigos Savio, Bellia y Vacchetta, de quienes lastimosamente tuve que prescindir bien pronto, pues aconsejados por alguien, me abandonaron sin decirme nada para ingresar en los Oblatos de María.²³⁴

Uno de aquellos días festivos recibí la visita de dos sacerdotes a quienes creo oportuno nombrar. Estaba organizando todo para comenzar el catecismo cuando llegaron dos padres sencillos y respetuosos que deseaban expresarme su complacencia e informarse sobre el origen y la organización de la obra. Pero sólo tuve tiempo de decirles:

- *Tengan la bondad de ayudarme. Usted venga al coro y encárguese de los mayorcitos, -y al más alto: usted encárguese de esta clase, que es la de los más necios.*

Como vi que daban tan bien el catecismo le pedí a uno que dijera a los chicos unas palabras, y al otro que diera la Bendición con el Santísimo. Aceptaron gustosos.

El sacerdote de menor estatura era el padre Antonio Rosmini, fundador del Instituto de la Caridad; el otro, el canónigo arcipreste Pedro De Gaudenzi, ahora obispo de Vigevano. En lo sucesivo ambos se mostraron no sólo deferentes con nosotros sino que fueron bienhechores de esta casa.²³⁵

[74] Compra de la Casa Pinardi y la Casa Bellezza - año 1850.

El año 1849, pese a nuestro esfuerzo y a grandes sacrificios, fue duro y estéril pero preparó un año mejor, el 1850, menos borrascoso y mucho más fecundo en resultados.

Comencemos por la casa Pinardi. Porque, efectivamente, quienes habían sido desalojados para alquilarnos algunos locales de la casa no nos dejaban vivir en paz. Andaban diciendo, furibundos, que era inconcebible que hubiera ido a parar en manos de un cura intolerante una casa que les había servido de solaz y diversión. Ofrecieron a Pinardi darle el doble del alquiler que pagábamos. Sin embargo él en conciencia, no se sentía en condición de seguir sacando de aquella casa mayor provecho económico a

costa de negocios inmorales, así que me propuso varias veces se la comprara. Pero el precio era exorbitante: pedía 80.000 francos por un inmueble cuyo valor no llegaba ni a la tercera parte. No obstante Dios quiso mostrarnos que El es el dueño de los corazones. Fue de este modo: un día festivo predicaba el teólogo Borel, yo estaba a la puerta del patio impidiendo aglomeraciones y disturbios. Precisamente en ésas llega el señor Pinardi y me dice sin más:

- *Bueno, ya es hora de que don Bosco me compre la casa.*
- *Y ya es hora de que el sr. Pinardi me la ofrezca a un buen precio. Si es así, se la compro enseguida.*
- *Ciertamente. A un buen precio.*
- *¿Cuánto vale?*
- *Lo que ya le he dicho.*
- *¿Puedo hacerle una oferta?*
- *Hágala.*
- *Es inútil.*
- *Por qué?*
- *Porque su precio es exagerado. Mi propuesta lo va a ofender.*
- *Ofrezca lo que quiera.*
- *¿Me la dará usted por lo que realmente vale?*
- *¡Palabra de honor!*
- *Choque la mano y se lo digo.*
- *¿Cuánto?*
- *La hice volar por alguien que es amigo suyo y mío y me asegura que, en el estado actual, se pueden pagar de veintiséis a veintiocho mil francos. Pero yo, para acabar de una vez con esto, le doy treinta mil.*
- *Y le regalará también un alfiler de quinientos francos a mi mujer?*
- *Se lo regalaré.*
- *Y ¿paga al contado?*
- *Al contado.*
- *¿Cuándo hacemos la escritura?*
- *Cuando le parezca.*
- *De mañana en quince y pagando al contado.*
- *De acuerdo.*
- *¡Cien mil francos de multa al que se eche atrás!*
- *¡Bien!*

[75] El negocio se cerró en cinco minutos. Pero ¿cómo conseguirme, en tan escaso tiempo, el dinero? Comenzó entonces a manifestarse bellamente la Divina Providencia. Aquella misma noche, cosa que era insólita en Don Cafasso, me viene a ver, aún siendo día festivo, para comunicarme que una muy buena señora, la condesa Casazza-Riccardi, le había encargado me entregara una limosna de diez mil francos para que yo la empleara en lo que mejor me pareciese según la mayor gloria de Dios. Al día siguiente un religioso rosminiano que venía a Turín me visitó para consultarme acerca de veinte mil francos que deseaba poner a rédito. Le propuse que me los diera en préstamo para completar la suma que debía dar a Pinardi. Así se obtuvo lo necesario. Los tres mil francos de gastos complementarios los aportó el caballero Cotta, en cuyo banco se firmó la deseada escritura.²³⁶

Asegurada así la adquisición del edificio luego se pensó en "La Jardinera". Era ésta una taberna en donde había juerga de amigotes los domingos. Todo el día se escuchaban organillos, flautines, clarinetes, guitarras, violines, bajos, contrabajos y cantos de todo género. A veces, cuando daban conciertos, todo sonaba a la vez. Como no nos separa de la casa Bellezza sino el muro del patio, muchas veces nuestros cantos se ahogaban entre los gritos, el alboroto y el ruido de botellas de "La Jardinera". Otra molestia era el continuo ir y venir de la gente de la Casa Pinardi a la taberna. Son incomodidades que no

se pueden imaginar fácilmente. Luego había que tener en cuenta los peligros que podían presentarse para nuestros muchachos. ²³⁷

Para aliviarnos de tan graves inconvenientes intenté, inútilmente, comprar la propiedad. Entonces quise alquilarla, en lo que estuvo de acuerdo la dueña; pero la que administraba el negocio exigía una indemnización excesiva. Para llegar a un acuerdo propuse tomar en arriendo toda la hostería y la compra de los muebles de las habitaciones, de las mesas y de la dotación de la cocina, etc. Sólo de esta manera, y pagando un precio bien alto, pude disponer libremente de todo el local y darle la destinación que necesitábamos. De esta suerte se dispersaba ese foco de perversión que teníamos todavía en Valdocco, al lado de la Casa Pinardi.

[76] La Iglesia de San Francisco de Sales.

Apenas salimos de los inconvenientes morales que nos creaban la Casa Pinardi y "La Jardinera", era necesario pensar en una iglesia más digna para el culto y más capaz para responder a las crecientes necesidades. La primera, que estaba en donde ahora tenemos el comedor de los superiores, la habíamos ampliado un poco, pero aún era insuficiente sea por la capacidad como por el techo tan bajo que tenía. Como para entrar había que descender unos peldaños, en el invierno y cada vez que llovía se nos inundaba; en cambio en el verano nos sofocábamos por el calor y por la contaminación del ambiente. No pasaba ya día sin que algún chico se nos desmayara y hubiera que sacarlo medio asfixiado. Se necesitaba, pues, hacer algo más proporcionado al número de jóvenes, más ventilado e higiénico.

El señor Blachier hizo el proyecto que nos permitió construir la actual iglesia de San Francisco de Sales y el edificio que sigue, sobre el patio; el empresario de la construcción fue el señor Federico Bocca.

Se hizo la excavación para los cimientos y el 20 de julio de 1851 se bendijo la primera piedra. El Sr. José Cotta fue designado para colocarla y la bendijo el canónigo Octavio Moreno, ecónomo general de la Curia. El célebre P. Andrés Barrera, conmovido a la vista de la multitud y subiéndose en un promontorio de tierra, improvisó un elocuente discurso de ocasión. El exordio fue más o menos éste: *"Señores, la piedra que acabamos de bendecir y colocar como cimiento de esta iglesia tiene dos grandes significados. Por una parte, el granito de mostaza se convertirá en místico árbol en el que vendrán muchos niños a acogerse, por otra, que el fundamento de esta obra es Jesucristo, contra quien será vana toda oposición de los enemigos de la fe"*. La explicación que hizo de ambas afirmaciones satisfizo mucho a los oyentes, a quienes les parecía verdaderamente inspirado al elocuente predicador. ²³⁸ Fiestas como éstas, tan sonadas, atraían a jovencitos de todas partes de la ciudad y a cualquier hora del día había siempre alguno que buscaba ser admitido. Los internos pasaron de cincuenta y comenzamos con ellos nuestros propios talleres en casa, ya que constatábamos cada vez más lo perjudicial que era el que siguieran saliendo a trabajar a la ciudad. ²³⁹

[77] Ya empezaba a surgir el ansiado edificio cuando me percaté de que los fondos económicos estaban en cero. Los treinta y cinco mil francos que logré reunir se habían esfumado como hielo al sol. El Economato Municipal nos asignó nueve mil francos pero sólo nos los darían cuando la obra estuviese ya por ser concluída. Monseñor Pedro Losana, obispo de Biella, consciente de que el nuevo edificio y la obra misma redundaban en beneficio particularmente para los muchachos albañiles procedentes de Biella, escribió una circular a sus párrocos en la que les invitaba a prestar su ayuda. ²⁴⁰

[78] La colecta llegó a mil francos pero eran sólo una gota de agua en el mar. Así que se organizó una lotería con pequeños objetos que nos regalaron. Era la primera vez que acudía a la beneficencia pública, y por cierto obtuve una acogida muy favorable. Nos llegaron tres mil trescientos regalos. El Sumo Pontífice, el Rey, la Reina, la Reina Madre, la Reina Consorte, y en general toda la corte, se distinguieron por sus donaciones. Se vendieron todos los billetes, que eran de ciento cincuenta céntimos cada uno, y cuando se hizo el sorteo público en el Palacio de la Ciudad, hubo quienes buscaban billetes y llegaban a ofrecer, por uno, hasta cinco francos, sin lo-grarlo. ²⁴¹

Muchos de los que fueron favorecidos dejaron gustosos sus premios en favor de la iglesia. Lo que significó una mayor ganancia. Es verdad que fueron muy grandes los gastos, pero sí se obtuvieron 26.000 francos libres.

[79] Explosión del Polvorín - Gabriel Fassio - bendición de la nueva Iglesia.

Cuando estábamos haciendo la exposición pública de los premios para la lotería se produjo la explosión del polvorín situado cerca al cementerio de San Pedro ad Víncula. El sacudón producido fue horrible y violento. Muchos edificios cercanos y aun algunos bastante distantes sufrieron graves daños. Hubo veintiocho víctimas entre los trabajadores, y hubiera sido mucho mayor el desastre si un sargento llamado Pablo Sacchi no hubiese intervenido exponiendo su vida para que el fuego no llegara al sitio en donde estaba la reserva mayor de explosivos. Esto hubiera sin duda ocasionado perjuicios mayores en toda Turín. La casa del Oratorio que estaba muy mal construída sufrió muchísimo. El gobierno nos dio una ayuda de trescientas liras para ayudar a su reparación.²⁴²

A este propósito quiero traer una anécdota que se refiere a Gabriel Fassio, uno de nuestros artesanos. El año anterior había sufrido una enfermedad mortal y en los momentos de delirio repetía frecuentemente:

- *¡Ay de Turín! ¡Ay de Turín!* -Sus compañeros le preguntaban
- *¿por qué?*
- *Por una grande desgracia que la amenaza.*
- *¿Qué desgracia?*
- *Un terremoto terrible.*
- *Y ¿cuándo va a ocurrir?*
- *El año entrante. ¡Ay de Turín el 26 de abril!*
- *Y qué hay que hacer?*
- *Rezar a San Luis para que proteja el Oratorio y a los que vivimos aquí.*

Desde entonces se agregaron a las oraciones de la mañana y de la noche un Pater, Ave y Gloria con esta intención. Viendo después la enormidad del peligro pudimos constatar que nuestra casa sufrió poca cosa y no se verificó ninguna desgracia personal.

[80] Entre tanto los trabajos de la iglesia de San Francisco de Sales se iban adelantando rápidamente. En once meses quedó terminada y el 20 de junio de 1852 se dio al culto, con una solemnidad no sólo desusual, sino única. A la entrada del patio se levantó un arco colosal en el que, a cada lado, con caracteres cubitales, se había escrito: *¡Sea éste un día que recordemos eternamente!*

Por todas partes se cantaban los versos a los que había puesto música el recordado maestro José Blanchi:

“Primero el sol volvería
del oriente al occidente,
y el riachuelo volvería
de retorno hasta su fuente,
antes que olvidar un día
este día, entre los días,
el más feliz que recuerde”.

Y se recitó y cantó con gran entusiasmo esa poesía que empieza: “Como pájaro que busca asilo de rama en rama”...

Mucho dio qué hablar a la prensa este acontecimiento. Basta ver “La Armonía” y “la Patria” de esos días.

La Sociedad de Mutua Ayuda tuvo comienzo el 1º de junio de ese año. Precisamente fue fundada para impedir que los chicos se inscribiesen en la Sociedad de los Obreros, que revistió desde el comienzo un espíritu antirreligioso. Nos fue muy útil. Posteriormente se refundió con la Conferencia de San Vicente de Paúl que todavía funciona.²⁴³

Terminada ya la iglesia se necesitaba proveerla de todo. Para esto no nos faltó tampoco la ayuda caritativa de la sociedad. El comendador José Dupré tomó a su cargo embellecer la capilla de San Luis y compró el altar de mármol que sigue dando lustre a la iglesia. Otro bienhechor financió el coro en el que se colocó el órgano para el culto externo. El señor Miguel Scannagatti nos dio un juego completo de candelabros, el marqués Fassati se encargó del altar de la Virgen y trajo también candelabros de bronce y pagó además la imagen de la Virgen. Todos los gastos del púlpito corrieron por cuenta del P. Cafasso. El doctor Francisco Vallauri tomó a su cargo el altar mayor, que completó luego su hijo, el P. Pedro. Así en poco tiempo la nueva iglesia estuvo provista de lo necesario sea para los servicios privados como para las funciones solemnes.

[81] El año 1852.

Con la nueva iglesia de San Francisco de Sales, provista de sacristía y campanario, se facilitaba a los jovencitos que lo deseaban la asistencia a las funciones sagradas en los días festivos y a las clases nocturnas y diurnas. Pero ¿cómo solucionar lo de tanto muchacho pobre que pedía hospedaje? Sobre todo después de la explosión del polvorín del año anterior que había arruinado el antiguo edificio. Fue cuando, ante esa extrema necesidad, se decidió cons-truir otro tramo. Comenzamos a hacerlo aparte, a fin de poder aprovechar todavía el antiguo local; o sea lo que iba desde el actual comedor hasta la fundición de tipos de imprenta. Los trabajos progresaron con rapidez y, aunque avanzaba el otoño, se llegó a tiempo para poder techar. Estaba ya colocada toda la armadura de madera, los listones clavados y las tejas amontonadas sobre las vigas para su colocación, cuando se tuvieron que interrumpir los trabajos por violentos aguaceros. El agua cayó durante varios días y noches y, empapándolo todo, arrastró consigo la argamasa reciente hasta dejar desnudos y al descubierto los ladrillos y las piedras de los muros.

Sería la medianoche y estábamos todos descansando cuando se oyó un rumor violento que cada vez se hacía más intenso y aterrador. Despiertan todos y sin saber qué pasa, llenos de miedo y envolviéndose en mantas y en sábanas, y queriendo escapar del posible peligro, salen del dormitorio y huyen en confusión sin saber adónde. Crece el desorden y el espanto, el armazón del techo y las tejas ruedan revueltos con el material de las paredes, todo se desploma en medio de un gran estruendo.

Dado que la construcción se apoyaba sobre el muro del antiguo edificio se temía que todos hubiesen quedado aplastados bajo las ruinas, pero no se comprobó otra cosa que los espantosos destrozos sin que se hubiesen producido desgracias personales.

Por la mañana hubo visita de un grupo de ingenieros del Municipio. El caballero Carlos Gabetti, cuando vio una viga larga que, desquiciada, pendía sobre el dormitorio, exclamó: *vayan a darle gracias a la Virgen en la Consolata. Esa viga está ahí de milagro, que si hubiese caído sobre los dormitorios habría sepultado a don Bosco y a los muchachos.*

Como por los trabajos respondía una empresa, el contratista corrió con la mayor parte de los daños y perjuicios. Nuestra pérdida fue de unos diez mil francos. Esto aconteció a la media noche del 2 de diciembre de 1852.²⁴⁴

Siempre la mano bondadosa del Señor mitiga nuestras desventuras en medio de las vicisitudes a que está sometida esta pobre humanidad. Si esto hubiese sucedido dos horas antes habrían quedado sepultados nuestros estudiantes de la escuela nocturna. Ésta, en efecto, terminaba a las diez y los más o

menos trescientos muchachos, una vez salidos de las aulas, estuvieron entreteniéndose todavía como por media hora al pie de la construcción. El derrumbe se produjo poco tiempo después.

Lo avanzado de la estación impedía, no digo que terminar sino recomenzar los trabajos del edificio en ruinas. ¿Cómo resolver, entonces, la falta de espacio? ¿Qué hacer con tantos muchachos si los locales se hallaban en ese estado lamentable? Pues hicimos de la necesidad virtud. Reforzamos las paredes de la antigua capilla y la hicimos dormitorio. En la nueva, instalamos las clases, así que los domingos era iglesia, y escuela durante la semana.

También durante este año se construyó el campanario de la iglesia de San Francisco de Sales y un bienhechor, el señor Miguel Scannagatti, nos regaló ese hermoso juego de candeleros para el altar mayor que constituyen todavía ahora uno de los objetos más bellos de la iglesia.

[82] Año 1853.

Apenas nos lo permitió el tiempo nos pusimos de inmediato a rehacer lo que había quedado en ruinas. Se adelantaron con tal entusiasmo los trabajos que en octubre el edificio estaba listo. Lo ocupamos cuanto antes, ya que la carencia de locales era la mayor urgencia que teníamos. Me instalé, entonces, en la habitación que, gracias a Dios, sigo ocupando ahora. Clases, comedor, dormitorio se pudieron ubicar y organizar adecuadamente y el número de alumnos llegó a setentaicinco muchachos.

Nos llegaron también otros regalos de parte de nuestros benefactores. La balaustrada en mármol para el altar de S.Luis corrió a cargo del señor José Duprè, quien así mismo se encargó de hacer embellecer el altar e hizo estucar toda la capilla. El marqués Domingo Fassati regaló la pequeña balaustrada y un juego de candelabros de bronce dorado para el altar de la Virgen. El conde Carlos Cays, insigne bienhechor nuestro, que por segunda vez desempeñaba el cargo de “prior” de la Compañía de San Luis, saldó una deuda de doce mil francos que hacía rato teníamos con el panadero, el cual ya nos estaba poniendo dificultades para seguir suministrándonos el pan. Nos compró además una campana cuya bendición dio lugar a una fiesta muy simpática. La bendijo nuestro párroco, el teólogo Agustín Gattino, quien pronunció un sermoncito a los muchos participantes venidos de la ciudad. Después de la función sagrada se re-presentó una comedia muy divertida. También el conde Cays nos obsequió tela preciosa de la que salieron el actual baldaquino y otros adornos para la iglesia

Dotada ésta con lo indispensable para el culto sagrado se pudo satisfacer el deseo de muchos de que celebráramos las Cuarenta Horas. No hubo derroche de adornos pero sí una asistencia extraordinaria de fieles. Para secundar el fervor religioso y dar comodidad de satisfacer la propia devoción, a continuación de las cuarenta horas se hizo un octavario de predicación, exclusivamente dedicado a atender las confesiones de la gente. Esta insólita respuesta hizo que en los años sucesivos se continuaran haciendo tanto las Cuarenta Horas como la predicación, la recepción de los sacramentos y otras prácticas devocionales usuales entre el pueblo.²⁴⁵

[83] Las Lecturas Católicas.

En el mes de marzo de este mismo año [1853] se comenzó la publicación periódica de las Lecturas Católicas. Cuando en el 1847 se dio la emancipación de los hebreos y protestantes, se hizo necesario ofrecer un antídoto (contra la divulgación de sus errores) a los fieles y especialmente a la juventud. Parece que lo que en verdad quería el Gobierno al dar ese paso, era respetar la libertad religiosa, pero no en detrimento de la fe católica. Para los protestantes no fue así, sino que empezaron a hacer propaganda de sus ideas a través de todos los medios posibles: tres periódicos -“La buona Novella”, “La luce Evangelica”, “Il Rogantino Piemontese”-, muchos libros, bíblicos y no bíblicos; entrega de ayudas y oferta de empleos; donación de dinero, vestido o víveres a quienes iban a sus cursos, participaban en sus conferencias o concurrían a sus templos. Todos éstos eran medios que ellos empleaban para hacer proselitismo.

El Gobierno, que conocía todo eso, los dejaba hacer; que era la mejor protección que podía prestarles. Añádase que los protestantes estaban preparados y dotados de medios materiales y de influencia moral, mientras que los católicos, confiados en las leyes civiles que hasta entonces les habían protegido y defendido, apenas si disponían de algún diario y de alguna que otra obra clásica o de erudición, pero no tenían un solo periódico ni un solo libro que estuviese propiamente al alcance del pueblo.

En estas circunstancias, e inspirado por la necesidad, comencé a difundir unos cuadros sinópticos acerca de la Iglesia católica, después, unos carteles que titulé “Recuerdos para los Católicos” y los fui esparciendo sobre todo entre los jóvenes y los adultos que participaban en los Ejercicios Espirituales y en las misiones populares.

Aquellas paginitas y aquellos opúsculos fueron acogidos con vivo interés por el público. En poco tiempo se distribuyeron a millares y millares. Esto me persuadió de la necesidad de buscar una manera popular para facilitar el conocimiento de las cosas fundamentales sobre el catolicismo. Hice, pues, imprimir el folleto “Avisos para los católicos”, que tenía como finalidad llamar la atención de los católicos para que no se dejasen engatuzar por los herejes. La acogida fue realmente extraordinaria; en dos años se difundieron más de doscientos mil ejemplares. Fue un estímulo para la gente sencilla pero los protestantes se enfurecieron creyéndose con el derecho exclusivo de evangelizar.

Me pareció entonces que era cosa urgente preparar y dar a la imprenta publicaciones populares, y proyecté las así llamadas “Lecturas Católicas”.

Cuando tenía ya listos algunos ejemplares ocurrió un inconveniente inesperado e inimaginable. Ningún obispo se atrevía a tomarlos bajo su responsabilidad. Los de Vercelli, Biella, Casale, a quienes se lo propuse, no aceptaron diciendo que era muy peligroso meterse a pelear contra los protestantes. Monseñor Luis Fransoni, que residía en Lyon, aprobó y recomendó la iniciativa, pero nadie en la Curia quiso asumir la responsabilidad, ni siquiera para hacer la revisión eclesiástica. El canónigo José Zapata, Vicario General, fue el único que, a petición del arzobispo, revisó la mitad de un fascículo; pero casi de inmediato me lo devolvió diciéndome: "Ahí tiene su trabajo, yo no quiero meterme en esto; lo acaecido a Ximenes y a Palma está muy reciente. Usted desafía y ataca al enemigo de frente, mas yo prefiero batirme a tiempo en retirada".²⁴⁶

De acuerdo con el Vicario General escribí sobre todo esto al arzobispo el cual me respondió adjuntando una carta para presentar a monseñor Luis Moreno, obispo de Ivrea. Le rogaba que tomara en sus manos este asunto, revisara y avalara con su autoridad las publicaciones. Monseñor Moreno se prestó de buena gana. Delegó al abogado Angel Pinoli, que era su Vicario General, para que examinara los textos, sin poner sin embargo su nombre como Revisor. De inmediato se estudió un plan y el 1º de marzo apareció el primer fascículo con el título de “El Católico Instruido”.²⁴⁷

[84] Año 1854.

Las Lecturas Católicas tuvieron una acogida entusiasta y fue extraordinario el número de sus lectores, pero en seguida se desataron las iras de los protestantes. Intentaron combatirlas en sus periódicos y en sus “Lecturas evangélicas”, pero la difusión de éstos era escasa. Entonces se las tomaron con el pobre don Bosco. Uno después de otro querían armarme polémica, persuadidos de la contundencia de sus razones: los curas, decían, son muy ignorantes y bastan dos palabras para confundirlos.

Venían, pues, o uno solo o varios a la vez, para enfrentarse conmigo. Siempre los atendí y les recomendaba que las dificultades que ellos no sabían resolver se las preguntaran a sus propios ministros y me dieran después la respuesta. Vino Amadeo Bert, después Juan Pedro Meille, Pugno el evangélico y

muchos otros. Pero no pudieron conseguir que yo dejase de hablar, o de hacer conocer por medio de mis escritas conversaciones como las que tenía con ellos, cosa que exasperaba su rabia. Me parece, pues, interesante hacer conocer algunos de estos hechos.

Un domingo del mes de enero por la tarde me dijeron que venían dos señores a hablar conmigo. Entraron y después de muchos cumplidos y lisonjas, uno de ellos comenzó a decir:

- *Usted, señor teólogo, ha recibido de la naturaleza el don bien grande de hacerse leer y entender del pueblo. Nosotros quisiéramos, precisamente, exhortarlo para que emplee esas dotes en cosas útiles para la humanidad. Por ejemplo, dedicándose a las ciencias, o a las artes o al comercio.*
- *Por eso, exactamente, me he propuesto esto de las “Lecturas Católicas” y tengo la intención de seguir haciéndolo.*
- *Y ¿no sería preferible, en vez de continuar con las “Lecturas Católicas”, escribir algún libro útil para la juventud? ¿una historia de la antigüedad, un tratado de geografía, de física o de geometría?*
- *¿Y por qué no las “Lecturas Católicas”?*
- *Porque es un trabajo ya hecho y rehecho por tanta gente.*
- *Sí, se han hecho libros eruditos, pero no escritos que estén al alcance del pueblo, que es el objetivo de mis “Lecturas Católicas”.*
- *Pero ¿qué ganancia le deja a Usted este trabajo? En cambio, si aceptara nuestra propuesta, lograría además un buen ingreso para esa maravillosa Institución que la Providencia le ha confiado. Mire, aquí tiene usted ya algo (eran cuatro billetes de mil francos) y no será la última oferta. Podrán ser mayores.*
- *Y ¿a qué viene este dinero?*
- *Es una ayuda por si emprende ese tipo de publicaciones de las que le hemos hablado. También, desde luego, para esa obra suya que nunca se la apreciará en lo que vale.*
- *Perdonen, señores, si les devuelvo sus billetes, pero por ahora no me es posible dedicarme a otro tipo de trabajo, así sea científico, que no sea el de las “Lecturas Católicas”.*
- *Ciertamente es algo útil, pero...*
- *Entonces, ¿por qué les preocupa tanto? ¿Y para qué tanto dinero con tal de que yo desista de ellas?*
- *Usted no se da cuenta de lo que está haciendo. Si rechaza esta oferta pone en peligro sus obra y se expone Usted mismo a ciertas consecuencias, a ciertos riesgos...*
- *Señores, entiendo muy bien lo que quieren decirme, pero también les digo claramente que no temo nada. Al hacerme sacerdote me consagré al bien de la Iglesia y de la humanidad que siempre necesita tanto de nosotros y voy a continuar con mis pocas energías promoviendo mis “Lecturas Católicas”.*
- *¡Usted comete un error!, -replicaron con la voz y el rostro alterados, mientras se ponían de pie -y además, nos insulta. ¿No se da cuenta de lo que puede pasarle? Entonces, con tono amenazante: Si Usted sale de su casa, ¿está seguro de volver con vida?*
- *¡Qué poco conocen, señores, a un cura católico! Trabaja por cumplir con su deber y si debiera morir por el trabajo que hace, sería para él un bien muy grande y su mayor gloria.*

Estaban tan irritados en ese instante, que tuve miedo se me echasen encima. Me levanté y, colocando la silla de por medio, les dije:

- *No temo sus amenazas. Si intentan algo contra mí sabría defenderme, pero la fuerza del sacerdote está en la paciencia y en el perdón. Por favor, tengan la bondad de salir por las buenas.*

Pasando por detrás de la silla abrí la puerta de la habitación y dije:

- *Buzzetti, acompaña a estos señores a la portería, pues no conocen bien la salida.*

Se confundieron al oír mi intimación. Sin embargo añadieron:

- *¡Nos volveremos a ver en un momento más oportuno! -y salieron con la cara y los ojos rojos de desprecio.*

Este hecho fue publicado en algunos periódicos, como en “La Armonía”.

[85] Atentados personales.

Parecía existir todo un plan secreto contra mí, urdido por los protestantes o la masonería. Contaré brevemente algunos hechos.

Una noche, mientras estaba con los muchachos dando clase, vinieron dos hombres a llevarme apresuradamente a la hostería "El Co-razón de Oro" para atender a un moribundo. Salí de inmediato, pero haciéndome acompañar por algunos de los chicos mayores.

- *No hay para qué molestar a estos alumnos, -me dijeron, -noso-tros mismos lo llevamos y lo traemos. El enfermo puede molestar un poco.*
- *No tengan cuidado por eso. Estos se echarán la caminadita y me esperarán al pie de la escalera mientras yo atiende al enfermo.*

Una vez llegados al "Corazón de Oro",

- *pase aquí un momento. Descanse. Vamos a avisarle al enfermo que ya usted está aquí.*

Me hicieron entrar en una habitación de la planta baja en donde se divertían algunos comiendo castañas. Acababan de cenar. Mucho saludo y cumplidos.

Luego me empezaron a insistir en que me sentara con ellos. No acepté. Dije que acababa de cenar.

- *A lo menos un vaso de vino no le va a disgustar. Viene de Asti.*
- *Muchísimas gracias. No acostumbro a beber fuera de las comidas; me sienta mal.*
- *¡Un vasito no le hace mal a ninguno!,*

Y diciendo esto, sirvieron vino para todos, pero cuando llegaron a donde yo estaba, uno fue por una botella y un vaso distintos. Me di cuenta entonces de esa perversa maniobra. Tomé el vaso y brindé. Luego lo puse en la mesa sin probarlo.

- *Pero eso es un desprecio, -dijo uno.*
- *Un insulto, -añadió otro. -nos ofende.*
- *No me apetece, ni quiero, ni puedo beber.*
- *Pues beberá aunque no quiera, -y dicho esto, me tomó por el hombro izquierdo, mientras otro me sujetaba por la otra parte, y seguían diciendo:*
- *No vamos a tolerar esto, beberá, quiera o no.*
- *Está bien. Si se empeñan de esa manera lo voy a hacer, pero ya que no puedo beber, lo beberán mis muchachos, -y simultáneamente me eché hacia la puerta, la abrí y los llamé.*
- *Está bien, no hace falta que beba nadie, -interrumpieron. -Tranquilo, vamos a ver al enfermo. Ellos se pueden quedar allá abajo.*

Me condujeron a una habitación del segundo piso en donde, en lugar del enfermo estaba acostado el mismo que me había venido a llamar y que, después de responderme algunas preguntas, soltó una carcajada diciendo:

- *Me voy a confesar mañana tempranito.*

Después de esto regresé cuanto antes.

Una persona amiga se preocupó por averiguar acerca de estas personas que me habían ido a llamar y sobre las intenciones que tenían y se me aseguró que se trataba de personas a las que se les había pagado con una buena comida para que me hicieran beber de un vino que me habían preparado.

[86] Agresión - lluvia de garrotazos.

Todo esto de los atentados que voy narrando parecería cosa de fábulas. Pero, por desgracia, son dolorosas historias de las que hubo muchos testigos. He aquí otro más sorprendente todavía.

Una tarde de agosto, hacia las seis, estaba con los muchachos en el cancel de ingreso al Oratorio, cuando se oyó a alguien que gritaba angustiado: ¡Un asesino, un asesino!

Efectivamente, un individuo a quien yo conocía y a quien por cierto, había prestado un favor, corría furioso hacia mí en mangas de camisa con un enorme cuchillo en las manos, que gritaba: ¿dónde está don Bosco, dónde está don Bosco?

Todo el mundo salió corriendo y él empezó a perseguir a un clérigo al que había confundido conmigo. Cuando se percató de su error, furioso, se me vino encima y yo apenas si tuve tiempo de escapar escaleras arriba a refugiarme en mi habitación, y justamente había echado llave cuando el desdichado llegó. Golpeaba, gritaba, mordía las barras de hierro para abrirlas, pero inútilmente: yo estaba al seguro. Mis jóvenes querían agarrar a aquel miserable y hacerlo trizas, pero se lo prohibí y me obedecieron. Se dio aviso a la policía, a la alcaldía, a los carabineros, pero sólo hasta las nueve y media de la noche dos guardias lo detuvieron y llevaron al cuartel.

Al día siguiente el jefe de policía me envió un agente para preguntarme si perdonaba al criminal. Contesté que sí, que yo perdonaba aquel y todo otro atentado pero que, en nombre de la ley, insistía a las autoridades para que se preocuparan más por la defensa de la vida y de la seguridad de las casas de los ciudadanos. ¿Quién lo creyera, que al día siguiente, y a la misma hora en que tuvo lugar la agresión, el mismo sujeto me estaba esperando bien cerca, para cuando yo saliera?

Un amigo, viendo que no se podía esperar nada de la seguridad pública, intentó hablar con el miserable. La respuesta fue: *¡a mí me pagaron, así que si hay quien me dé lo mismo, me voy en paz!* -Le dieron ochenta francos que necesitaba para pagar un alquiler vencido, y otros ochenta para que se buscara una vivienda lejos de Valdocco. Así terminó el teatro.

Pero no fue cosa tan sencilla la comedia que vino después.

Habría pasado un mes cuando un domingo por la tarde me llamaron urgentemente a la casa Sardi, al lado del Refugio, para confesar a una enferma que, según decían, estaba ya para morir. Después de lo que me había pasado no me fui sin llevarme algunos de mis jóvenes ya mayorcitos a que me acompañaran. *No hace falta*, -me decían, *-nosotros vamos con Usted, deje jugar a sus muchachos.*

Era una razón más para no salir solo. Dejé a algunos en la calle, al pie de la escalera y José Buzzetti y Jacinto Arnaud en el descanso del primer piso, cerca a la puerta de la enferma.

Entré y vi a una mujer que estaba jadeante, como a punto de expirar. Hice señal a los presentes, que eran cuatro, de que me dejaran solo para hablar con ella. Pero ella, de repente, empezó a decir a gritos:

- *antes de confesarme quiero que aquel infeliz que está al frente, desmienta las calumnias con que me ha difamado.*
- *No*, -dijo el otro.
- *¡Silencio!*, -interrumpió un tercero poniéndose de pie. Ambos se levantaron.
- *Atento, si no, te mato, te vuelvo pedazos*, -eran las expresiones que se alternaban, resonando entre maldiciones por la habitación.

Estando en esas se apagaron las luces, aumentaron los gritos y comenzó una lluvia de bastonazos que iban a parar allí en donde yo estaba sentado. En seguida adiviné que toda esa fiesta se armaba contra mí, así que sin pensar nada, agarré instintivamente una silla y me la puse sobre la cabeza para recibir los palazos que descargaban furiosamente y así escudado me fui encaminando hacia la salida.

Apenas pude escapar de ese antro satánico me metí entre mis muchachos que, al oír el ruido y los gritos, intentaron entrar. No sufrí herida grave, pero sí me alcanzó un bastonazo en el pulgar de la mano izquierda, que tenía apoyado en el respaldo de la silla; se me llevó la uña con la mitad de la falange, como se puede constatar todavía por la cicatriz que conservo. ¡Pero lo peor fue el susto que tuve!

Nunca pude saber el verdadero motivo de estos atentados, pero parece que todo fue urdido para atentar contra mi vida o, al menos para hacerme desistir de las que llamaban mis calumnias contra los protestantes.

[87] El perro "Gris"

El perro gris fue ocasión de muchas conversaciones y de no pocas hipótesis. Muchos de vosotros lo habéis visto y hasta acariciado. Pero en este momento, dejando aparte las historias imaginarias que se cuentan, voy a exponer la pura verdad.²⁴⁸

Los frecuentes atentados de que era objeto me habían enseñado que no podía salir ni volver solo a Turín. Por entonces el edificio más cercano al Oratorio era el del Manicomio y de ahí hacia abajo no había sino maleza y acacias. Una tarde bastante oscura, y con un poco de miedo también porque la hora estaba ya algo avanzada, veo junto a mí un enorme perro que, a primera vista, me espantó; pero como no se mostraba agresivo conmigo, sino por el contrario, juguetón como si yo fuera su dueño, nos hicimos amigos y me acompañó al Oratorio. Algo parecido sucedió en otras ocasiones, de manera que puedo decir que el gris acabó prestándome importantes servicios.

Veamos algunos. A fines de noviembre de 1854, en una tarde nublada y lluviosa, volvía de la ciudad y, para andar lo menos posible por despoblado, tomé el camino que va desde la Consolata al Cottolengo. De repente me di cuenta de que dos hombres me seguían a poca distancia. Si yo aceleraba el paso ellos también, y lo mismo si lo retrasaba. Cuando intentaba pasar a la otra parte, para no tropezarme con ellos, hábilmente se me colocaron delante. Quise desandar el camino pero no alcancé, pues me fue imposible, porque ellos de improviso, sin decir palabra, con un salto me echaron una capa encima. Hice cuanto pude por no dejarme envolver, pero fue inútil. Aún más, uno se empeñó en amordazarme con un pañuelo. Quise gritar, pero ya no pude. En aquel preciso momento apareció el Gris y aullando como un oso se abalanzó con las patas delanteras contra uno y con el ocico abierto contra el otro, de modo que tenían que vérselas con el perro antes que conmigo.

- *Llame a ese perro!* -se pusieron a gritar aterrados.
- *Ya lo voy a llamar, pero Ustedes respeten a los transeúntes.*
- *¡Llámelo, ya!*, -insistían, pero el gris continuaba como un lobo o un oso enfurecido.

Reemprendieron ellos su camino y el perro, siempre a mi lado, no me dejó solo hasta llegar al Cottolengo. Una vez allí me restablecí del susto y me recomforté con un buen vaso de vino de esos que siempre sabe ofrecer oportunamente aquella Casa. Después, con una buena escolta seguí al Oratorio.

Siempre que bajaba al anochecer solo, al pasar los últimos edificios, veía salir al Gris por algún lado del camino. Muchas veces lo vieron los muchachos del Oratorio y hasta en una ocasión nos sirvió de entretenimiento. Lo habían visto entrar al patio y querían correrlo a palo o sacarlo a pedradas.

- *No lo molesten*, -dijo Buzzetti; -*es el perro de don Bosco.*

Entonces empezaron a acariciarlo y me lo llevaron. Estaba yo en el comedor con algunos clérigos y sacerdotes y con mi madre. Ante la inesperada visita todos quedaron perplejos:

- *no le tengan miedo*, -les dije, -*es el Gris, déjenlo que se acerque.*

En efecto, después de dar una vuelta a la mesa, se puso a mi lado muy contento. Lo acaricié y le ofrecí comida, pan y carne; pero no quiso comer; y ni siquiera quiso olfatear lo que se le ofrecía.

- *Entonces, ¿qué quieres?*, -le dije. Se limitó a sacudir las orejas y a mover la cola.

- *Entonces, o comes, o bebes, o quédate ahí tranquilo*, -le dije. Él seguía contento con la cabeza apoyada sobre el mantel. Parecía estarme deseando una buena noche. Luego los chicos, encantados y alegres, lo acompañaron hasta la puerta de salida. Esa noche, lo recuerdo muy bien, había llegado bastante tarde y un amigo me había traído en su coche.

La última vez que vi al Gris fue el año 1866, cuando desde Murialdo iba a Moncucco, a casa de Luis Moglia, mi amigo. El párroco de Buttigliera me acompañó por un buen trecho, después, cuando ya atardecía quedé solo y la noche me sorprendió de camino. Yo pensaba: *¡Oh, qué oportuno hubiera sido, haber traído a mi Gris!* Me subí luego a un barranco para ver las últimas luces cuando, en ese preciso momento, apareció el Gris que venía a mi encuentro entre grandes muestras de alegría e hizo conmigo el trecho de camino que me faltaba, unos tres kilómetros. Llegando a la casa en donde se me esperaba, me hicieron dar la vuelta para que evitara que mi perro se pusiera a pelear con dos grandes mastines que tenían para cuidarla.

- *Se despedazarían en caso de pelearse*, -decía el Sr. Moglia.

Entre los de la familia nos entretuvimos hablando y fuimos a cenar mientras mi compañero estuvo descansando en un rincón de la sala. Cuando terminamos dijo mi amigo:

- *le daremos de comer también al Gris*, - y le llevó algo pero no pudo encontrarlo por más que lo buscó en la habitación y por todas partes.

Hubo asombro general porque no estaba abierta ni la puerta ni la ventana y tampoco los perros de la casa habían dado la menor alarma. Se volvió a buscarlo en la parte superior, pero fue inútil. Nadie pudo encontrarlo.

Esto es lo último que sé de ese animal que ha sido objeto de tantas preguntas y discusiones. Nunca pude conocer a su dueño. Sólo sé que aquel animal fue para mí una presencia providencial en muchas de las situaciones peligrosas en que me encontré.

CRONOLOGIA FUNDAMENTAL DE LA VIDA Y DE LA OBRA DE DON BOSCO

que permita encuadrar históricamente el contenido de las Memorias del Oratorio

Los padres:

- 1784. 20. I Nace Francisco Luis Bosco (El Molino, Nevissano. Castelnuovo de Asti).
- 1788. 1. IV Nace Margarita Occhiena (La Cecca, Capriglio).
- 1812. 6. VI Matrimonio (Parroquia de Capriglio).
- 1817. 8. II Compra de la casa de I Becchi (Caserío Cavallo, Morialdo, Castelnuovo).
- 1817. 11. V Muere Francisco Luis (Casa Biglione, Morialdo).
- 1856. 25. XI Muere Margarita Occhiena (Oratorio de Valdocco, en Turín).

Juan Bosco:

La infancia, hasta los 12 años.

- 1815. 16. VIII Nacimiento (Casa Biglione, de Morialdo).
- 1815. 17. VIII Es bautizado en Castelnuovo con el nombre de Juan Melchor por el párroco José Sismondi.
- 1824 - 1826 Primeros estudios en la escuela rural de Capriglio con el P. José Lacqua (1764-1847).
- 1824 - 1825 “Primer Sueño” en I Becchi.
- 1826. 11. II Muere la abuela paterna, Margarita Zucca (1752-1826).
- 1827. Primera comunión. En Pascua

La adolescencia, de los 12 hasta los 16 años.

- 1827 - 1828 Salida de la casa paterna en busca de trabajo. Breve estadía en la casa de los Cámpora. (Sierra de Buttigliera).
- 1828 - 1829 Desde febrero de 1828 hasta noviembre de 1829, permanencia en la casa de Luis Moglia, en Moncucco.
- 1829 - 1830 Relación con el sac. Juan Melchor Calosso (1760-1830), capellán de Morialdo, hasta la muerte de éste (21. XI).
Reparto legal del patrimonio de Francisco Luis Bosco entre los hijos.
Traslado de Margarita Occhiena y de su hijo José Luis, a Sussambrino; y empleo como medieros en la hacienda administrada por José Febraro.
- 1830 - 1831 En Castelnuovo de Asti Juan frecuenta las Escuelas Elementales, desde diciembre 1830.
- 1831. 22. III Matrimonio de Antonio José Bosco, hermanastro de Juan, con Ana María Rosso (1807-1875).

La juventud, desde los 16 hasta los 25 años.

- 1831 - 1835 Estudios gimnasiales de Juan en las Escuelas Públicas de Chieri.
- 1832. 24. II Mons. Luis Fransoni se posesiona como arzobispo de Turín.
- 1832. 10. VI Muerte de Paolo Vittorio Braja (1819-1832), íntimo amigo de Juan.

1833. 9. V Matrimonio de su hermano José Luis con María Calosso (1813-1874).
1833. 4. VIII Juan, a los 18 años, recibe la Confirmación en la parroquia San Blas de Buttigliera, de manos de Mons. Antonio Gianotti, obispo de Sassari, siendo párroco José Vaccarino (1805-1891).
1834. 10. VIII Bautizo del “hebreo Jonás” -Santiago Leví-, con los nombres de Luis Jacinto Lorenzo Octavio María Bolmida.
- 1834 - 1835 Año de crisis y discernimiento vocacional, que se resuelve con su ingreso al Seminario de Chieri, el 30 de octubre de 1835.
- 1835 - 1841 Estudios de filosofía (1835-1837) y teología (1837-1841) en el Seminario de San Felipe, en Chieri, el cual no concedía grados académicos, que estaban reservados a la Facultad de Teología de la Real Universidad de Turín.
1839. 2. IV Muerte de Pedro Luis Comollo (1817-1839), excepcional amigo de Juan.
- 1840 - 1841 ORDENES SAGRADAS recibidas siempre de manos de Mons. Luis Fransoni (1789-1862), en la Iglesia de la Inmaculada Concepción de María, adjunta al palacio arzobispal.
1840. 29. III: Tonsura y Ordenes Menores.
1840. 19. IX: Subdiaconado.
1841. 29. III: Diaconado, el sábado “Sitientes”.
1841. 5. VI: Ordenación Sacerdotal, el sábado siguiente a Pentecostés. Sus compañeros: Santiago Bosco, de Rivalta; Luis Tomás Cerutti, de Turín; Juan Bautista Comba, de Rívoli; Antonio Giacomelli, de Matti y Juan Serena, de Salassa.

El comienzo de su sacerdocio y de su actividad oratoriana en Turín, desde los 26 hasta los 49 años.

- 1841 - 1844 Permanencia de don Bosco en el Convitto o Residencia Eclesiástica de Turín (3. XI. 1841 - 13. X. 1844).
1841. 8. XII Providencial encuentro con Bartolomé Garelli y comienzo de una pastoral oratoriana “sistemática”.
- 1844 - 1846 Sucesivas etapas del Oratorio Ambulante (Refugio; Cementerio de S. Pedro; Molinos Dora; Casa de José Moretta; prados Filippi) y definitiva estabilización en Valdocco (Casa Pinardi), en la Pascua (12. IV) de 1846.
La capilla fue bendecida por el Teólogo Juan Borel (1801-1873) el lunes siguiente.
1846. 16. VI Pío IX sucede a Gregorio XVI en la cátedra de San Pedro.
- 1846 Desde el mes de Julio al 3 de noviembre, grave enfermedad bronquial de don Bosco y convalecencia (desde agosto) en la casa de su hermano José Luis, en I Becchi.
- 1846 - 1856 Retorno de don Bosco, con la madre a Valdocco (3.XI.1846), en donde Margarita Occhiena permanece hasta su muerte (25. XI. 1856).
- 1847 Este año: - el Oratorio de Valdocco se hace autónomo de la parroquia de S. Simón y S. Judas por autorización del arzobispo Luis Fransoni; - se abre el Oratorio de S. Luis en Porta Nuova (8. XII. 1847) - y el Hospicio (o Casa Anexa a los Oratorios) en la Casa Pinardi.
1847. 12. IV Mons. Luis Fransoni aprueba el Reglamento de la Compañía de S. Luis. Con ésta nace el ASOCIACIONISMO EDUCATIVO SALESIANO: Compañía de la Inmaculada (1856); y del Santísimo (1857); Pequeño Clero (1858); Compañía de S. José (1859); Conferencia de S. Vicente de Paúl (1857).
- 1848 Según las MO, don Bosco comienza este año, en el mes de mayo, a hacer Ejercicios Espirituales para los jóvenes en el Oratorio. Sus miras son también vocacionales.
1848. II Cierre del Seminario de Turín como consecuencia de la participación activa de los clérigos en las manifestaciones políticas, de tipo “patriótico”.
1848. 4. III Carlos Alberto firma y pone en vigencia la Constitución Política del Estado.

1848. 14. III Pío IX concede la Constitución en el Estado Pontificio. Luego, y primero entre todos los soberanos, aceptando la igualdad de sus derechos, abre el muro del “Ghetto” de los hebreos en Roma .
1849. 18. I Muerte de Antonio medio-hermano de don Bosco, en I Becchi.
1849 En septiembre, por voluntad del arzobispo Fransoni, don Bosco asume y reorganiza el Oratorio del Santo Angel que había sido fundado en la barriada de Vanchiglia por el P. Juan Cocchi (1813-1895) en 1840, pero que fue cerrado en marzo del 1849, por las implicaciones políticas en que se vio envuelto su fundador durante la primera guerra de la independencia contra Austria (1848-1849).
Algunos acontecimiento del Oratorio de S. Francisco de Sales:
- Creación de la “Sociedad de Mutua Ayuda” (1849-1850) y Contratos de Trabajo estipulados por don Bosco en defensa de los jóvenes “aprendices” (1851-1852).
- Miguel Rua (1838-1910) ingresa al Oratorio en 1852. En 1885 será nombrado Vicario de don Bosco por León XIII; y sucederá al Fundador en 1888.
- Decreto por el cual Mons. Luis Fransoni (en destierro en Lyon desde el 28. IX. 1850) nombra a don Bosco Director Espiritual del Oratorio de S. Francisco de Sales y Superior de los Oratorios de Porta Nuova y de Vanchiglia.
1853. 1. III Primer número de las LECTURAS CATOLICAS: “El católico instruido en la religión”.
1853 - 1862 Se organizan los Talleres de Capacitación Artesanal (1853-1862) y los Estudios de Secundaria o gimnasiales (1855-1859), en Valdocco.
1854. 2. X Entrevista de Domingo Savio (1842-1857) con don Bosco en I Becchi. El 29 del mismo mes entra al Oratorio en donde permanecerá hasta el 1º de marzo de 1857. Funda la Compañía de la Inmaculada el 8 de junio de 1856.
1864. 7-8. X Primer encuentro de don Bosco con María Mazzarello (1837-1881) en Mornes.

La etapa de la madurez y la fundación de sus Instituciones Religiosas, desde los 39 hasta los 71 años.

- 1854 -1859; 1874; 1884 Proyecto fundacional y consolidación jurídica de la SOCIEDAD SALESIANA:
1854. 26. I Primera propuesta asociativa y denominación de “Salesianos”.
1857 y 1858 Coloquios con Urbano Rattazzi y con Pío IX.
1859. 18. XII Fundación de la Congregación.
1864 Decreto de Alabanza
1869. 1. III Aprobación pontificia de la misma
1874. 3. IV Aprobación de las Constituciones.
1884. 28. VI Concesión de los privilegios de la exención.
- 1863 - 1868 Construcción de la Iglesia de María Auxiliadora, consagrada por Mons. Alejandro Riccardi el 9 de junio de 1868.
1869. 16. III Pío IX aprueba la “Asociación de devotos de María Auxiliadora”, con sede de referencia en el Santuario de Turín.
1870. 24. VI Con la celebración del Onomástico de don Bosco de ese año, por parte de Carlos Gastini (1833- 1902) y un grupo de antiguos oratorianos, nace el “Movimiento de Exalumnos”, que celebrará su Primer Congreso Internacional del 8 al 10 de septiembre de 1911; y entre el 1954 y 1956 asumirá categoría de Confederación Mundial.
1872. 5. VIII Fundación del
INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA.
1876. 1883 1886: Progresivos pronunciamientos públicos de don Bosco sobre la identidad y misión específica del *Salesiano Coadjutor*, en el Oratorio (18 y 31 de marzo 1876); en el

- Noviciado de S. Benigno Canavese (19 de octubre 1883) y durante el Cuarto Capítulo General (1886).
1876. 9. V Aprobación pontificia de la
“UNION DE COOPERADORES SALESIANOS”.
- 1877 - 1879 Organización de la Congregación en Inspectorías: Piamontesa, Lígure, Romana y Americana con sede en Buenos Aires.
- 1877.80.83.86: Los Cuatro Primeros Capítulos Generales, presididos por don Bosco.

BIBLIOGRAFIA

a la que hacen referencia las Notas al pie de página -

- AAVV, DON BOSCO EN LA HISTORIA. LAS-ROMA. CCS. Madrid, 1990.
- AAVV CHIESA E PROSPETTIVE EDUCATIVE IN ITALIA TRA RESTAURAZIONE E UNIFICAZIONE, a cura di Luciano Pazzaglia. Ed. La Scuola, Brescia, 1994.
- AAVV, DON BOSCO NELLA CHIESA A SERVIZIO DELL' UMANITA". Studi e testimonianze, a cura di Pietro Braido. LAS-ROMA,1987.
- AAVV, GUIDA MONOGRAFICA DELLA CITTÁ DI CHIERI E DEI SUOI DINTORNI. Copright M. Editori, s. r. l., Torino, 1994.
- AAVV, ISRAELE. Editoriale Libreria, Trieste, 1996.
- AAVV, NUEVA ENCICLOPEDIA LAROUSSE. Tomo X, 1982. Editorial Planeta, Barcelona.
- AAVV, L'IMPEGNO DELL'EDUCARE. LAS-ROMA, 1991.
- AAVV, PALABRAS CLAVES EN PSIQUIATRIA - J.L. Ayuso Gutiérrez, Director-. Ed. Verbo Divino, Estella, Navarra, 1991.
- AAVV, PROBLEMI DI STORIA DELLA CHIESA. Dalla Restaurazione all' Unità d'Italia". Ed. Dehoniane, Napoli, 1985.
- AAVV, RICERCHE STORICHE SALESIANE. Rivista semestrale di storia religiosa e civile. LAS-ROMA.
- AAVV, SANTA GIULIA IN VANCHIGLIA. STORIA DI UN QUARTIERE. Ed. “La Grafica Nuova”, Torino, 1985.
- AAVV, SCRITTI PEDAGOGICI ESPIRITUALI. Don Bosco Giovanni, a cura di J. Borrego, P. Braido, A. Da Silva Ferreira, F.Motto, J. M. Prellezo. LAS-ROMA, 1987.
- AAVV, STORIA DI ITALIA. GLI EBREI IN ITALIA. Giulio Einaudi Editore, Torino, 1996.
- AAVV, TORINO E DON BOSCO, a cura di Giuseppe Bracco. I Saggi. Città di Torino - Archivio Storico. Ed. Stamperia Artistica Nazionale, 1988.

- Albertotti Giovanni, Dott. CHI ERA DON BOSCO. Biografia fisico-psico-patologica, scritta dal suo medico. Poligrafica San Giorgio, Genova, 1929.
- Alossa Arturo, SAN GIOVANNI EVANGELISTA. Torino, 1992.
- Alterocca Letizia, VISITIAMO INSIEME TORINO. Ed. Mursia, Milano, 1978.
- Appendino Filippo Natale, CHIESA E SOCIETÀ NELLA II METÀ DEL XIX SECOLO IN PIEMONTE. Ed. Pietro Marietti, Casale Monferrato, 1982.
- Aubry José, "CONSAGRACION Y MISION HOY". Vols. I, II, CCS, Madrid, 1981.
- Aufray Agustín, UN GRAN EDUCADOR. SAN JUAN BOSCO. Librería Editorial Santa Catalina, Buenos Aires, 1939.
- Audisio Roberto e Felloni Claudio, "I giovani discoli", in TORINO E DON BOSCO, a cura di Giuseppe Bracco, I Saggi. Città di Torino - Archivio Storico. Ed. Stamperia Artistica Nazionale, 1988.
- Azcárate Jacinto SDB, LA FORMA DIALOGAL DE LA PASTORAL JUVENIL DE DON BOSCO. Dissertatio Moralis Pastoralis ad Lauream in Theologia consequendam re morali specialiter exculata. Pro-manuscripto. Pontificia Universitas Lateranensis Academia Alfonsiana, Institutum Theologiae Moralis. Roma, 1969.
- Barberis Giulio, CRONICHETTA. Quad.3 A, pp. 46-47: sabato 1 gennaio 1876; Quad. 4 A, pp. 38-41: mercoledì 2 febbraio 1876, in Braido Pedro (3), "Memorie del futuro", Ricerche Storiche Salesiane, LAS-ROMA 20, Anno XI-N.1, Gennaio-Giugno 1992, pgs. 106, ns. 40/41.
- Barberis Julio, L'APOSTOLO DEL SECOLO XVIII, OSSIA S. ALFONSO M. DE LIGUORI. 1887, Tipografia e Libreria Salesiana, S.Benigno.
- Baricco Pietro, TORINO DESCRITTA. Vols I, II, Ristampa Anastasica. Edizioni Savigliano, 1988.
- Basset Luigi, a cura di, DON BOSCO A VALSALICE. Ed. Liceo Valsalice, 1987.
- Biancardi Giuseppe, QUI E' VISSUTO DON BOSCO. LDC, Torino, 1988.
- Bianchi Cesare, PORTA PALAZZO E IL BALON. Storia e mito. Editrice Il punto s.n.c., Torino, 1991.
- Bianco Enzo, EL SALESIANO COADJUTOR. CCS. Madrid, 1984.
- Bona Candido L.M.C., LE "AMICIZIE". Società secrete e rinascita religiosa (1770 - 1830). Deputazione subalpina di storia patria, Torino - Palazzo Carignano, 1962.
- Bongioanni Marco, DON BOSCO Y EL TEATRO. CCS. Madrid, 1991.
- Bosco Giovanni, BIOGRAFIA DEL SACERDOTE GIUSEPPE CAFASSO.- OPERE EDITE, Vol XII, LAS-ROMA, 1976.
- Bosco Giovanni, "CENNI STORICI SULLA VITA DEL CHIERICO LUIGI COMOLLO, morto nel seminario di Chieri ammirato da tutti per le sue singolari virtù, scritti da un suo collega". Torino, 1844. Dalla tipografia Speirani e Ferrero vicino alla chiesa di S. Rocco, 83 [1] p., 102 x 150 mm.
- Bosco Giovanni, OPERE EDITE, Centro Studi don Bosco, Università Pontificia Salesiana. LAS-ROMA, Vols. I- XXXVII, 1976-1977; XXXVIII, 1987.
- Bosco Giovanni, STORIA SACRA PER USO DELLE SCUOLE, utile ad ogni stato di persone. Aricchita di analoghe incisioni. Torino, Tipografia-Editori Speirani e Ferrero, vicino alla chiesa di S. Rocco, 1847.
- Bosco Teresio (1), DON BOSCO, UNA BIOGRAFIA NUEVA. CCS. Madrid, 1979.
- Bosco Teresio (2), DON BOSCO, HISTORIA DE UN CURA. CCS. Madrid, 1996.
- Bracco Giuseppe, TORINO E DON BOSCO, I Saggi. Città di Torino - Archivio Storico. Eds. Stamperia Artistica Nazionale, 1988.
- Braido Pietro (1), BREVE STORIA DEL "SISTEMA PREVENTIVO". LAS-ROMA, 1993.
- Braido Pietro (2), "Catechesi e Catechismi tra ripetizione, fedeltà e rinnovazione in Italia dal 1815 al 1870" [en PROBLEMI DI STORIA DELLA CHIESA. Dalla Restaurazione all'Unità d'Italia". Ed. Dehoniane, Napoli, 1985].
- Braido Pietro (3), "Memorie" del futuro, in Ricerche Storiche Salesiane. LAS-ROMA, 20, Anno XI-N.1, Gennaio-giugno 1992.
- Braido Pietro (4), "Don Bosco per la gioventù povera e abbandonata in due inediti del 1854 e del 1862", in DON BOSCO NELLA CHIESA A SERVIZIO DELL' UMANITÀ. Studi e Testimonianze. LAS-ROMA, 1987.

- Braido Pietro (5), IL SISTEMA PREVENTIVO DI DON BOSCO. P.A.S. Torino, 1955.
- Braido Pietro (5), EL SISTEMA EDUCATIVO DE DON BOSCO. Publicaciones del Instituto Teológico Salesiano, Guatemala, 1984.
- Braido Pietro (6), ESPERIENZE DI PEDAGOGIA CRISTIANA NELLA STORIA. Vol II: Sec.XVII-XIX. LAS-ROMA,1981.
- Braido Pedro (7), JUAN BOSCO, EL ARTE DE EDUCAR. Escritos y Testimonios. Con la colaboración de José Manuel Pallezo García y Antonio Da Silva Ferreira. CCS. Madrid,1994.
- Braido Pietro (8),“L’ISS (Istituto Storico Salesiano), realtà nuova radicata in una tradizione”, en RICERCHE STORICHE SALESIANE, Anno I-N. 1. Luglio-Dicembre 1982.
- Braido Pedro (9), LA EXPERIENCIA PEDAGOGICA DE DON BOSCO. LAS-ROMA, 1988.
- Braido Pedro, a cura di, DON BOSCO NELLA CHIESA A SERVIZIO DELL’ UMANITA”. Studi e testimonianze. LAS-ROMA, 1987.
- Bustillo Basilio, SAN JUAN BOSCO, MEMORIAS DEL ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES. CCS. Madrid, 1987.
- Canals Pujol y Martínez Azcona Antonio, S. JUAN BOSCO, OBRAS FUNDAMENTALES, BAC (402), Madrid, 1979.
- Cárdenas Eduardo, VIDA RELIGIOSA Y SITUACIONES HISTORICAS. Clar, Bogotá, 1974.
- Caselle Secondo, CASCINALI E CONTADINI IN MONFERRATO. I Bosco di Chieri nel Secolo XVIII. LAS-ROMA, 1975.
- Caselle Secondo, GIOVANNI BOSCO STUDENTE. Dieci anni che valgono una vita. Chieri 1831-1834. Ed. Acclaim, Torino, 1988.
- Castellani Armando, LEONARDO MURIALDO. Vol II. Tipografia S.Pio X, Roma, 1967.
- Caviglia Alberto, ” Il primo libro di Don Bosco”, en DON BOSCO OPERE E SCRITTI EDITI E INEDITI. Vol. V, Ed. SEI, Torino, 1964.
- Ceria Eugenio, ANNALI DELLA SOCIETÁ SALESIANA.Vol I, SEI. Torino, 1961.
- Ceria Eugenio, DON BOSCO CON DIOS. CCS. Madrid, 1984.
- Ceria Eugenio, MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO. CCS. Madrid.
- Ceria Eugenio, San Giovanni Bosco. MEMORIE DELL’ORATORIO DI S. FRANCESCO DI SALES DAL 1815 Al 1855. Ristampa extra-commerciale a cura Editrice SDB. Roma-Aurelio, 1946.
- Cerrato Natale (1), DON BOSCO E IL SUO MONDO. LAS-ROMA, 1994.
- Cerrato Natale (2), DON BOSCO E LE VIRTÙ DELLA SUA GENTE. LAS-ROMA, 1985.
- Cerrato Natale (3), IL LINGUAGGIO DELLA PRIMA STORIA SALESIANA. PAROLE E LUOGHI DELLE “MEMORIE BIOGRAFICHE DI DON BOSCO”. LAS-ROMA, 1991.
- Cerrato Natale (4), “Il Teologo Giovanni Battista Borel inedito”, en RICERCHE STORICHE SALESIANE, Gennaio-Giugno 1998, NOTE. pgs.152-165.
- Cottino José, “Figure significative di preti piemontesi...”, en Appendino Filippo Natale, CHIESA E SOCIETA NELLA II META DEL XIX SECOLO IN PIEMONTE Edizioni Pietro Marietti, pgs, 239-245.
- Chiosso Giorgio, “Educare e istruire il popolo a Torino nel primo ottocento”, en CHIESA E PROSPETTIVE EDUCATIVE IN ITALIA TRA RESTAURAZIONE E UNIFICAZIONE, a cura di Luciano Pazzaglia. Editrice La Scuola, Brescia, 1994.
- Chiosso Giorgio, “L’oratorio di Don Bosco e il rinnovamento educativo nel Piemonte Carlo Albertino”, en DON BOSCO NELLA CHIESA A SERVIZIO DELL’ UMANITÁ”. Studi e testimonianze, a cura di Pietro Braido. LAS-ROMA, 1987.
- Chiuso Tommaso, LA CHIESA IN PIEMONTE. Vol III. Torino, 1892.
- Dacquino Giacomo, PSICOLOGIA DI DON BOSCO. SEI. Torino, 1988.
- Da Silva Ferreira Antonio, Giovanni Bosco, MEMORIE DELL’ ORATORIO DI S. FRANCESCO DI SALES, dal 1815 al 1855. LAS-ROMA, 1992.
- De Agostini, STORIA D’ITALIA, COMPACT, Cronologia 1815 -1990. Novara, 1991.

- Dervieux Ermanno, "Un secolo del Seminario Arcivescovile di Chieri", 1829-1929, Premiata Officina Grafica Gaspare Astesano, Chieri, 1929 (Edizione non in commercio. Cfr. Caselle S., G.B.STUDENTE, o.c., pg. 83).
- Desramaut Francis (1), DON BOSCO EN SON TEMPS (1815-1888). Sei, Torino. 1996.
- Desramaut Francis (2), LES MEMOIRE I DE GIOVANNI BATTISTA LEMOYNE. Étude d'un ouvrage fondamental sur la jeunesse de saint Jean Bosco. Maison d'études Saint Jean Bosco, Lyon, 1962.
- Desramaut Francis (3), "Un mondo preindustriale", en SERVIZIO SALESIANO AI GIOVANNI. LDC. Torino, 1971.
- Dicastero per la Formazione, SUSSIDI 2. Dizionario. Promanuscripto, 1988.
- Di Pol Redi Sante, "Chiesa, educazione e scuola in Piemonte", en CHIESA E PROSPETTIVE EDUCATIVE IN ITALIA TRA RESTAUZIONE E UNIFICAZIONE, a cura di Luciano Pazzaglia. Editrice La Scuola, Brescia, 1994.
- Direzione Generale Opere don Bosco. DATI STATISTICI, 1971.
- Di Robilant L.Nicolis, VITA DEL VENERABILE GIUSEPPE CAFASSO. Vol. II. Scuola Tip Salesiana, Torino, 1912.
- Fantozzi Aldo, MAMÁ MARGARITA, LA MADRE DE DON BOSCO. CCS. Madrid, 1996.
- Favale Agostino, PROGETTO MISSIONARIO DI DON BOSCO, en SALESIANUM, N.4, Ottobre-Dicembre 1976.
- Felloni Claudio e Audisio Roberto, "I giovani discoli", en TORINO E DON BOSCO, a cura di Giuseppe Bracco, I Saggi. Città di Torino - Archivio Storico. Ed. Stamperia Artistica Nazionale, 1988.
- Ferrero Ernesto, DIZIONARIO STORICO DEI GERGHI ITALIANI, dal Quattrocento a oggi. Ed. Mondadori, Milano, 1991.
- Garlaschi Innocente, VITA CRISTIANA E RIGORISMO MORALE. Studio storico-teologico su Pietro Tamburini, (1737-1827). Ed. Morcelliana, 1984, Brescia.
- Gatto Chanu Tersilla, LEGGENDE E RACCONTI POPOLARI DEL PIEMONTE. Newton Compton Editori, Torino, 1986.
- Gianeri Enrico, STORIA DI TORINO dalle origini ai nostri giorni. Vol I. Ed. Piemonte in Bancarella, Torino.
- Giordano Felice, Oblato di Maria, CENNI ISTRUTTIVI DI PERFEZIONE PROPOSTI A' GIOVANI DESIDEROSI DELLA MEDESIMA NELLA VITA EDIFICANTE DI GIUSEPPE BURZIO. Torino, 1846.
- Giorgini Fabiano, "La predicazione e le missioni popolari tra il 1815 e il 1870", en AAVV. PROBLEMI DI STORIA DELLA CHIESA. Dalla Restaurazione all'Unità d'Italia". Ed. Dehoniane, Napoli, 1985.
- Giovannini Luigi, "LE LETTURE CATTOLICHE" DI DON BOSCO. Ed. Liguori, Napoli, 1984.
- Giraudi Fedele, L'ORATORIO DI DON BOSCO. Inizio e progressivo sviluppo edilizio della Casa Madre dei Salesiani in Torino. SEI. Torino, 1935.
- Giraud Aldo, CLERO, SEMINARIO E SOCIETÁ. Aspetti della Restaurazione religiosa a Torino. LAS-ROMA, 1992.
- Giraud Aldo e Biancardi Giuseppe, QUI E' VISSUTO DON BOSCO. LDC. Torino, 1988.
- Gobinet Charles, INSTRUCTION DE LA JEUNESSE en la piété chrétienne, tirée de l'écriture-sainte et des SS. Péres, divisée en cinq parties... Paris, Méquignon junior, Libraire a Lyon, chez Périsset frères, Libraires, 1822.
- Gucci Giuseppe, primario ospedaliero emerito, DON BOSCO VISTO DA UN MEDICO. Studio sopra la vita patologica del Santo, pro manuscripto. Viareggio, 14 Maggio 1973
- Hostie Raymond, VIDA Y MUERTE DE LAS ORDENES RELIGIOSAS. Desclée de Brower, Bilbao, 1973.
- Isoardi Gian Carlo, L'AZIONE CATECHETICA DI SAN GIOVANNI BOSCO NELLA PASTORALE GIOVANILE. LDC. Leuman, 1974.

- Jedin Hubert, *MANUAL DE HISTORIA DE LA IGLESIA*, Vol VII. Herder, Barcelona, 1978.
- Jiménez Fausto, *APROXIMACIONES A DON BOSCO*. CCS. Madrid, 1994.
- Jiménez Fausto, *LOS SUEÑOS DE DON BOSCO*. CCS. Madrid, 1995.
- Klein Jan, Valentini Eugenio, "Una rettificazione cronologica delle Memorie di San Giovanni Bosco", en *SALESIANUM*, Luglio - Dicembre, 1955, pgs. 584-585.
- Lamarque Lucio, *STORIA D'ITALIA*. Cronologia 1815-1990. Istituto Geografico de Agostini, 1991.
- Lemoyne Juan Bautista, *MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO*. CCS. Madrid, 1984.
- Martina Giacomo, *LA CHIESA NELL'ETÀ DEL LIBERALISMO*. Ed. 6ª. Morcelliana, Brescia, 1986.
- Mellano Maria Franca, *IL CASO FRANSONI e la politica ecclesiastica piemontese (1848-1859)*. Ed. Pontificia Università Gregoriana. Roma, 1964.
- Mello Alberto, a cargo de, *EL DON DE LA TORÁ*. Ed. Desclée de Brower, Bilbao, 1994
- Milano Attilio, *STORIA DEGLI EBREI IN ITALIA*. Ed. Einaudi tascabili, Torino, 1992.
- Mocassoli Tibone Maria Luisa, "Dalla Chiesa alla città", en *AAVV. SANTA GIULIA IN VANCHIGLIA. STORIA DI UN QUARTIERE*. Ed. La Grafica nuova, Torino, 1985.
- Molineris Michele (1), *DON BOSCO INEDITO*. Ed. Colle D. Bosco (Asti), 1974.
- Molineris Michele (2), *VITA EPISODICA DI DON BOSCO*. Ed. Castelnuovo Don Bosco, 1974.
- Molineris Michele (3), *INCONTRI DI DON BOSCO*, Istituto "Bernardi Semeria". Colle Don Bosco, 1973.
- Motto Francesco, "Le Conferenze di S.Vincenzo negli Oratori di Don Bosco..", en *AAVV. L'IMPEGNO DELL'EDUCARE, LAS-ROMA*, 1991.
- Motto Francesco, "L'Oratorio" di Don Bosco presso il cimitero di S. Pietro in Vincoli, in Torino", en *RICERCHE STORICHE SALESIANE*, 9. Anno V - N.2. Luglio-Dicembre 1986. LAS-ROMA.
- Motto Francesco, "Tre lettere ai Salesiani in America", en "Don Bosco Giovanni", *SCRITTI PEDAGOGICI ESPIRITUALI*, a cura di J. Borrego, P. Braidò, A. Da Silva Ferreira, F.Motto, J. M. Prellezo., LAS-ROMA, 1987.
- Nigg Walter, *DON BOSCO. UN SANTO DE AYER COMO FUTURO*. EDB. Barcelona, 1981.
- Pazzaglia Luciano, a cura di, *CHIESA E PROSPETTIVE EDUCATIVE IN ITALIA TRA RESTAURAZIONE E UNIFICAZIONE*. Ed. La Scuola, Brescia, 1994.
- Pedrini Arnaldo, *DON BOSCO E I FONDATORI SUOI CONTEMPORANEI*. Ed. Opera Salesiana, Roma, 1990.
- Penco Gregorio, *STORIA DELLA CHIESA IN ITALIA*. Vol II. Jaca Book, Milano, 1977.
- Peralta María Rosa, "Sueño", en *PALABRAS CLAVES EN PSIQUIATRIA - J. L. Ayuso Gutiérrez, Director-*. Ed. Verbo Divino, Estella, Navarra, 1991.
- Peraza Leal Fernando, *DON BOSCO Y LA ESCUELA*. CSR. Quito, 1996.
- Peraza Leal Fernando, *EL SISTEMA PREVENTIVO DE DON BOSCO. Una alternativa de educación para la vida, desde la vida*. CSR. Quito, 1998.
- Peraza Leal Fernando, *EL PERFIL SACERDOTAL DE DON BOSCO*. CSR. Quito, 1996
- Peraza Leal Fernando, *ITINERARIO HISTORICO ESPIRITUAL con don Bosco, en su tierra y entre su gente*. CSR. Quito, 1994.
- Piatti Tommaso, *UN PRECURSORE, Pio Brunone Lanteri, Apostolo di Torino. Fondatore degli Oblati di Maria Vergine*. 4ª Ed. Marietti, 1954, Torino-Roma.
- Piccablotto Carlo Alberto, *TORINO QUIZ*. Priuli / Verlucca Editori, Ivrea, 1983.
- Pilla Eugenio, *UN PREDILETTO COADIUTORE DI DON BOSCO*, Giuseppe Buzzetti, Coadiutore Salesiano. SEI. Torino, 1960.
- Pinto Paolo, *CARLO ALBERTO, il savoia amlético*. Ed.Camunia, Milano, 1986.
- Pivato Stefano, "Don Bosco y el teatro popular", en *DON BOSCO EN LA HISTORIA*. Prellezo García J.M. CCS. Madrid, 1990.
- Rey-Mermet Theodule, *EL SANTO DEL SIGLO DE LAS LUCES*. Ed. BAC. Madrid, 1985.
- Rico José Antonio/Bianco Enzo, *EL SALESIANO COADJUTOR*. CCS. Madrid, 1984.
- Rodinó Amedeo-Valentini Eugenio, *DIZIONARIO BIOGRAFICO DEI SALESIANI*. Ufficio Stampa Salesiano. Torino, 1969.

- Romeo Rosario, CAVOUR E IL SUO TEMPO. 1810-1852, Vol I. Ed. Laterza, Bari, 1984.
- Romero Cecilia, FMA., I SOGNI DI DON BOSCO. LDC. Torino, 1978.
- Rosmini Antonio, LE CINQUE PIAGHE DELLA SANTA CHIESA. Ed. Morcelliana, Brescia, 1985.
- Ruffino Domenico, “Cronaca dell’ Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1861, 1862, 1863, 1864. Le doti grandi e luminose”, particolarmente la reunión tenida por los miembros de la” Comisión de las Fuentes”, el 18 abril de 1861.
- Salotti Carlo, Card., SAN GIUSEPPE CAFASSO. Ed. Santuario della Consolata, Torino, 1960.
- Siccardi Cristina, GIULIA DEI POVERI E DEI RE. La straordinaria vita della marchesa di Barolo e di suo marito Tancredi: dalla Francia a Torino tra il palazzo e la galera. Ed. Gribaudo, Cavallermaggiore, 1992.
- San Ignacio de Loyola, EJERCICIOS ESPIRITUALES. Ed. Mensajero, Bilbao, 1991.
- San Juan Bosco, OBRAS FUNDAMENTALES. Ed. BAC nº 402, Madrid, 1979.
- Schepens Jacques, “La Penitencia y la Eucaristía en la educación según Don Bosco”, en AAVV. D. B. EN LA HISTORIA. LAS-ROMA y CCS. Madrid, 1990.
- Segre Bruno, GLI EBREI IN ITALIA. Fenice 2000 s.r.l., Milano, 1993.
- Semeraro Cosimo, RESTAUZIONE, CHIESA E SOCIETÀ. LAS-ROMA, 1982.
- Stella Pietro (1), DON BOSCO NELLA STORIA DELLA RELIGIOSITÀ CATTOLICA, Vol I, LAS-ROMA, 1979.
- Stella Pietro (2), DON BOSCO NELLA STORIA DELLA RELIGIOSITÀ CATTOLICA. Vol II. LAS-ROMA, 1981.
- Stella Pietro (3), DON BOSCO NELLA STORIA ECONOMICA E SOCIALE (1815 -1870). LAS-ROMA, 1980.
- Stella Pietro (4), VALORI SPIRITUALI NEL “GIOVANE PROVVEDUTO” DI SAN GIOVANNI BOSCO. Ed. Roma 1960.
- Stella Pietro (5), GLI SCRITTI A STAMPA DI S. GIOVANNI BOSCO. LAS-ROMA, 1977.
- Stella Pietro (6), Apologia della storia, PICCOLA GUIDA CRITICA ALLE MEMORIE BIOGRAFICHE DI DON BOSCO Pro-manuscripto ai suoi studenti dell’ anno accademico 1989-1990.
- Stella Pietro (7), “I Coadiutori Salesiani (1854-1974). Apunti per un profilo storico socio-professionale”, en ATTI CONVEGNO MONDIALE SALESIANO COADIUTORE. ROMA’75. Esse-Gi-Esse. Roma, Aprile 1976.
- Suore Albertine, FEDERICO ALBERT. Scuola Grafica Salesiana, Torino, 1985.
- Tago Ave, GIULIA COLBERT MARCHESA DI BAROLO, Ed. Congregazione delle Figlie di Gesù Buon Pastore, Milano, 1994.
- Tas Luciano, STORIA DEGLI EBREI ITALIANI., Newton Compton Editori, Roma, 1987.
- Torrás Alfonso, a cura di, FONDO DON BOSCO. Archivio Salesiano Centrale. Microschedatura e descrizione, Roma, 1980.
- Tubaldo Igino, “Il clero piemontese”, en CHIESA E SOCIETÀ NELLA IIª METÀ DEL XIX SECOLO IN PIEMONTE, a cura di Filippo Natale Appendino. Ed. Pietro Marietti, Casale Monferrato, 1982.
- Tuninetti Giuseppe, DON CLEMENTE MARCHISIO, UN PROFILO STORICO. Congregazione Figlie di S. Giuseppe, Torino, 1984.
- Tuninetti Giuseppe, LORENZO GASTALDI 1815-1883, Vols I y II, Ed. Piemme, Casale Monferrato, 1983 y 1988.
- Tuninetti Giuseppe, IL SANTUARIO DI SANT’IGNAZIO PRESSO LANZO. Ed. Alzani, Pinerolo, 1992.
- Usseglio Giuseppe, IL TEOLOGO GUALA E IL CONVITTO ECCLESIASTICO DI TORINO. “Biblioteca del Salesianum”. Sei, Torino, 1948.
- Valentini Eugenio, SAN GIUSEPPE CAFASSO. LDC. TORINO, 1960.
- Valentini Eugenio, “La santità in Piemonte nell’ottocento e nel primo novecento”, en Rivista di Pedagogia e Scienze religiose, a. IV, nº 3, sett.- dic., 1966.

- Valentini Eugenio - Rodinó Amedeo, DIZIONARIO BIOGRAFICO DEL SALESIANI. Ufficio Stampa Salesiano, Torino, 1969.
- Valentini Eugenio, “Preistoria dei Cooperatori Salesiani”, en SALESIANUM, Ianuarius-Martius, 1977.
- Valentini Eugenio, Klein Jan, “Una rettificazione cronologica delle Memorie di San Giovanni Bosco”, en SALESIANUM. Luglio - Dicembre, 1955.
- Vidal Marciano, FRENTE AL RIGORISMO MORAL, BENIGNIDAD PASTORAL, Alfonso María de Liguori (1696-1787). Ed. Covarrubias, Madrid, 1986.
- Vidal Marciano, DICCIONARIO DE ETICA TEOLOGICA, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1991.
- Viganó Angel, IL CASTELLO DI CASELETTE. Ed. Conde Cays. Caselette, Turín, 1993.
- Wirth Morand, DON BOSCO Y LOS SALESIANOS. Ediciones Don Bosco, Barcelona, 1971.
- Wirth Morand, DA DON BOSCO AI NOSTRI GIORNI Tra storia e nuove sfide (1815-2000), Las-Roma, 2000.

Contenido General

PRESENTACION.

INTRODUCCION.

Objetivos y modalidades de la presente edición.

Las Memorias del Oratorio.

Otras precisiones sobre la importancia de estas Memorias.

Originalidad de la presente edición.

Estructura literaria dada por don Bosco a sus Memorias.

Partes del relato biográfico.

MEMORIAS DEL ORATORIO DESDE 1815 al 1825

- exclusivamente para los salesianos -

Notas previas.

La introducción.

Los primeros diez años: 1815 - 1825.

[1] Memorias para el Oratorio y para la Congregación Salesiana.

[2-5] Los primeros diez años de mi infancia - muerte del padre - penurias familiares - la madre viuda.

Notas previas sobre el sueño de los 9 años

1. Los sueños desde el punto de vista psicológico.
 2. En el caso de don Bosco, sin embargo, los “sueños” adquieren un carácter muy particular.
- [6] Un sueño

DECADA PRIMERA: 1825 - 1835

Notas previas

Las 2 partes en que está dividida la Década Primera..

- [7-8] Primeras entretenimientos con los muchachos - las prédicas - el saltimbanqui - los nidos.
- [9-10] Primera Comunión - sermones de la misión de Buttigliera - don Calosso - la escuela de Murialdo.
- [11] Estudios y trabajo - una noticia mala y otra buena - muerte de don Calosso.
- [12-13] Don Cafasso - incertidumbres - división de los bienes fraternos - la escuela de Castelnuovo de Asti - la música - el sastre.
- [14] Escuela de Chieri - bondad del profesorado - los cuatro primeros cursos de gramática.
- [15] Los compañeros - sociedad de la alegría - mis deberes de buen cristiano.
- [16] Buenos compañeros y prácticas de piedad.
- [17-18] Humanidades y Retórica - Luis Comollo.
- [19- 20] Mocito de café y licorista - día onomástico - una desgracia.
- [21] El hebreo Jonás.
- [22] Los juegos - la prestidigitación - la magia - una oportuna aclaración.
- [23] La carrera - el salto - la varita mágica - en la punta del árbol.
- [24] Estudios de los clásicos.
- [25] Preparación para la elección de estado.

DECADA SEGUNDA: 1835 - 1845

Notas previas.

1. Síntesis del contenido de esta Década..
 2. El Seminario de Chieri, y la diócesis de Turín al comienzo de la Restauración política (1814 - 1841).
 3. El “Convitto”, o Residencia Eclesiástica de Turín durante la permanencia de don Bosco (1841 - 1844).
 - 3.1. Espíritu y organización del Convitto Ecclesiastico.
 - 3.2. Las opciones fundamentales de don Bosco en los años del Convitto: - la misión entre los jóvenes pobres y abandonados - la espiritualidad pastoral y educativa del Convitto.
 - . El discernimiento y la opción vocacional.
 - . Rasgos típicos de la espiritualidad educativo - pastoral de don Bosco.
- [26-27] Vestición clerical y reglamento de vida.
- [28] Hacia el Seminario.
- [29] La vida en el Seminario.
- [30] Diversiones y recreos.

- [31] Las vacaciones.
- [32] Comida campestre - al sonido del violín - la cacería.
- [33] Amistad con Comollo.
- [34] Un hecho de la vida de Comollo.
- [35] Premio - la sacristía - el teólogo Juan Borel.
- [36] Los estudios.
- [37] Sagradas órdenes - el Sacerdocio.
- [38] Primicias del Sagrado Ministerio - sermón en Lavriano y Juan Brina.
- [39] El "Convitto Ecclesiastico" de S. Francisco de Asís.
- [40] Fiesta de la Inmaculada Concepción y principio del Oratorio festivo.
- [41] El Oratorio en 1842.
- [42] Ministerio Sacerdotal - aceptación de un cargo en el Refugio (Septiembre de 1844).
- [43] Un nuevo sueño.
- [44] Traslado del Oratorio a los locales contiguos al Refugio.

DECADA TERCERA: 1845 - 1855

- Notas previas.
- [45] El Oratorio en San Martín de los Molinos - dificultades - la mano del Señor.
- [46] El Oratorio en San Pedro in Vincoli - la criada del capellán - una carta - un lamentable accidente.
- [47] El Oratorio en casa Moretta.
- [48] El Oratorio en un prado - paseo a Superga.
- [49] El marqués de Cavour y sus amenazas - nuevos trastornos para el Oratorio.
- [50] Despido del Refugio - Nueva sopecha de locura.
- [51] Traslado al actual Oratorio de S.Francisco de Sales en Valdocco.
- [52-53] La nueva iglesia.
- [54] Otra vez Cavour - la administración Municipal - la policía.
- [55-56-57] Escuelas dominicales y nocturnas.
- [58-59] Enfermedad - curación - decisión de residir en Valdocco.
- [60] Residencia definitiva en Valdocco.
- [61-62] Reglamento para los Oratorios - Compañía y fiesta de S. Luis - visita de Monseñor Luis Fransoni.
- [63] Génesis del Hospicio - primeros residentes.
- [64] Oratorio de San Luis - casa Moretta - terreno del Seminario.
- [65-66] 1848. Aumento numérico y vida de los artesanos - Las "buenas noches" - concesiones hechas por el arzobispo - ejercicios espirituales.
- [67] Progresos en la música - procesión a la Consolata - premios otorgados por el Municipio y por la Obra de la Mendicidad Instruída - El Jueves Santo - Lavatorio de los pies.
- [68-70] El 1849. Clausura de los seminarios - Casa Pinardi - el óbolo de S. Pedro - los rosarios de Pío IX - Oratorio del Angel Custodio - visita de Diputados.
- [71] Fiestas Nacionales.
- [72] Un hecho concreto.
- [73] Nuevas dificultades - un consuelo - el P.Rosmini y el arcipreste Pedro de Gaudenzi.
- [74-75] Compra de la casa Pinardi y de la casa Bellezza - el año 1850.
- [76-78] La iglesia de S.Francisco de Sales.
- [79-80] Explosión del polvorín - Gabriel Fassio - bendición de la nueva iglesia.
- [81] El año 1852.
- [82] Año 1853.
- [83] Las Lecturas Católicas.

- [84] Año 1854.
- [85] Atentados personales.
- [86] Agresión - lluvia de garrotazos.
- [87] El perro Gris.

CRONOLOGIA FUNDAMENTAL DE LA VIDA Y DE LA OBRA DE DON BOSCO - que permita encuadrar históricamente el contenido de las Memorias del Oratorio -

BIBLOGRAFIA - a la que hacen referencia las notas a pie de página